



Voces desde la diversidad

Silvia Marcela Bénard Calva
Coordinadora



Voces desde la diversidad



Voces desde la diversidad

Silvia Bénard Calva



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES

Voces desde la diversidad

Primera edición 2020 (versión electrónica)

D.R. © Universidad Autónoma de Aguascalientes
Av. Universidad 940, Ciudad Universitaria
Aguascalientes, Ags., 20131
<https://editorial.uaa.mx>

© Silvia Marcela Bénard Calva
(COORDINADORA)

© Silvia Marcela Bénard Calva
María Magdalena Aranda Delgado
Arely Becerra Poblano
Blanca Berenice Cortés Campos
Xicoténcatl Domínguez Cornejo
Sarymer Echeverría Muñoz
Franca Félix
Silvia Susana Gutiérrez Macías
Leslie Jui González
Daniel López Romo
María de la Luz Luévano Martínez
Francisco Javier Ponce Orozco
Omar Zermeño Rodríguez

ISBN 978-607-8782-07-9

Hecho en México / *Made in Mexico*

Esta publicación contó con apoyo
de recursos PROFEXCE 2020.

Los contenidos fueron dictaminados
por investigadores de reconocida trayectoria
y especialistas en la temática en la modalidad
doble ciego.



Ilustración de portada basada en la obra
Fuerza de construcción de Aminta Espinoza

Soy las tres y la una, todas, todxs.

Dentro mío crece hiedra, mis manos se ahogan dentro de las aguas de mi pecho. El fuego en mi mano irá convirtiendo en brasas mis músculos.

En la habitación hay un banco para sentarse a esperar, a descansar después de crecer, ahogarme y crepitar.

La pintura amarilla de las paredes me hace chillar, con el llanto suelto la mugre encapsulada en los ojos.

Adentrarse en lo más profundo, de todas las que fuimos y somos. Sumergirse, quemarse, crecer.

Índice

A manera de introducción <i>Silvia Bénard Calva</i>	9
Un cuerpo propio <i>María Magdalena Aranda Delgado</i>	21
Espera y acción. Un relato autoetnográfico como asistente a un festival de <i>performance</i> <i>Arely Becerra Poblano</i>	29
Inolvidable... <i>Bere Cortés Campos</i>	39
Construyendo mi masculinidad <i>Xicoténcatl Domínguez Cornejo</i>	65

Una canción me trajo hasta aquí <i>Sarymer Echeverría Muñoz</i>	83
Encaje y estambre, soy yo, soy mis abuelas, soy todas <i>Franca Félix</i>	93
Resignificando el amor <i>Silvia Susana Gutiérrez Macías</i>	107
Lo vivo y yo <i>Leslie Jui González</i>	127
De buscar un príncipe (o un pretexto para conocerse a uno mismo) <i>Daniel López Romo</i>	143
Elección de pareja. Una aproximación autoetnográfica <i>María de la Luz Luévano Martínez</i>	155
Homosexualidad, cuerpo y danza. Mi ruta <i>Francisco Javier Ponce Orozco</i>	183
La aportación del teatro físico en el arte escénico teatral aguascalentense <i>Omar Zermeño Rodríguez</i>	201



A manera de introducción

El Aguascalientes contemporáneo ya no es un lugar en donde coexistan personas, familias y grupos en los que prevalezcan las formas de ser, hacer, pensar y sentir apegadas solamente a la tradición de hace unos cincuenta años. Si algo ha caracterizado al estado, y sobre todo a la ciudad capital, ha sido ese entramado social que quizá hace menos de cuarenta años parecía natural y, por lo tanto, el único posible. En la actualidad, cada individuo tiene que asumir la tarea de construirse y reconstruirse una y otra vez a partir de parámetros sociales, culturales y políticos que en aquel entonces difícilmente se presentaban como alcanzables, y todavía menos como legítimos. Esto no es una opción nada más para quienes deseen aceptar el reto del cambio. Todas y todos tenemos que hacer ese esfuerzo porque los roles claros y distintos que caracterizaron al Aguascalientes de hasta mediados del siglo pasado se han ido desdibujando y multiplicando, de tal manera que nadie escapa de tener que

posicionarse individualmente frente a esa sociedad ahora mucho más abierta y vinculada con el mundo global.

Aquí y ahora podemos colocar en la mesa otras formas de ser, hacer y pensar sobre cómo hemos redimensionado y reconstituido nuestra vida familiar, el ser mujer, el vivir la masculinidad, las profesiones y, en general, aquello que nos hace parte de lo que Benedict Anderson (1993) caracterizó como comunidad política imaginaria.

Por lo anterior, el conjunto de textos contenidos en este libro, muestra, desde la introspección individual, cómo hemos vivido nuestra vida y en qué medida compartir el proceso de recordarla, volver a sentirla, desmenuzarla, analizarla, ha permitido a las y los autores escribir textos que den cuenta de la manera en la que somos, desde una gran diversidad social, parte de una misma comunidad local.

Queremos mostrar con estos textos que somos *iguales y diferentes*,¹ y que esa diversidad es legítima tanto en el interior de nuestra comunidad de pertenencia como en otras que se han conocido tradicionalmente como las únicas posibles. Sólo quienes estén dispuestos a desconocer que tenemos derecho a los derechos humanos universales podrán negarse a respetar esas diferencias.² Por eso, con estas narrativas abrimos ventanas que dejan ver familias, no la familia; mujeres, no la mujer; masculinidades, no el hombre; y, en general, tradiciones, no LA tradición. Todas ellas son partes de ese tejido social que forma el Aguascalientes contemporáneo. El respeto de esas diferencias es la condición necesaria de posibilidad para construir una sociedad democrática, abierta y en donde todas y todos tengamos los mismos derechos y obligaciones.

Acorde con lo dicho hasta el momento, los capítulos que forman este libro se escribieron por quienes han vivido en carne propia la estigmatización y discriminación derivadas de sus diferencias –en cuestiones tales como sus preferencias sexuales, identidades de género y en el ser mujeres y hombres cisgénero con prácticas alternativas de las que dictan los estereotipos heteronormativos.

Los textos se escribieron en el 2019 a lo largo de un seminario con estudiantes de la Maestría en Investigaciones Sociales y Humanísticas, la Maestría en Arte y el Doctorado en Estudios Socioculturales, todos dentro de

1 Se ha acuñado esa frase para indicar que, a pesar de la existencia de estilos de vida diversos, debemos tener los mismos derechos y las mismas obligaciones como ciudadanos de un estado nacional (ver, Touraine, Alain, 1997).

2 *Declaración Universal de los Derechos Humanos*.

la Universidad Autónoma de Aguascalientes (UAA). Durante ese año revisamos textos sobre la autoetnografía como metodología, al mismo tiempo que se discutían las implicaciones epistemológicas de esta perspectiva dentro de la tradición cualitativa de indagación. A la par, las y los estudiantes fueron escribiendo, revisando, compartiendo, reescribiendo y documentando sus temas de interés. La coordinadora de este proceso de indagación fui yo.

* * * *

No escribiré aquí, una vez más, aquello que define a la autoetnografía ni su relevancia para la llamada “producción de conocimiento científico”. Suficiente se ha escrito sobre ello y existen textos –en inglés, y cada vez más en español– que pueden dar cuenta de lo que es esta metodología y de la postura epistemológica que implica. Remito sobre todo al texto recientemente publicado por la misma UAA, *Autoetnografía. Una metodología cualitativa* (2019), conformado por escritos que tanto yo como mi equipo de investigación de ese entonces, seleccionamos para su traducción del inglés al español al considerarlos básicos para ser consultados, y sobre todo llevados a la práctica, por quienes se dispusieran a emprender esos recorridos para, desde lo personal, comprender lo social, cultural y político. Asimismo, hago referencia a un artículo –sobre la experiencia que tuve como docente con otro grupo de estudiantes, en esta ocasión de la Licenciatura en Sociología en la misma UAA– en el que doy cuenta del tipo de relación que se dio entre estudiantes y docentes derivado de utilizar la autoetnografía como recurso para generar conocimiento (ver Bénard, 2017).

En lugar de repetir aquello a lo que remite la autoetnografía como epistemología y como metodología, narraré momentos –o lo que en autoetnografía llamamos pequeñas epifanías– que compartimos durante ese 2019 mientras las y los estudiantes, y yo también, fuimos aprendiendo más y más sobre la autoetnografía, compartimos entrañables experiencias, historias, maneras de narrarlas, re-narrarlas, desmenuzarlas y poder, por fin, tornarlas en autoetnografías, esto es, explicaciones posicionadas y contextualizadas que den sentido a las temáticas que se discuten en los artículos que conforman esta antología.

* * * *

A las 9:45 de la mañana de cada viernes del calendario escolar del 2019, me apresuraba a recoger la *laptop*, la cámara web, los cables, en fin, todo lo necesario para poder conectarnos con quienes participaban en el seminario de

autoetnografía estando fuera de Aguascalientes, ya sea porque estudiaban en otros estados o porque iban durante algunos meses de intercambio académico a otras partes de México o a otros países de América Latina y Europa.

El acompañamiento de Estefanía, mi asistente de investigación, era clave en esta aventura, pues además de comunicarnos con parte de las y los estudiantes de manera virtual, cosa que para mí ya era difícil, debíamos hacerlo con una red de internet algo débil y haciendo uso de la plataforma Zoom de forma gratuita, lo cual significaba que, generalmente, se interrumpía el servicio cada 45 minutos. Recuerdo, por ejemplo, cuando Sol, mientras estaba haciendo una estancia en Sevilla, España, por fin había podido conectarse al Zoom. Tenía más de dos semanas sin poder hacerlo, pues su peregrinar por esas tierras desconocidas para ella, la habían llevado primero por un esguince de tobillo y después por uno del cuello. Sol por fin apareció en pantalla, su característica hermosura se mostraba ensombrecida por unas ojeras profundas y de color oscuro, y un collarín blanco rodeando su cuello. Algo nos narró sobre sus días en Sevilla, y cuando quiso hablar sobre el tema de la clase, se acabó el tiempo del Zoom. Sol se quedó con la palabra en la boca. Volvimos a conectarnos, siguió la clase y casi 45 minutos después Sol empezó a hablar de nuevo y volvió a terminarse nuestro tiempo gratis. Reímos, y volvimos a intentarlo...

* * * *

Otro viernes, cerca de las 2:00 pm, ya para dar por concluida la clase, Franca sacó a la luz que un compañero había subido información a Facebook sobre nosotros, cosa que iba en contra de lo que habíamos acordado desde que inició el seminario.

—Maestra —dijo Franca—, antes de terminar la clase yo quiero comentar que M subió a Facebook información diciendo que en esta clase nada más hay mujeres y homosexuales. Y yo estoy muy molesta porque quedamos, M, que lo que habláramos aquí, se quedaba aquí, que éste era un espacio seguro.

—¿Qué pasó, M? —pregunté—.

—Pues yo nada más subí ese comentario al Facebook, no vi que tuviera nada de malo.

—*Quedamos que nada saldría de aquí –volvió a replicar Franca–.*

—*Pues ahora –dijo Sarymer– compañeros de la maestría (en Arte, que no estaban en esta clase, respondieron al comentario de M) dicen que además esto parece un grupo de Alcohólicos Anónimos.*

Me sentí aludida, mi mente empezó a dar vueltas y a hablarme en silencio: ya sé quién fue –me dije–, seguramente el estudiante que vino un par de veces y no volvió, que conoce a un familiar cercano mío que pertenece a un grupo de AA. Me puso en evidencia, seguro anda contando por ahí cosas sobre mi vida y la de mi familiar, ¿y será cierto que la clase parece un grupo de autoayuda?... Pero siguió la discusión y no pude dar más vueltas a mi diálogo interno.³

—*Pues no pensé que hubiera nada de malo con eso –insistió M–.*

—*Claro que tiene algo de malo –comentó Sarymer–. Sí maestra, es que en la maestría el ambiente es muy pesado, hay muchas críticas entre estudiantes del grupo y aquí nos sentimos en otro ambiente. Esta clase es amigable.*

—*Sí, maestra, es verdad –dijo Ema–, hay muchas críticas en la maestría. Mariana asintió con la cabeza.*

Yo cometí una indiscreción, le pregunté a M: *Y tú, M, ¿eres hetero?* Tenía yo dudas, pero al menos en mi clase él no había hecho referencia al tema. Después de preguntarle, me sentí incómoda. Pero respondió sin reparos:

—*Sí, bueno, soy bi. Y no pensé que tuviera nada de malo.*

3 Se ha discutido sobre qué tanto podemos argumentar que la autoetnografía tiene, o no, un efecto curativo. Me atrevería a afirmar que quien la ha practicado, en mayor o menor medida, ha experimentado cierta sanación en torno a experiencias traumáticas; sin embargo, debemos tener presente que esa no es la vocación última de la autoetnografía como tal y que muchas veces la delicadeza de los temas abordados requiere de acompañamiento terapéutico (ver, por ejemplo, Bochner, Artur [2014], Ellis, Carolyn [2004] y Ellis, Bochner y Adams [2019]).

—Bueno –respondí– M, ¿te puedes comprometer a que no volverás a comentar nada de lo que hablemos de nuestras historias personales con nadie fuera de aquí?

—Sí maestra, pero es que yo no creí que tuviera nada de malo.

—Bueno, M, pero ya quedó muy claro que ese no fue el acuerdo inicial y que sí incomodaste al grupo.

—Sí maestra.

—OK, entonces nos vemos el próximo viernes.

Salí del salón camino a mi oficina y M me alcanzó para seguir hablando del tema.

—Maestra, usted me entiende. Así como dice en su libro, es la gente de aquí, que es así. Aquí en Aguascalientes todo el mundo se conoce y así reacciona. Yo leí su libro (se refiere a *Atrapada en provincia*, 2014) y sé que usted me entiende.

—M, ya quedamos que no debiste compartir nada de lo que se habla en el aula. Desde la primera clase quedamos en que el salón tenía que ser un espacio seguro en donde pudiéramos compartir nuestras historias y que después de que las trabajáramos, decidiéramos qué queremos compartir, o hasta publicar, y qué no. Entonces ya cada quien se hará responsable de su texto. Ya no me quieras convencer de que tenías razón y que somos cómplices en eso. Punto y aparte, nos vemos el viernes.

Así fue, hubo quien a pesar de que lo invité a publicar su historia en este libro, prefirió no hacerlo. En particular, hubo un texto excelente y muy creativo en la narrativa, pero el estudiante decidió que no quería que se publicaran sucesos muy personales y que mencionaban a personas muy cercanas a él, así que prefirió que su texto permaneciera en sus cajones.⁴ También, aprovecho

4 Este tema ha sido ampliamente discutido en la literatura sobre la autoetnografía, pues esta metodología debe tomar con mucha seriedad las cuestiones que involucran narrar(se), incluyendo a otras personas,

para decirlo, consideré que había otros que necesitaban pulirse más antes de su publicación y decidí, a veces con mucha pena, dejarlos fuera en esta ocasión.

* * * *

A la par de que las y los estudiantes iban escribiendo sus historias –y dedicábamos la segunda parte de las cuatro horas de la clase a compartirlas, ya fuera en pares o con todo el grupo–, íbamos revisando lecturas del programa necesarias para ir entendiendo la autoetnografía como metodología y para ir poniéndola en práctica conforme avanzaban e iban escribiendo, reescribiendo, editando, remembrando, en fin, transitando por la autoetnografía como proceso de investigación (ver Richardson y St. Pierre, 2019). Leímos, además de los textos contenidos en esa antología de traducciones (Bénard, 2019), a la que coloquialmente llamábamos “El manual”, varios textos que sirvieron de referencia para entender cuestiones de corte epistemológico, como el de Sjöberg y Nett (1980) y la introducción de Norman Denzin e Yvonna Lincoln a la traducción al español de la segunda edición del *SAGE Handbook of Qualitative Research* (2012).⁵

Me complace recordar que después de haber nombrado al primer curso *Autoetnografía evocativa*, a la segunda parte, a ser impartida en el siguiente semestre, le inventé un título que contenía un posicionamiento epistemológico: *Estrategias metodológicas para trascender el paradigma de las ciencias naturales*. Esto porque he escuchado decir una y otra vez que la autoetnografía es como escribir nuestras historias, casi como si se refirieran con un dejo de desdén a los diarios de las adolescentes. Además, con frecuencia se argumenta que hacer autoetnografía significa dejar fuera de la investigación el trabajo de campo. Mediante tal afirmación parecen aseverar que en estos trabajos nos enfocamos únicamente en nuestras narrativas personales y que no tomamos en cuenta lo que otras y otros puedan decir sobre el tema. Sin embargo, esto no sucede, pues en las narrativas se hacen presentes historias de otras personas que figuran ya sea como participantes en la investigación (a quienes conscientemente evitamos llamar informantes) o como autores de textos que desde la

muchas veces demasiado cercanas como para esconderlas dentro de la práctica de proteger su identidad. Ver, por ejemplo, Tullis, Jullian (2019), quien hace un ejercicio excesivamente cuidadoso sobre la cuestión, y Ellis, C. (2007), quien muestra a través de su autoetnografía la manera en la que realizó aquello que se ha llamado la ética relacional.

5 En esta ocasión no lo incluí en el programa, pero recomiendo ampliamente el texto de Vaughan (1993).

producción científica, las artes visuales, la literatura, etcétera, han hecho contribuciones pertinentes para entender un tema.⁶

* * * *

Otro momento memorable fue la lectura en voz alta que hizo Francisco de su narrativa en la que su madre lo descubrió jugando con las muñecas Barbie de su hermana y desde ese mismo día éstas desaparecieron de la casa. Nos adentramos en su mundo mágico y el placer de disfrutar unas vacaciones playeras en la azotea de su casa, para después confrontar la triste realidad de ser descubierto y reprendido, o ni eso, pero saber con certeza que estaba haciendo algo “malo”.

Para sorpresa mía, surgieron varios textos en los que aparecen las muñecas Barbie. Recuerdo haber pensado que casi podríamos escribir una antología de textos varios que refirieran a ellas y su relevancia en nuestras historias de vida. Nada más en esta antología, tres de los textos incluyen en sus narrativas a las Barbies como protagonistas de eventos significativos en la conformación de la identidad personal y del aprendizaje de los roles de género. El de Francisco, el de Arely y el de María de la Luz.⁷

* * * *

Bien recuerdo cuando Leslie –alumna que parecía medio ausente, si es que llegaba a clase– tuvo que participar leyendo avances en la redacción de su texto autoetnográfico; se lo mandó a Sol (que por ese entonces seguía en Aguascalientes) en una grabación por WhatsApp. Sol reprodujo el texto y cuando terminó su transmisión, se empezaron a escuchar nuestros aplausos y vimos en las caras de todas y todos esa coincidencia de que el texto, y su

6 Carolyn Ellis (2014??) escribe con detalle sobre ambos temas arriba mencionados. Tanto sobre quienes llamamos participantes en las entrevistas (que califica además como dialógicas), como sobre el trabajo de campo, presentando varios ejemplos de cómo se incluye y cómo se analiza la información adquirida. También quiero recomendar un texto ya clásico que habla sobre la manera en la que se entreteje la narrativa con los hallazgos de otras y otros investigadores, me refiero al texto de Carol Rambo Ronai en el que expone lo que se conoce como narrativa en capas (una traducción de este clásico se encuentra en el libro *Autoetnografía. Una metodología cualitativa*, pp. 123-152).

7 El de Marilú es el único texto incluido aquí que no fue escrito en el curso del Seminario de Autoetnografía con estudiantes de posgrado. Marilú fue estudiante del Doctorado en Estudios Socioculturales y fue la primera tesis autoetnográfica que, hasta donde es de mi conocimiento, apareció en México escrita con la metodología autoetnográfica (ver Luévano, M., 2018).

lectura tan vívida, nos había conmovido. Ahí descubrí que Leslie tenía mucho que decir y que su aparente ausencia respondía en parte, como después me lo confesó, a sentirse intimidada por sus compañeras y compañeros de clase, particularmente de quienes venían de las ciencias sociales, no de las artes, como era su caso, pues mostraban un mejor manejo de la literatura revisada y la discusión teórica y metodológica de lo que implicaba la práctica autoetnográfica.

* * * *

Hacia fines del 2019 pude ponerme de acuerdo con mis amigas Nance y “Deb” –compañeras del doctorado mientras estudiábamos en la Universidad de Texas en Austin (1983-1989)–, para que me visitaran en Aguascalientes. Por ello pude invitarlas a compartir con el grupo de autoetnografía.

Años atrás, “Deb” (Debora Ziegler), “Nance” (Nancy Bell), nuestra también buena amiga “Pat” (Patricia Seitz) y yo, siendo estudiantes del Doctorado en Sociología solíamos reunirnos cada jueves en casa de Nance, muchas veces por insistencia mía y siempre acompañadas de unos buenos cocteles margarita bien frapeados para hablar de nuestros avances de tesis y también de aquello que nos impedía avanzar. Comentábamos, sobre todo, de lo que nos jalaba contra el compromiso de concluir nuestros proyectos de investigación: los asesores de tesis, que casi siempre eran hombres –aunque Nance tenía una tutora autonombraada feminista que hacía bien difícil su avance; la vida cotidiana, sobre todo con nuestras parejas; las dificultades financieras y de salud; en fin, ese sinnúmero de cosas que nos dificultaban llegar a la conclusión de nuestras tesis–. Esas reuniones semanales se convirtieron en un espacio, a mi parecer, indispensable para sobrellevar esa difícil tarea de sacar adelante el doctorado.

El día que Nance y Deb visitaron la clase, decidí dar la palabra a cada estudiante para que nos comentara sobre su tema de investigación –nos comunicamos en inglés y en español, según fuera posible para cada participante, pues Nance casi no entiende el español. Después ellas y yo les comentamos sobre nuestros procesos (no siempre agradables) de elaboración de tesis de doctorado, y concluimos con una charla de la que bien recuerdo a Deb decirles –con su doble acento del inglés y el español de España– que sus tesis eran importantes y que valían la pena, que no dejaran que nadie les quitara ni el gusto ni la satisfacción de seguir adelante con sus indagaciones.

Dejar a las y los estudiantes en el 2019 entrar a ese mundo mío durante mediados de los ochenta, fue un gran placer y un regalo mutuo irreplicable.

Espero que eso, junto con compartir un proceso más democrático y dialógico de generación de conocimiento, haya contribuido a su formación como profesionales de las ciencias sociales y las artes.⁸

Silvia M. Bénard Calva,
Aguascalientes, Ags., a 6 de agosto de 2020

Referencias

- Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bénard, S. (2014). *Atrapada en provincia. Un ejercicio autoetnográfico de imaginación sociológica*. México: Universidad Autónoma de Aguascalientes.
- _____ (2017). Autoetnografía en la universidad: un ejercicio de enseñanza-aprendizaje. *Investigación cualitativa*, 3(1), 16-29.
- Bochner, A. (2012). Bird on the Wire: Freeing the Father within Me. *Qualitative Inquiry*, 18(2), 168-173.
- Denzin, N. y Lincoln, Y. (2012). Introducción general. La investigación cualitativa como disciplina y como práctica. En N. Denzin y Y. Lincoln, *El campo de la investigación cualitativa* (43-102). México: GEDISA
- Ellis, C. (2004). *The ethnographic I: A Methodological Novel about Autoethnography*. Walnut Creek, CA: Altamira.
- _____ (2007). Telling secrets, revealing lives. Relational ethics in research with intimate others. *Qualitative Inquiry*, 13(1), 3-29. Doi: 10.1177/1077800406294947
- Ellis, C., Bochner, A. y Adams, T. (2019). Autoetnografía: un panorama. En Bénard, Ma. de la Luz Luévano y Alejandro Rodríguez (trads.), *La autoetnografía. Una metodología cualitativa* (17-41). Aguascalientes: Universidad Autónoma de Aguascalientes

8 Agradezco a Berenice Cortés, Estefanía Díaz y Magdalena Aranda sus comentarios y sugerencias a este texto introductorio.

- Luévano Martínez, M. L. (2018). *Las dinámicas socioculturales del amor en pareja. Una aproximación autoetnográfica* (tesis de doctorado). Aguascalientes: Universidad Autónoma de Aguascalientes
- Organización de las Naciones Unidas (2020, julio). *La Declaración Universal de los Derechos Humanos*. Recuperado de: <https://www.un.org/es/universal-declaration-human-rights/#:~:text=Art%C3%ADculo%202.,nacimiento%20o%20cualquier%20otra%20condici%C3%B3n>.
- Sjoberg, G. y Nett, R. (1986). *Metodología de la investigación social*. México: Trillas.
- Touraine, A. (1997). *¿Podemos vivir juntos? Iguales y diferentes*. México: Fondo de Cultura Económica (2da. Edición).
- Tullis, J. (2019). Yo y los otros. La ética en la investigación autoetnográfica, en S. Bénard, M. Luévano y A. Rodríguez (trads.), *Autoetnografía. Una metodología cualitativa* (pp. 155-179). Aguascalientes: Universidad Autónoma de Aguascalientes.
- Vaughan, T. (1993). The crisis in contemporary American sociology: A critique of the discipline's domain paradigm. En T. Vaughan, G. Sjoberg and L. Reynolds (eds.), *A Critique of Contemporary American Sociology* (pp. 10-53). Maryland: Rowman & Littlefield Publishers.



Un cuerpo propio

María Magdalena Aranda Delgado

En uno de mis recuerdos más tempranos estoy frente al espejo largo del ropero de mi cuarto. Era una tarde de sábado en verano, hacía calor y estábamos solas mi madre y yo. Mi hermanita dormía en su cuna y mis cuatro hermanas y dos hermanos mayores habían ido al catecismo como cada semana. Era el día en que mi mamá lavaba y limpiaba la casa a profundidad, montones de ropa limpia en las camas esperaban ser doblados y acomodados. En el patio sonaba el *chaca chaca* de la lavadora y los tendederos rebosaban con ropa secándose al sol. Tengo unos tres años y mi madre acababa de bañarme. Encremada, me tenía descalza parada sobre la toalla en el piso, ya me había puesto también camiseta y calzones. Yo aguardaba mirándome el cabello largo y húmedo. Ella buscaba entre los ganchos el vestido que me pondría. Divertida con mi reflejo, se me ocurrió enroscar mi camiseta y calzones para que pareciera que usaba bikini, bai-

lé juguetona con todo el cuerpo, mi pelo ondeaba, sintiéndome toda a gusto. Me recuerdo embelesada, meneándome placentera y fresca. “A las niñas que hacen eso se les aparece el diablo”, mamá rompió el trance. Confundida y avergonzada, creí que había hecho algo muy malo. No sabía si lo decía por haberme enroscado la ropa y mostrar la panza o si mis movimientos eran los reprobables. No comprendí. Esa noche tuve pesadillas y varias veces después también. Me despertaba gritando porque creía haber visto al demonio y claramente lo relacionaba con ese episodio. Me sentía mal. Durante años evadí cualquier artefacto que me devolviera el reflejo de mi cuerpo entero, primero por el miedo judeocristiano impuesto, luego porque gracias a la socialización rápidamente mi vergüenza creció. Me enteré de que era gorda y de que mi panza no era digna de verse o apreciarse. Acallé el instintivo deleite de mis lonjas temblando al danzar.

Como toda familia tradicional y católica, mamá y papá procuraron exhaustivamente dar a sus descendientes una formación religiosa. De ahí que aprendí desde pequeña a relacionar libertad y goce corporal con maldad y pecado, a perseguir el pudor. Mi cuerpo no era mío, era el templo de dios. Así que mis referentes lúdicos los tomaba de mis lecciones de catecismo, ejercicios de acción católica para niñas o las clases de liturgia.

Jugaba a ser sacerdote, la madre de Lucifer, a ser actriz y tener mi propia casa. Hasta hace poco he podido recuperar algunos momentos de mi infancia. Los había mal editado por dolor de orfandad y por el bajo autoaprecio generado por la constante extracción de mi cuerpo, supongo. Tenía un cuerpo, pero no arbitrio sobre él. Sí recordaba los juegos donde me acicalaba preparándome para salir a escena; me colgaba todas las joyas de fantasía de mi madre. Mi favorita era un collar de pequeños corazones de plástico azul, era tan largo que podía darle cinco vueltas en mi cuello, formaba uno grueso y brillante ¡precioso! Además me maquillaba con los labiales café chocolate regalados por mi tía. Jamás olvidaba el perfume, mi madre tenía varios y en cada juego robaba un poco de algún frasco para que no se notara el gasto. Seguro mamá lo olía, curiosamente por ese cándido atrevimiento nunca fui reprendida. Yo escribía, dirigía y actuaba las obras, adoraba reproducir la escena en la que volvía al camerino a recibir muy cansada pero feliz todos los ramos de flores que me enviaban mis admiradores.

Por supuesto que me acuerdo de las casitas hechas con rejas, cartón y sábanas viejas que me construía mi hermana mayor cada vez que se lo pedía;

yo corría las cortinas para no ser vista, amaba esa sensación, eran esos los únicos momentos en que tenía un lugar para mí. Debían fingir el *toc toc* para que les dejara entrar. Crecí compartiendo habitación, en una casa con cuartos contiguos amplios sin puertas y un patio grande, la privacidad era para mí el paraíso prometido.

También estaba en mi memoria ser la madre de Lucifer. Mi hermana pequeña había escuchado en el catecismo ese nombre y parecía muy lindo para ponérselo al banco de junco que hacía de mi hijo cuando jugábamos un sábado por la mañana mientras mi madre lavaba. En el juego, yo lloraba amargamente porque Lucifer se había perdido y mi hermanita, que la hacía de vecina, me acompañaba por toda la casa gritando su nombre buscándolo. El agobio de mi madre se aprontó, con el rostro desencajado intentó regañarme. ¡Cómo no sabía que Lucifer era el demonio! No me atreví a decirle que mi hermana había propuesto el nombre, menos osé aceptar que no había aprendido eso en las numerosas clases de religión a las que me mandaba. Pobre, creo que varias veces puse su misericordia en serios aprietos. Sin nostalgia ni rencor tengo presente el momento en que, teniendo seis años, con tremenda bofetada me enseñó el significado de la palabra “sacrilegio”: un domingo a la salida del servicio religioso de las siete de la mañana del templo de San Marcos, cuando le dije molesta que “yo no quería ir a esa mugre misa”. –Eso es sacrilegio–, sonó discorde el choque de su palma extendida y pesada en mi boca. *Big word* para la pequeña.

Fue mi hermana y compinche infantil preferida quien me recordó que jugaba a ser sacerdote los días que mamá se dedicaba a planchar. Para llevar a cabo dicha labor, precisaba de una mesa amplia y la que estaba en la cocina era la ideal. Ahí planchaba un cúmulo infinito de ropa, paciente quitaba arrugas a cada prenda, incluso a las diez sábanas matrimoniales que mudaba cada semana. Mientras nadábamos entre el calorcito del vapor con olor a limpio, yo ponía un par de sillas de frente para simular la mesa del altar, lo cubría con un mantel improvisado hecho con servilletas para las tortillas, colocaba en el centro un vaso para emular el cáliz y una galleta María que la hacía de hostia. Oficiaba misa recitando de memoria pasajes del servicio, no me faltaban los ademanes del ritual que los curas recrean. Según ella, yo la obligaba a hincarse para darle la comunión y extendía mis brazos diciendo ¡Oremos!

Me alegra pensar que desde niña me salía el deseo por escribir una historia de reconocimiento social que yo dirigía y actuaba; por pedirle a mi hermana

mayor que me ayudara a construirme un lugar que sólo fuera mío. Me resulta muy divertido que mi idea de maternidad era desde entonces dar a luz a la desobediencia y buscarla a gritos con mi hermanita: desacralicé el sacerdocio católico: ¡una niña en el púlpito consagrando galletas! Intuitivamente mi cuerpo, con todo su poder, era mío en mis juegos infantiles.

Hubo momentos lindos en mi niñez. Me encantaría decir que tuve una infancia feliz, pero, a decir verdad, vivía preocupada. Cuando hice la primera comunión recuerdo haber estado pensando que eso era un asunto muy importante. Me habían dicho que iba a recibir a dios, finalmente vendría a fundirse en comunión conmigo, en su templo, mi cuerpo, al que yo le daba raquíctico mantenimiento. El templo se mantenía digno, según aprendí, si me portaba bien, era obediente, no peleaba y me mantenía en silencio. Eso me angustiaba. Ideaba cómo apaciguar mis ganas irrefrenables de platicar lo que aprendía, ganas que luego me hacían sentir metiche y presumida; cómo ser dócil cuando me parecía tan difícil hacer comprender a mi familia que a veces creía que había otras formas para hacer las cosas; cómo hacerle para encontrar momentos en donde pudiera sumirme solita en mis divagaciones sin que me encontraran y me acusaran de floja; sentía imposible evitar reñir con mis hermanas. Cavilaba en que esos eran mis pecados: dar mi opinión, desobedecer, pensar. Qué feminista casualidad.

La primera vez que escuché la consigna “la revolución comienza en el propio cuerpo”, me pareció genial. Ya había iniciado intuitivamente el complejo proceso de expropiación corporal que las feministas, tarde o temprano, emprendemos para comprender y hacer frente a la violencia sistemática que vivimos. Había tanteado lecturas feministas con las que identifiqué que la condición de género sirve a las sociedades para estructurarlas y sabía del estatus de inferioridad de las mujeres. Un pero atribulado me atravesaba: ¿cuál revolución y con qué cuerpo si el mío no me pertenecía?

Sabía que no era dueña de mi cuerpo. Lo sometí durante años a dietas extenuantes e inanición para caber en un vestido, para gustar a otros, importaba más la prenda que el cuerpo que lo usaba. Durante años minimicé el disgusto que sentía cuando cualquier hombre conocido o extraño miraba lascivamente a otras mujeres o a mí, normalicé la intromisión violenta de sus opiniones públicas sobre nuestros cuerpos. Deseé, como la gran mayoría de las mujeres heterosexuales, tener atención masculina, creyendo que la forma de nuestras nalgas o pechos nos conferirían algún tipo de valor. He caminado con miedo e inseguridad.

ridad en la calle por la noche. Por mucho tiempo procuré no provocar con mi atuendo las miradas ajenas. Acepté presionada acercamientos sexuales sin desearlos. Me tragué el cuento del instinto maternal creyéndome una aberración por no sentirlo. Malgasté durante mi juventud mucho tiempo pensando en lo que no comería, auspiciado por el taladreo social de los discursos ramplones de autoestima y salud. Un cuerpo para otros, para ser aceptado, elegido, usado; que entrara en la norma corporal y estética. Desde niña, mi gordura fue otra capa más de opresión. La sociedad sigue obsesionada con las dietas, ya lo dice Virgie Tovar (2018) en su libro *Tienes derecho a permanecer gorda*, en el que señala la relación intrínseca entre sexismo y gordofobia; es un texto delicioso donde activa el desmantelamiento de dicha cultura de la dieta. Antes que ella, Naomi Wolf (1991), en *El mito de la belleza*, señaló que el narcótico político que padecían profundamente las mujeres, inhibiéndolas para accionar en favor de sí mismas, era la dieta. Preocuparse por la dieta implicaba asumir cualquier consecuencia hasta obtener belleza, por tanto, estima social.

Tener un cuerpo propio continúa en proceso. El tiempo, la sociología y los feminismos me han ido nutriendo o desyerbando este itinerario no lineal. Me tocó usufructuar el cuerpo gordo con el que nací, como muchas mujeres: estoy haciéndolo completo otra vez. Alrededor de hace seis años me topé en las redes sociales con el feminismo gordo, un posicionamiento político que cuestionaba de frente el sexismo que soporta el odio a los cuerpos de las personas gordas. Un *post* me llevaba a otro, buscaba a las autoras, las leía, las seguía, ellas me llevaban a otras, ellas a más textos y así, aún ahora. Cada vez surgen más voces y cuestionamientos por atender.

De mis primeras fascinaciones gordas, atesoro las reflexiones y poemas de Magda Piñeyro y su activismo en la página de Facebook *Stop gordofobia*, desde ahí confirmaba mis intuiciones más tempranas: mi cuerpo tenía la potencia de ser mío. Cuando me llegó el artículo “Hacer cuerpo: gordura femenina y empoderamiento”, de Paz Moreno (2014), pude esbozar algunas articulaciones teóricas, imaginar cuál era el tipo de cuerpo que me quería hacer, sentí la urgencia de asumir mi gordura y apreciarla finalmente; ansiaba dejar de definirme por el cuerpo que la cultura de la dieta me prometía en el futuro. El artículo fue tremendamente revelador. De manera más rotunda caí deslumbrada por la propuesta rumiante de Lucrecia Masson (2017), me atrajo su desafío a los límites impuestos sobre su cuerpo, asumí su texto como una invitación a pensarnos juntas y construir herramientas colectivas que activan

políticamente nuestros cuerpos no normativos; podía sentirme acompañada en este camino, otras también tentaban retozando nuevas maneras de ser y estar gordas en tiempo presente. Casi al mismo tiempo descubrí el *Manifiesto gordx* de Constanza Álvarez y Samuel Hidalgo (2014) y *La cerda punk. Ensayos desde un feminismo gordo, lésbico, antikapitalista & antiespecista* también de Constanza Álvarez (2014). El *Manifiesto...* fue para mí el llamamiento a salir de mis lugares de silencio, la resistencia que alentó a apretar el paso para llegar a ser la gorda que finalmente dejaba ver sus incisivos cuando era necesario; desde ahí el pudor, el asco y los buenos modales perdieron su resonancia en mi cuerpo. Con *Cerda punk...* volví a arremangarme el calzón, a mostrar mi gran panza suave, me mostró que mi gordura tenía experiencias que escribir; de ahí podría concretar mi propiedad corporal. Esperé con muchas ganas tener en mis manos *Cuerpos sin patrones, resistencias desde la geografías desmesuradas de la carne*, un libro de textos sudacas y traducciones compilados por Laura Contrera y Nicolás Cuello (2016), lo leí de tirón y vuelvo recurrentemente a él, siento que no lo agoto, me continúa disparando preguntas o responde indirectamente otras planteadas con anterioridad. Puedo decir que lo hice mío con total deleite. Son muchos los textos sobre feminismo y activismo gordo que son significativos para mí, hasta aquí he mencionado los que considero son imprescindibles para comprender el proceso de creación de mi cuerpo propio. Es importante que retome *Tienes derecho a permanecer gorda*, de Virgie Tovar (2018), *fatshionista* chicana feminista gorda que acepta que ha abrevado del activismo *queer* para profundizar en la reflexión sobre los cuerpos gordos femeninos; a lo largo del libro hace un análisis de la cultura de la dieta y sus perversiones, es un texto que me interpeló y azuza al ingenio. Apunta experiencias que podría jurar son las mías; escribió mis pensamientos de niña gorda, inventamos artimañas similares para sobrellevar nuestra realidad inmediata repleta de personas gordo-odiadoras. Este texto de Virgie me trajo de vuelta el reflejo de mi cuerpo gordo en el remedo de bikini, mirando embelesada su panza, ha sido el dispositivo editor de la voz de mi madre: A las mujeres que hacen eso se les aparecen infinitas posibilidades de gozo, ¡baila!

Referencias

- Ahmad, A. (2016, julio, 14). *Moving beyond body positivity*. Recuperado de: <https://medium.com/@asamwrites/moving-beyond-body-positivity-81afb1322224>. Consultado: 30 de enero de 2020.
- Álvarez Castillo, C. (2014). *La cerda punk. Ensayos desde un feminismo gordo, lésbiko, antikapitalista & antiespecista*. Valparaíso: Trío editorial.
- Álvarez, C. e Hidalgo, S. (2014, octubre, 16). *Manifiesto Gordx*. Recuperado de: <https://hysteria.mx/manifiesto-gordx/>. Consultado: 12 de febrero de 2020.
- Contrera, L. y Cuello, N. (2016). *Cuerpos sin patronos. Resistencias desde las geografías desmesuradas de la carne*. Buenos Aires, Argentina: Madreselva.
- Cooper, C. (1998). *Fat & Proud: The Politics of Size*, London: The Women's Press.
- Esteban, M. L. (2013). *Antropología del cuerpo. Género, itinerarios corporales, identidad y cambio*. España: Ediciones Bellaterra, S. L.
- Masson, L. (2017). *Epistemología rumiante*. México: Pensaré cartoneras.
- Moreno, P. (2014, septiembre, 15). *Hacer cuerpo: Gordura femenina y empoderamiento*. Recuperado de: <https://hysteria.mx/hacer-cuerpo-gordura-femenina-y-empoderamiento/>. Consultado: 12 de febrero de 2020.
- Piñeyro, M. (2016). *Stop gordofobia y las panzas subversivas*. España: Zambra-Baladre.
- _____. (2019). *10 gritos contra la gordofobia*. España: Penguin Random House Grupo Editorial.
- Tovar, V. (2018). *Tienes derecho a permanecer gorda*. España: Editorial Melusina.
- Wolf, N. (1991). *El mito de la belleza*. Barcelona: Emecé.



Espera y acción. Un relato autoetnográfico como asistente a un festival de *performance*

Arely Becerra Poblano

En este texto reflexiono sobre algunos momentos de las experiencias que viví en el Festival Internacional Corpórea, donde asistí a talleres de arte-acción, conversatorios, presentaciones de *performances* y donde realicé una *acción* como ejercicio final de uno de los talleres.

Acercarme a este tipo de eventos me brinda posibilidades para ampliar mis concepciones sobre esta manifestación artística, me permite conocer las diversas voces que conviven en el encuentro y sobre el ámbito del *performance* en el presente. Asimismo, como es un arte caracterizado por incidir más allá de lo artístico, traspasa las fronteras disciplinares en donde se conjuntan las voces de *performers*, audiencia, curadores, investigadores, estudiantes y más que entran en diálogo con la naturaleza y la cultura. También establece un lugar de irrupción en la realidad, es decir, exacerba lo que acontece, conversa con el

entorno mediante la conciencia corporal. Es un arte que retoma el lema “lo personal es político”. En el *performance* se busca romper con las normas, fronteras y esquemas de pensamiento y acción en una constante experimentación y puesta a prueba de los límites y resistencias tanto corporales como sociales.

En el texto abordo mi experiencia a partir de diversos aspectos, como lo son la audiencia del arte-acción, desde la acción en vivo y desde el archivo (documentos como fotografías, videos, audios, textos, objetos diversos), así como a partir de la memoria oral, y con la reciente experiencia de realizar algunos ejercicios performáticos. El acercamiento que he iniciado en el proceso de investigación autoetnográfico me permite situarme frente al *performance* y analizar las implicaciones que tiene en diversos aspectos de la vida social, incluso revelándolas, tal como mencionan Ellis y Adams (2019): “la autoetnografía es un acercamiento a la investigación y a la escritura, que busca describir y analizar sistemáticamente la experiencia personal para entender la experiencia cultural” (p. 17). En este aspecto, la autoetnografía comparte con el arte-acción el proceso de autoconocimiento. Josefina Alcázar, en su libro *Performance: un arte del yo, autobiografía, cuerpo e identidad*, menciona: “cada época tiene diversas formas de conocimiento de sí mismo y en la actualidad una de ellas es el *performance*, pues es una manifestación artística que invita a la autorreflexión. En esta investigación, a través del *performance* observo tendencias claves en la sociedad; lo analizo como un revelador cultural y social” (p. 7). De este modo, el *performance* invita a todas y todos a repensar la acción y a prestar atención a sus implicaciones éticas, políticas, económicas, socioculturales. Con el *performance* se intenta generar algo que va más allá de la interpretación artística.

Aproximarme al *performance*, al cuerpo, a la memoria y al olvido desde la autoetnografía me permite indagar sobre mi propia construcción corporal, de mi memoria y, con esto, de mi identidad. Y así, darme cuenta de que los vacíos que observo en la historia del arte de Aguascalientes y de México son parte de un abuso de olvido, que son también abusos de la memoria. Siguiendo a Paul Ricoeur, esto sucede cuando la memoria es manipulada por parte de quienes tienen el poder, “esto deviene del cruce entre la problemática de la memoria y de la identidad, tanto colectiva como personal” (p. 111).

Este texto se basa en la técnica de la “narrativa en capas” (Rambo, 2019) que favorece un relato donde puedo fusionar diversos elementos que me ayudan a dar sentido a las experiencias vividas en el proceso de investigación. La narrativa en capas permite que se entretaja un relato donde la voz de los inves-

tigadores sale a flote, mediante la incorporación de elementos de la narrativa personal, así como la discusión con diversas voces que tratan sobre el tema en cuestión y los elementos que quien investiga considere oportunos.

* * *

La cercanía geográfica con Zacatecas favoreció que Trino y yo nos desplazáramos por la carretera de la salida norte para llegar a la Ciudadela del Arte, en el centro de aquella ciudad. Al llegar, vimos a Isis Pérez y a Gabriel Márquez, quienes gestionan desde hace un lustro para llevar a cabo el Festival Internacional Corpórea. Fue un ambiente intensivo en el que las actividades eran prácticamente de ocho de la mañana a ocho de la noche.

Mi primer contacto con este festival fue en el 2018, pero me acerqué de una manera distinta. En ese momento mi papel fue escuchar los conversatorios y documentar los *performances* como audiencia. En comparación con el año anterior, esta vez me involucré en la parte de experimentar el proceso de producción-creación de un *performance*. En relación con esto último, pienso que es debido a mi aproximación a la metodología autoetnográfica, pues antes no me había involucrado en un proceso de producción artística ni lo concebía como parte de un proceso de investigación que yo pudiera llevar a cabo, pues no me concebía como artista, sino como teórica del arte; sin embargo, esta noción cambió al concebir que realizar actos performáticos me ayudaría a comprender desde otros y nuevos puntos de vista la pregunta guía de mi indagación sobre la relación de las narrativas de la memoria, el cuerpo y el *performance*.

Una vez en la Ciudadela del Arte, comenzamos con los talleres del 6 al 10 de agosto del 2019, y posteriormente del 9 al 11 de septiembre. Asistí a tres talleres de *performance* en estos periodos, uno de ellos lo impartió Víctor Lerma, cuyo título fue “Kit de esquina: Interposiciones visuales y desdoblamientos del archivo Pinto mi Raya”.

El taller con Víctor Lerma se desarrolló en un ambiente de confianza, personal y de apertura. Lo primero que realizamos fue una presentación y me di cuenta de que me presenté como alguien que investiga sobre *performance*. No lo pensé mucho cuando lo dije, creo que hubiera sido mejor presentarme como siempre, como estudiante. Una de las actividades del taller fue un ejercicio imaginativo, Lerma lo llamó una “fantasía guiada”, donde nos dirigía

en una serie de escenas imaginarias con el fin de prestar atención a nuestros sentidos, al evocar colores, sonidos, olores y espacios.

Posteriormente, hicimos un ejercicio que consistía en apropiarnos de cualquier lugar de la Ciudadela del Arte y presentarlo después como nuestra casa. Para mí fue difícil, pues no había hecho algo así antes. Estuve pensando durante unos minutos el lugar que elegiría, pues la Ciudadela del Arte es un bello edificio colonial (que en el pasado fue una secundaria y un edificio de correo). Consideré que mi casa podría ser una terraza que era el único sitio donde daba sol a esa hora, era un sitio alto y se llegaba a él a través de escaleras. Cuando lo presenté ante los demás mencioné que escogí ese lugar porque había plantas cerca, que las plantas y yo necesitamos del sol. También porque la altura me recordó a mi habitación en casa de mi mamá. Derivado de este ejercicio, intercambiamos ideas sobre nuestras acciones de apropiación del espacio y escribimos en un papel una palabra para describir la actividad de cada persona y vocalizar cada palabra. Las palabras que recuerdo fueron “feroz”, “insegura”, “ancestros”, “reliquia”, “dulzura”, ésta repetida dos veces. En la libreta que siempre cargo escribí ese día: “Pienso en la escritura, en los distintos modos de aprendizaje, que la memoria oral se transmite por distintos medios y formas”.

Otra actividad consistió en aprender palabras con el lenguaje de señas para tratar de significar y encarnar esas palabras. Víctor Lerma nos insistía que tenía que ser el cuerpo el que hablara, por eso bailamos, rapeamos, brincamos, nos agitamos. Me sentía cada vez más cómoda porque me divertí al ver que todos estaban moviéndose, involucrándose. Víctor nos hacía sentir con mucha confianza a todos, no me sentía calificada u observada. La palabra que yo escogí fue “memoria”.

Como ejercicio final del taller acordamos realizar una *performance* individual, escogimos una de las dos líneas que Víctor nos propuso: trabajar con la memoria oral o con el lenguaje de señas. Cada participante escogió el lugar donde accionar. Yo escogí memoria oral y la Plaza de Armas de la ciudad de Zacatecas. En el próximo apartado ahondaré sobre ello.

En otro momento de las actividades, el maestro Lerma expuso su experiencia con el proyecto de archivo “Pinto mi Raya”, a través del cual, desde 1991, se dedica a la recopilación de documentos relacionados con las artes en México. Concluimos que los archivos sirven para resguardar la memoria y que la ausencia de éstos son un tipo de censura para la memoria. En relación con

lo mencionado, infiero que el archivo forma una parte importante de la producción performática, así como de las manifestaciones artísticas en general.

Otro taller al que asistí fue impartido por Víctor Sulser, el taller llevaba por título “Cómo adivinar tu futuro con la baraja española y aprender sobre el arte-acción”. Un día en el taller hicimos un ejercicio de improvisación. La consigna fue hacer algo que solemos realizar, y yo me puse a hablar sobre una condición que había pensado y que a menudo no exteriorizaba, pero que en ese momento fue lo que salió. Hablé de que ya no quería esperar, como en las clásicas narrativas, roles o arquetipos femeninos, que había una especie de culpa hacia lo femenino desde la narrativa de la religión católica y que, yo, mi cuerpo, había sido cosificado. Traté de hacer o hice una dinámica de grupo y leí algo al azar en un libro que acabada de comprar y que trataba sobre el tiempo. No recuerdo cuál fue la respuesta del libro, pero la respuesta de los participantes del taller sí. Les pregunté si querían opinar algo con respecto a lo que dije, y el maestro respondió que rompí el ritmo. Cuando dijo esto me desconcerté, pensé que bromeaba, pero al darme cuenta de que no era así, decidí seguir con la dinámica y los hombres comenzaron a participar, me sorprendieron, pues mencionaron que no podía renunciar a la espera. Comencé a sentirme acalorada, quería contestarles, pero no lo hice. Se terminó mi participación y continuó la de alguien más.

Al salir del taller le comenté a “Lau” que me había sentido incómoda y me dijo que estuvo “padre” lo que había dicho, que le hizo pensar en cómo procrastinamos y de pronto aplicamos la espera en nosotras mismas. Después me encontré con otra chica, me comentó que se identificó con lo que dije, pues ella estuvo en una situación de una relación afectuosa donde esperó muchos años a alguien. Me dijo que en ese momento ella no pudo participar por miedo a quebrarse.

Más tarde, en una charla casual antes de un *performance*, dos profesores y yo hablamos sobre la importancia de cómo nos narramos. Al parecer mi participación los hizo pensar en que me narraba como víctima o algo por el estilo, los escuchaba y argumentaba que no era así. La plática fue pausada por un momento durante el *performance* y fue retomada después de la acción. Finalmente, uno de los profesores reconoció que él se encontraba como en la “narrativa del príncipe”, del caballero luchando contra dragones por su amada.

* * *

Dentro de las actividades del festival hubo un seminario en el que se trató el tema del arte, el cuerpo y el *performance*. En la charla participaron profesores y alumnos de la Universidad Autónoma de Zacatecas (UAZ). Al revisar las anotaciones que hice de ese día, observo que cada uno de los participantes tiene nociones distintas de lo que significa el arte contemporáneo: para uno de ellos, que fue cocreador de dos maestrías en Arte, la noción de arte contemporáneo es que se produce del 2000 a la fecha, mientras que para los otros tiene una datación distinta, por ejemplo, desde hace cien años.

Al final del seminario me sentí un poco distanciada de hacia dónde se había llegado en la discusión, quería participar, pero no encontré el momento oportuno, ¿espero? Esa espera me desesperó. Tenía ganas de que se conversara sobre la estrecha relación de los inicios de la *performance* en México con el movimiento feminista, pero en varias ocasiones dos personas descalificaron el feminismo. Sentí que en algún punto me invisibilizaron, o me invisibilicé. Un profesor abordó levemente el trabajo de una teórica de *performance* y de una *performer*, pues unas horas antes, durante el trayecto a Zacatecas, le comenté que en el seminario no habían mencionado a mujeres y le referí el trabajo de ellas.

* * *

Performance

Para el *performance* que quería hacer como ejercicio final del taller de Víctor Lerma, se me ocurrieron mil ideas, pero finalmente traté de simplificar lo más que pude. Con el eje de la memoria oral, pensé en realizar un “trueque de recuerdos”; la idea era intercambiar memorias, tratando de hacer algo distinto a otras interacciones de comunicación oral, como la de la confesión, en la que una persona narra una historia casi siempre de carácter íntimo y el otro solamente escucha, y situarme en un lugar público. Así propuse entrar en una dinámica distinta de la memoria oral en donde las dos partes (yo-interlocutor) compartiéramos un recuerdo, una narración.

Pensé en utilizar una cartulina verde fosforescente y escribir: “Trueque de recuerdos”. Entonces, recordé cómo en los mercados son utilizadas cartulinas para anunciar diversa información sobre sus productos, además de mi cercanía con la tradición del mercado por mi contexto familiar. Parte de mis familiares se han dedicado al comercio de alimentos, frutas, verduras y pan. Ellos han

trabajado en los mercados Reforma y Terán, en el Barrio de la Purísima y en el centro de la ciudad. Al pensar en ello me vinieron evocaciones de momentos de alegría, pero también de incomodidad, pues cuando era niña comencé a desenvolverme en ese ambiente con el que no me identificaba del todo, me parecía algo rudo.

Al final, descarté la idea de la cartulina. Pensé en utilizar plantas, semillas o flores, por lo que han representado para mí. Siguiendo la pauta que me puse, de simplificarlo pero no por ello no implicarme, decidí recolectar algunas de las flores de mi pequeño jardín y le pedí a mi mamá que recolectara algunas de sus flores para un *performance* que tenía que hacer. Violeta, lantana, buganvilia de varios colores, maracuyá, crossandra, malva.

* * *

Estoy sentada a un costado de la catedral de Zacatecas y frente al palacio de gobierno. Delante de mí, a unos 30 metros, se encuentra un grupo de hombres instalados en una carpa pequeña, manifestándose. Reclaman a la Minera Peñasquito, del grupo GoldCorp, y en una pancarta se lee: “Minera Peñasquito ¿para ti qué es justo?, llevamos casi dos años en conflicto laboral y no has ofrecido nada ¿Te dices empresa socialmente responsable?”, y en otra: “Me encuentro en huelga porque fui despedido de mi trabajo por la empresa Minera Peñasquito, el motivo de mi despido fue mi salud, que se me liquide conforme a la ley”.

Comienzo diciendo al grupo que realizaré un trueque de recuerdos, que compartiré recuerdos personales a quien se acerque conmigo y que ellos y ellas pueden compartir alguna memoria. Saco una manta azul de mi bolsa, la extiendo sobre el pavimento y me siento. Frente a mí coloco un recipiente de barro con flores para dar a quien participe. El primer participante es Víctor Lerma, se acerca lentamente, hago una instrucción con las manos para que se siente a mi lado, entonces comunico un recuerdo en tono muy bajo, como de secreto, y él a mí. Decido hacerlo de este modo para relacionarme uno por uno, jugando con el espacio público y privado, y con la situación de incomodidad que puede causar. Intercambio recuerdos personales con quienes participan. No sé qué pasará. Observo a los participantes del taller, conversan entre ellos, me miran, y miran el desarrollo de la acción, toman fotos y graban con sus celulares.

Conforme pasaban los minutos, me sentía más cómoda, al tiempo una perra se acercó y se quedó a mi lado. Aún no sabía bien qué pasaba, pensé en aspectos conscientes e inconsciente de los actos y del arte. Un perro se acercó

y la perra lo corrió, no se acercó más, pero observaba a cierta distancia. Al momento que pasaron los últimos participantes, otra perrita se acercó y terminó por instalarse en medio de las personas que compartimos recuerdos.



Figura 1. “Trueque de recuerdos”. Fotografía: Arely Becerra Poblano.

* * *



Figura 2. Participantes en “Trueque de recuerdos”. Fotografía: Arely Becerra Poblano.

Reminiscencias

En el proceso de mi formación en la universidad, en distintos momentos surgieron las siguientes preguntas: ¿qué es el arte?, ¿cuál es su función?, de ahí a las siguientes cuestiones: ¿qué es el *performance*?, ¿eso es arte? Las respuestas eran tan variadas que parecía complicado llegar a un consenso. No hay una definición fija sobre lo que es el *performance*, es más como lo define Antonio Prieto Stambaugh (2017), como una esponja mutante y nómada:

Es una esponja porque absorbe todo lo que encuentra a su paso: la lingüística, la ciencia de la comunicación y de la conducta, la antropología, el arte, los estudios escénicos, los estudios de género y los estudios poscoloniales, entre otros. Es mutante gracias a su asombrosa capacidad de transformación en una hueste de significados escurridizos: parte del latín *per-formare* (realizar) para, con el paso de los siglos, denotar en las lenguas francesas e inglesas desempeño, espectáculo, actuación, ejecución musical o dancística, representación teatral, arte acción conceptual, etc. Incluso muta de género al realizar un “travestismo” en países como España y Argentina, donde se conoce como la *performance*. Nuestra esponja es también nómada, ya que se la ha visto viajar sin necesidad de pasaporte de una disciplina a otra, y también de un país a otro, aunque su desplazamiento transfronterizo no ha estado exento de dificultades al mudar de lengua (p. 56).

Aunque a la fecha es un arte que se encuentra legitimado, aún existen contextos donde no es del todo reconocido, uno de esos contextos es el de Aguascalientes. Si bien es una práctica que va en aumento en esta ciudad y en otras de México, no es común que sea discutido en espacios teóricos, textuales y académicos.

Estudí la Licenciatura en Ciencias del Arte y Gestión Cultural, que en 2017 cambió su nombre a Estudios del Arte y Gestión Cultural, y durante el tránsito hubo lo que considero especie de lagunas importantes en la revisión del arte más cercano a nuestra época y a nuestro contexto. Sin embargo, menciono esta ambigüedad como “especie de lagunas”, porque desde la comunicación oral de la historia reciente del arte de Aguascalientes ya circulaba en nuestra memoria, oral, visual, estética.

El *performance art* ha sido para mí una herramienta de comprensión de mi contexto, del arte, de los procesos históricos, de las interacciones sociales, de los otros, de la estética, la política, de la sexualidad. En algún momento me identifiqué con postulados de algunos artistas, como el reconocermé desde la periferia, como lo otro, la otra, y desde la crítica de los discursos dominantes.

Referencias

- Alcázar, J. (2014). *Performance, un arte del yo: autobiografía, cuerpo e identidad*. México: Siglo XXI.
- Ellis, C., Brochner, A. y Adams, T. (2019). Autoetnografía: un panorama. En Bénard, S. (trad.). *Autoetnografía, una metodología cualitativa*. México: UAA y El Colegio de San Luis.
- Prieto, A. (2017). ¿Traducir *performance*? La representación subvertida. En Guzmán, A., Díaz, R. Cruz y W. Johnson, A. (ed.). *Dilemas de la representación: presencia, performance, poder*. México: UAM, ENAH, Juan Pablos Editor.
- Rambo, C. (2019). Un argumento para una narración en capas. En Bénard, S. (trad.). *Autoetnografía, una metodología cualitativa*. México: UAA y El Colegio de San Luis.

Inolvidable...

Bere Cortés Campos

Era 11 de mayo de 2012. No tengo presente cómo empezó ese día ni qué hice antes de salir de casa, pero recuerdo que el día anterior hablé con ella por teléfono y se escuchaba más animada.

* * *

Un par de semanas antes yo me había ido a la Ciudad de México a visitar museos. Allá pasé mi cumpleaños y al estar alejada físicamente de mi familia tuve la sensación de estar más cerca. Hablé por teléfono con mi mamá y con Isi (mi hermano pequeño), y también recibí un mensaje de mi papá con una felicitación que me conmovió. No sé si en esos días lo noté, pero las exposiciones que fui a visitar eran principalmente de artistas mujeres, más tarde pensé sobre eso...

Regresé de mi viaje y de pronto vi lo que no había tenido capacidad de ver. Mi madre estaba enferma desde muchos meses antes, pero viéndola a diario no me percataba de ello, pues conservaba la imagen que me había formado de ella desde pequeña. Sí, noté su drástica pérdida de peso y la falta de su sonrisa, sabía de sus dolores y falta de ánimo, pero me fui acostumbrando a ello porque en mi mente seguía la figura de la mujer fuerte, joven, que reía a carcajadas hasta que las lágrimas llegaban a causa de tanto reír.

Cuatro días de no verla y a mi regreso me encontré con una imagen muy cruda, con la de mi madre haciendo todo el esfuerzo del que era capaz para sostenerse. Decía que cualquier postura le incomodaba, le cansaba estar de pie, estar sentada y también estar acostada. Eran los calurosos meses de abril y mayo, y ella sentía frío en su cuerpo. Casi no comía, nos decía que cualquier comida le causaba asco y le provocaba vómito. Entre las visitas a médicos del Seguro Social y médicos particulares; entre la ingesta de medicamentos cada vez más fuertes para combatir primero a la supuesta gastritis y después a la aparente bacteria que tenía en su estómago; entre los análisis de orina, de sangre, ultrasonidos y demás estudios; entre distintos diagnósticos y la larga espera para visitar al especialista, ella perdió alrededor de 30 kilos. Todavía me pregunto cómo fui capaz de acostumbrarme a verla así, cómo no hice más, mucho más.

Llegué el miércoles por la madrugada a casa. Dormí unas horas y al levantarme le pedí que nos fuéramos en ese momento a Urgencias, le dije que no podíamos esperar más, que teníamos que insistir para que el especialista la viera de inmediato. Tomamos el taxi, ella, Isi (que apenas tenía siete años) y yo. En cinco minutos estábamos en la clínica. Ahí, estuve insistiendo que el caso de mi madre era urgente y que no podíamos esperar más. Pregunté si yo tenía que buscar personalmente al especialista para acelerar el trámite o qué debía hacer, pero la respuesta fue la misma: “Es inútil insistir, la fecha de consulta es el 15 de mayo y no se puede cambiar”. Sin atender a lo que me dijeron, quise irme a la clínica donde estaba el especialista, pero mi madre pidió que fuéramos al día siguiente pues se sentía muy cansada y quería regresar a casa... Nos regresamos.

No recuerdo qué hicimos las horas siguientes, supongo que mi mamá intentaba descansar mientras yo le contaba a mi hermanito sobre mi viaje. Por la tarde-noche yo participaría en una exposición colectiva, así que una vez que mis otros dos hermanos llegaron a casa yo me fui a la exposición. Cuando regresé, ella ya no estaba.

—¿Y mi papá y mi mamá?

—Están en el Seguro, mi papá llegó y se llevó a mi mamá a Urgencias, les dijeron que se estaba deshidratando y traía temperatura, así que la internaron.

Al día siguiente siguió internada, la trasladaron a la Clínica 2 y ahí estuvo varios días. Adán y Alejandro, mis hermanos, mayores de edad, pero menores que yo, estaban en la clínica durante el día y mi papá se quedaba por las noches a acompañarla. Yo me quedaba en casa, al pendiente de Isi. El domingo fui a ver a mi mamá en el horario de visitas. Estaba en un pasillo muy estrecho que se estaba usando como área de Urgencias, ya que la sala destinada para esa función se estaba remodelando. Traía una de esas batas de hospital, lucía su cabello suelto y en sus blancos brazos sobresalían los moretones causados por los constantes piquetes para canalizarla. Me dijo que se sentía un poco mejor y que quería irse de ahí, que le molestaba la cama y que la almohada era muy dura. Le contesté que le mandaría una almohada blandita de la casa. Era la hora de la comida, llevaron su plato y estuvo comiendo, no recuerdo si se terminó todo, pero no necesitaba mi ayuda para sostener la cuchara, creo que sólo ayudé a sostener un momento el plato.

Pasaron otros días más. No tengo certeza qué día era cuando, por la tarde y con un fuerte calor, entré a mi cuarto, me recosté y me quedé dormida. Entre sueños oí que me hablaba: “¡Hija!”, fue todo lo que escuché.

El miércoles por la tarde llegué a la casa, no recuerdo de dónde. Se cumplía una semana de que yo había regresado de viaje y también ella cumplía una semana de estar internada. Mis hermanos estaban justo a la entrada de la casa, se recargaron en la camioneta de mi papá estacionada enfrente, yo me recargué en la puerta de la casa.

Las palabras exactas de esa conversación no las recuerdo, pero creo que fueron algo así:

—¿Cómo sigue mi mamá?

—(Sollozando) Nos dijeron que ya no tiene remedio, que tiene cirrosis hepática y que ya no se puede hacer nada. Se va a morir.

No lo creí. Era demasiado duro para ser verdad, además, ¿Cómo que no se podía hacer nada?

—Hay que consultar otros médicos, hay que investigar sobre esa enfermedad, hay que buscar opciones. Ahorita mismo busco información, algo debe poder hacerse.

Estaba viendo a mi hermano, con el que pasé mi infancia y adolescencia peleando, derrumbarse y para mí era exagerado porque, según yo, lo adecuado era tener la cabeza fría para actuar más eficazmente. No debíamos derrumbarnos, teníamos que actuar. Era 9 de mayo... Estuve leyendo algo sobre cirrosis esa noche y la mañana del día siguiente.

Ese jueves 10 de mayo ella cumplía 47 años de edad. Cada 10 de mayo la felicitábamos doblemente: por su cumpleaños y por ser madre. Ese día no le regalé un pastel como solía hacerlo casi cada año, pues ella estaba en el hospital. Cada año mi abuelita materna, su madre, la felicitaba ya fuera en persona o por teléfono. Si era fin de semana nos reuníamos a festejar a las mamás, si caía entre semana las felicitaciones se hacían por teléfono y el festejo se hacía después.

Mi abuelita estaba en Los Campos, el pueblo del que somos originarios. Ella no sabía que mi mamá estaba internada en la clínica. Todos sabíamos y nadie le decía porque temíamos por su salud. Mi mamá había pedido que no le avisáramos, pero ocultarlo iba a ser insostenible pues ella llamaría para felicitar a mi mamá y no podríamos mentirle. Tal como lo presentíamos, ese día mi abuelita se enteró que mi mamá estaba en el hospital, le dijeron mi abuelito y mis tíos.

No sé hacia dónde nos trasladábamos, pero recuerdo (como entre sueños) que por la tarde Isi y yo íbamos en un coche y hablamos con mi mamá por teléfono, la felicitamos, le mandamos abrazos y le preguntamos cómo se sentía, nos dijo que un poco mejor, se escuchaba más animada. Nos habían avisado que al día siguiente la darían de alta del Seguro Social, pero la daban de alta porque ellos ya no podían hacer nada...

* * *

Vuelvo al 11 de mayo. Sigo sin recordar qué hice antes de salir de casa (antes de irme a la primaria donde trabajaba), pero alrededor del medio día fui a llevar unos documentos de un proyecto que planeaba hacer. Me llevé a Isi, calculando que para la hora de nuestro regreso mi mamá ya estaría en casa. No me equivoqué.

Tomamos el taxi de regreso y cuando llegamos lo primero que vi fue la camioneta de mi papá, ya estaban ahí, adentro de la casa. Mientras pagaba al taxista, se estacionó otra camioneta. Eran mi tío, el hermano mayor de mi mamá junto con mi abuelita materna. Bajamos al mismo tiempo de los vehículos, Isi entró corriendo a la casa a ver a su mamá, a mi mamá, a nuestra mamá. Yo me apresuré a darle el brazo a mi abuelita para que sirviera de apoyo para caminar, su pierna hacía años había perdido fuerza luego de una cirugía en la que al parecer a los médicos se les pasó la anestesia, por eso caminaba lentamente y con molestias. Entramos juntas a la habitación de mis padres. Mi mamá estaba en la cama, estaba tomando una bebida con un popote de un vaso que una vecina le sostenía. Levantó la mirada, esos ojos verdes que todo mundo le chuleaba y que con la pérdida de peso se veían más grandes, pero nunca tan grandes como en ese instante que vio a su madre observarla en ese estado. Tuve la sensación de que sus ojos se saldrían de sus cuencas.

—¿Puede hablar, hija?

—Sí, abuelita, ayer Isi y yo hablamos con ella por teléfono.

Di por hecho que podía hablar, yo la había escuchado el día anterior, no habían pasado 24 horas desde entonces. Pero aunque movía sus labios y hacía todo el esfuerzo por hablar, su voz estaba apagándose.

No estoy segura si fue antes o después de que mi abuelita me preguntara si mi mamá podía hablar que volteé a ver el espejo ubicado frente a la cama en la que estaba acostada mi madre. Vi el espejo, supongo que en un giro casual de mi cabeza, y el reflejo que me devolvió es una de las imágenes más terribles que tengo en mi mente. En el reflejo vi la imagen de la muerte, la muerte ocupando el cuerpo de mi madre. Supe, sentí, que ya no se podía hacer nada.

Ahora me pregunto si no miré el espejo como esperando que el reflejo que me enviara fuera distinto, no sé...

Volteé a ver a mi abuelita, una mujer pequeñita, extremadamente delgada y acabada por las enfermedades padecidas desde muy joven. Se sentó en la cama que estaba al lado, esa mujer a quien todos considerábamos frágil físicamente mostró toda la fortaleza del mundo: serenamente sostenía el rosario entre las manos, rezando y viendo a su hija agonizar.

Poco a poco la casa iba llenándose de gente, llegaban mis familiares maternos y paternos, mis abuelitos, mis tíos y tías, sus parejas, mis primos y primas, ahijadas y compadres de mis papás... Ya que todos querían entrar a ver a mi mamá, había que hacerlo por turnos, mientras unos entraban, otros salían.

En uno de esos momentos salí y vi a Isi en la cochera, alguien le pedía que no llorara porque mi mamá lo escucharía y se asustaría. Yo le pedí a Isi que me acompañara a mi cuarto, que estaba en el segundo piso de la casa. Entramos, cerré la puerta y le dije que podía llorar si lo necesitaba y que si quería gritar lo hiciera tomando una almohada para cubrirse la boca y evitar que el sonido se escapara. Lo hizo mientras yo también lloraba en silencio. No supe qué otra cosa podía hacer. ¡Qué palabras le podía decir a un niño de siete años que acababa de ver a su madre al borde de la muerte, si yo estaba pasando por lo mismo! Yo tenía 28 años y en la figura de Isi me veía a mí misma de siete años perdiendo a mi mamá.

Una de mis primas subió al cuarto y me dijo que se llevaría a Isi a su casa para que no estuviera todo el tiempo en ese ambiente. Bajamos y mientras ellos se iban yo me dirigí a la habitación de mis padres, me subí completamente a la cama en la que estaba mi mamá y ya no me fui de ahí. Nadie me dijo, pero supe que mi lugar era ese.

Estaba ahí intentando atender a lo que ella necesitara, me costaba mucho trabajo entender sus palabras porque con el paso de las horas su voz cada vez se apagaba más, yo hacía todo el esfuerzo por mantenerme concentrada y leer sus labios de manera adecuada. Hacía mucho calor y ella tenía sed, me pedía agua y le daba de beber, pero como sus pulmones gradualmente se iban llenando de líquido, pensé, sentí, que darle mucha agua aceleraría el proceso, ¿pero con qué derecho le podía negar el agua? Intenté con pequeños tragos y desesperadamente ella trataba de dar sorbos muy grandes, mientras yo controlaba rígidamente el vaso. Luego opté por humedecer gasas y mojarle los labios, me lavé cien veces las manos para humedecer otras tantas gasas.

—(Casi sin voz) ¿Por qué están todos aquí?

—Porque todos la queremos mucho, mamá.

Los familiares seguían entrando por turnos a la habitación, pero yo no me movía de ahí. Casi todos salían llorando. Yo no. En mi mente me decía a mí misma: “En este momento no te puedes derrumbar, Bere, tienes que estar

aquí para lo que se necesite”. No lloré y ni siquiera se quebró mi voz como suele hacerlo cuando estoy afectada emocionalmente.

Después de un rato llegó una de mis primas paternas que veía a mi mamá como su segunda madre y al verla llamó a una ambulancia para llevarla a otro hospital. Llegó la ambulancia, entraron los paramédicos a la habitación y al observarla una paramédico nos dijo a mi papá, a mis hermanos y a mí:

—La verdad, no tiene mucho sentido llevarla a otro lugar porque, en su estado, lo que harán en cualquier hospital será tenerla en un área controlada. No los dejarán pasar a verla, no podrán estar todos con ella como aquí en su casa. Si nos la llevamos no les podemos garantizar cuánto tiempo estará con vida, pueden ser semanas, días u horas. Llevarla sólo alargará su agonía y probablemente morirá sola en una habitación mientras ustedes están afuera. Pero si quieren que nos la llevemos, nosotros lo hacemos, sólo que, como está consciente, ella debe estar de acuerdo.

Mi papá se acercó a ella:

—¿Vamos al hospital, Tere? ¡Vamos a seguir luchando!

—(Moviendo sus labios) No, la mujer dice que no tiene caso.

Entró mi tío, el hermano mayor de mi mamá:

—Ándale, chaparrita, vámonos al hospital a que ahí los doctores hagan la lucha porque estés mejor.

Mi papá (dirigiéndose a mi abuelito materno):

—Chepe, ¡convénczala!

Mi abuelito (con los ojos llenos de lágrimas):

—Yo no le puedo insistir, si ella no se quiere ir.

Ninguno de los presentes queríamos verla sufrir, pero estábamos frente a un dilema muy fuerte, porque los paramédicos decían que no era buena idea llevarla a otro lugar, pero, ¿y si por alguna razón, un milagro o algo, los médicos podían salvarle la vida?

Justo en ese momento recordé que las personas que más le preocupaban a mi mamá, no sólo cuando estaba enferma sino desde mucho tiempo antes, eran mi abuelita (su madre, por su siempre tambaleante estado de salud) e Isi (mi hermanito, su hijo más pequeño de apenas siete años, que dependía mucho de ella). Le pedí que accediera a ir al hospital, que lo hiciera por Isi y por mi abuelita...

Su respuesta:

—No.

Llegaron a mi mente los recuerdos de algunas charlas que tuvimos cuando ella estaba enferma, mientras estaba sentada en el segundo piso de la casa, asoleándose:

—¿Qué quiere hacer cuando se recupere, mamá? ¿Qué le gustaría hacer o a dónde quisiera ir?

—Sólo quiero estar bien para cumplir con mis obligaciones.

“Cumplir con sus obligaciones”, una respuesta tan contundente como dolorosa para mí. No imagino otras palabras que pudieran dejarme tan claro que su vida estaba basada en servir a los demás. Cumplir con sus obligaciones significaba limpiar la casa, cocinar, lavar la ropa de mi padre y mis hermanos, estar ahí para lo que ellos necesitaran y también cuidar a mi abuelita cuando fuera posible.

—Bueno, pues entonces hay que echarle ganas para que esté bien. Yo sé que se desespera por no poder limpiar la casa, lavar y cocinar, aunque yo digo que mi papá y mis hermanos pueden hacer sus cosas, tal como yo hago las mías, pero si usted quiere ayudarlos necesita estar bien primero. Sé que se preocupa mucho por Isi y por mi abuelita, pero piense que si uno quiere ayudar a los demás primero necesita estar bien uno mismo, de lo contrario no puede ayudar a nadie. No le digo que no piense en los demás, pero primero piense en usted.

—Pues sí, tienes razón.

Estas conversaciones pasaban por mi cabeza en el preciso segundo que ella me respondía que no iría al hospital, a pesar de que le pedí que lo hiciera por Isi y mi abuelita. Esta vez ella no pensó primero en los demás, pensó primero en ella y yo me sentí la hija más orgullosa y al mismo tiempo la más devastada, porque mi mamá estaba pensando primero en ella, pero era en el momento en que estaba agonizando, estaba decidiendo dónde morir. Tampoco en ese momento lloré. Nadie más insistió, mi mamá había tomado su decisión y lo había hecho totalmente consciente.

La familia seguía en la casa: en la cocina, en la sala, en la cochera y en la calle. Una de sus ahijadas más queridas le habló por teléfono desde la Ciudad de México y uno de mis primos que vive en Estados Unidos también marcó para conversar con ella. Ellos le hablaban mientras ella los escuchaba y aunque contestaba moviendo sus labios, su voz ya no era audible. Prácticamente se despidió de todos sus seres queridos, a algunos les decía que se cuidaran. A mí no me dijo nada, no me pidió que me cuidara, ni que cuidara a mi papá, ni a mis hermanos, ni siquiera a Isi, el más pequeño. Todavía hoy me pregunto si fue porque no quiso presionarme confiando en que yo tomaría la mejor decisión o porque la decepcioné tanto que ya no valía la pena aconsejarme nada.

El tiempo pasaba, se hizo de noche y yo me preguntaba cuántas horas habían pasado y cuántas más íbamos a pasar todos allí, así. Por única vez en mi vida, pensé: “ojalá se muera ya”, nunca había pensando eso cuando discutía con ella, nunca le deseé la muerte, hasta ese momento en que la veía sufrir de esa manera... cada vez le costaba más respirar, poco a poco le íbamos agregando almohadas en su respaldo, porque nos percatamos de que entre más horizontal estaba, le era más difícil respirar. Respiraba por la boca y se escuchaban una especie de crujidos que provenían no sé si de su garganta o de sus pulmones.

Llegó Isi, mi papá había pedido que lo llevaran de casa de mi prima, lo condujeron al cuarto a despedirse de nuestra mamá... a un niño de siete años... Estábamos alrededor de ella, ahí estaba mi papá, estábamos sus hijos Adán, Alejandro, Isi y yo, además de mi única tía materna, Eva. Yo estaba sobre la cama a la derecha de mi mamá y Eva estaba a su izquierda, ambas sosteniendo su espalda para que Isi la alcanzara. Justo cuando salió Isi de la habitación, mi mamá hizo el último intento por tomar aire, mientras una especie de vómito salió de su boca, asfixiándola. Ese fue su último aliento.

* * *

—Hola

—Hola, ¿qué onda?

—Se me acaba de morir mi mamá...

—Ahhhmm... ¿Ya saben los demás, ya les avisaste?

—¿Los demás?

—Sí, Tanex y Rolando.

—Ahh... No, ahorita le marco a Tanex.

—¿Estás en tu casa?

—Sí.

—Ahorita nos vemos.

* * *

(Mensaje de texto)

—Oye, mi mamá acaba de morir.

—¿Dónde estás? ¿Estás sola o con quién andas?

—Estoy aquí en la casa, con toda mi familia.

—Ahorita voy para allá.

—Ok.

* * *

—Hija, ¿nos puedes buscar la ropa que quieres que le pongan a tu mamá?

—Sí, tía, ahorita la busco... Yo creo que este traje blanco está bien.

—Sí, es bonito.

* * *

—Les voy a dar este manto de la virgen de Guadalupe que le trajeron de la basílica, para que se lo pongan en el pecho cuando la arreglen.

—Sí, papá, está bien.

* * *

—Bere, voy a ir a la funeraria a pedir el ataúd, ¿quieres ir para que lo elijas tú?

—No, prefiero quedarme aquí con mi papá.

—Ok.

* * *

—Bere, te buscan, acá afuera.

—Voy.

—¿Cómo te sientes?

—Como si estuviera soñando...

—¿Se van a quedar aquí?

—No, nos vamos a ir a Los Campos en un ratito, allá la vamos a velar y a sepultar.

—Ok.

Realmente me sentía como si estuviera soñando, tal como le contesté a uno de mis mejores amigos, mientras salía de la casa acompañada de él. Al caminar hacia afuera iba pensando que hacía 28 años y 11 días mi madre y yo habíamos estado juntas librando otra batallada, posiblemente muy parecida, una batalla entre la vida y la muerte, porque así imagino las escenas de parto... 28 años y 11 días antes yo nací.

En aquella ocasión ambas salimos con vida, esta vez no fue así y con cada paso tenía una sensación en mi cuerpo de agotamiento y pensaba que tal vez así se sentían las parteras justo después de hacer su trabajo. Tal vez así se sintió la partera que atendió a mi mamá en mi nacimiento. No sé por qué pensé en la partera, pero no creí sentirme como una mujer que acaba de tener un parto.

Llegaron los papás de mi amigo y me sacaron de mis pensamientos sobre el día en que nací:

—Hola, hija, ¿cómo estás?

—Tranquila.

—Lo que necesites, aquí estamos.

—Sí, muchas gracias.

Estuvieron poco tiempo. En cuanto se fueron volví a entrar a la casa. Adentro todo era movimiento, todos se organizaban para distribuirse en los vehículos y trasladarnos a Los Campos.

Hasta donde recuerdo, yo me fui con mi papá en su camioneta. No estoy segura si él condujo o lo hizo alguien más. Era de noche e íbamos en caravana toda la familia hacia el pueblo. Supongo que pasaba de la media noche cuando llegamos allá, a nuestra casa. A esa casa que construyeron mi papá y mi abuelito materno y en la que viví desde que tenía aproximadamente un año de edad y hasta que nos mudamos a la ciudad de Aguascalientes.

Mi papá empezó a mover los sillones de la sala para dejar espacio libre y acomodar el ataúd en cuanto llegara la carroza. No pasó mucho tiempo para que llegara.

A partir de ahí volví a perder la noción del tiempo. Velamos a mi mamá lo que restaba de esa noche, todo el día sábado y la noche del sábado al domingo. La misa de cuerpo presente sería el domingo alrededor del mediodía.

De todas esas horas que estuvimos velando el cuerpo tengo presentes algunos momentos. Me recuerdo sentada en un sillón, en silencio; también me puedo ver de pie al lado del ataúd observando a mi mamá por el cristal y ver sus labios resecoos unidos por una línea blanca que, supongo, era el pegamento para que su boca luciera cerrada. El color de la piel me parecía ligeramente verdoso y aunque tuve la impresión de ver que su pecho y rostro subían y bajaban como si estuviera respirando no dije nada. Me repetí en silencio que mis ojos me estaban engañando (como consecuencia de verla tan fijamente en esas condiciones) y que decir algo iba a generar un drama innecesario. Mi mamá no merecía que su hija comenzara a tratar de convencer a los demás que ella estaba respirando y entonces se preocuparan, porque yo no estaba aceptando la realidad. Además, en todas esas horas, cada familiar, amigo y conocido que llegaba se acercaba a verla en el ataúd y nadie dijo verla respirar.

En los años que han pasado ha habido momentos en que vuelvo a preguntarme: ¿y si de verdad estaba respirando, y yo no dije nada? Y me repito nuevamente que mis ojos me engañaron.

También hubo dos momentos en los que pude salir mentalmente de todo ese entorno. Uno fue cuando llegaron en un coche Tanex, Argel y Rolando, mis tres amigos, compañeros, confidentes, soportes y guías en muchas ocasiones. Estuvieron apenas unos minutos o así lo percibí. No entraron a la casa, nos saludamos y me abrazaron afuera, justo frente al álamo que está dos casas delante de la nuestra. Aunque fue muy poco tiempo, agradecí verlos allá.

El otro momento fue cuando llegó Pedro, otro de mis amigos más cercanos y con el que en una época compartí pensamientos, preocupaciones y alegrías; con quien lloré de tristeza y con quien logré llorar de risa, como mi mamá lo hacía. Él tampoco entró a la casa, nos sentamos al lado de las escaleras de la entrada principal mientras volteábamos a ver el cielo. En la calle todavía estaban colgados los adornos de hule verde y amarillo que los vecinos colocan cada mes de marzo por el día de San José, santo patrono de Los Campos. El viento movía esas tiritas de hule mientras Pedro me decía que parecía como si fueran un piano. Pensar esa idea fue un respiro profundo para mi mente, era una imagen muy bonita que tenía sentido, frente a todo el sinsentido que había a mi alrededor.

Todo era como un sueño, desde mis ojos el ambiente estaba invadido de una lenta confusión. Tengo presente las palabras de muchas mujeres llegando a darme el pésame, sé que eran mis primas, tías, esposas de mis tíos, vecinas de Aguascalientes, vecinas de Los Campos, amigas y comadres de mi mamá. No recuerdo especialmente el rostro ni la voz de ninguna de ellas, sólo las frases que me decían: “Ahora tú eres la mamá de Isi”, “Ahora tú eres la mujer de la casa”, “Ahora te toca a ti cuidar a tu papá y a tus hermanos”. Yo me quedaba callada, escuchando esas palabras que sonaban como una lápida que enterraba mi sueños y mis decisiones. Quiero pensar que no se daban cuenta de lo cruel que eso era para mí. Todavía no podía asimilar el hecho de que mi mamá había fallecido horas antes y ya sentía que también las mujeres querían arrancarme la vida a mí, querían que dejara de ser quien era, para vivir otra vida cumpliendo con las labores que mi mamá ya no podría hacer.

El último recuerdo que tengo de todas esas horas fue un momento por la noche, supongo que del sábado. Me sentía muy cansada y el sueño me estaba venciendo. Mi papá me insistió en que me fuera a dormir, que me acostara en su cama porque la que yo suelo usar estaba ocupada. Así lo hice, pero me acosté bocabajo, en diagonal y a los pies de la cama con la intención de quedarme despierta y resistiéndome a acostarme en el lugar en el que dormía mi mamá en esa cama. Todo lo simbolizaba y trataba de evitar cualquier cosa o acción que pareciera que yo iba a ocupar su lugar; ella era y es irremplazable.

Llegó el domingo y se hacía la hora de ir a misa. No sé si me fui caminando al templo o en un vehículo, no sé si iba sola o acompañada. Recuerdo estar en el templo en una de las bancas más cercanas al altar, al lado del ataúd, del cuerpo de mi madre que estaba al centro, frente a San José.

Cuando terminó la misa salimos del templo y nos fuimos caminando rumbo al panteón. Los hombres de mi familia materna y paterna, así como amigos y conocidos de mis padres, cargaban en hombros el ataúd, turnándose en pequeñas distancias, como es frecuente en esas ocasiones en Los Campos. Yo iba caminando viendo al piso de pavimento desgastado por el uso y falta de mantenimiento. Levantaba la vista de vez en cuando y observaba el entorno descolorido, como una imagen editada con un filtro de desaturación. El sol seguramente quemaba, era alrededor de la una de la tarde del 13 de mayo, pero yo era incapaz de sentir ese calor.

Seguíamos avanzando rumbo al panteón. Hicimos una pausa justo al llegar frente a la casa de mis abuelitos maternos. Mi abuelito pidió que ingresaran el ataúd para despedir a mi mamá de la casa en la que vivió su infancia y juventud, hasta que se casó. La casa de sus padres y sus abuelos paternos, la primera casa de mi mamá.

Los hombres que en ese momento llevaban el ataúd en hombros, entraron sin bajarlo, se detuvieron un momento como presentando el cuerpo en esa tierra y salieron para continuar nuestro camino.

Casi llegando al panteón, se acercó mi amiga de la infancia, la que era inseparable y con la que comparto mi nombre. Iba acompañada de su novio y aunque lo llevaba tomado de la mano con la otra tomó la mía. Él había sido nuestro compañero de grupo en primaria y su mamá y su papá eran amigos cercanos de mis padres. Así que todos los que nos acompañaban tenían un lazo fuerte con la familia.

Al entrar al panteón ya estaba lista la bóveda en la que sería sepultada mi mamá, construida por uno de sus compadres que le pidió a mi papá que le permitiera a él darle ese último regalo a su comadre. Mientras introducían el ataúd en la bóveda y la cerraban con tabique y mezcla de cemento, yo estaba de pie al lado de mi papá tomándolo del brazo y creo que mis hermanos estaban del otro lado, aunque no estoy segura. Sólo recuerdo las palabras de mi papá:

—¡Hijos abrácenme, hoy es mi aniversario de bodas!

Veintinueve años antes él y mi mamá se estaban casando... Un 13 de mayo ellos se convirtieron en esposos y un 13 de mayo él estaba sepultando a su esposa. Lo abrazamos, supongo con la expresión más triste en nuestros rostros, en las peores circunstancias para felicitar a alguien por su aniversario. Yo seguía sin llorar, pero estaba rodeada de sollozos y llanto de muchos de los presentes.

Luego nos fuimos a la casa de mis abuelitos paternos, la esposa de uno de mis tíos se había encargado de preparar comida para toda la familia, decía que “con todo y pesar, tenemos que comer”. Mientras estábamos ahí, mi abuelita y mi tía maternas me pidieron que platicáramos en uno de los cuartos, las tres, a solas. Mi abuelita tomó la palabra:

—Hija, queremos pedirte que cuides mucho a tus hermanos y a tu papá. Cuida mucho a Isi, él está chiquito. Tú eres la indicada, como ya no está tu mamá ahora eres la mujer de la casa.

—Lo siento mucho de verdad, pero no voy a tomar el lugar de mi mamá. Ni puedo ni quiero. Nadie puede ocupar su lugar y no voy a ser yo quien quiera intentarlo siquiera. La mamá de Isi sigue siendo mi mamá y no va a tener otra. No porque haya fallecido deja de ser nuestra madre.

—Pero él está muy chiquito y necesita de cuidados. Si vivieran aquí, nosotras lo cuidaríamos, pero ustedes están allá en Aguascalientes y nosotras aquí.

—Sí, lo sé y yo lo cuidaré y ayudaré en la casa en lo que pueda, como todos lo debemos hacer. Pero yo no soy su mamá, yo sigo siendo su hermana y también yo perdí a mi mamá. No voy a dejar de trabajar para dedicarme a ser ama de casa. El tiempo va a pasar, mis hermanos y mi papá van a seguir con su vida... ¿y yo?... No voy a renunciar a mi vida, no voy a dejar de ser quien soy para quedarme sola cuando ellos ya no me necesiten.

—Está bien.

Tuve que armarme de todo el valor que pude para mantenerme firme frente a ellas, principalmente frente a mi abuelita, y no porque fuera autoritaria, sino por todo lo contrario. Esa mujer siempre cariñosa con todos sus nietos, incluida yo. Ella, que solamente conoció a su madre por medio de fotografías, pues falleció cuando ella tenía tres o cuatro meses de nacida. Ella que era un ejemplo de amor, paciencia y amabilidad para familiares, amigos y conocidos. Decirle que no fue muy complicado para mí y supongo que también para ella fue muy duro escuchar mi respuesta, pero no podía mentirle y creo que lo entendió.

* * *

Yo no quería asumir el papel de madre, no quería y no podía ser el pilar de la familia, no me iba a sacrificar para que mi sacrificio cohesionara y uniera a la familia (Gamboa y Orozco, 2012).¹ Toda mi vida había luchado por poder tomar mis decisiones, por ser dueña de mi tiempo, de mi cuerpo, de mis acciones. Aunque nunca discutí con mi mamá porque yo no tenía novio, ni porque no había señales de que quisiera ser madre algún día y era claro que la sola idea de imaginarme como ama de casa me disgustaba, pienso que ella tenía la esperanza de que en algún momento recapacitara o sintiera la necesidad de formar una familia, como ella lo hizo. El tener esa sensación de lo que ella esperaba de mí, su única hija mujer, significaba y todavía hoy significa una lucha interna para mí. No había necesidad de estar discutiendo por esos temas para saber que en cierta medida estaba defraudando a mi mamá.

Ella aprendió a ser madre desde niña, desempeñó ese rol atendiendo a mi abuelito y a mis tíos maternos debido a las frecuentes enfermedades de mi abuelita y sus correspondientes temporadas de hospitalización, cirugías y demás cuidados médicos. Fue por mucho tiempo la única hija mujer de la familia, teniendo dos hermanos mayores y tres menores, hasta que nació mi tía, la menor de todos. Entiendo que debido a eso asumió que a ella le correspondía atenderlos a todos, incluidas mi abuelita y mi tía cuando lo requerían.

A los 18 años se casó, casi un año después nació yo y después mis hermanos. Desempeñó el papel de madre siendo niña y siendo adulta. Frecuentemente pienso en el hecho de que su fecha de cumpleaños haya sido el 10 de mayo, como si de alguna manera estuviera predestinada a ser madre. También pienso en la mía, como si al haber nacido el Día del Niño indicara que siempre iba a querer ser niña, independientemente de mi edad. No creo en el destino, pero no deja de causarme inquietud lo significativo de las fechas en esta nuestra vida.

* * *

1 Según Gamboa y Orozco, “Desde las ideologías dominantes de género [] También las mujeres sostienen la maternidad de otro modo, como pilares de la familia. Se plantean su supuesto amor incondicional, su perseverancia, **pero sobre todo su sacrificio, como los elementos garantes de la buena marcha de la familia, como aquello que cohesiona y une a la familia.** No hay nada que una madre no hiciera por sus hijos, por el bien de la familia. Este lugar de sostén que ocupan las mujeres en las familias tradicionales es al mismo tiempo el lugar que las sostiene, lo que propicia el erguimiento de un poder tal, el materno, que se apropia de la mujer impidiéndole ver para otro lado” (p. 53). Las negritas son mías.

Regresamos a Aguascalientes, creo que el lunes, pues recuerdo que llegando me bañé después de varios días de no hacerlo. Me vestí y salí de la casa para dirigirme a unas oficinas a llevar unos documentos sobre un proyecto de educación artística que unos meses antes estaba preparando para enviar a una convocatoria. Intentaba seguir con mis planes y al mismo tiempo tener motivos para no estar en casa.

Al irme, vi a mi papá lavar la bata que usaba mi mamá al momento de fallecer y que estaba sucia por el vómito que la asfixió. Recuerdo que pensé: “¿Cómo puede hacer eso? ¿Cómo puede tener la fortaleza para tocar ese vómito que representa la muerte de mi mamá? Yo no tengo esa fortaleza, yo la tiraría a la basura”. Yo sentía miedo de que el vómito pudiera transmitir alguna infección y nos enfermáramos. Todavía recuerdo el olor de esa bata y del momento en que mi mamá se asfixió, todavía puedo sentir, aunque levemente, el sabor amargo que quedó penetrado en mi boca y que relacioné con ese olor. Ese sabor que, durante los días siguientes, intentaba quitarme comiendo cucharadas de azúcar... Los pensé como el olor y sabor de la muerte.

Los siguientes días, cuando yo estaba sola en casa sentía cierta energía y quería pensar que cada ruido que escuchaba era la presencia de mi mamá, no como fantasma, sino como una energía que me hacía sentir que no se había ido del todo.

Los nueve días que siguieron, por la tarde-noche, vecinas y algunos familiares asistían a nuestra casa en Aguascalientes para rezar el novenario pidiendo por el alma de mi madre. Lo mismo sucedía en nuestra casa de Los Campos, allá el rosario estaba a cargo de mis abuelitas y también se reunían amigas y familiares que viven en el pueblo. Ya que el novenario terminaba entre semana, allá decidieron continuar rezando los días siguientes hasta que llegara el sábado y nosotros asistiéramos a levantar la cruz (me parece que de cal) que habían puesto en el piso en el lugar donde había estado el ataúd.

Así, el sábado que volvimos rezaron el último rosario, yo no participé. Estaba en la habitación en la que generalmente duermo, cuya ventana da a la sala, en donde rezaban. Estaba acostada a oscuras escuchando las oraciones... al terminar cada misterio cantaban a coro fragmentos de canciones religiosas... “Oh, José tu favor imploramos,/en tus brazos queremos morir/y después de morir esperamos/hasta el cielo contigo subir/ [...]”.

Escuchar ese canto me despertó recuerdos de mi infancia, rezando con mi mamá, en esa calle de Los Alamos (en Los Campos). Recordé escuchar

a mi mamá, junto con otras mujeres, cantar esa canción a San José cuando se trasladaba la imagen del santo desde Letras a Los Campos para festejarlo el 19 de marzo... Comencé a llorar como una niña pequeña, como la de los recuerdos que se hicieron presentes en ese momento. Como si esa niña que era, y soy yo misma, se diera cuenta en ese instante de que su mamá falleció. No había llorado frente a mi mamá agonizando ni durante el funeral, ni los días siguientes, hasta ese momento y entonces sentía que no podía parar.

Cuando terminó el rosario era el momento de levantar la cruz. Mi papá había contratado a un grupo de señores que tocaban música de un género que desconozco. Eran hombres como de la edad de mis abuelitos, pero no recuerdo mucho más de ellos. Sólo sé que tocaban y cantaban de una forma tan triste que supongo se trataba de una especie de marcha fúnebre.

Ahí estábamos mi papá, mis tres hermanos y yo levantando esa cruz, rodeados de nuestros familiares más cercanos, todos llorando, al vernos levantar ese polvo como si éste fuera una extensión del cuerpo de mi mamá y le dijéramos nuevamente adiós.

En todo ese entorno me preguntaba si llevar a esos músicos no era ya demasiado drama, ¿no era como echarle sal a la herida? Tal vez lo era, pero no fue algo que yo pudiera decidir ni tampoco estaba segura de que al faltar la música el dolor hubiera sido menor.

* * *

Dos semanas después hubo un taller en la Universidad de las Artes, de donde egresé. El taller era sobre arte y archivo y fue impartido por Mónica Mayer, una artista feminista. Acudí a tomarlo, en el esfuerzo por continuar con mi vida. Aunque Mónica nos habló de archivos, también nos mencionó una acción performática que había desarrollado en conjunto con otras artistas y activistas en la Ciudad de México. La acción fue titulada “La protesta del día después”, haciendo alusión a la fecha en la que se realizó (el 11 de mayo, un día después del Día de la Madre) y me parece que también con referencia a la píldora del día siguiente (método anticonceptivo de emergencia).

En esa acción-marcha, Mónica, otras mujeres y algunos hombres, llevaban pancartas y recitaban la frase “Una maternidad secuestrada es” seguida de respuestas como tener que elegir entre tener una familia y una carrera, que te digan que estás obligada a tener los hijos que dios te mande, embarazarse por no saber que existen los anticonceptivos, que te digan que sólo serás una

verdadera mujer cuando seas madre, que te digan que eres egoísta porque no quieres ser madre, que te pongan a atender a tus hermanos para que aprendas a cuidar a tus hijos, entre muchas otras.²

Otra vez la coincidencia de las fechas... La marcha denunciando distintas situaciones que representan el secuestro de la maternidad se llevó a cabo justo el mismo día que mi madre murió. Mientras escuchaba a Mónica contarnos sobre la acción, imaginaba dos escenarios simultáneos: el primero, la habitación de mis padres y en ella yo al lado de mi madre agonizando; y el segundo, el zócalo de la Ciudad de México con un grupo de mujeres y hombres protestando contra distintos factores legales, médicos, sociales que, al limitar, mutilar, forzar o imponer la maternidad, impiden el ejercicio de maternidades dignas, voluntarias y dichosas.

Aunque ya había pensado hacer algo con los hilos de colores de mi mamá con los que bordaba las servilletas, casi siempre en punto de cruz, fue mientras tomaba el taller con Mónica Mayer que tomé la decisión de usarlos para una pieza en la que invitaría a las mujeres cercanas a mi madre a bordar una frase. Ésta haría referencia a lo que yo le decía a mí mamá cuando estaba enferma: “Primero piense en usted”.

Mi idea era realizar sesiones con varios grupos de mujeres, algunas que viven en Aguascalientes y otras en Los Campos, para invitarlas a bordar, proporcionándoles tela, aros, aguja y además hilos de los que dejó mi madre. También contemplaba la posibilidad de enseñar a bordar a quienes no supieran, pues mi madre me había enseñado el punto de cruz, insistiéndome incluso que el reverso debía mostrar el hilo en un solo sentido. De esta manera, esa actividad requería paciencia, conocimiento y un cierto grado de destreza mental para hacerla bien.

No tengo claro cuánto tiempo pasó antes de que tuviera el valor de comenzar a plantear esta actividad a mi abuelita y a mi tía materna, y posteriormente a mis primas y a las esposas de mis tíos, pero llevamos a cabo varias sesiones en

2 Como parte del mismo proyecto, Mónica Mayer también creó un grupo de Facebook llamado “Una maternidad secuestrada es:”, al que me uní luego de tomar el taller con esta artista y en el que participan muchas mujeres, hasta la fecha, abordando cuestiones vinculadas con la maternidad desde una perspectiva feminista. Una parte del texto que congregó a las mujeres participantes, citado en el mismo sitio, señala: “¿Quién define lo que es la maternidad y cómo la asumimos? ¿Qué mecanismos se ejercen desde la familia, la escuela y la sociedad para imponer las ideas rígidas de la maternidad que muchas rechazamos? ¿Cómo se nos obliga a ser madres o cómo se nos niega la libertad de serlo?”

las que yo les proporcioné los materiales y enseñé a bordar a algunas de ellas como lo había previsto. Sin embargo, algo que no pude hacer fue explicar del todo por qué estábamos bordando las frases “Primero pienso en mí”, “Primero piense en usted” o “Primero piensa en ti”, según las tres variantes que diseñé. No lo expliqué porque, a pesar de que tenía la intención de hacerlo, al último momento me sentía insegura y sabía que si lo intentaba mi voz se iba a quebrar, iba a romper en llanto y no podría hablar.

En este proceso surgieron cosas que me sorprendieron de forma positiva: inesperadamente, también algunos de mis primos (niños y adolescentes hombres) se interesaron por bordar y estuvieron haciéndolo por momentos. Me resultó muy conmovedor cuando vi que uno de mis primos que perdió un brazo en un accidente algunos años antes (siendo muy pequeño) tomaba la aguja con el hilo mientras otro de nuestros primos le sostenía los aros con la tela tensada para que pudiera introducir la aguja. Asimismo, me entusiasmó ver a mi abuelita materna usar sus lentes con muchísimo aumento para bordar las servilletas y me impresionó saber que se interesó tanto, al punto de que luego decidió agregarles el bordado de canastas con flores o pajaritos que ella misma creó usando su imaginación, es decir, sin copiar una plantilla.

Aunque todavía hoy considero que el proyecto quedó truncado al no hacer sesiones con más mujeres cercanas a mi madre, tal como lo había planeado, y al no mencionar el motivo de las frases bordadas en las sesiones que sí se llevaron a cabo, los resultados que obtuve son valiosos para mí, pues tengo fotografías, videos y servilletas de ese proceso. Además, no he descartado la posibilidad de retomar la actividad en un futuro.

* * *



Figura 1.



Figura 2.



Figura 3.

Figura 1. Sesión de bordado. Fotografía: Bere Cortés Campos.

Figura 2. Sesión de bordado. Fotografía: Bere Cortés Campos.

Figura 3. "Primero pienso en mí". Fotografía: Bere Cortés Campos.

El tiempo iba pasando y se acercaba el primer aniversario luctuoso de mi mamá cuando mi papá decidió organizar una comida en Los Campos para familiares y amigos cercanos en recuerdo y homenaje a la vida de mi madre. Entonces me pidió que hiciera un video con las fotos de mi mamá y una lista de canciones que él y mis hermanos habían elegido.

Ellos se trasladaron a Los Campos un día antes del homenaje para encargarse de organizar lo necesario para la comida, yo me quedé en casa en Aguascalientes y estuve casi toda la noche realizando tres videos. Los más complicados que he hecho. Editaba unos segundos y al ver y escuchar el avance, lloraba "a grito abierto" (como dicen en mi pueblo).

Esta vez yo les canto con dolor.
Mi cantar tiene matices de tristeza.
A quien le debo lo que tengo y lo que soy
humildemente le dedico mi canción.

Nuestra casa sin ti ya no es igual.
 El rostro de papá se ha transformado.
 Su mirada has de saber cuánto ha llorado
 desde el día en que en nuestra casa ya no estás.

Inolvidable amor, inolvidable
 es el tuyo querida, cómo no recordarte
 inolvidable amor, inolvidable.
 Cuánta falta nos hace tu cariño, mamá (...)
 (Los Yonic's)

Casi no dormí, pero al día siguiente me fui a Los Campos. Por la noche, mientras estábamos reunidos, mi papá les comentaba a sus compadres y algunos de mis tíos que él me había pedido que hiciera algunos videos en homenaje a mi mamá y que sabía todo lo que me había costado hacerlos. No pude decir palabra alguna, lloraba en silencio mientras veíamos los tres videos que hice utilizando canciones que me había proporcionado mi papá y que le gustaban tanto a él como a mi mamá.

La vida siguió su curso y muchas veces me he sentido culpable por seguir sin ella. Los cuatro primeros años todavía me sorprendía a mí misma diciéndome internamente “le voy a preguntar a mi mamá” cuando me surgía alguna duda sobre algo que ella sabría y en el instante caía en la cuenta de que ya no le podía preguntar, de que ya no estaba físicamente.

Ya casi no la sueño, pero en todos los sueños que he tenido después de que falleció, ella está viva. Nunca la he soñado como fantasma, ni nada por el estilo. En mis sueños está viva, sana y contenta. En el que tengo más presente, ella llegaba del hospital vestida con un traje verde, subía la escalera, de manera que yo salía apresurada a recibirla mientras ella me decía: “Ya regresé hija, ya estoy bien”.

Han pasado más de siete años... Me han dicho que ya no le llore, que la deje descansar en paz. Otras personas me dicen que ya la deje ir, que no piense tanto en ella. Pero, ¿cómo podría hacerlo?... Según Gilberto Giménez, cada una de las personas entrañables de nuestra red personal de relaciones íntimas funciona como alter ego, es decir como otro yo, como extensión y doble de uno mismo. De manera que la desaparición de tales personas, ya sea por alejamiento o por muerte, “se sentiría como una herida, como una mutilación, como una incompletud dolorosa” (2007, p. 65).

Así, la muerte de mi mamá significaría que una parte de mí murió con ella. Quizá eso es lo que no quiero aceptar, tal vez soy muy egoísta y lo que quiero es mantenerme a mí completa. Pero así como ella era una parte muy importante de mi vida, yo misma soy una extensión suya. No sólo genéticamente. También me educó y permitió que fuera quien soy, me dio la posibilidad de tomar mis decisiones, de ser dueña de mi vida y de mi cuerpo, a pesar de lo difícil que imagino era para ella. Lamentablemente me di cuenta hasta que ya no estuvo físicamente a mi lado.

No pretendo hacer una apología del dolor, sé que debo intentar pensar “primero en mí” y cuidar mi salud mental y emocional... Aunque tengo muchos recuerdos tristes sobre ella, tengo también muchos otros que son alegres. La recuerdo llorando de risa, bailando con mi tío en las fiestas y también en casa cantando con mi papá:

—¿Me quieres?

—Te quiero. Por ti yo siento un cariño,
desde que éramos niños
yo te quiero y también te amo
[...]

Es tan hermoso saber que en ti piensa otro ser y al fin de este siglo.

Tú y yo somos alguien que tienen y sienten cariño sincero.

Por eso siempre tú y yo vivimos así, felices, serenos.

Tú cuentas conmigo, yo cuento contigo
en cualquier instante y en cualquier terreno. [...]

(Juan Gabriel)

En mi mente y en mi corazón sigue viva... vive en mis recuerdos. No creo que pueda, pero en todo caso, no quiero olvidarla.



Figura 4. Teresa Campos Cano, mi madre. Fotografía: Colección personal.

Referencias

- Aguilera, A. (s/f). *El destino* (canción interpretada por Juan Gabriel acompañado de Rocío Durcal). Video consultado en el sitio <https://www.youtube.com/watch?v=gYBfh2sVDY>.
- Gamboa, F. y Orozco, M. (2012). De madres e hijas y nuevas maternidades. *La Ventana. Revista de Estudios de Género*, 36, 2012. Recuperado de: http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_abstract&pid=S1405-94362012000200004&lng=es&nrm=iso.
- Giménez, G. (2007). *Estudios sobre la cultura y las identidades sociales*. México: Conaculta-ITESO.
- Mayer, M. (2012). *Una maternidad secuestrada es:* (Grupo público de Facebook) <https://www.facebook.com/groups/UnaMaternidadSecuestradaEs/about/>.
- Mayer, M. (2013). La protesta del día después, un año después. *De archivos y redes: un proyecto sobre la integración y reactivación de archivos*. Recuperado de: <http://www.pintomiraya.com/redes/archivo-ana-victoria-jimenez/item/94-la-protesta-del-d%C3%ADa-despu>.
- Quevedo, R. (s/f). *Inolvidable amor* (canción interpretada por el grupo musical llamado Los Yonic's).



Construyendo mi masculinidad

Xicoténcatl Domínguez Cornejo

Las artes creativas son una lente mediante la cual observamos el mundo.

*La ciencia analítica es otro. Vemos mejor con dos lentes;
vemos aún mejor con los lentes enfocados y magnificados.*

Laurel Richardson

De las infinitas posibilidades que nos ofrece la realidad, de las decisiones y circunstancias azarosas que conforman nuestra experiencia de vida, existen momentos que quedan más marcados que otros. Regularmente los recuerdos pueden distorsionarse con el paso del tiempo y hay un intento de recuperarlos, de hacer memoria para poder aprender, sanar, reír o llorar. El ejercicio de la nostalgia se presenta e incide en los sentimientos, puede causar confort o dolor, es cuando los recuerdos ayudan a entender, razonar y construir inteligencia emocional.

En el proceso de investigación de mi proyecto de tesis tuve un acercamiento a metodologías cualitativas sociales con la idea de analizar el fenómeno social del suicidio en su contexto y de mi experiencia con él. Al investigar sobre los métodos que podrían ser útiles para el proyecto, que conlleva la realización de una pieza escénica, la etnografía fue un primer acercamiento para vincular una metodología académica al proceso creativo de la construcción de la obra.

Por sus características, la etnografía apoya la interpretación de las personas acerca de lo que ellas mismas hacen, es la descripción que hacen los participantes de un fenómeno sobre el mismo. Eduardo Restrepo abunda en que al estudio etnográfico “le interesa tanto las prácticas (lo que las personas hacen) como los significados que estas prácticas adquieren para quienes las realizan (la perspectiva de las personas sobre estas prácticas)” (2016, pág. 16). El proceso de creación de la pieza que involucra las experiencias personales, se llama biodrama (de biografía y drama, por el teatro), es así como un participante del grupo que se plantea investigar es el mismo sujeto de estudio. Por ello la etnografía no cumplía con las necesidades del proyecto. Necesitaba una certeza académica, no sólo artística, para la sustentación teórica de mi proyecto. Dentro de esta búsqueda se presentó la oportunidad de asistir a la clase de Autoetnografía Evocativa impartida por la doctora Silvia Bénard Calva. La pertinencia de la autoetnografía es porque “se enfoca en la experiencia subjetiva del escritor” (Betancourt Fraire, 2016, pág. 11).

La autoetnografía o narrativa evocativa se inscribe en el proyecto como pilar del planteamiento académico, con el cual se llega a un análisis global de la cultura a partir de los datos autobiográficos que proporciona el investigador (Chang, 2008). En este sentido, la autoreflexión y la autoexaminación llevan al investigador al entendimiento de sí mismo y de su entorno (Chang, 2008). Al plasmar un suceso significativo del pasado, narrarlo de manera evocativa, provoca en el lector una mayor referencia y empatía. Aunque no sólo basta con escribir lo que ha sucedido, el investigador debe tener un bagaje cultural para poder analizar y comprender cada una de las situaciones y sucesos que transmite a través de las palabras (Méndez, 2013).

La autoetnografía se plantea la importancia del yo para llegar al conocimiento:

Poner el yo en la imagen es todo un reto en este contexto (en el cual se circunscribe la investigación del autoetnógrafo), pero poniendo en riesgo la noción del yo, ello abre lugares de vulnerabilidad y también puede ser una oportunidad para la revisión radical de categorías de pensamiento y acción, incluyendo aquellos que cruzan fronteras entre campos o profesiones (traducción propia) (Denshire y Lee, 2013, p. 224).

La autoetnografía es un método que demuestra la potencia de la voz personal, del yo circunscrito en un contexto definido. Sally Denshire menciona que la autoetnografía está en los límites entre “la pasión y el intelecto, el análisis y la subjetividad, la etnografía y la autobiografía, el arte y la vida” (2013, pág. 9).

Al comenzar a conocer, entender y estudiar la autoetnografía, el proyecto se fue transformando en una serie de narraciones donde hago un recuento de los momentos significativos que me han llevado, en mi entender, a ser parte del fenómeno del suicidio en Aguascalientes; busco llegar a un mejor entendimiento del objeto de estudio, su aportación en el proceso creativo y en el proyecto mismo. Planteando desde la importancia del teatro como profesión, de mi relación de pareja, mi visión sobre la masculinidad y mi violencia.

En la asignatura de Autoetnografía Evocativa se redactaron varios textos a partir de momentos específicos de la vida de cada participante, llegando a un análisis y reflexión sobre el suceso. Es así como desarrollé los presentes escritos, puestos para su valoración, y que con mi experiencia se llegue a una generación de conciencia o conocimiento.

Presento dos textos escritos para hablar de la masculinidad, la herencia y la culpa que me han provocado situaciones o eventos que llevan a una reflexión personal, que es la base para la conformación de la pieza escénica. Con la variedad de escritos autoetnográficos se creó la puesta en escena parte del proyecto inicial. El primero es acerca de las circunstancias de un viaje a Ciudad de México (CDMX) para presentar una ponencia y otro sobre el suicidio de Armando Vega-Gil,¹ ambos desde un análisis y perspectiva muy personal, tal como la autoetnografía dicta que sea.

1 Bajista, compositor y escritor. Antropólogo egresado de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH). Fundador de la banda de rock mexicano Botellita de Jerez. Publicó más de treinta libros de novela, cuento y libros para niños. Fue columnista en revistas y periódicos, guionista de cine y televisión. Incursionó en la fotografía y la animación. El primero de abril de 2019 se suicidó dejando una carta de despedida en su cuenta de Twitter en respuesta a la acusación sobre su presunto acoso a una niña de 14 años, hacía más de 20 años. Dijo en esa carta que no quería manchar su carrera ni a su hijo.

Fragmentos

El martes 29 de octubre de 2019 en la tarde me aprestaba a organizar mis cosas para ir al VIII Coloquio Internacional de Teatro Latinoamericano “Filiás y fobias en el teatro latinoamericano actual”, organizado por la Universidad Iberoamericana en la Ciudad de México. Mi ropa, dos playeras, dos camisas, un pantalón, un suéter, tres calzones y tres pares de calcetines. Todo bien doblado y acomodado para que cupiera en mi mochila (*backpack*), ahí también iba mi computadora portátil, el cargador, desodorante, champú, pasta dental, crema, cepillo de dientes, peine y jabón. Por no dejar, también me lleve mi toalla. Iba a un Airbnb, por lo económico que resultó para mi estancia, sólo 600 pesos las tres noches. Estaría en la CDMX del 30 de octubre al 2 de noviembre, el coloquio tendría fin la noche del día primero, así que decidí que era más cómodo quedarse a dormir que viajar de Santa Fe al sur de la ciudad hasta la central norte, donde podría tomar un camión a Aguascalientes a esas horas de la noche. Era la primera vez que usaba el servicio de Airbnb, por lo cual no sabía qué diferencias tendría con un hotel, como dice el dicho: “más vale prevenir que lamentar”.

Con mi maleta hecha, también tuve la precaución de llevar un frasco con tapa y medida para tomar la cantidad de orina que estaba evacuando con la sonda. El domingo anterior me habían retirado la bolsa de drenaje de orina, el urólogo del ISSSTE no vio dificultades para que viajara con la sonda vesical, después de la infección de vejiga que tuve dos semanas atrás. Debía de anotar la cantidad de orina que evacuaba y anotarla para la siguiente cita que sería el 3 de noviembre. Por ello, al comprar el boleto escogí un asiento cercano al baño del autobús. Di de cenar a mi hijo menor y a mi pareja, me despedí de mis dos hijos porque tenían que dormir y mi pareja me llevó a la central poco antes de las 23:30 horas.

Ahí me despedí de mi pareja, siempre este tipo de encuentros y desencuentros de las centrales me recuerdan al inicio y final de la película *Love Actually* –tengo el gusto culposo por las comedias románticas, aunque en ellas se plasmen todos los mitos de amor romántico patriarcal que han creado una idea de amor que es obsoleta y que crea una ilusión en mujeres y hombres de relaciones verticales, posesivas o hasta imposibles–. Ella y yo estamos en una reestructuración de nuestra relación, después de muchos desencuentros. Estamos intentando una relación horizontal, de respeto y cuidado, entre no-

sotros y nuestros hijos. Pocas veces nos separamos y ello complica un poco la despedida.

Antes de subir al camión tuve que pasar al baño, recorrí todos los andenes, hasta que un joven cargador amablemente me dijo que el baño estaba a la otra orilla, fui lo más rápido que pude, desde que me quitaron la bolsa, las ganas de orinar parecían muy fuertes y parecía que no iba a aguantar, en cualquier momento sentía que me orinaría encima con la ropa puesta. Llegué al baño y tuve que depositar cinco pesos, no traía cambio, tenía que regresarme por el andén para ver quién tenía cambio. Un señor cargador me hizo el favor de cambiarme un billete de 20 pesos, regresé al baño con unas ganas de orinar muy fuerte y faltando cuatro minutos para que saliera el camión. Entré rápido al baño, casi me atoro con mi mochila a la espalda en la puerta giratoria, entré a un cubículo, saqué el bote, le quité la tapa, me desabroché el pantalón y eché 240 mililitros en el bote, los anoté en la hoja, anoté el día y la hora. Ya con mayor soltura y tranquilidad terminé de realizar la rutina: echar el orín en la taza, enjuagar el frasco, lavarme las manos, obvio, abrocharme el pantalón.

Salí rápido para subir inmediatamente al camión, me ofrecieron jugo o refresco, por mi infección he decidido dejar de tomar refresco, aunque el jugo procesado tampoco es mejor, pero opté por el jugo, una botella de agua y unas galletas. Subo y tomo mi asiento. A veces el destino, dicen, nos juega unas malas pasadas, sobre todo cuando uno menos las necesita. Por saturación, sólo había cuatro asientos disponibles, todos en ventana y así que escogí el más cercano al baño. Junto a mí estaba sentado un señor de 1.80 metros, con visible sobrepeso y que en el futuro sería un obstáculo entre el baño y yo. Afortunadamente, después de molestarlo una vez, él se cambió de lugar, cargando a su hijo que iba solo en el asiento de adelante. Así que después de las cuatro de la mañana viajé con dos asientos para mí solo.

La llegada a la Ciudad de México a las seis de la mañana siempre es adrenalínica, hay movimiento por todos lados, la gente ya entra y sale del metro, hay una fila de cincuenta personas para abordar un taxi seguro. A mí me gusta viajar en metro, a los lugares que voy, se llega en metro y si no, de ahí sale un camión que te lleva a tu destino. Ingreso al metro, compro cuatro boletos y voy rumbo a los andenes, rumbo a La Raza a transbordar, ver el túnel de la ciencia y el de las estrellas y constelaciones. A velocidad rápida, no hay tiempo para contemplar mucho, tengo que estar a las nueve en la Ibero y no sé si alcanzaré a llegar a tiempo. Ese día iniciaba el coloquio y la primera mesa, incluso

antes de la inauguración, era en la que participaba con mi ponencia sobre el proyecto que estoy haciendo para la maestría. En la línea tres bajé en Centro Médico, aunque también pude bajar en Balderas, pero con el mal recuerdo de la canción de El Tri mejor decidí seguir y bajar dos estaciones más adelante, mientras tataba la canción “fue en la estación del metro Balderas donde quedó la huella de nuestro amor”.

Ya en Centro Médico transbordé a la línea nueve, se nota la diferencia. Mientras las líneas uno, dos y tres, para mí, son en las que siempre estás cuidándote, tratando de abrirte paso y lugar, en la línea nueve hasta parecía que se respiraba un aire de calma, había menos gente y, por lo tanto, menos empujones. Además, los vagones eran más modernos y limpios. Mi última parada era Tacubaya, yo nací ahí, o al menos eso dice mi mamá. Al salir del metro, junto al mercado, se siente ese bullicio de gente, de puestos, de café, atole, tamales, chilaquiles que me atrapa y me siento a gusto, no me incomoda ni me asusta.

Supongo que mi acento, después de treinta años de no vivir en el D.F. –ahora CDMX–, es del centro del país, pero yo me muevo como si nada. Claro que anteriormente había tenido la precaución de estudiar la ruta para llegar a la Ibero. Primero llegar al metro Tacubaya u Observatorio, tomar una pesera o micro que llegara a la Ibero o a Televisa o al Centro Comercial Santa Fe y bajarme en la puerta de acceso 12. Sólo pregunté por la parada del micro, ya eran las 7:50 de la mañana y, por la distancia que aparece en Google Maps, supuse que no más de media hora de camino. Subí rápidamente al micro que decía “Directo a Ibero-Santa Fe”. Al subir tan rápido creí que tendría tiempo de llegar y poder relajarme, checar mi ponencia y ponerme listo para la mesa sin mayores contratiempos. Podría en este momento culpar al destino, pero la verdad es que el tráfico en la CDMX es el infierno a cuenta gotas. Una hora con veinte minutos duró el trayecto, con el nerviosismo que a uno le da cuando no conoce la ruta y está al pendiente de cada calle que pasa, de cada semáforo y adelanta la mirada al frente para ver si hay alguna señal del destino. Aunque gracias a este parsimonioso andar, pude localizar la calle donde estaba el cuarto que había rentado en Airbnb, en pleno pueblo de Santa Fe, zona urbana popular, donde, según mi tía, te bajaban los calzones sin quitarte el pantalón. A las 9:10 llegué a la puerta de acceso 12, dejé mi INE, me dieron un gafete de visitante y entré, una señorita me indicó el camino en las instalaciones. Es una universidad de primer mundo, alrededor del campus, es un gran primer mundo, ahí era el coloquio, llegué a tiempo.

En mis paseos por el campus pude observar las instalaciones de la universidad, el auditorio estaba junto al área de Diseño textil y de Modas. Vi los salones amplios con las mesas de trabajo, los maniquís, las máquinas de coser profesionales, todo lo que una gran colegiatura puede pagar. En México, como en muchas partes del mundo neoliberal, la delantera la tiene la educación privada, con mejores instalaciones, con mejor equipamiento, y al salir de alguna universidad privada las oportunidades de trabajo son mayores a las de los egresados de escuelas públicas.² Alguna vez, discutiendo con unos compañeros de universidad, analizábamos el currículo y cómo direccionaba la enseñanza hacia una subordinación, mientras planteábamos que en el Tec de Monterrey o la Ibero dirigen la enseñanza a ser emprendedores o estar en un puesto directivo de cualquier empresa.

Me sentía fuera de lugar, existe un sentimiento de inferioridad que está plasmado en la clase trabajadora que intenta con el estudio tener cierta movilidad social, que al final no siempre es así. Puedes lograr tener un doctorado, pero estarás dentro del sistema educativo teniendo un sueldo razonable o intentando colocarte en una empresa que no te pagará de acuerdo a las aptitudes y estudios hechos; divagaciones que se dan al estar en un espacio que sobrepasa a lo conocido y que llega a ser agreste con quien no está familiarizado con tanta ostentación. Me registré, confirmaron mi pago de 1,425.00 pesos y me dieron mi *kit*: una bolsa, un libro, una libreta pequeña, una taza, un folder, el programa del coloquio y mi gafete. Quizá por la excitación o la preocupación del tiempo no había tenido ganas de orinar, pero después del registro tuve que pasar al baño, la última vez fue en los baños de la central del norte.

Saliendo, entré a la sala de conferencias y descubrí, gracias a los personalizadores, mi lugar en la mesa y tomé mi asiento. Me sentí como pez fuera del agua. Aunque tengo más de veinte años dedicándome al teatro, nunca había asistido a un evento académico de esta índole. Sabía que había creadores e investigadores, pero no había ahí ningún conocido. Por un momento me invadió la sensación de estar en el lugar inadecuado, de no pertenecer a este ambiente, de no tener la capacidad para demostrar mi lugar aquí. ¿Y si mi proyecto no era adecuado para el coloquio, si había hecho un resumen que

2 “Asistir a un instituto de educación privada permite acceder a ciertos bienes privados. Por ejemplo, pagar por asistir a un colegio exclusivo va a permitir que mis hijos se pongan en contacto con un ambiente social exclusivo. Eso va a mejorar su cartera de contactos, lo que probablemente les dé mejores oportunidades de conseguir opciones laborales atractivas cuando sean adultos” (Da Silveira, 2016, p. 206).

había creado falsas expectativas, si no tenía la capacidad retórica o intelectual para afrontar a los que estaban de público? Sabía que estaba la subdirectora del CITRU,³ el director de la revista *Investigación Teatral*, Antonio Prieto. Tenía a varias personalidades frente a mí como público y me sentía desprotegido, fuera de mi entorno de seguridad y confort. Las ponencias que he realizado en la ciudad de Aguascalientes o en otros estados no me habían provocado esta incertidumbre sobre mi trabajo a exponer. Antes de hablar volví a revisar el resumen que envié por correo electrónico, sí hablaba de mi proyecto lo más concreto y escueto posible, pero era claro qué línea de trabajo estaba abordando. Y si con ese resumen había sido seleccionado, era porque sí debía estar ahí. Todo este nerviosismo y tren de pensamiento ocurrió mientras el primer ponente hablaba de su tema. No le estaba poniendo ninguna atención, además de que tenía pavor de que me dieran ganas de orinar y no poder contenerme por la sonda, no sabía si leería o explicaría mi tema, no atendí cuando me dijeron cuánto tiempo tenía.

El moderador dijo mi nombre, dio una breve reseña de mí y me dio la palabra. Hablé de mi proyecto, traté de ser claro sobre la necesidad del tema, la urgencia de una política de Estado en torno al suicidio, los vínculos entre biodrama y autoetnografía, y el laboratorio en proceso. Descansé, me acomodé lo mejor que pude en la silla, con mi incomodidad por lo de la sonda, y puse atención al maestro que me siguió. Habló de un hecho histórico donde un grupo de mujeres fueron sobajadas, encarceladas y unas muertas por Iturbide, y cómo esto era retomado por la dramaturga Gabriela Ynclán para hablar de la violencia contra las mujeres.

Mi tema y mi propuesta tuvieron tres preguntas, una sobre el proceso de montaje, otra sobre el tópico del suicidio, que tiene tantas aristas, y la tercera sobre la autoetnografía y cómo la vinculaba al proceso creativo. Tener tantas preguntas, por lo menos dos más que mis compañeros de mesa, y responder con soltura, me dio la seguridad de saber que estaba en el lugar correcto. El coloquio cumplió con su programa, pude ver a Bruno Bichir representando un texto de Darío Fo y comer en la cafetería de comida completa (sopa, guisado, guarnición, fruta, postre, agua).

3 Centro de Investigación Teatral “Rodolfo Usigli”, dependencia de investigación teatral del INBAL, con gran prestigio dentro del área académica y creadora.

En la tarde tuve que ir al encuentro de la persona que me iba a rentar el cuarto, llegué temprano por no saber controlar los tiempos del micro. Estuve esperando media hora, tuve ganas de orinar y no quisieron prestarme el baño en una taquería porque no tenían cambio de un billete de 50, el de la tienda me dijo que fuera al mercado, cuatro cuadras más al sur. Fui y ahí sí quisieron cambiarme el billete. Regresé al punto de encuentro, la persona que me rentó el cuarto no podía venir, pero envió a su mamá. Supe que el edificio era de la mamá, pero la renta de los cuartos era del hijo.

El cuarto estaba en un sótano, tenía un acceso común y una puerta corredera que lo separaba del pasillo de entrada, con piso de cemento, un frigobar, un escritorio empotrado a 1.60 metros de altura, imposible de utilizar, una cama con un hule espuma grueso de colchón, el baño de lo más incómodo. La taza estaba veinte centímetros arriba del suelo, supongo porque faltaba poner piso o azulejo, estaba pegada del lado derecho a la pared, por lo cual uno no podía sentarse correctamente, pero por lo que pagué y la cercanía de la Ibero, en micro con tráfico aceptable de veinte a treinta minutos ya estaba en la universidad, no podía pedir mucho más.

Esa tarde, por las circunstancias, estuve a punto de no regresar a la Ibero, pero al ver la cercanía me aventuré, además de que sólo eran cinco pesos de pasaje, por ser menos de cinco kilómetros de distancia. Volví al coloquio y vi una pieza testimonial-biodramática-documental que hablaba sobre el homicidio por homofobia de tres chicos en Taxco, Guerrero. Una pieza que abre la discusión sobre la homofobia desde dos puntos: la historia trágica de los chicos de Taxco y de las referencias personales de los tres actores en escena y cómo ellos también han sufrido y sufren esta discriminación. Terminó la función, hubo un momento de comentarios y se procedió al brindis del primer día de coloquio.

Saliendo de la obra, comencé a entablar charla con un arequipeño, maestro en el Whitman College, hablamos sobre el teatro peruano y el mexicano, las similitudes históricas y los desencuentros ideológicos entre las distintas regiones del Perú. Terminamos de charlar aproximadamente a las 9:40, él fue a su hotel, frente a la Ibero, en pleno primer mundo, y yo tomé el micro para ir al tercer mundo y descansar en un cuartito frío y húmedo. Sentado en la cama, pensando en lo que había sucedido en el día, tuve un vacío en el corazón, sentí un gran peso de la soledad y el silencio que me envolvía. Hubo un espacio de tiempo indeterminado antes de poder conciliar el sueño, uno de los pensamien-

tos fue sobre las posibilidades de morir en el cuartito, algo complicado sin tener un arma o navaja. Había sido un día ajetreado, así que el cansancio me venció.

Los siguientes dos días hubo una dinámica similar: mesas, discusiones, pláticas de café, del cual sigo sin tomar mucho, y teatralidades del continente. El último día se me invitó a moderar la mesa “Panoramas críticos del teatro actual”, donde le tocaba exponer al maestro peruano. En el inter de la comida en los dos días anteriores, hablaba con mi pareja para saber cómo estaban ella y los niños. Para el tercer día tuvimos una discusión, ella quería que me regresara a Aguascalientes de inmediato, argumentando que le había mentado y no le había informado de mis actividades y mi deseo de ver a mi abuelo paterno biológico y a mis tías que viven en la CDMX. Terminó enojada colgando el teléfono y yo no entendía qué pasaba, pero recordé que su hermana cumplía años el primero de noviembre. Su hermana fue encontrada muerta y se tipificó como suicidio, aunque se han dado atenuantes para sospechar un feminicidio. Son fechas que la ponen muy sensible y muchas veces no logro saber cómo hacer que la situación mejore y confortarla, peor aún, pues no me encontraba en la ciudad con ella. Supongo que fue un momento de necesidad, de sentirse acompañada, porque estaba vulnerable y no supe cómo confortarla en ese momento y menos por teléfono. Después recibí un mensaje en WhatsApp en el que ella me decía que entendía y que hiciera lo que debía hacer al día siguiente. Me quedé con una sensación de incertidumbre y malestar durante el resto del día. Empecé a tener un sentimiento de culpa de ir al Coloquio y dejarla sola, con los niños, pero finalmente había hecho un plan que ya le había comunicado y ella en su mensaje decía que estaba de acuerdo.

Al finalizar las actividades hubo una cena donde nos despedimos, nos deseamos lo mejor y dimos nuestras promesas de estar en contacto. Creo que pertenezco, creo en las palabras de aliento y de interés por mi proyecto, creo en la pieza escénica que quiero lograr, creo en que la república del teatro a la cual pertenezco y que se ensancha ahora que estoy en un ámbito más, ya no sólo en el de los creadores, sino también en el de los académicos, los investigadores.

Hacia el final de la noche, en el micro de regreso al cuartito, tenía una ambivalencia de sensaciones, no estaba bien, mi pareja no contestaba el teléfono, por otro lado sentía que había entrado en un lugar donde también era escuchado y podía incidir positivamente, todo lo contrario a lo que sentí el primer día del coloquio. La sensación de soledad y culpa provocó que esa noche casi no durmiera, por un momento pensé en ir a la central y regresar a

Aguascalientes, olvidándome de ver a mis tías y a mi abuelo. Pero era medianoche y era muy complicado hacerlo, sólo quedó intentar dormir.

Desperté, acomodé mis cosas, me bañé, dejé el cuarto y abordé el micro al metro Tacubaya, pues quedé de ir a casa de mi tía a dejar mi mochila y después ir al centro histórico a buscar unos químicos que me había encargado mi pareja y que, al parecer, sólo se consiguen en la Farmacia París. Para este entonces ya estaba un poco más acostumbrado a la sonda y estaba al pendiente cuando pasaba por un baño público. Intenté volver a hablar con ella. A la cuarta llamada contestó muy cortante, sin querer saber nada de lo que le estaba diciendo, me cortó con un “¿es todo lo que me tienes que decir? —Sí, —Pues adiós”, y colgó. No volví a intentar llamarla nuevamente. En mi paseo por las calles del centro histórico, mi paso por el Zócalo, a cada momento pensaba en ella y en lo que le gustaría o no “bobear” en las tiendas, en los aparadores, en las instalaciones o la gente o la comida. En la farmacia se habían agotado los compuestos. Eso me dio el bajón anímico, solo y sin los compuestos que había expresamente ido a buscar. Le mandé un “whats” avisándole del contratiempo, sin respuesta. En este punto sentí una loza de soledad, de no cumplir con las expectativas de lo que se necesita, junto con la culpabilidad de haberla dejado sin compañía en los días en los que la necesitaría, sobre todo, de alguien cercano.

Después de andar y desandar el centro de la CDMX, me dirigí al metro, transbordé y volví a casa de mi tía. Festejamos su cumpleaños. No asistió mi padre biológico, estaba en un plantón. La última vez que lo vi platicamos de política, de su vida, de cómo está participando con los zapatistas, de su pareja; buscando conocerlo y entender por qué hasta después de cuarenta años había una posibilidad de acercamiento real, emotivo. Su ausencia me sigue dejando con la incertidumbre de qué tanto quiere saber de mí como su hijo.

La historia resumida de mi madre y mi padre biológico es así: Mi mamá joven, a los veinte años, se casó con mi padre biológico por mi “culpa”,⁴ se divorciaron al año porque mi biopadre besó a la enfermera que estaba atendiendo a mi mamá en el hospital cuando nací. Dos años después, mi papá y mi mamá viven juntos otra vez; a los tres años se embarazan de mi hermana. No me ha

4 La culpa de que uno tenga que nacer es de uno, porque uno también es responsable de la gestación del producto, o sea, de uno mismo. A qué debemos que nos atribuyen las decisiones de nuestros padres, siempre es la culpa de terceros, no asumimos nuestra responsabilidad y la desplazamos al otro. Así crecemos con una culpa que ni es nuestra y nada más nos la achacan para mantenernos sobajados y sin protestar. Hay que cuidar lo que se nombra y cómo se nombra.

dicho mi mamá cuándo sucedió, aunque supongo que fue antes de los cinco años, y hacen un acuerdo de no dañarme, deciden que lo mejor es que mi padre biológico se aleje para no causar ningún trauma o confusión, al menos esa es la versión de mi mamá. Sigo sin entender las razones para la secrecía, porque siento que de niño se me quería ocultar, pero tenía tres pares de abuelos, muchas tías y un amigo de mis papás que de repente veía.

Las hermanas de mi mamá hacían chistes velados sobre si era hijo del lechero, pues mi papá es blanco, mi mamá morena y mis dos hermanas y hermano son blancos. Yo, por el contrario, soy moreno oscuro. Mi papá es un hombre serio, poco afable, muy correcto y disciplinado. Cuando yo tenía 18 años no nos hablamos en poco más de un año, ni un “buenos días”. Mi papá y yo no hemos tenido mucha comunicación, hablamos de cosas cotidianas, de política, de la vida afuera. La única ocasión que hablamos de cómo nos sentimos fue cuando tenía 28 años, tomamos y nos quedamos platicando, estábamos mi mamá, él y yo. Mi madre se fue a dormir temprano. Estábamos en el punto de la embriaguez que ayuda a que afloren las palabras y los sentimientos, nos reclamamos actitudes y descubrí que él fue el mejor padre a su forma de ver las cosas.

Fue un padre proveedor, que nunca dejó de trabajar para darnos techo, alimento y educación, mientras que yo esperaba otro tipo de comportamiento, que ejerciera su paternidad de otra manera, que estuviera más al pendiente de nosotros, que pudiera tener tiempo para jugar, abrazar, besar, preguntar, procurar cariño. No ser tan impositivo, agresivo y callado. Para él su forma de ser y actuar corresponden al estándar que tiene sobre la paternidad, no es lo que yo espero darles a mis hijos, aunque entiendo el comportamiento de mi padre y lo he asimilado como su forma de darnos amor.

Hay momentos en los que mi hijo mayor me desespera, quisiera que entendiera las cosas sin necesidad de repetírselas varias veces, sobre todo en lo referente al cuidado de la casa, de su cuarto y el orden de sus cosas. Invariablemente comienzo a reclamarle y sueño a mi papá, lo siento y me veo, me detengo y trato de suavizar el tono, hablar de otro modo y preguntarle qué necesita que le explique. Aunque hay momentos en que soy impositivo, como mi padre, exploto, grito, vocifero y la culpa aparece.

Pero hay otra parte de mí que es muy contraria a mi papá: sociable, alegre, coqueto, burlón y un poco bobo, así es mi abuelo biológico. En estos últimos años he visto a mi abuelo y he convivido con él, me he reconocido en

ciertos ademanes y actitudes, al igual que con mi padre biológico, en las pocas ocasiones que hemos llegado a coincidir. Posiblemente sea una proyección de una necesidad de vínculo con mi familia de sangre o no, o hay actitudes que se heredan.

En la comida platicamos, comimos, tomamos, compartimos. Después de comer y una agradable sobremesa, fuimos a dejar a mi abuelo a su casa, me despedí de él con la idea de que tenía que verlo otra vez, aunque las posibilidades decrecen y más porque ya va a cumplir noventa años. Me hago la promesa de volver acompañado de mis hijos.

Tengo claras varias cosas: no quiero ser un padre como mi papá lo fue, no quiero ser como mi padre biológico, me gustaría poder ser un poco más como mi abuelo o mi abuelo materno, no como padres o esposos, sino en lo trabajadores y esforzados. Con mi abuelo paterno guardo bastante distancia.

Regreso a Aguascalientes, con mi sonda, con muchas certezas, con una imposibilidad de viajar solo, una culpabilidad que no debía y el amor de mi familia. El viaje detonó sentimientos de soledad, culpa, orgullo, crecimiento. La asistencia al coloquio fue un paso importante en mi vida profesional y académica en contraparte con la soledad y falta de apoyo que sentí por no poder cumplir con las necesidades de mi familia. Y un redescubrimiento de mis lazos familiares sanguíneos. La posibilidad de plasmarlo reitera la forma en que se puede entender y avanzar hacia el hombre que deseo ser y buscar una posibilidad de ser feliz.

* * *

En estos días las cosas van traspasándome, la semana pasada todavía tenía cierta carga emocional por el suicidio de Armando Vega-Gil y ello me llevó a cuestionarme qué tenemos en la cabeza en los momentos en los que parece que no existe ninguna otra alternativa. Poco a poco llega información que va abonando al costal, me entero de que el accidente donde un auto se cayó al desnivel de salida a Zacatecas fue provocado por el acompañante, masculino, de la conductora, mujer. La noticia fue que estaban teniendo una pelea y al estilo de “mía o de nadie”, el tipo le movió el volante a la chica y terminaron volcándose. Al siguiente día, escucho que la amiga de mi pareja fue aventada desde el tercer piso por su expareja, ya demandado por violencia contra ella, la amiga. Encuentran al muchacho perdido del CBTis colgado en Los Caños, no sé dónde queda, pero parece ser un paraje alejado e inhóspito, la policía

declara suicidio. En una charla de puesto de gorditas, las señoras discuten la noticia del joven del CBTis y mencionan a un señor, que recientemente también se suicidó, que se colgó enfrente de su casa para que su mujer y sus hijos lo vieran, a decir de una de las señoras, “por venganza”.

Qué tan podrido está el ambiente que en las noticias un doctor entrevistado por el fenómeno del suicidio establece que el problema en Aguascalientes es la modernidad, los aguascalentenses no se están acostumbrando a la modernidad. Vivamos entonces en las cavernas o en la Edad Media, donde la naturaleza y los instintos manejaban nuestras relaciones.

Entiendo la encrucijada de Armando Vega-Gil, soy empático ante la sensación de no encontrar salida o caminos alternos para solucionar alguna dificultad, la falta de oportunidades, la soledad, el fin del trayecto. Es una sensación de absoluta soledad, de vacío, porque sabes que no existe nada que puedas hacer para poder solucionarlo, impotencia absoluta, para qué vivir si no sabes cómo hacerlo, qué ayudará a salir del trance si realmente no existe la solución. Abandonado, solo, sin certezas; sólo circunstancias que caen como lápidas que no dejan mover a ningún lado. Y finalmente la culpa es de uno, porque no se tiene lo necesario para poder seguir ni sobreponerse a lo que sigue, a la decepción, al fracaso, a la lástima.

Si logras pasar el tránsito puedes sentir que hoy no se acaba, pero mañana llegará el día en que no se pueda seguir, que el cansancio, la conmisericordia y las circunstancias vuelvan a hacer destrozos en uno y las respuestas se desvanezcan para sólo encontrar la única solución. ¿De verdad soy útil aquí? ¿De verdad alguien me necesita o necesita que siga aquí? Yo no. No quiero, no me gusta y ni siquiera entiendo para qué hago el esfuerzo de levantarme por las mañanas, por eso las noticias me traspasan, ¿qué estamos haciendo mal? ¿Nuestro propósito es pasar por encima y dañar a los demás, hasta con nuestra propia muerte? No soy feliz ni quiero serlo, no busco la felicidad. Creo en el bienestar de todos, en buscar que no tengan dificultades para ser lo que quieran ser, porque no debería de haber problema con eso. Tengo la firme voluntad de vivir hasta el momento en que mis hijos no necesiten o dependan de mí, quiero tener esa sensación por lo menos unos cinco años más, sé que en ese tiempo ellos tendrán su tiempo y espacio para definir gustos, afinidades y futuro, si es que lo pueden proyectar, si no sabrán cómo vivir haciendo lo que les agrade.

Nadie es indispensable y las despedidas conscientes son más llevaderas. Así que mientras el momento llega, habrá que seguir pensando en las noticias, en el creciente número de suicidios, en las violencias diarias que siguen carcomiendo la entraña y la razón, porque no existe algo concreto que se pueda realizar para detener esto. Lo mucho o lo poco que hago es a partir de mi experiencia profesional y por los medios que tengo, es el legado que puedo dejar.

Desenlace

Quiero hacer evidente algo que apareció ante mí en el transcurso del aprendizaje y en el proceso del proyecto, esto es la aproximación entre los dos conceptos en los que se basa la metodología de la puesta en escena. El biodrama que se acuña en el ámbito teatral y la autoetnografía que es un método de investigación social. El primero es la conjunción de la biografía con el teatro, la persona en escena cuenta su historia, utilizando los elementos escénicos para que cuente su relato. En el segundo, la autoetnografía es la realización de narraciones personales, de plasmar, regularmente por escrito, su historia.

Tami Spry (2009) se ha dedicado a realizar *performances* autoetnográficos. Para ella el proceso inicia con un cuerpo, un lugar en un momento del tiempo. El biodrama pone en escena la vida a través de la biografía, en primera instancia, y el cuerpo real, posteriormente. Vivi Tellas⁵ inició preguntándose: “¿qué valor tienen nuestras vidas, nuestras experiencias, nuestro tiempo? Biodrama se propone reflexionar sobre esta cuestión. Se trata de investigar cómo los hechos de la vida de cada persona –hechos individuales, singulares, privados– construyen la historia” (Osorio Cerón, 2014, p. 39). Spry (2001) en su experiencia se concentra en el cuerpo de donde se genera la historia, y éste trasciende a una emancipación de los roles culturales y familiares que estructuran su identidad.

5 Vivi Tellas es directora de teatro nacida en Buenos Aires. Egresada de la Escuela Nacional de Bellas Artes “Manuel Belgrano”. Egresada de la carrera de Puesta en Escena de la Escuela Municipal de Arte Dramático. Es la creadora de Biodrama. En 1990, con la creación del “Proyecto Museos”, funda el CeT (Centro de Experimentación Teatral) de la Universidad de Buenos Aires con sede en el Centro Cultural “Ricardo Rojas”, que dirige hasta el 2002. Entre 1998 y 2000 es asesora en Artes Escénicas del Centro Cultural “Recoleta”. Entre 2001 y 2009 dirige el Teatro Sarmiento (Complejo Teatral de la ciudad de Buenos Aires). A partir del 2002 inicia el proyecto “Biodrama. Sobre la vida de las personas” (Tellas, 2018).

La autoetnografía y el biodrama son los vehículos adecuados del proyecto, desde mi cuerpo, mi historia y cómo incide en un tiempo y espacio definido, donde los hombres se siguen suicidando. Mostrarse a uno mismo desde las múltiples caras del yo, genera que el otro se comprometa, se interroge y sea empático (Spry, 2001). Como lo he mencionado, esto ayuda a visibilizar y comprender el entorno de violencia que está permitiendo que los hombres atenten “contra la pareja, las hijas, los hijos y consigo mismos” (Huerta Rojas, 2007, p. 22).

Como afirma Brownell, el biodrama utiliza “la potencia única del teatro al servicio de una indagación sobre las vidas humanas, sus historias, sus modos de existir, sus artes de hacer” (2012, p. 1); la autoetnografía está en “la intersección de la construcción del conocimiento y el arte, la estética” (Spry, 2009, pág. 586). Podría seguir mostrando las similitudes que existen entre ellas, pero en cuanto entendamos que la única diferencia es sólo la disciplina a la cual están adscritas.

Referencias

- Betancourt Fraire, E. (2016). *Autoetnografía: Antropología del propio ser*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Brownell, P. (2012). *Proyecto Archivos: El teatro documental según Vivi Tellas*. En Instituto Hemisférico de Performance y Política. Recuperado de: <http://www.hemisphericinstitute.org/hemi/es/e-misferica-91/brownell>
- Chang, H. (2008). *Autoethnography as Method*. Walnut Creek, CA: Left Coast Press.
- Da Silveira, P. (2016). ¿Qué hay de público y qué hay de privado en la educación? *Revista Colombiana de Educación* (70), 201-219.
- Denshire, S. (2013). Autoethnography. *Sociopedia.isa*, 1-12. Doi:10.1177/205684601351
- Denshire, S. and Lee, A. (2013). Conceptualizing Autoethnography as Assemblage: Accounts of Occupational Therapy Practice. *International Journal of Qualitative Methods*, 12, 221-236. Doi: <https://doi.org/10.1177/160940691301200110>
- González, R. (1982). “Estación del Metro Balderas”. En *Hurbanistorias* (casete). México: Producción Independiente.

- Huerta Rojas, F. (2007). Un acercamiento al abordaje teórico/metodológico de la violencia de género masculina. En R. Garda Salas y F. Huerta Rojas. *Estudios sobre la violencia masculina*, 21-58. México: Hombres por la Equidad, A.C.
- Méndez, M. (2013). Autoethnography as a research method: Advantages, limitations and criticisms. *Theoretical Discussion Paper*, 279-287.
- Osorio Cerón, C. (2014). *Biodrama: teatralidad liminal en el trabajo de Teatro Kimen*. Santiago de Chile: Universidad de Chile.
- Restrepo, E. (2016). *Etnografía: alcances, técnicas y éticas*. Bogotá: Envión Editores.
- Richardson, L. (2018). Evaluar la etnografía. En S. Bénard Calva, *Autoetnografía, una metodología cualitativa*, 183-186. Aguascalientes, México: Universidad Autónoma de Aguascalientes.
- Spry, T. (diciembre de 2001). Performing Autoethnography: An Embodied Methodological Praxis. *Qualitative Inquiry*, 7(6), 706-732.
- _____. (2009). Bodies of/as Evidence in Autoethnography. *International Review of Qualitative Research*, 1(4), 583-590.
- Tellas, A. (1 de noviembre de 2018). ArchivoTellas. Recuperado de: <http://www.archivotellas.com.ar>.



Una canción me trajo hasta aquí

Sarymer Echeverría Muñoz

Es Viernes Santo en la noche, el penúltimo viernes de abril y en el estudio de mi casa-taller se respira un perfume con olor a café recién hecho, entremezclado con insecticida opaco y cloro de fondo que crean una productiva atmósfera de pulcritud. Del otro lado de la ventana verde-azul se enmarca una menguante luna, sobre mi escritorio turquesa redacto estas líneas y de vez en cuando, por necesidad fisiológica, mi cuello gira para observar alrededor: las paredes gritan arte, exigen cumplir metas, recuerdan frases motivadoras, se llenan de fotografías de ídolos, de pizarras y agendas por cumplir, de colores pastel, texturas maderosas, de pinturas de Da Vinci, Botticelli, Van Gogh, de edad de juventud y ganas de seguir existiendo.

Hace un tiempo esto no fue así, pero hoy suena el *jazz* libre de pecado, el aire está limpio de ese olor a mota mezclado con licores, de pensamientos suicidas, de sentimientos de inferio-

ridad, de traumas, de olores sucios de otros cuerpos, de sonidos obscenos de otras voces, de maldad, de abuso; ahora se respira humedad de jazmines y limoneros, calor de hogar, brisa de paz.

La Semana Santa usualmente me hace sentir de una forma especial; el instinto y recuerdo maternal me domina y soy otra; compasiva y orgullosa de mí misma, inevitablemente sensible desde la risa hasta las lágrimas, es como ser mi propia madre e hija a la vez. Por supuesto que sentirse así da miedo, son segundos en que sientes que estás tocando la locura, entonces es necesario disipar la transmutación momentánea o hacer algo con esta energía, a mí me funciona la música.

Pongo miel al café, lo pruebo y lentamente me dirijo a la sala de estar, disfruto por un momento el sabor dulce-amargo de mi bebida y pienso en el orozuz y en Hemingway, en aquel diálogo de esa escena que he estado practicando toda la semana con Terán... ¡qué manera tiene el destino de retarme! “Colinas como elefantes blancos” me reta a ser Jig de nuevo, a revivir mi embarazo y la incertidumbre, el miedo, el desamor... las ganas de huir.

Entonces mi café se ha convertido en ese “Anís del Toro” de la escena de Hemingway: soy Jig y todo me sabe a orozuz; la vida misma, todo sabe a orozuz.

Termino el café, camino al frente y me instalo en el escenario improvisado que he montado en mi sala para ensayar cuestiones teatrales, mentalizarme y apropiarme de ese espacio como si fuera mi hogar; ya estoy arriba: tomo mi guitarra y aún con el sabor a orozuz en mis labios, canto letras de Drexler (1996):

“No hay rincón en esta casa que no te haga regresar.
Cada grano de memoria y la casa es un arenal.
Fui a tus playas por el día y allí me quedé dos años...
A la sombra de tu luna se acunó mi corazón,
se borraron mis arrugas: mi casa se iluminó.
Germinaron más canciones de las que yo merecía,
se paró el reloj de arena: 730 días.”

Se ha ido la energía, transmuté y volví: ya estoy bien.

Ha pasado ya la mitad de mis 730 días, lapso en el que decidí simplemente crearme a mí misma, para lo cual primero debía suicidarme y parirme otra vez. De manera que lo que a continuación contaré quizás no sea tan emocio-

nante como lo que tuvo que pasar para poder haber llegado al punto en que me encuentro en la actualidad.

Sin entrar en detalles, declaro que esto no es un relato sobre mi padre machista, alcohólico y violento, ni sobre mi madre que me dejó huérfana a los seis años y de cómo presencié su injusto asesinato, de cómo mi tía, abnegada católica y activista Provida no pagó ni la quinta parte de la deuda moral por compensar –el daño irreparable que su esposo asesino nos hizo a tres pequeños niños, de cómo mi madre dio la vida por salvar la vida de mi primita de tres años y nunca supo que mi tía (su hermana) jamás haría algo parecido por nosotros, sus sobrinos, que jamás nos daría ni protección ni amor, sino orfandad–, o de mi hermano menor del cual tuve que hacerme responsable tras la muerte de mi madre criándolo durante diez años como si fuera mi hijo, de cómo le limpiaba su trasero y lo bañaba, hacía las tareas con él y le lavaba y planchaba su uniforme estando él en el kínder y yo en la primaria.

No es la historia de la familia adoptiva que por ocho años me maltrató y me llenó de inseguridades, de cómo mi hermanastro jugaba durante años a estrangularme y apretando con fuerza mi cuello me hacía vivir el dolor y la ausencia de la gravedad al sentir que mis pies se elevaban y no podían tocar el suelo o de cómo mi madrastra me hacía dormir en un sillón durante años, teniendo la cama de su adorada hija mayor desocupada, pero que durante años no me la prestaba ni una noche por temor a que se la ensuciara, ni del padrastro que a partir de mi adolescencia de manera gradual me acosaba y violentaba sexualmente para, llegado el tiempo, según sus planes, proceder a violarme (no se salió con la suya afortunadamente); ni de lo que pasó aquel día en que simplemente me llené de valor para escapar y salvarme del hambre, de la pobreza, del sacrificio, de los vicios, de los varones, de la muerte del hombre que más amé en mi vida, de la muerte de mi hijo que nunca nació.

No voy a escribir sobre nada de eso, porque la vida pareciera ser siempre una competencia para dignificar la existencia a través del sufrimiento, un concurso de martirio, una inevitable elección de ser el verdugo o la víctima. Porque al igual que otros mortales, a estas alturas ya he sufrido lo que se puede sufrir durante diez vidas, en una sola. Y además, ¿quién soy yo para decir que mi dolor ha sido el mayor del mundo? Mayor del que otros ya han tenido o que en el futuro tendrán. ¿Acaso existen grados para medir el dolor? ¿Valen mis lágrimas más que las lágrimas ajenas? No, no concuerdo en seguir victimizándome.

Esta no es una historia de debilidad, por el contrario, este es el relato de cómo encontré mi fuerza, esta es una carta de sanación.

Esta carta es para quienes me hicieron ser lo que hoy soy

Hace algún tiempo que no hablamos, aunque no puedo decir que es mucho ese tiempo porque en realidad no lo es, considerando los años que han estado ausentes en mi vida.

Debo decirles muchas cosas, aunque no quiero y nunca he querido hacerlo porque he preferido siempre guardar silencio, no sé si por respeto o por no sentirme más triste. Sin embargo, son cosas que debo decir me guste o no, les guste o no.

Ha pasado un año ya desde que empecé a estudiar la maestría en Arte; estoy a la mitad del camino –a la mitad de 730 días– y hoy me encuentro en un proceso importante de mi exploración artística en el que me descubrí y reafirmé como un ser fuerte. De antemano, les informo que soy fuerte.

Y al descubrir esta fortaleza que me ha acompañado durante toda mi vida y que por nada perderé, porque es lo que me ha convertido en la persona que soy hoy en día, también descubrí que mi cuerpo, mente y alma han transitado interminablemente entre el dolor y el miedo sin poder trazar un camino hacia la plenitud. Ese camino ha estado bloqueado al igual que mis emociones y no les ha permitido ir más allá del laberinto para saltar a la armonía del amor o lo que para mí es lo mismo: del arte.

Además de que escuché en un grito surgido desde mis intestinos lo que ya no quiere mi ser, también comí, saboreé y escupí el veneno que vive dentro de mí. Descubrí desde cuándo se encuentra ahí, limitándome a estar perdida entre la maraña del interminable dolor y el miedo.

Encontré una salida al laberinto, vislumbré una posibilidad de escape que no era posible sin el enfrentamiento con el bloqueo: me enfrenté a mí misma y salté la barda, conocí “El método”. El autor Lee Strasberg propuso un método de actuación desde la recreación de la memoria emotiva-sensorial, un viaje hacia el interior de uno mismo para romper la barrera de acceso al inconsciente.

¿Sabían que el cuerpo, a través de los cinco sentidos, recibe y guarda eternamente todos los traumas que se hallan en el inconsciente? ¿Sabían que se puede viajar al inconsciente y recrear esas vivencias que nos marcaron senso-

rialmente en la vida? ¿Sabían que al evocar la carga emotiva del inconsciente un ser humano es capaz de en cualquier momento volver a percibir cada aroma, temperatura, sonido, textura, etcétera, de aquella vivencia de hace muchos años que ya no recordaba? Pero todo está ahí. Y eso es lo que define lo que somos.

Tomando en cuenta todas estas cuestiones que ya había considerado el psicoanalista Sigmund Freud, Strasberg elaboró su método, el cual, como siempre lo concibió, es en realidad una profundización, mejoramiento y continuación del sistema establecido por Stanislavsky, el cual tiene como base buscar un estado de relajación activa para acceder al inconsciente y a las emociones, concentrarse y fortalecer este vínculo para traducirlo en una entrega en la actuación. Strasberg (1987) habla de Stanislavsky en su obra póstuma *Un sueño de pasión* a manera de introducción a su método:

Como primer paso para crear las condiciones bajo las cuales pudiera aparecer la inspiración, Stanislavsky empezó a desarrollar técnicas de relajación para sus propias actuaciones. Comparó sus sensaciones en el nuevo estado de relajación con las de un prisionero al que le hubieran quitado las cadenas, que durante muchos años estorbaron a sus movimientos. Creía sinceramente que en la relajación estaba todo el secreto; el alma de la creatividad en escena... el resto derivaría de este estado y de la percepción de la libertad física. Comprendió que había compuesto el personaje a partir de sus recuerdos. En este caso evocaba a un amigo suyo (p. 75).

¿Cuál es el resultado de realizar esto? Continúa Strasberg (1987) explicando las bases del método partiendo de Stanislavsky:

La concentración del actor atrae la del público y esto a su vez obliga al actor a ocuparse solamente de lo que sucede en escena. Excita su atención, su imaginación, su pensamiento y su emoción. Observó que la concentración agudizaba la vista y el oído y todos los demás sentidos: tacto, olfato, gusto, los sentidos motores. Esa noche adquirió consciencia del valor de la concentración en el actor y a partir de entonces elaboró una serie de ejercicios para mejorar sistemáticamente la suya (p. 77).

Por eso, Lee Strasberg propone específicamente partir de la relajación en una silla, acompañada de movimientos corporales, voz y consciencia emocional a través de una concentración total del ser para llegar a la evocación activa.

A ver, les explico:

Un amigo me presentó a Lee Strasberg y “El método”. Ese amigo se llama Terán. Mi amigo me guía en mi encuentro con la silla, una silla en la que dormito y relajo cada tensión de mi cuerpo, respiro y saco el aire con un “¡ah!”, en cada movimiento desde los pies a la cabeza, saco mi voz, cada vez con más libertad y sólo me entrego ya sea al dolor o al miedo, permito que mis emociones se expresen y griten, ríen o lloren, si hay proceso mental lo disipo escupiendo palabras de un idioma que no existe: “Asdnewussambdshausa...”, si mi emoción se atora en mis entrañas la vomito con fuerza desde el diafragma: “¡Ah, ah, ah, ah, ah!” Muevo mi cuerpo cada vez más en posibilidades que él mismo me pide activar, a la vez que sin censura expresa con la voz todo lo que siente.

Después de un rato, desde mi entrecejo relajado, con los ojos cerrados y en blanco, viendo hacia atrás de mis párpados, me permito entregarme a la hipnosis del momento para comenzar a evocar. Entonces Terán me lleva de la mano de su voz al encuentro con mi mejor amigo de infancia: Arquímedes, y en un día de pinta de la escuela primaria paseamos por el parque entre risas e inocencia infantil, olemos las flores silvestres del parque y nos llevamos algunas en nuestras manitas sudadas envueltas en lodo. En otra recreación me hace golpear a mi padrastro pederasta y enfrentarlo sin miedo, pero con lágrimas para gritarle que lo odio, a él y a su asqueroso bigote que siempre busca rozar mis labios y sus callosas manos que, sin mi permiso y pese a mis quejidos, él posa en mi piel de adolescente, esta es una esperada venganza para hacer justicia y seguir gritándole y golpeándolo para que se vaya y no vuelva a joderme nunca más.

Otras veces, a través del método, puedo volver a saborear los dulces de cajeta en la tienda llena de aromas raros –que nunca he olido en ningún otro sitio– del abuelito de Claudia, la hija de la mejor amiga que mi mamá tenía en el pueblo, una señora buena que procuraba invitarme a ser feliz en su casa, con más frecuencia cuando mi mamá ya había muerto.

En las recreaciones felices, Terán me guía en el método y me ayuda a reír, me hace sudar de nuevo mientras Claudia y yo jugamos a la rayuela y yo salto y corro al compás de mis latidos acelerados que siento en mi cuerpecito

de ocho años, hasta de pronto chocar con los muros de una dimensión desconocida para mis recuerdos, una barrera física en aquel entonces, inexistente: las densas paredes del actual cuarto de ensayo de los martes y jueves del año 2019. Vuelvo al aquí y ahora, aunque después de practicar “El método” no soy la misma.

Los martes y jueves se han llenado ahora de objetos imaginarios y recuerdos evocados, de memoria emotiva y recreación vivencial, de llanto, risas, de menos tensión y más relajación activa que me permite conectarme a profundidad con mis emociones. De descubrir que todo, absolutamente todo lo que hemos vivido, nunca se va, todo está ahí dentro, por siempre. He vuelto a vivir en diferentes momentos de mi vida y mi voz se ha liberado para gritar y expresar lo que no pude hacer en esos momentos, por inocencia, por no querer sentir el dolor y el miedo, por no saber qué hacer con mis emociones, por querer renunciar a la mayor fortuna que poseo: mis vivencias.

Finalmente, aunque todas esas cosas están en el inconsciente, todo nos absorbe y se manifiesta en cada sentido, en la voz, en el movimiento, en la visión, en lo que creemos que es la visión, en lo que percibimos que es la realidad, en el concepto que tenemos de lo que es la vida. Mi cuerpo me pide seguir sanando y liberándolo del veneno. Mis experiencias enfrentadas me reafirman como una persona fuerte y esto también es liberador y detonante de amor propio. Mis sufrimientos pasados son mi tesoro.

Les cuento que en mi exploración actoral y en lo que va de mis estudios de arte, me he aventurado a indagar las posibilidades de mi cuerpo y ha sido un proceso de sanación que no deja de sorprenderme: después de veinte días de relajación en la silla, por fin sentí algo aterrador; desde mi plexo solar el dolor irradiaba hacia dentro, como si fuera un bala oprimiéndome y mi voz gritaba a volúmenes que quizás sólo emití cuando era un bebé, sentí un mareo y el dolor se convirtió en miedo, miedo a morir en la silla, pero, incluso, esa posibilidad fue aceptada por mi ser y seguí gritando más alto y fuerte; trabajando con mi emoción desde el cuerpo y la voz... Finalmente vino el escalofrío: no me morí y por fin la emoción que estuvo atrapada en esa región de mi cuerpo, se liberó y pude entonces ser Jig en la obra de Hemingway o Zerlina en *Don Giovanni* de Mozart, pude entonces ser quien yo quisiera, incluso yo misma.

¿A qué voy con todo esto? A que no estoy de acuerdo con proceder desde el veneno. La basura se tira en su lugar, no sobre otras personas, no sobre la familia, no sobre los amigos, no sobre los desconocidos, porque es lo mismo

que tirarla en uno mismo, que defecar y comerse el excremento, aunque casi nadie se da cuenta de esto, aunque a mí me hicieron esto, pero gracias por darme tanta basura porque con ella he creado mi bello “reciclArte”. La basura que en mí tiraron ya no existe, la convertí en arte, así que no tengan miedo de que se las regrese; sin embargo, a todos ustedes quienes me hicieron ser lo que soy, les aclaro que las cosas que les quiero decir serán dichas cuando nos encontremos en el pasado, cuando tome el vuelo con destino a mi inconsciente y les informo que yo seré una niña, como cuando lo era cuando viví el daño (o mejor dicho, aprendizaje) que ustedes me provocaron, pero gracias a Strasberg esa niña ahora será fuerte y no se quedará callada e inmóvil.

Lee Strasberg cree firmemente en esta justicia que nos es dada sólo en el teatro; no hay lugar más seguro, libre y mágico que el escenario, no hay ser más fuerte y poderoso que el actor, también Shakespeare (1605) lo sabía y nos lo dijo en Hamlet:

¿No es tremendo que ese cómico, no más que en ficción pura, en un sueño de pasión, pueda subyugar así su alma a su propio antojo, hasta el punto de que por la acción de ella palidezca su rostro, salten lágrimas de sus ojos, altere la angustia su semblante, se le corte la voz y su naturaleza entera se adapte en su exterior a su pensamiento? ¡Y todo por nada! ¡Por Hécuba! (p. 55).

Yo escribo esto a ustedes no por dolor ni miedo, sino por amor. Porque afortunadamente mi ser me pide crear y reinventarme y eso para mí es la manera de encontrar un hogar que nunca tuve y sentirme a salvo y amada, porque gracias al arte es que me libero del veneno, renazco y sano. A todos ustedes quienes me hicieron ser lo que soy: yo sólo quiero que sepan que de verdad me gustaría que sintieran lo que yo siento en estos momentos y liberen su veneno por años acumulado, que sientan lo bien que se siente.

A mí me gustaría que fueran tan libres como yo en este momento, para sentir cómo la voz cambia y tiene miedo y dolor, pero no hay problema con ello, porque está bien sentir: sólo los muertos no sienten. Me gustaría verlos sentados en mi sala, frente a mi escenario –o mejor dicho mi hogar– para escuchar cómo mi voz canta y se expresa con un brillo especial y no puede dejar de expresarse cada vez con más libertad, cómo mi cuerpo se mueve y juega y vuelve a fluir como en la infancia feliz, cómo ya no es necesario el alcohol o el cigarrillo para lograr olvidar (ya no quiero olvidar), cómo la actitud cambia

y te das cuenta de que puedes ser lo que quieras, de que sí puedes y lo haces. Pero te das cuenta también de que si no lo haces, no pasa nada, todo está bien, está bien atreverte a ser tú y está bien comer cosas con sabor a orozuz, está bien vivir lo que sea y como sea porque de cualquier forma saldrás adelante por ti mismo, como lo has hecho siempre.

...como lo he hecho siempre y como ahora lo estoy haciendo. Porque tal como les dije al inicio, soy fuerte y tengo amor en mí misma.

Mi cuerpo se mueve, mi voz sale potente y abrazando el dolor y el miedo puede cantar de inicio a fin una bella melodía que danza en esta armoniosa atmósfera, la canción de Drexler (2010) que me trajo hasta aquí, sólo escuchen:

“Antes, antes, en aquel otro mundo distante, en tiempos de otro cantar...
Lejos, lejos, con la mirada en otros espejos, sin darme cuenta un día eché a
andar.

Con el entusiasmo infantil que dura hasta hoy, una canción me trajo hasta
aquí:

Fui dejando versos atrás, renglón a renglón: una canción me trajo hasta aquí.”

Referencias

Drexler, J. (1996). 730 días. *Vaivén*. Dominio público.

_____. (2010). Una canción me trajo hasta aquí. *Amar la trama*. Dominio público.

Strasberg, L. (1987). *Un sueño de pasión: La elaboración del método*. Buenos Aires, Argentina: Emecé editores.



Encaje y estambre, soy yo, soy mis abuelas, soy todas

Franca Félix

Nuestras abuelas no sólo resistieron, sino también propusieron e hicieron de sus vidas y sus cuerpos autonomías peligrosas para los incas y rnallkuskul patriarcales. No escribieron libros, pero escribieron en la vida cotidiana que hoy podemos intuir, sobre lo que queda después de tantas invasiones coloniales. Ojos abiertos que ya no se pueden cerrar porque sería una deslealtad con nosotras mismas, con nuestras hermanas y nuestras ancestras.

Julieta Paredes, Comunidad Mujeres Creando, 2013.

Cuando pienso en mi propia historia, no puedo dejar de pensar en las de mis abuelas; a veces me imagino que soy una casa y que ellas viven adentro. Ocasionalmente, Titi pasa gritando y bailando por mis pasillos, lleva un vestido de flores de colores, aretes grandes y anillos. Su cuerpo es voluptuoso, ella lo sabe, sin pudor se mueve exuberante de un lugar a otro. Mientras, Leonora me

escribe una postal sentada en un café en Turquía, su letra manuscrita se desplaza suavemente sobre el cartón contándome sobre la danza de los derviches, que giran como planetas en órbita.

Cuando hacen lo que les gusta, me cautivan, sus personalidades explotan en mis paredes. Titi, rodeada de gente, cocina, saluda a sus invitados y bebe tequila mientras escucha boleros. Leonora camina en un sendero hacia una ruina invadida por la selva. Así es que ellas estallan en mis paredes, y entonces me siento transgresora e inteligente como Leonora, o libre y sensual como Titi. Pero otras veces las escucho deambular; llorar en silencio. Susurran secretos y sólo alcanzo a escuchar partes, entonces me da miedo que esos lamentos y ecos queden retumbando entre mis paredes por siempre; que los fantasmas que salen de sus bocas se instalen permanentemente dentro de mí.

A Titi le digo así desde que tengo memoria, alguna vez pregunté de dónde había salido ese apodo, pero nadie supo responderme; entre titubeos, alguna vez mi mamá me dijo que ella tampoco recordaba desde cuándo le decía así. Y Titi, lo único que supo explicarme fue que “abuela” la hacía sentir viejita y que por eso prefería “Titi”. De niña, me encantaba ir a su casa y disfrazarme con sus caftanes y sombreros, su tocador tenía un espejo con focos alrededor como en los camerinos de las películas, me encantaba sentarme ahí y maquillarme. Sobre un banco de terciopelo, me delineaba la boca y elegía el labial y las sombras más escandalosas. Después, transformada en una tierna payasa, Titi me sacaba un rollo entero de fotos y me besuqueaba. Me gustaba quedarme a dormir con ella porque veíamos telenovelas que mi mamá me prohibía y después me quedaba dormida hundida entre almohadas de plumas. El amor de Titi siempre ha sido desbordado, le brota de las entrañas, no lo contiene jamás.

A Leonora siempre le dijimos “abuela”. La forma de llamarla de acuerdo con nuestra relación de parentesco, la describe muy bien. Hasta los diez años, pasé casi todos los domingos con ella, iba por mí en su camionetita roja y asistíamos a los conciertos matutinos de la Sala Nezahualcóyotl, luego me daba dinero y me llevaba a una librería a que escogiera un libro. También íbamos mucho a un parque, al que le decíamos “el zigurat”, porque había una réplica de pirámide. Con mi abuela siempre bromeábamos con cochinas, con ella se valía eructar y a mis nueve años eso me suponía un acto de rebeldía fascinante. Varias veces que me llegué a caer o lastimar bajo su cuidado, antes de que me pusiera a llorar, me decía “para todo mal un ungüento salival”, me metía la mano en la boca y me decía que me limpiara con “babita” la cortada, que

eso era lo que hacían los animales cuando estaban lastimados y que con eso se curaban. Cuando yo era niña, Leonora hacía muchos viajes, siempre presumía que ella viajaba sólo con una mochila y que dormía en hostales muy sencillos, y antes de emprender el viaje, nos preguntaba a mí y a mis primos qué queríamos de recuerdo, fue así que comencé a coleccionar postales que mi abuela me enviaba desde Camboya, Turquía, Israel y muchos otros países lejanos, y que a mi corta edad me enteré de que existían gracias a sus aventuras. Recuerdo que deseaba con todas mis fuerzas crecer para que me llevara a sus viajes, lo que nunca pensé es que yo la invocaría a los míos, especialmente a la hora de armar mi pequeña mochila.

Titi siempre fue una niña muy sensible, le gustaba mucho hablarle y cantarles a las flores, quizá desde ese entonces ya se imaginaba a sí misma sobre un escenario. Su madre le daba leche bronca de desayunar todos los días, a ella no le gustaba, por eso, sigilosa, la tiraba detrás de los nopales. A su madre probablemente le parecía una tontería que Titi viviera entre nubes y flores, entonces solía desesperarse fácilmente con ella, por eso Titi prefería a su papá, quien dedicaba todos los fines de semana a jugar y sacarle fotos con sus vestiditos de domingo y grandes moños.

Un día, Titi niña, quien entonces era Juana Eufrosina del Socorro, vio a su papá morir de un infarto mientras miraban un programa de Tin Tan. Unos días después, buscando unas fotos de su padre en el armario, un certificado de adopción cayó a sus pies, éste tenía su nombre. Ese cuerpecito de niña asustada contuvo el llanto y las dudas, tal vez sólo a las florecitas y a los nopales les contó sus penas. Después de que su papá murió, la relación con su mamá se puso difícil, entonces ella decidió internarla en el Mier y Pesado, una casa hogar para niñas de escasos recursos. A los 17 años conoció a un señor que trabajaba en la Interpol y decidió casarse, tuvo un hijo con él y poco después lo dejó, pues era violento e incluso llegó a amenazarla algunas veces. Luego de su matrimonio fallido, comenzó a trabajar en una revista, donde en diferentes ocasiones compañeros de trabajo intentaron abusar de ella. Para Titi, los hombres no la respetaban porque era una mujer divorciada, y alta, con enormes caderas y senos, que portaba insolente su belleza.

Todas las semanas, saliendo de trabajar, iba a clases de canto y fue ahí que conoció a Rafael Vázquez, un cantante conocido de aquella época, quien la invitó a cantar en centros nocturnos. Entonces comenzó a rodearse de gente famosa, vedetes y hombres de negocios. En una de esas noches conoció a mi

abuelo, un empresario de Sonora que le doblaba la edad. Mi mamá dice que Titi buscó en él un papá. Nunca se casaron porque él tenía esposa e hijas en Sonora. Pero tuvieron a mi madre. El secreto se mantuvo por años, la relación también, ésta transcurrió entre encuentros llenos de pasión, peleas y llanto, hasta que mi abuelo finalmente murió. En el medio de esa relación secreta, Titi tuvo muchos novios, uno de ellos fue Armando Manzanero, quien le escribió algunas de sus canciones más famosas: “Adoro”, “Esta tarde vi llover”, “Mía”. Su relación también fue turbulenta, pues Armando era muy celoso y quería a mi abuela sólo para él, pero Titi es un espíritu libre.

Mi mamá me cuenta que mi abuela hacía muchas fiestas, siempre estaba rodeada de gente, entre la multitud habitual estaba “Panchito”, un joven abiertamente homosexual, amigo y secretario de Titi, a él le encantaba provocar bajando en caftán y zunga las escaleras de la casa cuando iban los amigos de mi madre a visitarla. Panchito y muchos amigos de mi abuela murieron de sida a finales de los ochenta.

Leonora es la mamá de mi padre, hace mucho que no hablo con ella, porque además de que vive en la Ciudad de México, evito comunicarme porque me duele ver lo que la vejez ha hecho con su cabeza. Leonora tiene mala irrigación en el cerebro y esto hace que no tenga memoria a corto plazo. Esta condición la hace recordar cosas muy particulares del pasado, entonces las conversaciones con ella suelen ser evocaciones que se repiten una y otra vez. En uno de los destellos del pasado, que suelen saltar al presente, cuenta sobre cuando vivía en Tijuana. Su papá, quien era militar, se mudó allá por la guerra y, en ese contexto, Leonora narra orgullosa que aprendió a manejar en un camión militar. También, que se cruzaba a la frontera a trabajar empacando limones y que ganaba muy bien, a ella siempre le gustó ser independiente y tener su propio dinero. En los bailes del ejército siempre se quedaba sentada esperando a que la sacaran a bailar porque, aunque era muy bonita, los jóvenes soldados le tenían miedo por ser hija del jefe y porque jamás tuvo “pelos en la lengua”.

Ella y sus hermanas fueron mujeres transgresoras, incómodas. Jacinta, la más grande, era química; Nohelia, la primera piloto comercial de México, y Narcisa, física matemática, que estuvo muy involucrada en el movimiento estudiantil de 1968. Aparentemente era algo de los genes Mondragón. Leonora quería ser doctor, pero, según mi papá, “la domaron”, aceptó la voluntad de sus padres de estudiar Enfermería, que era una carrera mucho más corta y poco tiempo después se casó con mi abuelo y tuvo cuatro hijos. Mi abuelo era de

un origen muy pobre, pero logró abrirse camino y estudiar ingeniería, fue el segundo director del metro y un empresario exitoso, siempre iba a eventos políticos acompañado de mi abuela vestida con traje sastre y tacones. Leonora no estudió Medicina, pero fue “la mujer detrás de un gran hombre”. Me pregunto qué diría el obituario de una mujer con los sueños truncados.

Yo siempre he llorado muy fácil, de adolescente mi papá me criticaba por eso, algunas veces él y mi hermana se burlaban de mí por ser “chillona”. Un día me harté y les dije que yo era así, que por favor me respetaran, creo que nunca más volvieron a molestarme. De cualquier forma, algunas veces siento que les caigo un poco mal. Yo nunca hablé con las flores, pero sí con las hormigas, no aprendí a manejar en un camión militar, pero algunas veces siento que soy incómoda. Soy yo y soy mis abuelas.

Cuando tenía veinte años, mi novio Diego, con quien llevaba un año de relación, se enojó conmigo en una fiesta y comenzó a gritarme, nos fuimos a mi casa en donde continuó vociferando, estaba completamente fuera de sí, yo ni siquiera entendía bien qué era lo que le había molestado. Sus gritos no me dejaban hablar y en medio de ese caos, no pude más y me dio un ataque de pánico. Esa noche, mi compañera de departamento se había ido a Buenos Aires a visitar a su novio, así que en nuestra pequeña casa de estudiantes los gritos de Diego hacían eco en cada habitación, infiltrándose en todos los rincones, dejándome sólo una esquina para hacerme pequeña en el suelo. Sus palabras me golpeaban y yo jadeaba como un cerdo, no podía respirar, sentía que me ahorcaban, que me iba a morir. Por más que intento, no puedo recordar lo que gritaba, creo que en un momento su voz dejó de ser palabra y simplemente se convirtió en golpes. Esas frases difusas definitivamente quedaron marcadas en mi cuerpo, me costó meses volverme a sentir segura de mí misma, fuerte. Es una lástima que no se pueda llegar a un hospital diciendo: “necesito ayuda, mi novio me destrozó con sus palabras, ¡pónganme suero que me seco!”

Desde mi esquina, conseguí levantarme, como un fantasma caminé al baño y me encerré, me mojé la cara con agua y después me acosté en el piso. Diego no dejó de gritar hasta que se aburrió y se fue a dormir. Cuando salí del baño, él roncaba en mi pequeña cama individual, como cualquier otra noche, sigilosa me fui a sentar en la sala; con la vista perdida en la pared blanca supe de inmediato lo que tenía que hacer: tener esa certeza me dio la fuerza para enfrentarlo al día siguiente. Con la salida del sol, el tipo salió de la habitación,

extrañado porque no había amanecido a su lado, sin esperar al desayuno, le dije que no quería verlo nunca más, que se fuera de mi casa. Me pidió disculpas, me dijo que no se repetiría jamás, pero no le creí. Aunque no había tenido ese comportamiento antes, estaba segura que si pasaba por alto ese episodio, iba a haber una segunda parte aun peor. Después de eso, él me llamaba casi diario para insultarme, me mandaba mensajes con amenazas, les escribía a mis amigos y familia diciendo que yo era una loca, una “perra”. Hizo eso durante casi dos años.

Por muchos meses me odié a mí misma por no haber visto su clarísima estrategia de conquista: un hombre de 32 años conoce a una adolescente de 19 que vive a miles de kilómetros de su familia, no le alcanza el dinero, y ella se abre rápidamente y le cuenta sus *daddy issues* mientras llora recargada en su hombro, ¡un clásico! Cuando dejé de culparme a mí misma, me propuse organizar los pedazos de mis experiencias con Diego en búsqueda de señales, para así convertirme en una detectora profesional de manipuladores y violentos. Al rebobinar la película, saltó de inmediato el día que lo conocí, estaba en una discoteca y comencé a hablar con él, dejé de bailar con mis amigas y toda la noche platicamos, no puedo recordar qué fue lo que me gustó, pero sin duda cuando llegó la hora de marcharme con mis compañeras yo no quería irme. Intercambiamos teléfonos y le aclaré que casi nunca tenía crédito, así que si no le contestaba los mensajes era por eso. Pocos minutos después de haber salido del lugar, mientras caminaba por Corrientes hablando con mis amigas de lo “mágica” que había sido la noche, me llegó un mensaje que notificaba una jugosa recarga de crédito en mi cuenta. Todas hablaban de lo afortunada que era por haber conocido a un tipo así, uno que babeara por mí desde el primer momento.

A las pocas semanas de nuestro primer encuentro, fue a visitarme a La Plata, yo vivía en un cuarto de dos por dos que, además de mi cama, tenía una mesa de jardín con un hoyo en el centro cubierto con cartón y cinta, mis compañeras de casa dormían todo el día y a la noche despertaban y tomaban cocaína. Frente a esa situación, mi príncipe azul no tardó en preguntarme por qué vivía en esas condiciones, a lo que respondí que para mí era muy difícil como extranjera encontrar quién quisiera rentarme sin garantía o aval propietario. Fue así que, en menos de un mes de conocerme, él se ofreció a ser mi aval.

En la casa que soy yo, se ríe y se llora mucho. La risa y la alegría son incontenibles, de mis ventanas sale ruido que inunda las cuadras solitarias. Pero cuando hay llanto, los pasillos se inundan; todos mis muebles flotan chocando entre sí y cuando baja el agua, siempre quedan adornos y platos de porcelana rotos sobre la alfombra. Me gustaría ser una casa con música y olor a comida casera, donde las paredes no estuvieran cubiertas de moho.

Mi abuelo Francisco le tenía mucho miedo a su papá, muy joven tenía su matrimonio arreglado; se casó y tuvo dos hijas. En sus viajes de negocios, conoció a Titi, de quien se enamoró. Con mi abuela vivían una vida de estrellas de Hollywood, bebían, comían e iban a los mejores centros nocturnos. Mi abuela cuenta que mi abuelo la llevaba de compras y, como en las películas, alguien sacaba montañas de cajas y bolsas hasta el auto, esperando un chofer. En el 2004 mi abuelo murió, estaba muy enfermo y mi mamá lo llamaba cuando la enfermera le avisaba que no había nadie alrededor. Me acuerdo que pasaban horas al teléfono y muchas veces cuando colgaban, mi mamá lloraba por un largo rato. Cuando murió, mi papá la acompañó hasta Nogales, desde una banca al fondo de la iglesia, despidió a su padre y emprendió el regreso a Aguascalientes.

A mi abuelo Tomás no lo conocí, murió muy joven por una complicación de varias enfermedades relacionadas con el sobrepeso. Cuando estaba internado, mi abuela Leonora se enteró de que tenía otra familia y dos hijos. Mi papá dice que “la otra mujer” era muy cariñosa y expresiva, que quizá mi abuelo por eso la había buscado, ya que Leonora rara vez da un abrazo o es afectuosa. Después de varias operaciones e intentos, él murió. Para mi padre, él se dejó morir, ya que muy enfermo decía: “que voy a hacer sin ‘Kelo’, ella no me va a perdonar”. Nunca hablé de esto con mi abuela, pero creo que a la fecha no lo ha perdonado.

Cuando terminé la prepa, quería irme lejos, tenía un deseo adolescente de poder decidir si llegaba a casa a dormir o no. Averigüé muchas universidades, y cuando estaba desesperanzada –porque todas eran muy caras–, escuché en una conversación de “adultos” que en Argentina la educación era gratuita, incluso para personas de otros países. Esa misma semana fui al consulado y pedí la información para inscribirme en la universidad. En febrero me mudé a La Plata, mi papá me acompañó hasta Argentina y después de unas semanas volvió a México. Cuando había pasado menos de un mes, recibí un mensaje de mi hermana pidiéndome que me conectara a Skype, la llamé y me respondió

llorando. Apenas podía entender lo que me decía, pero cuando logró calmarse me dijo: “fui a imprimir algo a la computadora de papá y encontré unas fotos de él desnudo con una mujer”. Rápidamente decidimos que hablaríamos con él para exigirle que le dijera a mi mamá lo que había pasado. Lo hizo y nos explicó a las tres que era algo que hacía por diversión con diferentes mujeres, pero que amaba a mi madre. Después de unos meses mi mamá decidió perdonarlo y a la fecha siguen juntos.

El drama de mi padre pasó mientras yo estaba a 8 mil kilómetros de mi familia, y aunque tenía ya algunos amigos, no me sentía cómoda para llorar en el hombro de alguien y cuando mis cinco compañeras de cuarto se quedaban dormidas, yo lloraba en silencio. En medio de toda esa turbulencia, conocí a un chico y nos hicimos novios, le conté todas mis tristezas y me prestó su hombro. Su mamá me hacía de comer y me quedaba a dormir en su casa casi todos los días, me adoptaron. Yo nunca estuve enamorada de Nacho, además se ponía muy celoso cuando salía con compañeros de la universidad, así que después de un año terminé con él. Fue horrible, sentía que lo había utilizado. Nunca más volvimos a hablar, aunque su madre y su hermana siguen siendo mis amigas. Pocos meses de terminar mi relación con Nacho, comencé a salir con Diego.

Después de mi relación con Nacho y Diego, salí con muchas personas, era muy fácil conocer gente en una ciudad llena de fiestas y tugurios estudiantiles, por momentos me imaginaba mi vida como una serie adolescente de corazones rotos y hormonas burbujeantes, me encantaba maquillarme de negro los ojos, e intentaba parecerme lo más posible a una especie de Blanca Nieves punk. Después de innumerables coqueteos, conocí a Jansen, un brasileño atormentado con quien compartía mi tristeza acumulada. Nuestros planes favoritos eran ir de bar en bar, escuchar música triste y ver películas, pero en un momento la complicidad depresiva dejó de parecer una serie adolescente y develó su patética naturaleza. Peleas, llanto y una sensación enorme de vacío en mi pecho. En diciembre, Jansen decidió volver a Brasil, después de una larga noche de fiesta, me quedé sola en un columpio de Plaza Paso viendo cómo los pájaros despertaban, cómo abrían los negocios y la gente iba a trabajar. Yo sólo sentía un agujero en el pecho, todas las tristezas de los últimos tres años se movían dentro de mí como dragones intentando salir.

Las historias de mis abuelas siempre han estado presentes como pedazos de rompecabezas tirados por toda mi casa, por toda la casa que soy. Mis paredes están ya construidas con ladrillos rojos de diferentes tamaños, pero aún hay partes inconclusas, escaleras que no llevan a ninguna parte. Los cimientos se entrelazan con raíces de árboles muy viejos y grandes, pero tengo algunos muros que he logrado tirar a patadas. En el jardín he logrado hacer varias excavaciones, de hecho me considero una arqueóloga aficionada que está siempre en búsqueda de señales del pasado para llenar los huecos de mi propio presente.

Unos días después viajé a México y, como iba a estar tres meses, busqué un trabajo, algo en que estar ocupada. Tantos años fuera me hacían sentir como una extraña cada que volvía, lloraba muy seguido porque buscaba a mis viejos amigos y no mostraban interés en verme, un eco ridículo se burlaba de mí cantándome: “no soy de aquí ni soy de allá” de Facundo Cabral. Una mañana mientras barría el local donde trabajaba, sentí una punzada en el vientre tan fuerte que casi me impedía caminar. Casi a rastras, llamé a mi mamá, en la casa me acariciaba la frente y me daba té, pero el dolor cada vez era peor, así que me llevaron al hospital.

Mientras el médico veía una radiografía de mi vientre, yo sólo rezaba por no estar embarazada, recordé entonces que Titi había perdido un bebé de padre desconocido por un embarazo ectópico, no sé cuánto tiempo pasé tirada en la camilla antes del diagnóstico. Los doctores dijeron que mi estómago estaba detenido, mi cuerpo había entrado en huelga, agonizaba de dolor. Resultó que tenía un quiste del tamaño de una toronja y éste había ahorcado uno de mis ovarios, la torsión quística terminó con el órgano. Sobre la plancha fría del quirófano me preguntaba si yo me había provocado eso. Desperté unas horas después con un ovario menos y la noticia de que tenía un mioma en el útero, el cual requería atención urgente, el tratamiento era una menopausia inducida por seis meses y luego cirugía.

Cuerpo descansa en tu cama, quiero saber qué es lo que quieres para estar bien. No sé qué hacer, escupo sangre, no paras de llorar y en mis pesadillas veo cómo un animal te come los pies y la cabeza, quiero hacerte saltar, correr, pero no puedo, estás inundado de pies a cabeza, lo mejor hubiera sido dejarte llorar antes.

Me negué a realizar el tratamiento para reducir el mioma, pero me propuse dejar de odiar a mi papá y aprender a estar sola. Al volver a La Plata, busqué departamento y prometí hacerlo un nido que pudiera disfrutar. Las

paredes estaban llenas de humedad y había que salir a abrir o cerrar la llave de paso para poder lavar los platos, pero yo me encargué de llenar todo de dibujos y colores, mis amigos me visitaban con frecuencia y en mi pequeño patio hacíamos asados con la parrilla del horno y dos ladrillos. Por primera vez, desde los 14 años, disfruté de mí misma. Ese año dibujé muchísimo, hice dos exposiciones, me compré una bicicleta y dejé de usar el autobús, también descubrí mi lugar favorito de la ciudad a dos cuadras de mi casa: un pequeño bosque sobreviviente a la gran ciudad. Descubrí que La Plata y yo éramos un cofre del tesoro y me prometí que la próxima vez que estuviera en una cama de hospital, iba a jugar con los botones, como si fuera un sube y baja.

Entre el 2010 y el 2013 tomé grandes decisiones, me negué a ser una esposa trofeo a la que le gritan usando el alcohol como excusa, también me di cuenta de que buscaba relaciones por miedo a estar sola y que si decidía odiar a mi padre por siempre, yo era quien la pasaría muy mal, en el tapete de bienvenida de la casa que soy, puse una alfombra que dice: “dentro de mí mando yo”.

Una noche de fiesta, en el techo de mi edificio, me besé con José, un amigo de amigos con el que desde hacía tiempo compartía algunos espacios, trabajos y sonrisas, pero sólo eso. Con la ciudad de frente como un cofre de tesoro abierto, platicamos hasta el amanecer y luego bajamos a desayunar huevos revueltos, que antes de ese día yo odiaba. Se acercaban las fiestas navideñas y ambos viajaríamos a ver a nuestras familias, así que las semanas que nos quedaban en la ciudad las aprovechamos al máximo. Cuando volvimos de vacaciones decidimos hacer un viaje, como no teníamos mucho dinero averiguamos en varios blogs sobre rutas para viajar haciendo *autostop*, fue así que con los bolsillos rotos, una casa de campaña, bolsas de dormir, tres cambios de ropa, una olla y un mapa, partimos hacia Brasil.

El primer trayecto lo patrocinó un marinero que tenía tatuado un piolín en el brazo, además de nombres ilegibles. Yo jamás había viajado así, y mis papás me habían enseñado a tener miedo a los extraños, pero por alguna razón no tuve, creo que en esas carreteras aprendí a sentirme libre del dinero, de los miedos, de muchas cosas. Esos días cosechamos aventuras suficientes para escribir un libro, dormimos en un auto nuevo que iba arriba de un tráiler rumbo a una concesionaria en Rosario e hicimos el amor afuera de una iglesia donde pasamos la noche, en nuestra pequeña casa de campaña.

Ese viaje fue hace cuatro años, desde entonces han pasado muchas cosas entre nosotros y a nosotros, una de ellas fue haber decidido venir a vivir a Aguascalientes, la ciudad de la que huí, a los 19 años. Acá nos tuvimos que casar para que José pudiera quedarse y trabajar, pues para Migración el amor debe legitimarse ante el Estado. Creo que habernos casado nos hizo sentir domados y enojados entre nosotros por varios meses, aunque pudiéramos entender que firmar un papel no cambia nada, sentimos en las tripas y el corazón que hicimos algo que no queríamos. En un momento nos sentimos atrapados en lo que se supone debe ser la vida adulta: cuentas por pagar, un matrimonio estable, trabajo; el sueño inalcanzable de jubilación y casa propia. Nos convertimos en uno de esos perritos que dejan en la azotea amarrados, que sólo pueden ladrar a quien pasa desde su metro cuadrado. Quedamos atrapados en decisiones que tomamos por ir con la corriente, intentando hacer las cosas lo mejor posible.

Entre el horario de trabajo, el activismo y miles de compromisos que compulsivamente acepto, se me hizo costumbre llegar a la casa y saludar a José con molestia, como si su presencia me irritara de forma sobrenatural, no había ningún motivo aparente para justificar mi tirria. Así pasó todo el año hasta que José viajó a Argentina, ese viaje nos obligó a hacer una autopsia de nuestra relación, de nosotros mismos y de nuestro enojo.

Unas semanas después de que regresó de su viaje, me confesó, bajó la luz cenital del comedor, que había estado con alguien más. En principio no sentí nada, pues siempre he pensado que la monogamia es un aliado del amor romántico en el que desde hace varios años no creo, pero unos minutos después comencé a sentir cómo mi cuerpo se calentaba, la película de mi vida comenzó a reproducirse rápidamente, haciendo pausa en la historia de mis abuelas, en la de mi madre, en las mentiras transgeneracionales y en lo mucho que me han hecho llorar. Luego recordé que unos días antes habíamos hablado de una pareja conocida en la que ella estaba siendo infiel, en la conversación comentábamos que era mejor hablar si sentíamos deseo por alguien más, tomar en cuenta al otro, durante esa conversación José asentía a estas opiniones con su secreto guardado, todas esas historias hicieron que su confesión estallara en mí.

Después de ese día, me tomé unas vacaciones lejos, me reencontré conmigo frente al mar, tuve un romance durante algunos meses y me di espacio para pensar qué quería hacer con mi vida y nuestra relación. La noticia que José me dio en el comedor nos purgó, vomitamos las tripas, los silencios, las

dudas y nuestras opiniones, afianzamos nuestros compromisos con la bandera de la honestidad en alto. Y yo entendí que quería escribir mi propia historia mirando de forma precisa las narraciones de las mujeres de mi familia, tomando como referencia sus alegrías, sus llantos, sus silencios y relatos.

El pasado es hoy y, como dice Robin (1989), no es libre, éste está controlado, gestionado, conservado, explicado, contado, conmemorado, magnificado o envilecido, guardado. Mi presente contiene y construye la experiencia pasada, los murmullos de lo acontecido y mis sueños sobre el futuro. A mí ya no me tocaron los apellidos de Titi y Leonora, pero me acompañan sus historias, sus logros y sus sueños truncados. Recuperar el legado de las mujeres de mi familia me revela las opresiones que vivieron y que he heredado por el simple hecho de ser mujer. El poder patriarcal se sostiene por el sometimiento de una genealogía a la otra, las relaciones entre madres, hijas, abuelas pareciera que están subordinadas a las relaciones con los varones (Irigaray, 1992). Hoy llevo los apellidos de mis abuelos acompañados de sus logros: Tomás que logró salir de la pobreza y se convirtió en un hombre importante; Francisco, un respetable hombre de negocios, pero de mis abuelas conservo la complicidad de haber tomado decisiones que no quería, el haber buscado parejas sólo para sentirme menos sola, menos mierda, la constitución de nuestro cuerpo culposo, la fuerza para salir a flote, lo bocona, lo sensible, lo que son ellas y lo que soy yo. Mucho se ha escrito sobre cómo los árboles genealógicos narran las historias de los varones y omiten a las mujeres, Walls (2019) dice:

No se mencionan los nombres de las mujeres. Es casi como si no jugaran ningún papel en el proceso de engendrar y criar niños. La narración encadena las vidas de los padres con las de los hijos para asegurar el linaje, pero ahí donde deberían de estar los nombres femeninos no hay nada. Un silencio, un hueco (p. 26).

Dentro de ese silencio hueco existen mis abuelas, sus abuelas, mi madre y yo. Sus historias y las mías se entrelazan, chocan y distancian, luchan para no ser borradas, algunas piden no ser repetidas en susurros fantasmagóricos, otras se levantan erguidas como ejemplos a seguir. Mi mamá me dijo un día que ella había cortado con una cadena de insatisfacción y tristeza que se heredaba generación tras generación en su linaje, yo quiero hacer lo mismo. Recolectar y escribir las historias de las mujeres de mi familia me hace pen-

sarlas, compararlas, me da una perspectiva diferente para escribir mi propia historia, la historia que yo voy eligiendo para mí, mientras salto obstáculos como en un videojuego.

Hoy fantaseo conmigo arriba de la casa que soy, trazando mi genealogía en el cielo, reconociendo mi linaje y mi propio cuerpo, victoriosa por haberle ganado una batalla al olvido involuntario, a la memoria dominada y portando orgullosa la bandera de la memoria rebelde, buscando una nueva narración propia.

Referencias

- Di Liscia, M. H. (2007). Memorias de mujeres. Un trabajo de empoderamiento. *Política y Cultura*, 28, otoño, 43-69. Recuperado de: http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0188-77422007000200003.
- Irigaray, L. (1992). *Yo, tú, nosotras*. Madrid: Cátedra.
- Paredes, J. (2013). *Hilando fino. Desde el feminismo comunitario*. México: Cooperativa el Rebozo.
- Robin, R. (1989). Historia y fuente oral. Historia, antropología y fuentes orales Recuperado de: https://www.jstor.org/stable/27753229?seq=1#page_scan_tab_contents.
- Walls, M. (2019). La línea del ombligo. *Orígenes, Revista de la Universidad de México*. Recuperado de: <https://www.revistadelauniversidad.mx/articles/38e777da-eb53-45e8-bcb4-0d0113c7e754/la-linea-de-ombligo>.



Resignificando el amor

Silvia Susana Gutiérrez Macías

*Perdónate, acéptate, reconócete y ámate;
date una nueva oportunidad. Recuerda que tienes
que vivir contigo mismo para siempre.*

Facundo Cabral

Amor. Del lat. amor, -ōris.

1. m. Sentimiento intenso del ser humano que, partiendo de su propia insuficiencia, necesita y busca el encuentro y unión con otro ser.

¿Insuficiencia?

Insuficiencia. Del lat. *insufficiētia*.

1. f. Falta de suficiencia.
2. f. Cortedad o escasez de algo.

Buscamos nuestra “suficiencia”, muchas veces, en los lugares incorrectos, como cuando intenté correr para tratar de calmar mi ansiedad, o cuando decidí tomar en exceso, porque pues todos lo hacen ¿no? Me quedé mareada, con cruda, con menos dinero y los mismos problemas, que sólo se encargaron de alimentar el dolor de cabeza.

Mi ansiedad no se iba. Vivía en el descontento crónico, de no poder controlar mi presente, de anhelar el pasado y de estar esperando siempre el futuro: “En una semana, cuando termine este proyecto, todo estará bien, podré dormir, no me despertaré por las noches y estaré tranquila”. Pero llegaba algo nuevo, y nuevo, y nuevo, y el plazo para mi idealizada “felicidad y tranquilidad” se alargaba.



Figura 1. Autorretrato afuera de casa de mis padres. Fotografía: Silvia Susana Gutiérrez Macías.

Mi mamá siempre me dijo que tenía problemas de carácter, que era muy desesperada y brusca. Siempre en busca de no sé qué en los lugares incorrectos, a toda velocidad. Y es que no lograba callar la ansiedad, siempre algo me hacía falta y fue ahí donde me encontró JL.¹

1 Se emplearán estas iniciales para el anonimato de la persona.

Nunca fui muy afín a pensar en el poder mental, no sabía hasta dónde nuestras construcciones mentales nos pueden llevar, hasta que lo conocí. Si hiciéramos una comparativa de tiempo, lo pensé más de lo que estuve con él, no frené mis pensamientos, dejé que fueran, lo creé. Hice de nuestros momentos mis reliquias, y ahora descubro que cumplí a cabalidad la siguiente definición: Idealizar. De ideal e -izar.

1. Verbo transitivo. Elevar las cosas sobre la realidad sensible por medio de la inteligencia o la fantasía.

Me sentía prisionera, en busca de aquella libertad que me separara de la gravedad del planeta y me sacara de la cotidianidad, y vi en JL la oportunidad perfecta.

Con él sentía que tenía el control de mi realidad, aquella donde podía salir un momento de la sobreprotección de mis padres, llegar después de las diez de la noche, decirle que sí a esas reuniones con mis amigos, dejar de preocuparme por tener que dar explicaciones moralmente correctas en cada decisión que tomaba, dejar de sentir que mi libertad estaba condicionada. Y en medio de eso lo vi. Aún pienso en ese primer instante como una pausa eterna. Estudiábamos juntos en la misma universidad, en el mismo centro, los dos con aspiraciones de ser diseñadores, su sueño se esfumó unos años después.

Parado afuera del edificio 90, sostenía un cigarro que se llevó a la boca al mismo tiempo que me miraba y entrecerraba los ojos, en ese momento noté que era el mismo chico que mi amiga me enseñó momentos antes, cuando aburridas de la clase sacó su celular para enseñarme su foto: “Mi novio dice que le gustas mucho, debería de presentártelo”. Era la segunda persona que me enseñaba su fotografía, el fin pasado en un bar, una ruidosa amiga de mi prima se inclinó sobre mi mesa, su cabello rubio cayó hacia delante mientras me mostraba su fotografía en su celular de última generación: “Es que, en serio, te digo que le encantas, mi hermana no lo podía creer”. Y entre todo el tumulto lo conocí, nos enamoramos.

Comenzó como un nuevo amigo en Facebook, después terminamos en uno de los jardines de la universidad viéndonos fijamente y luchando contra el impulso de la contradicción, veía en su mirada una lucha interna por no dar ese primer beso, los dos sabíamos que no habría vuelta atrás, pero lo hicimos, nos perdimos en los ojos del otro y de repente nuestros labios también se

perdieron en el otro. Comenzaron las faltas a clases, los desayunos juntos, los mensajes hasta la madrugada, los besos en rincones de la universidad.

Todo aquello me parecía excitante y prohibido, a JL parecía empezar a aburrirle que no pudiéramos ser capaces de salir del perímetro de la universidad. Aumentó la ansiedad y entonces las mentiras, empecé a sentirme sosa, aburrida. Y sí que mentí, construí una nueva versión de mí misma, sobre la persona que soñaba ser, porque sentía que con él podría. Fingía conocer todas las bandas, canciones y cosas que le gustaban, al punto de que en una clase mi proyecto final fue de su banda favorita.

Desde ese momento me perdí, no dejé de pensarlo, no dejé de admirarlo, de querer ser parte de su mundo, JL representaba la libertad: sin miedo, sin tapujos, sin restricciones, sin ataduras. Al punto de perderme, fui todo aquello que juré jamás ser, que condené, que señalé, quizá por eso ahora no soy tan prejuiciosa, como con la infidelidad, por ejemplo.

Y es que un año antes, otro actor en mi búsqueda de “suficiencia” me engañó con aquella chica con la que compartí un cigarro. Aire refrescando mi rostro y enredando mi cabello, música a todo volumen, mientras me perdía viendo las estrellas recostada en aquel cajón de una vieja camioneta blanca apodada por todos mis amigos como “La lechera”; voces y pequeños murmullos alrededor, sentía el codo de una amiga sobre el mío, sentía el bailoteo de otra enfrente de mí mientras gritaba a todo pulmón el coro de la canción del momento, no sé si era el alcohol o en serio lo sentía, pero casi pude oír cómo se desgarraba la garganta cantando “Teenage Dream” de Katty Perry.

De repente mi nariz sintió de golpe el humo del tabaco, ahí estaba ella, la chica segura y guapa prendiendo un cigarro; se giró hacia mí y me dijo ¿quieres? Respondí negativamente con la cabeza, ella me tomó del brazo insistiendo, “anda, para sellar nuestra amistad”, aún no sé por qué, pero tomé aquel cigarro y dejé que el humo escapara lentamente después por mi boca. Ese cigarro que estuvo antes en su boca, esa boca que estuvo antes en los labios de mi exnovio.

Y ahora yo era la chica del cigarrillo –es que no mencioné antes que estaba en una relación de dos años ¿verdad?–. Cuando conocí a JL yo tenía una relación a distancia con aquel chico que siempre soñé: atento, romántico, alto, guapo, con los mismos gustos, pero siempre respetuoso y esperando a que yo diera el primer paso en todo; y, bueno, fui la primera en ser infiel. Aún siento aquel frío cuando le dije que besé a otro chico en uno de los jardines de la

universidad, se perdió la confianza, se perdió la relación, me seguí perdiendo yo: “No me puedes hacer esto, no puedes terminar conmigo, ¿sabes qué? Yo termino contigo”, dijo con la respiración acelerada, y casi pude oír cómo caían sus lágrimas.

Colgué, en mi habitación oscura sentí como si empezara a hundirme en la cama, como si algo me absorbiera en el piso, una presión inmensa se apoderó de mí, la cabeza estaba a punto de estallarme, el tiempo no pasaba, me quedé suspendida en mis pensamientos, no era parte de mí, me encontraba dividida: mi cuerpo fatigado, después de haberse sacudido violentamente por el llanto ya seco en mis mejillas y mi mente recapitulando todo lo sucedido, no dejaba de pensar en que acababa de ocasionarle a alguien el dolor más grande que alguna vez me ocasionaron a mí. Me sentí tremendamente contrariada, traté de apartarme de los dos, necesitaba un tiempo, necesitaba pensar.



Figura 2. Autorretrato. Fotografía: Silvia Susana Gutiérrez Macías.

Fueron días difíciles, logré apartarme algún tiempo, pero no encontraba mi lugar. Un pensamiento recurrente invadía mi mente: volver a hablar con JL,

el creador de mi contrariedad. En una de aquellas conversaciones nocturnas, donde la oscuridad y la madrugada sirven de cómplices para desinhibirte, le pedí que lo intentáramos, tecleé: “siempre volvemos a lo mismo, no podemos estar el uno sin el otro, deberíamos intentarlo, no sabes cuánto te quiero”, le di enviar. Un frío empezó a recorrerme el cuerpo entero, no podía dejar de ver la pequeña pantalla iluminada y casi incandescente en medio de la oscuridad, mis ojos se clavaron en la leyenda “en línea”, que aparecía debajo de su nombre, luego aparecieron tres puntos, luego desaparecían y aparecían, sentí cómo a causa de ver la pantalla con tanta esperanza de saber la respuesta se me tensó la vista, pero fue como si todo quedará en pausa cuando respondió: “pues deberíamos de quitarnos las ganas y ya, es sólo eso”. ¿Qué?, ¿eso era para él?, ¿no representé nada más?

Jamás me humillé tanto, no me importó que JL cancelará una y mil veces, jamás bajé tanto la guardia, mentiras para justificar mis salidas con él; jamás rompí tantas promesas, me cegué por su luz. No sabía de dónde provenía el brillo, no noté la quemazón, no noté mi desgaste. Me perdí. Lo justifiqué, porque cómo podía yo juzgarlo, yo cometí errores, por qué no perdonar los de él. No me sentía con la capacidad moral de juzgar a nadie ahora.

Existieron advertencias de su parte, no pertenecíamos al mismo canal, pero forcé todo a mi idealización de un mundo con él. Y aun cuando me dijo varias veces que “quería quererme bonito”, no teníamos el mismo concepto de amor. Nos defino dentro de dos de los tres tipos de amor del sociólogo Anthony Giddens (1998, pp. 44-47). *Amor pasión*, delimitado en su mayoría por actos sexuales o acciones dadas momentáneamente, que suscribe con mayor fuerza la relación con la sexualidad y su experiencia se caracteriza por una vivencia de urgencia en el presente que hace que casi siempre entre en conflicto con las rutinas cotidianas. *Amor romántico* donde si bien la sexualidad está incluida, no es el ardor sexual lo que prima sino la idealización del otro, la aprehensión intuitiva de sus cualidades que lleva a concebir la relación con ese otro como la única alternativa de completud del sí mismo.

Yo, una romántica empedernida bien constituida con cimientos de novelas de Jane Austen, me creía esa Elizabeth Bennet inteligente e intuitiva de *Orgullo y prejuicio*, que termina enamorándose de un tipo serio y aparentemente indiferente que al final cede al amor más puro y romántico, porque el amor lo puede todo ¿no? O esas películas hollywoodenses de adolescentes, donde los enamorados terminan escapando de las expectativas de todos, si-

guiendo las de su corazón, para así ceder al “poder” único del amor. Octavio Paz, en su libro *La llama doble*, sostiene que la literatura prepara, retrata y profetiza los cambios sociales y en este sentido la paulatina cristalización de nuestra (occidental) imagen del amor ha sido la obra de los cambios, tanto en las costumbres, como en la poesía, el teatro y la novela.

Siempre existe una constante en esta concepción del amor, el ser amado es el salvador de tu monótona vida, es el mesías que te libraré de tus inseguridades, es el antídoto a todos tus problemas, estos son los engranes del idealizado amor romántico. Tenemos que dejar de buscar soluciones fáciles a nuestras “insuficiencias” en los demás y comenzar a tirar los ladrillos de esta construcción romántica.

A la fecha, no entiendo la percepción de amor de JL, lo veo construido de breves momentos significativos, intensos, pero fugaces. Y quizá eso fue, una estrella fugaz que llenó mi planeta inmóvil de brillo, pero a la que no podía seguirle el paso, la gravedad de mi ética, de mi religión, no me lo permitían. No podía con esos encuentros casuales que él sugería. Y aún no sé cómo fue que terminé en esa situación, cómo me permití amar tanto. Sentía el impulso de llegar a su casa, de enviarle un mensaje diciéndole que sí, aunque no fuera como yo quisiera. No entiendo aún cómo funciona la siguiente palabra:

Percepción. Del lat. *perceptio*, *-ōnis*.

1. f. Acción y efecto de percibir.
2. f. Sensación interior que resulta de una impresión material hecha en nuestros sentidos.
3. f. Conocimiento, idea.

Pero me parece interesante analizar cómo una acción puede ser percibida con efectos tan opuestos en dos personas. ¿Cómo se forma la percepción?

Reflejo directo de los objetos del mundo real que actúan sobre nuestros sentidos. La base de la percepción es la existencia objetiva de los objetos, independientemente de la conciencia humana. Comparada con la sensación que refleja tal o cual propiedad o cualidad del objeto, la percepción tiene la particularidad de reflejar el objeto entero como conjunto y conexión de sus propiedades. La percepción depende en gran parte de la experiencia anterior del sujeto y de su

actitud hacia la cosa que percibe. Un idioma extranjero parece un caos de sonidos a quien lo ignora, pero está lleno de sentido para quien lo comprende. A la actividad de los órganos de los sentidos se asocia la actividad del pensamiento (Rosental y Iudin, 1959, p. 404).

Él me sugería sexo para terminar con esto, “para quitarnos las ganas”. Yo sentía que eso me haría estar en un plano aún mayor de amor, era la única forma de unión que me faltaba, era lo último que no me había quitado, todo lo demás era de él. No podía darle eso, pero aún así no podía estar lejos de él. Jamás sabré cómo está conformada su percepción, ni siquiera pude entender qué representaba para él. Quizá ir en busca de algo nuevo sin siquiera terminar otra relación hizo que nunca pudiera tomarme en serio. Yo ya no podía tomarme en serio.

Forcé la situación hasta que algo en mí se convirtió en cenizas, me esmeré en buscar en ellas el fuego de lo que fuimos, un poco de las brasas iniciales, me hice polvo. Al final, cuando me di cuenta, no sabía quién era yo, consecuencia directa del rechazo:

Rechazar. Del fr. ant. *rechacier*, der. de *chacier*, del m. or. que *cazar*.

1. tr. Forzar a algo o a alguien a que retroceda.
2. tr. Resistir al enemigo, obligándolo a retroceder.
3. tr. Contradecir lo que alguien expresa o no admitir lo que propone u ofrece.
4. tr. Denegar algo que se pide.
5. tr. Mostrar oposición o desprecio a una persona, grupo, comunidad, etc.

Cuando te enfrentas al rechazo, empiezas a cuestionarte ¿por qué?, ¿será que no fui lo suficientemente buena?, ¿qué hice mal?, ¿qué tengo mal? Nunca me ha gustado pensar en el hubiera, decidí darlo todo por última vez, pensé que de alguna manera si luchaba aún más podríamos estar juntos, quería darle fin a la ansiedad constante de querer saber de él, quería que todo me dejara de recordar a él, quería que dejara de doler, dejar de sentir ese vacío en el pecho seguido de llanto nostálgico, no quería que se llevará más de mí. Me aparté de nuevo de JL, pensé que negar su existencia era lo mejor que podía hacer.

Conocí a un nuevo chico, o quizá deba escribir reencontré, cuando yo tenía 11 años lo conocí por primera vez en casa de mis tíos, mi tía política era prima de su papá, éramos de edades similares, por lo que los adultos no dudaron en empezar a decir que hacíamos linda pareja, me sonrojé al instante porque en realidad sí me gustaba aquel niño tapatío, con uniforme de futbol y cejas despeinadas chistosas. Fue tan amable, se acercó despeinado y con una media más arriba que otra a mostrarme su balón. A mí sólo me interesaba él.

Diez años después adquirí mi segundo celular, éste ya tenía la opción de wifi y una cámara nítida, era color rosa y tenía pantalla touch, ¡Por fin podría tener WhatsApp! En una tarde de otoño, procrastinando en casa de mi prima, donde los chismes y chucherías no faltaban, le pedí que me pasara contactos, amablemente me dio acceso libre a su celular, recargué mi cabeza en un cojín de su cama colocando el celular encima de su cabeza con los brazos extendidos, estaba emocionada bajando la pantalla con el dedo de manera efusiva al ver los misterios que me encontraría, y de repente el nombre del niño de las cejas despeinadas con una fotografía actual, mi corazón saltó, no dudé en agregarlo y enviarle un mensaje: “Hola J”, desde ese mensaje hasta la fecha no hemos dejado de hablar, me contestó al instante, sentí cosquillas en el estómago, “mariposas” les llaman, un mes de llamadas nocturnas, mensajes, fotos y coqueteos, dos visitas, una propuesta y un compromiso pactado. Tenemos cuatro años de relación al presente.

Logró calmar mi ansiedad y enseñarme lo que logra el amor hacia los demás y hacia ti mismo, él disfrutaba todos los procesos, siempre iba por ahí bromeando y jugueteando, creando sonrisas. Hizo que me retara a mí misma, que entrara a los laberintos de mi mente y me confrontara.

“Tengo miedo de entrar a la maestría, tengo miedo de que no me acepten, tengo miedo de quedarme sin amigos por mis padres sobrepotectores...”, Fijaba sus ojos de universo en mí (así les digo, porque me encanta que me vea, no tengo respuesta lógica, sólo sé que sus ojos son tan bellos y misteriosos como el universo mismo) y dijo: “Por favor, no tienes por qué tener el control de todo, las decisiones de los demás afectan de manera directa las nuestras, muchas veces no existe mucho que podamos hacer, lucha, da todo de ti, pero no dejes que te afecte a otro nivel si no resulta como quieres”.

Veía cada vez más la luz, nunca había conocido a nadie que me aceptara y me motivara al nivel que él lo hacía, no nos construíamos mutuamente, sino que empezamos a construir algo juntos, era imparable, recuerdo que varias

noches lloré al sentirme tan tremendamente afortunada de sentirme amada y aceptada.

Pero, ¿por qué no había drama? ¿Por qué en mi relación actual era todo tan fácil? Quizá no es amor, el amor cuesta, el amor duele, el amor nos lleva al límite, sentía que JL seguía ahí, era aquel amor platónico idealizado que me llevaba al límite, que me costaba, quizá tendría que luchar por él, porque el amor tiene que doler ¿no? Al pensarlo me sentía tremendamente hipócrita, charlábamos de manera casual y llegamos a coquetear en algunas ocasiones, no quería que pasara lo que pasó antes. Pero tampoco es sano negar lo que sentimos, es por algo y se tiene que llegar al fondo de por qué es así. Le tenía un cariño impresionante aún, no podía seguir con este desgaste emocional, así que confronte a JL.

En este intento el mayor rechazo fue cuando, acompañada de mi mejor amiga de la universidad, fui al restaurante del que era dueño sólo para verlo, lugar al que nunca iría de otra forma. Es uno de esos lugares que te venden el estatus, ubicado en un segundo piso de la nueva plaza comercial de la ciudad en la zona cara. Desde que entré al estacionamiento me sentí fuera de mí, estacionar el coche y caminar hacia el restaurante fueron acciones que realicé en automático, escuchaba la voz de mi amiga como una música de fondo donde los protagonistas eran mis pensamientos, me parecía tan lejano el trayecto de 100 metros que nos separaban del estacionamiento a su restaurante, sólo quería verlo, mi mente no daba crédito a que por fin podría verlo, escucharlo, saber de él.

Mi cuerpo respondía a la tensión, empecé a temblar levemente, unas náuseas terribles se apoderaron de mí, cuando lo vi sentado en la barra con su mirada distraída y su cabello despeinado cayendo levemente sobre su frente todo se fue, era como si me quitaran a un elefante de la espalda, sólo quería llegar y estar en sus brazos, pero me contuve, lo saludé con una terrible sonrisa estática y extraña, ahora me muero de risa de pensar en ese momento, seguramente parecía una psicópata.

Mi amiga y yo nos sentamos en una mesa cerca del balcón, me puse de espaldas hacia donde estaba él, sabía que si estaba de frente no podría dejar de verlo. Al sentarnos, él dejó la barra para saludarnos, fue cordial pero indiferente, como si fuéramos cualquier otro comensal, le pedí su recomendación y claro que la seguí, aunque honestamente jamás la hubiera ordenado.

El mesero llegó amablemente y colocó algunos condimentos, salsas y unos pequeños panes en el centro de la mesa, eran de colores vivos y olores fuertes, mi tensión aumentó, no tenía idea de qué era todo aquello, empecé a ver qué hacía mi amiga y la imitaba, mi mente estaba tremendamente ocupada en mantenerme quieta en aquella mesa donde fingía reírme y parecer divertida, en caso de que JL mirara. En ese momento me sentí sumamente agradecida de que mi amiga extrovertida hablara y hablara durante toda la comida, ayudando a romper un poco la tensión de mi cuerpo, próximo a explotar por tantos sentimientos.

Unos minutos después llegó mi pedido, un baguette, la justificación de este platillo en un lugar como ese, era el enorme corte de carne que el pan tenía en medio. No sabía qué hacer, si comérmelo con las manos o con los elegantes cubiertos que estaban cuidadosamente colocados sobre una servilleta de tela, al final lo dejé enfriar al punto de saber insípido, me sentía contrariada, no me explicaba cómo era posible que no volviera a la mesa para hablar con nosotras, quizá se debía a que era tímido, o quizá lo seguía justificando. Por el miedo de sentir su presencia a dos metros de mí, tardé una hora y media en comerme aquel baguette, cada movimiento que hacía estaba pensando por si él me veía.

Si hubiera sido por mí, sólo habría bañado en salsa el interior del baguette y lo hubiera devorado en 30 minutos, para posteriormente acompañarlo de una cerveza. Pero, ¿qué pensaría JL de mí? Chico de familia adinerada que vive en la zona cara, con viajes al extranjero cada año, y dueño de aquel lugar donde al pedir un baguette te ponen cubiertos, qué tontería ceñirme a este tipo de cosas, pero fue otro intento de que me considerara. Otro intento para entrar en su mundo.

Pedimos la cuenta que mi amiga amablemente pagó, nos dirigimos a la salida, JL fue tan terriblemente indiferente conmigo que sentí que al ir le daba la poca dignidad que me quedaba, y otra vez mi bagaje de referentes del amor me falló, no fue corriendo a recibirme cuando llegué, no hubo detalles ni sonrisas ni el ruego de que me quedara con él, nada... sólo se levantó rápidamente de la barra, nos dio una casual despedida y se ocupó en regresar rápidamente a sus asuntos. Salimos. A los pocos metros voltee en búsqueda de que quizá me siguiera con la mirada... nada de nuevo.

Terminamos tomando una cerveza en el pub continuo, no podía seguir así, después de una cerveza llamé a la mesera y le dije: “¿Ves ese restaurante? Ahí está un chico que me gusta mucho, pasan los años y aún no sé qué significo

para él, siento que es un poco tímido y no habla mucho de sus sentimientos, pero, no sé, ¿tú qué harías?”. Ahora me doy cuenta de que buscaba una extraña esperanza y cuando me dijo que fuera de regreso, lo sentí como mi luz verde, como si alguien encendiera la bengala de mi deseo, y caminé de regreso.

Él seguía sentado en la barra, un poco encorvado, viendo fijamente un documento lleno de números, le toqué el hombro, volteó extrañado y confundido al verme, a lo que nerviosa y rápidamente respondí: “Ah, mi coche tiene un problema, ¿crees que puedas ayudarme?”, apunté al instante el estacionamiento, no podría permitirme llorar enfrente de sus comensales y sus empleados porque sabía lo que pasaría.

Justo cuando llegamos fue evidente que mi coche estaba bien, lo abrí y terminamos dentro sentados, en aquel segundo piso donde se veía un maldito atardecer hermoso que alimentó a mi romántica empedernida. Una última vez dejé mi alma, al inicio tardé mucho en poder articular alguna idea, hasta que entre llanto y suplicas hablé, primero de cosas triviales, mientras calmaba el temblor de mi cuerpo: “¿Ya viste el colgante que tiene mi espejo retrovisor? es un tiburón, ¿está ‘padre’, verdad?”, JL respondió con una sonrisa mientras apretaba levemente el colgante de peluche, tomé fuerza, inhalé, exhalé y escupí la siguiente frase sin pensarla: “Tengo una relación de cuatro años, siento que en cualquier momento mi novio me propondrá matrimonio, cuando yo digo sí a algo es sí, no quiero dejar nada en el hubiera”, no dejaba de mirarme, no podía descifrar aquella mirada, pero creo que estaba harto. Continué con la explicación de que todas las canciones de mi muro de Facebook eran para él, que lo pensaba de manera constante, que amaba a mi novio actual, pero que él tenía algo especial, era la única razón que me detendría a decir sí cuando me propusiera matrimonio.

No dijo ni una sola palabra después de que me abrí como nunca en ese coche, los dos vimos el atardecer, nada, sólo el pesado silencio, su mirada clavada en el piso, mis lágrimas rodando por mis mejillas y otra vez forzando la respuesta que quería, le dije: “¿Qué soy para ti?”, más peso del silencio y después el puñal: “Te quiero, pero como una amiga”. De repente la gravedad aumentó, cada movimiento me parecía extremadamente difícil, no dudé en decirle que se bajara del coche, mientras yo salía rápidamente de regreso al pub con mi amiga, caminé sin mirar atrás, sentía como si avanzara y mis movimientos se hicieran en la mitad del tiempo.

* * * *

Como era costumbre, casi una vez al año, al revisar mis contactos, lo eliminé de todas las redes. Meses sin saber el uno del otro y, como siempre, después la excusa tonta para volver a hablarle. Me da miedo pensar en el poder de mi mente para crear un sentimiento tan fuerte que todo lo da de manera ciega, que se entrega, que quiere lo mejor para el otro, aunque no se reciba nada, que por migajas de esperanza se mantiene ahí a la esquina de la mesa esperando que algo caiga, ese sentimiento que creí amor. Ludditas Sexxxuales (2013) enumera la posición de la mujer en el amor romántico, de la siguiente manera:

Increíble capacidad femenina para:

1. Sentirse mal por amor.
2. Dejarse absorber/arrastrar por ese sentirse mal.
3. Que la obsesión amorosa se lo coma todo.
4. Reverberar.
5. Brindarse auto-satisfacción instantánea.
6. Dejarse llevar por el drama.

Dejarse arrastrar por el tren de dar “amor” es más fácil que la autoconstrucción, pero claro que tampoco es tan sorprendente que yo estuviera en esta posición, si mi referente más cercano de amor es aquella imagen romántica que lleva construyéndose ya varias décadas, que define al amor como esa “fuerza ciega” de dar todo por el ser amado; mis dos abuelas abnegadas a los deseos de sus maridos, a costa de los suyos, una tuvo doce hijos de manera consecutiva sin desearlo, otra soportó el alcoholismo de mi abuelo por años, pero siempre las dos listas para servir el siguiente deseo en la lista de sus maridos, porque eso es amor ¿no? ¡Es todo lo contrario! Ocho años tuvieron que pasar para que me diera cuenta de que tenía que valorar lo que tenía, cambiar mis referentes y resignificar mis significados.

Todos estamos constantemente resignificando, hubo un punto donde nuestros significados estaban en la misma página del diccionario, y ahí me quedé tratando de pausar el tiempo, JL era mi oasis, esa significación era mi oasis. Cuando me dijo que sólo me veía como una amiga, el oasis se inundó, sentía el agua hasta la garganta, pero siempre tenía la cabeza en alto, ahora sé que era para no ahogarme, no porque todo fuera bien. Cuando yo dejaba todo para estar con él: clases, amigos, a mi pareja, y cancelaba al final, ahí estaba yo arreglando el oasis, le cambiaba algunas letras a mi significado

para que todo siguiera “igual”, estas acciones calmaban mi ansiedad de manera momentánea, pero no de raíz.

JL era mi calmante, pero sabía que tenía que seguir y confrontarme a mí misma. ¿Por qué buscaba mi libertad en él? ¿Por qué no abría mi camino y moldeaba mi propia libertad? Pues porque es sumamente difícil y doloroso confrontarse a sí mismo, lo más fácil para mí era querer tener su libertad, al estar con él podría tener lo que él tiene, lo que él vive. Y eso es terriblemente egoísta. Ahora tengo más poder sobre mi mente, la ansiedad va disminuyendo, he aprendido a ser más objetiva.

Quizá si ambos hubiéramos sido auténticos esto no hubiera pasado. Odio esa palabra “hubiera”, intenté hablar con él varias veces, pero creo que siempre fuimos extraños. ¿Es raro? Me esforcé tanto por estar en su radar que al final no sé hasta qué punto me conoció realmente. He empezado a emplear la resignificación como eje rector de mi vida en búsqueda de terminar con mi ansiedad. Cazau Pablo (2000) la define como:

El equivalente psicoanalítico de los viajes a través del tiempo de la ciencia-ficción [...] el deseo del hombre de rehacer algo mal hecho. Tal vez lo repetitivo del síntoma obedezca a volver ilusoriamente al pasado para revolverlo y resolverlo. En el viaje al pasado se modifica físicamente el acontecimiento pretérito, mientras que en la resignificación se lo modifica psicológicamente.

Esta historia tiene que ser resignificada o tiene que ser vista de manera objetiva. La verdad es que él me encontró buscando algo que nunca perdí. Aquí no existen héroes ni villanos, ni el bien ni el mal. Existen los acuerdos. Yo esperaba en él una “suficiencia” que no podía encontrar, porque esa “suficiencia” era amor hacia mí misma. Buscaba respuestas que sólo podía conseguir dándome tiempo para mí. Descubriéndome, cuidándome, aceptándome, para mostrarme a los demás sin tapujos. No es correcto exigir o conseguir libertad por medio de una persona, yo tenía que ganarme mi propia libertad.

Ahora es cuando empiezo a aceptar mi ansiedad, a ver su origen, dejé de alimentarla con mis inseguridades, de tomar las decisiones que los demás dictaban como correctas, pero que a mí me contrariaban, me dolían.

Voy venciendo uno a uno los elementos que conforman mi ansiedad. La paciencia ha sido la clave, al ser una persona tan sentimental dejaba que el sentimiento en turno hiciera de las suyas dejando de centrarme en mí y viendo

más por los demás. Ahora sé que siempre tuve las respuestas, sólo tenía que bajar el ritmo y buscar en el lugar correcto.



Figura 3. Octubre, 2019. Fotografía: Silvia Susana Gutiérrez Macías.

Entre tantas voces, entre tanto ruido, entre tantas personas, no sabemos dónde encontrarnos, no encontramos “suficiencia”, no encontramos amor, creo que podría resumir mi aprendizaje con el breve poema de Zab G. Andrade (2018): “Buscas amor porque no has descubierto que eres amor, cuando lo descubras dejarás de buscarlo y empezarás a buscar con quien compartirlo”.

Y es el problema regresando a la definición inicial de amor, ¿en serio el amor sólo se puede lograr al unirse con otro ser? Pues yo creo que no, como Zab describe, primero tienes que tener plena confianza en tus convicciones, en quién eres y a dónde vas, cuidarte física y emocionalmente, alejarte de cosas tóxicas e ir siempre en pro de tus sueños, es ahí donde empieza el amor. Y es ahí donde quizá encuentres a otro que esté en tu misma línea.

Traté de controlar cada situación para obtener el resultado que yo quería, cuando yo quería y como quería, sólo así podía calmar mi ansiedad. Pero, ¿qué es lo peor que puede pasar? No soy el centro del universo. No tengo por qué controlar todo, ni preocuparme por todos. Aunque suene egocéntrico, tenía que preocuparme por mí. ¿Qué quería en realidad? ¿Por qué lo quería? ¿Es realmente lo que quería? ¿En serio lo amé? ¿Qué era lo que amaba de él? Quizá si hubiera empezado por planteármelo desde ahí, podría haber funcionado, no lo sé.

Al ser una estudiante foránea, constantemente llegaba temprano a la universidad, tenía que esperar varios días a la semana una hora en la biblioteca el inicio de mis clases, JL se percató de esto y muchas veces me hizo compañía. Quién diría que cinco años después estoy escribiendo esto en esa misma biblioteca, lo imagino entrando y sonriéndome justo cuando nuestras miradas se encuentran. Que el pasado se quede en el pasado.

El problema aquí es que el amor no es un salvavidas, no es un oasis a tu existencia. No son dos medias naranjas complementándose. Tienen que ser dos enteros en busca de construir algo.

Tú le das el peso que quieras a las situaciones, tú sabes hasta qué punto te afectan, tú les das el significado que quieres darles y, si bien quizá inicialmente exista una convergencia con alguien en un significado, todo está en transformación constante, somos agentes de cambio. Cada día cambiamos nuestra perspectiva, cada día renace un ser nuevo, y así tenemos que estar constantemente resignificando todo, la vida es una resignificación constante y el amor es la más grande prueba: el amor puede nacer, crecer, quedarse estático como suspendido en el tiempo o puede morir, morir en su significación de amor y convertirse en cariño, quizá. En el peor de los casos se vuelve odio y resentimiento, en forma de un caparazón que teme volver a caer en aquel amor cegador. En la vulnerabilidad de amar.

Y quizá también sea un poco eso: ¿a cuántas personas en mi vida les he dicho que las amo?, ¿a cuántas realmente amé? Con qué ligereza tomamos aquello que parecen ser dos vocales y una consonante. La primera vez que le dije “te amo” a alguien fue a aquel chico al que corté a los dos meses, aún recuerdo su mensaje de sms al responder a mi “te amo”: “pues yo te quiero mucho, pero aún no te amo”, quizá él sí sabía el verdadero valor de esa palabra, lo que conlleva y lo que uno da. El segundo fue aquel chico que me engañó con la chica del cigarro. ¿Cuántos “te amo” seguiría desgastando?, ¿o era quizá

la emoción de decir esa palabra? De verdad estar diciendo aquello por lo que la gente muere, aquello que todos anhelan sentir. Pues no fue suficiente, lo dije una vez más a ese chico al que engañé con JL.

Otro factor que no ayudó mucho fue la memoria, el cómo yo recordaba todo. Se tiene que entender que la memoria es una trampa en algunas ocasiones, ya que por las significaciones que le damos a ciertos sucesos perdemos la objetividad. Es Maurice Halbwachs el primero en plantear el concepto de memoria a finales de la década de los veinte, desde ese entonces el concepto ha mutado para convertirse hoy en día en parte de la problemática social:

A la memoria se le da mayor credibilidad debido a que se basa en la verdad de las vivencias de un individuo, es la reconstrucción de sucesos expresados por medio de sentimientos, “es la verdad de lo vivido y de lo recordado –recuerdo del dolor, de la opresión, de la humillación, del olvido–, cualquiera sea, en síntesis, la parte de la reconstrucción y reconducción de esta memoria” (en Nora, 2002, p. 30).

Uno de los problemas que puede existir es el abuso de la memoria, donde ésta es incorporada a la constitución de la identidad, enseñada e institucionalizada, y a este manejo de la memoria forzada se le agregan las conmemoraciones convenidas, que se producen por medio de la memorización. Al final, se trata de distinguir entre ficción y recuerdo, debido a que no podemos confirmar los recuerdos de un tercero, la mayoría de las ocasiones: “En el vínculo con el pasado es tan necesario el nexo directo de la memoria como la ambición de verdad de la historia” (Lythgoe, 2004, p. 90).

Pero existe un vínculo entre memoria e imaginación, una trampa de lo imaginario, que desacredita a la memoria: “esta conjugación entre estimulación (externa) y similitud (interna), permanecerá para nosotros como la cruz de toda la problemática de la memoria” (Ricoeur, 2000, p. 24). Este es otro problema al momento de resignificar, el cómo recordamos, el sentido que le damos a nuestras vivencias. Yo, al creer que mis percepciones de la realidad eran erróneas, traté de hablar con él en varias ocasiones para que me diera su versión y así constituir una realidad más íntegra. Nunca pasó.

Ahora es cuando me doy cuenta de que todo lleva un proceso, que la vida es corta, sí, pero que mi ansiedad constante no creará esos momentos que tanto anhelo; al contrario, asfixia esas oportunidades de crear momentos inol-

vidables. La ansiedad me mató, alimentada por una idealización constante. Como cuando ves a alguien que físicamente despierta algo en ti y en seguida, al descubrir su apellido, lo combinas con el tuyo soñando en aquel lugar de revista donde van a vivir y resulta que al cabrón le gusta tu prima.

Mis inseguridades por no lograr aquello que quiero en mi breve juventud fue lo que me llevó a mi ansiedad, la vejez es aquello a lo que más temo, luchar toda mi vida para ser independiente, para tomar mis decisiones, para finalmente terminar aislada de este mundo por la sordera que seguramente heredaré de la familia de mi padre, y que quizá sea prematura por el constante uso de audífonos día y noche, o por aquellas veces que casi reviento las bocinas de mi coche mientras cantaba bañada en lágrimas en la autopista camino a la escuela, reproduciendo las canciones que le dediqué a JL.



Figura 4. Buganvillea del rancho de mi abuela paterna. Fotografía: Silvia Susana Gutiérrez Macías.

Pero, ¿por qué sólo ir en busca de los resultados? El proceso también es importante, decidí que tengo que aprender a disfrutarlo y no sólo fijar mi

atención e ilusiones en conseguir el resultado final. El proceso es en lo que invertimos más tiempo y es lo más valioso que tenemos.

El tiempo mantiene su ritmo constante, cada segundo dura lo que tiene que durar. No se puede forzar el presente. El ejemplo más claro es la naturaleza, no se puede someter el crecimiento de una flor a voluntad, puedes colocarle fertilizantes u otros estimulantes, pero si no es algo natural terminará creciendo, aunque algo se perderá en ella, no será la que está destinada a ser, sino la que quieren que sean.

Recordar que nosotros tenemos el poder de conferirle a los sucesos su significado, creo que es la mejor lección que puedo dar, porque fue la que más me dolió, donde más me he contrariado, donde más me he perdido, donde más me he salido de mi piel.

Lo quise, ¿él me quiso? Un beso, otro beso, varias canciones, los celos, las mentiras, las ganas de que me aceptara, el abismo y es ahí en la oscuridad, justo en el fondo, donde aprendes a reconocer las luces, donde comienzas a sanar tan lentamente que te preguntas cuánto durará la agonía. Un día te despiertas y lo entiendes, comprendes el verdadero significado. Pero esto llegó cuando menos lo pensé, como siempre, todo tiene su tiempo. El amor, los momentos, lo que fue. Encontré el nuevo significado.



Figura 5. Cielo del rancho de mi padre. Fotografía: Silvia Susana Gutiérrez Macías.

Referencias

- Andrade, Z. (2018, mayo 24). Zabgandrade [comentarios de registro web]. Recuperado de: https://deskgram.net/zabgandrade?next_id=1861411423937049655_4048296516.
- Cazau, P. (2000). Vocabulario de psicología-redpsicología. Recuperado de: <https://glosarios.servidor-alicante.com/psicologia/resignificacion>.
- Giddens, A. (1998). *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. España: Cátedra.
- Nora, P. (2002). Puor une histoire au second degré. *Le débat* (122), 24-31.
- Paz, O. (1997). *La llama doble*. Barcelona: Galaxia.
- Ludditas Sexxxuales (2013). *Ética amatoria del deseo libertario y las afectaciones libres y alegres*. Milena Caserola.
- Lythgoe, E. (2016). Consideraciones sobre la relación historia-memoria en Paul Ricoeur. *Revista de Filosofía*, 60, 79-92. Recuperado de: <https://revistafilosofia.uchile.cl/index.php/RDF/article/view/43597/45617>.
- Ricoeur, P. (2000). *La mémoire, l'histoire, l'oublié*. París: Seuil.
- Rosental, M. & Ludin, P. (1959). *Diccionario filosófico abreviado*. Montevideo: Ediciones Pueblos Unidos.



Lo vivo y yo

Leslie Jui González

Los textos que aquí se presentan son fragmentos narrativos que han ayudado a reconocermé para tejer la historia de cómo construí el amor que tengo por la naturaleza y lo viviente. Elegí este tema debido a que mi tesis de maestría está enfocada en crear experiencias artísticas para niños, que les permitan observar el entorno natural como una conformación de seres vivos que sienten y no sólo como objetos de uso.



Figura 1. Enero de 1983. Mi mamá tomó esta imagen en el departamento en el que vivíamos.
Fotografía: Colección personal.

I. Un pequeño despertar

El planeta es un ser viviente, su poder y belleza continúan siendo un misterio para todos, yo puedo ver y sentir su presencia como a las personas en una reunión; sin embargo, esta consciencia fue construida a lo largo de mi existencia. La primera vez que fui testigo de la vida del mundo que habitamos yo estaba sentada en la cama preparándome para ir a “la Montessori”, así le llamaba yo a mi escuela. Eran las 7:17 horas de un jueves cualquiera, mi habitación era pequeña, como yo, mientras disfrutaba de vestirme sola y de ser independiente, dos toquidos suaves anunciaron una dulce voz que cantaba al ritmo de “I just call to say I love you”, de Stevie Wonder, “¡ya-es-tá-el-de-sa-yu-no!” era mi mamá haciendo la primera llamada. La imagino girando en su propio eje y elevando los brazos de forma triunfal, tarareando sobre la cuchara del café, dándolo todo ante su público matutino, conformado por la intimidad de su templo culinario.

La ventana de mi habitación daba a la calle, pero estaba muy alta para mí y no alcanzaba a ver ni de puntitas, así que sólo podía observar mi reflejo en el espejo del tocador. No sé si todavía se fabriquen este tipo de muebles, esos donde las mujeres se sientan frente a un espejo a maquillarse, peinarse, o todo lo contrario. Mi mamá siempre me pedía que guardara o sacara cosas de ahí: “ve al tocador y pon esto en el tercer cajón”, yo lo hacía como si fuera una misión importante que mostraría a mi madre que ya era una niña suficientemente grande como para saber lo que significa el cajón número tres. Confieso que la sola palabra “tocador” me parecía confusa, pues en mi lógica infantil un tocador servía para tocar, pero a los cinco años no me interesaba por cuestionar el nombre del mobiliario, mi curiosidad, que era todavía inocente, estaba a segundos de volverse epistemológica, como la de Freire (2009, p. 70). Recuerdo que ese mueble era de madera tallada con diseño *art decó*, de blanco nácar con un casi imperceptible acabado en color rosa pastel, me gustaba fantasear con que lo habían comprado en muebles Troncoso, o que lo ganaron en una catafixia (Cabrera, s.f.), de esas donde los papás, en su inexplicable torpeza, intercambiaban deliciosas dotaciones de dulces por aburridos muebles de muebles Troncoso.

Vivíamos en el tercer piso de unos departamentos, en la calle de Centauro número 173, en la colonia Churubusco, seguramente mi mamá se encargó de que me aprendiera la dirección, todavía puedo escuchar su voz hablando con mi padre en el asiento delantero del Malibú blanco con interiores azules satinados: “es vital que lo sepa de memoria por cualquier cosa, Ramón”, decía, mi padre asentía con aire de juez dando un veredicto mientras conducía. Durante aquellos viajes me gustaba ir parada dentro de la cabina de los pasajeros, cuando todavía cabía enchucando el cuello o doblando las rodillas, desde entonces sentía un gran anhelo por ser la que un día fuera en la parte delantera manejando.

Recuerdo claramente esa mañana de septiembre, elegí un vestido azul cielo, con pliegues verticales y listón en el dobladillo de las costuras, ya casi terminaba, estaba finalizando el ritual matutino poniéndome las tobilleras, de esas que tienen olanes cursis para lucir coqueta del tobillo, la verdad es que las odiaba, pero a mis padres les complacían mucho, así que no me oponía. Mientras resolvía el drama de no saber cómo acomodar las olitas de telas en mis piernas, comencé a sentir que todo me daba vueltas, como en esas caricaturas donde unas estrellitas revoloteaban en la cabeza de los protagonistas, que se recuperaban, sin mucho éxito, de un golpe o una caída. Recuerdo sentir

náuseas en el estómago, de pronto la habitación comenzó a girar como centrifugadora, pero conmigo en medio, las paredes comenzaban a verse barridas y mi reflejo dejó de verse. Recuerdo experimentarlo sin sentir miedo, pero inspeccionaba cómo se sentía mi pequeño cuerpo como si fuera una minidoc-tora, autoauscultándose, mientras aferraba mis manitas a la pomposa colcha. Fue la primera vez que cuestioné el bienestar perdido de mi corporalidad, era como estar borracha y con el síndrome de la cama loca, síntomas que descubriría hasta décadas más tarde.

La puerta de la habitación se abrió abruptamente, lo primero que vi fueron unos enormes calzones blancos de esos que tienen elástico con rayitas café-amarillas para que no se caigan, pero que de todas formas no se ciñen a la figura. Era mi papá, el pobre estaba en el séptimo sueño, pero despertó abruptamente por el agudo grito de su mujer. No lo reconocía sin sus lentes, tampoco ayudaba su semblante pálido en esa tez morena: “se me movió el piso, papi”, le dije convencida de que eso era lo que estaba pasando. Él me tomó en sus brazos y con esa fuerza tierna, como de un toro que hace lo posible por caminar delicadamente sin pisar las flores, me llevó al marco de la puerta de la cocina donde estaba mi madre. Me paré entre las enormes columnas que eran las piernas de mis padres, mi mamá usaba un pantalón de pana rojo, era muy suave, como cada mañana, se había levantado temprano y estaba lista para llevarme, siempre olía muy bien. Por el contrario, mi papá estaba muy peludo, recuerdo agarrarme de su enorme pierna musculosa y sentir los vellos largos, me daban ganas de jalarlos uno por uno. Ahora que lo pienso, qué ironía que la muerte toque a tu puerta y tú estés en ropa interior.

Nuestro departamento era muy pequeño, de esos donde todo el inmueble podía verse desde un mismo punto, la cocina y el comedor estaban separados solamente por una delgada pared que tenía un marco, pero carecía de puerta, ahí estábamos los tres. Mi mamá de treinta años, mi papá treinta y dos, eran el centro de mi existencia, mis grandes amores, yo los veía como seres de inmensa belleza, enormes e invencibles, que sabían todo del mundo. Ese día, sin saberlo, fui testigo de cómo, ante un calambre de placas tectónicas, ambos eran sólo unos niños asustados con una infanta que los idolatraba.

El comedor había cobrado vida frente a mis ojos, se arrastraba en un vaivén de chillidos rayando el suelo que sonaban como las garras de un felino arañando un pizarrón. Recuerdo parpadear sin dar crédito, volteaba la cabeza luchando contra las nubes de pequeños rizos dorados que me tapaban el ros-

tro, mientras trataba de comprender qué estaba pasando. Siembre fui de muy buen apetito, así noté enseguida el olor a desayuno que empapaba el departamento: huevito, fruta y jugo de naranja fresco, mis favoritos, pero el idilio de sabores contrastaba con la violencia de los cuadros colgados en la pared que vibraban para luego caer uno tras otro al piso. La banda sonora de la escena se volvió una colección de gritos desquebrajados, eran los vidrios explotando contra el suelo como clavadistas en la Quebrada, o de las implosiones de las ventanas que caían al vacío del balcón como una lluvia de brillos. A nuestras espaldas, la alacena escupía cosas, sartenes, ollas, despensa y el resto del desayuno, el refrigerador caminaba, pero también los sillones, la televisión, el teléfono, los espejos, todo en el departamento parecía bailar para luego caer al suelo en un repentino desmayo. Yo no entendía qué pasaba, para mí era como vivir en la película de *La historia sin fin*, donde la temible Nada aparecía para absorber a los personajes con su vacuidad.

Las niñas nacemos sin miedo y mientras crecemos vamos bebiéndolo, algunas tienen la suerte de hacerlo a sorbitos, desafortunadamente no todas lo viven así. Recuerdo que sólo sentí temor cuando vi a mi madre llorando desconsolada, su cuerpo temblaba, me apretaba contra ella con todas sus fuerzas, su semblante estaba desencajado, sin esperanza alguna, no era religiosa, pero rezaba el “padre nuestro” en voz alta. Fue la única vez que la he visto llorar en la vida, incluso hasta el día de hoy. Mi padre lo vivía un poco más descorporizadamente (Grasso y Erramouspe, 2005), su cara era como de “¡ay güey, ora sí ya nos cargó!”, y nos abrazaba a las dos como si su cuerpo fuera un nido de seguridad y el escudo que nos protegería, no se movió ni un centímetro, yo veía que estaba aterrorizando, aunque tal vez no podía entenderlo, tenía los ojos bien abiertos, no parpadeaba, aunque nunca lo había visto así, su gesto amoroso me transmitió seguridad, pues el temor se disipó rápidamente.

Recuerdo las náuseas en el cuerpo, la sacudida por fuerzas invisibles, y yo, sin entender qué estaba pasando, escaneaba la escena con velocidad de cámara lenta como si un mundo mágico apareciese de forma espontánea y yo tuviera la fortuna de estar en el centro del torbellino, como un frágil diente de león en medio de una tormenta, protegido por los gruesos troncos de los árboles que le dieron la vida. Todo fue confuso, rápido, pero también lento, como estar en medio de fuerzas opuestas que van y vienen sin cesar. Incluso la voz de mi madre rezando sonaba con voz grave y ralentizada en algunas partes de la oración, como si hablara humano y cetáceo al mismo

tiempo: “padre nuestrooooooooo”. Si alguna vez comprobé que el tiempo era relativo fue en ese momento, esos fueron los dos minutos más largos de mi vida y con seguridad de todos los habitantes de la metrópolis también, en sólo 120 segundos la Ciudad de México estaba semidestruida, cientos de muertos, damnificados, gente perdida bajo los escombros, construcciones a punto del colapso y la ciudad más grande del país sin servicios públicos, ni planes de contingencia previstos.

Después de un movimiento planetario así, hay caos, especialmente si la potencia fue de 8.1 en la escala de Richter. El paisaje sonoro posterior al sismo estuvo conformado por una orquesta de alarmas sonando a lo lejos, sirenas de ambulancias y patrullas, chillidos de los perros, gritos humanos de dolor y terror por la incertidumbre de si los edificios resistiesen las evacuaciones. A pesar de la solidaridad ciudadana instantánea, donde hasta Plácido Domingo apoyó en las labores de rescate, la tierra continuó estirándose y la noche siguiente, hubo una réplica del temblor de menor escala y lo que representó un pequeño bostezo para el planeta, fue lo que terminó de colapsar esa hermosa casa de naipes que era, el aún denominado Distrito Federal, a mediados de los ochenta.

Lo siguiente que recuerdo fue estar abrazada del cuello de mi papá, podía sentir su calor, jugaba con su cabello negro o veía a través de sus enormes lentes la realidad distorsionada, una chamarra de tela, jeans y playera blanca, eran el uniforme de mi ídolo esa mañana. Mi mamá caminaba delante de nosotros, había agarrado lo esencial, mi lonchera y algunas cosas, bajábamos por las escaleras, pegados al barandal del edificio, tan rápido que parecía que al salir nos entregarían un premio. Todos los vecinos estaban haciendo lo mismo. Mi papá ayudaba a acarrear a los niños de los demás con la mano libre, no por mandamás, sino por ingeniero, pues en su matemática cabeza el cálculo daba como resultado el temor al daño estructural de la vivienda.

Logramos salir del edificio como los caballitos grandes y chiquitos de la canción de Cri-Cri, no recuerdo ver desastres en la calle, sólo la imagen de cómo nos alejábamos de ahí lo más rápido posible, como el *zoom out* de una cámara portátil con casete de video vhs. Todos huían, no sólo mi familia, todo el barrio estaba en las calles. Al final de la calle donde vivíamos pasaba un canal de aguas muy verdes, que seguramente eran aguas negras, ahí nos resguardamos.

Los adultos parloteaban a las orillas del canal, pero hablaban como si estuvieran solos, como si no pudieran ver a la persona de enfrente. Todos estaban en shock. Alguien dio la hora en voz alta: “son las 07:30 horas”, recuerdo ver hacia el canal, que estaba detrás de mi hombro mientras observaba a todos ser fantasmas, me preguntaba por qué yo no sentía temor o por qué no lloraba como las mujeres grandes, ¿acaso habría algo mal en mí? Un hombre dijo en voz alta “aquí no hay cables de alta tensión, estaremos seguros”, recuerdo girar la cabeza para ver quien habló, era Gustavo, el vecino de abajo, su aroma normal era a licor y a cigarros, pero esta vez no olía así.

Para los niños el mundo es un lugar seguro, incluso en zona de desastre, pues carecen de las creencias que los hacen entender la realidad como un sufrimiento. Como siempre, las mamás brillaron por su presencia, todos los pequeños de la colonia estábamos sentaditos en pequeños grupos haciendo lo que los niños hacen a las 7:40 am: ¡desayunar! Una explanada de loncheras infantiles abiertas como cofres de tesoro cubrían las áreas verdes, la longitud de ese pícnic masivo podía verse a distancia. Era un momento casi artístico. Yo contemplaba sentada sobre el acogedor suéter que mi caballeroso padre había colocado de asiento, junto a mí estaba Valentín, hijo de los vecinos de arriba, para nosotros todo era una fantasía. Discutíamos el contenido de nuestro almuerzo y lo compartíamos, reíamos imitando a las caricaturas que, en aquel entonces, se mostraban por la televisión y veíamos hacia arriba a los adultos sin pensar en consecuencias. Mientras los pequeños celebraban la vida, los grandes solucionaban el mundo.

II. Actos celestiales

El sismo del 1985 llevó a mi familia a emigrar de forma emergente de la capital a la provincia, ¿será que alguna fuerza divina nos condujo hasta ahí? Este tipo de acontecimientos, en la jerga legal internacional se denominan “*Acts of God*” (*The Free Dictionary*, s. f.), o “actos de Dios”, que son aquellos que no están en las manos de los seres humanos. Descubrí este detalle jurídico al laborar en un lugar donde, sin ser capacitada para ello, me exigían traducir instrumentos legales del inglés al español.

De todas las ciudades del país que pudimos elegir para habitar, terminamos en el religioso y tradicional San Luis Potosí, cuna de los chocolates

Costanzo (2018) y de una de las más orgullosas sedes de la procesión del silencio (*El Universal SLP*, 2018). No sé en qué estaban pensando mis padres, supongo que mi madre al ser oriunda de la ciudad de Rioverde, un municipio de ese estado, se sintió más segura en un área no sísmica o tal vez le reconfortaba la proximidad con su familia. Jamás le he preguntado al respecto.

La sociedad religiosa y tradicional potosina nos recibió con esos bien delineados bordes ideológicos de lo que *debe ser*. Ejemplo de ello fueron las complicaciones que se presentaron para yo ser admitida en el jardín de niños, lo que parecería una simple acción administrativa, encarnó para mi madre un verdadero viacrucis, con todas sus estaciones. La razón era que su retoño no cumplía con el requisito inmanente de la infancia: ser pequeña de estatura.

Seguramente tenía que ver la genética y que era “de muy buen diente”, pero mi cuerpo a los cinco años parecía mayor, el sentimiento de rechazo ante las actividades cotidianas diseñadas para pequeños me hizo pensar que había algo mal en mí. Un gran trauma, por ejemplo, fue la imposibilidad a la que me enfrentaba para subir a los juegos mecánicos, de esos que se ponen en las ferias de los barrios, que dan vueltas a pequeñas tripulantes que saludan emocionadas a sus padres desde su asiento. Lloraba desconsolada porque quería subirme en una de esas máquinas circulantes, me hacía mucha ilusión girar imaginando que manejaría mi propio vehículo. Jamás lograron subirme debido a mi estatura, así fue el amargo fin de ese sueño.

La vida trabaja de formas misteriosas y mi madre lo experimentó en carne propia. Gracias a mi gigantesco físico, la religiosa a cargo del kínder del Colegio Hispano Mexicano, la madre Celina, tenía la impresión de que sería agresiva con las otras niñas, que no se desarrollaban tan rápido como yo. Al cabo de quince días de prueba y de interminables sermones de las religiosas al finalizar las clases, dijeron: “su hija habla mucho, señora...”, “su hija tiene demasiada vitalidad, señora...”, “su hija es muy curiosa, señora”, mi madre estaba a punto de tirar la toalla, pero fue llamada a la escuela inesperadamente. Temiendo lo peor, se presentó en la Dirección con la esperanza desmayada, sin embargo, recibió una noticia intempestiva que le devolvió el ánimo: “ya es oficial la inscripción, señora Hortencia”, dijo con pereza la secretaria. Mientras pagaba los recibos correspondientes, mi madre experimentó una súbita alegría como si recibiera un galardón de golpe y con aplausos mudos de todos los presentes. Puedo imaginarla con su brillante timidez, sonrojada y cerrando sus ojos oscuros por un instante, gritando de forma implosiva e imaginando

estática en la fila de pagos que brincaba por toda la habitación. Al finalizar el trámite, fue al salón tal como le indicaron.

Estábamos en plena clase y al ver a mi madre llegar, la directora salió a recibirla, pero en esta ocasión con un gran y sorpresivo abrazo: “¡Señora, bienvenida! Qué gusto que nos pase a saludar, quiero decirle de forma personal que estoy impresionada con su hija y con su labor”, dijo la mujer. Mi madre, esa dama del eterno buen ver, es lacónica en sus reacciones afectivas con desconocidos, así que sonrió de forma agrídulce sin saber cómo recibir esa intempestiva muestra de afecto. Al entrar al salón, la directora me solicitó: “Leslie, ¿podrías venir un momento y decirle nuevamente, por favor?”, yo saludé a mi progenitora de forma enérgica y emocionada, pero obediente me levanté del asiento, me paré frente al salón, inhalé profundo y comencé:

Al pie de un rosal blanco, un hortelanito estaba.
 Hortelanito, por Dios, dime la pura verdad
 si a Jesús el nazareno por aquí has visto pasar.
 Sí señora, que lo he visto, antes del gallo cantar,
 una cruz lleva en sus hombros, que lo hace arrodillar,
 una corona de espinas, que lo hace traspasar.
 Caminemos virgen pura por el monte del calvario
 pues por presto que lleguemos, ya lo habrán crucificado.
 Ya le clavaron los pies.
 Ya le clavaron las manos.
 Ya le clavaron la lanza en su divino costado.
 La sangre que derramó está en el cáliz sagrado.
 El hombre que la bebiere será bien afortunado.
 Será rey en este mundo y en el otro coronado.
 Quien está oración dijese cada viernes del año
 sacará un alma en pena y a la suya del pecado.
 El que la sepa y no la diga, el que la escuche y no la aprenda,
 el día del juicio final sabrá lo que esta oración contenga.

Por alguna razón mi madre creyó que era buena idea que yo supiera este rezo, para mí era kilométrico, no me gustaba, señalar la falta de control parental sobre los contenidos de esta plegaria es importante. Basta un poco de sentido común para darse cuenta de que las imágenes evocadas por mi cándida voz

eran realmente terroríficas. La oración habla literalmente de asesinato, de uno cruel que incluye tortura y humillación pública. Pero la parte que encuentro más funesta radica en incitar al canibalismo pues se motiva a los hombres a beber la sangre de un difunto con la promesa de obtener poder y dominio sobre dos mundos. Por supuesto que la invitación a este salvajismo simbólico es exclusiva para el club patriarcal y prescinde claramente de las mujeres. La figura femenina aparece como aquella que va en busca de este mártir, es la madre de la víctima, que va desesperada buscándolo, preguntando por el camino si lo han visto, incluso a los que labran la tierra. Llama la atención que, además, la invocación manifiesta que, al recitarla de forma constante 48 veces o “cada viernes del año”, se absolverán el asesinato, la bestialidad o cualquier acción que se encuentre bajo la categoría de pecado.

Ahora sé por qué no me gustaba pronunciar esta jaculatoria, todavía puedo sentir el pecho cansado por pronunciar cada una de las palabras, era algo extenuante, para acabar lo más rápido posible decidía hacerlo en pocas respiraciones, así que parecía más una periquita que una recitación.

Esta acción, aparentemente sencilla, fue alabada como un milagro mnemónico, pues nadie en el salón sabía ni un Avemaría, seduje instantáneamente la fe de las religiosas. A partir de ahí ya no hubo sermones, ni quejas, sólo hubo cortesía hacia mi madre, quien fue etiquetada como una gran devota. Y en esa sociedad conservadora de mediados de los ochenta, donde el “qué dirán” todavía importaba, ser bien vista por los ojos de las “esposas de Dios” era de ayuda ante la sociedad.

Es irónico que mi Mamá, quien no predicaba religión alguna, aunque tampoco era agnóstica, resolviera inscribirme en una escuela católica. La decisión fue influenciada gracias a su hermana, pues sus hijas estudiaban ahí, entonces fue por motivos de practicidad y economía. Pero lo que más me sorprende en esta remembranza, es la insólita idea de que, gracias al catolicismo, que por cierto no profeso, descubrí el amor por la naturaleza y, sobre todo, por *lo vivo*.

III. Superhéroe medieval

Cuando tenía 11 años asistí al catecismo de forma disciplinada pues 12 meses después, una vez adoctrinada, realizaría la primera comunión. Vivir esa experiencia me provocó sentimientos encontrados, por un lado, fue decepcionante,

pues me prometieron un regalo que nunca recibí, pero, por otro, logré obtener consuelo existencial al conocer a una figura que admiré por sus acciones y que ayudó a construir mi interés por lo viviente.

El predicador de la parroquia donde me preparaba para recibir por primera vez la hostia, un individuo con extremada paciencia para tratar con pequeños, mencionó en alguna de las interminables sesiones, con esa voz grave pero dulcificada de los devotos: “cuando haces tu primera comunión, el señor te regalará lo que le pidas”. Para mi entonces adolescente ser, esas palabras resonaron como eco en una caverna y reverberó infinitamente la última frase: “lo que le pidas”. La promesa de esa magia de la que tanto se hablaba en los círculos religiosos estaba a punto de ser mía, una efervescencia de alegrías comenzó a llover dentro de mí: “¡Qué emoción!, ¿qué voy a pedir?”, pensaba, y dediqué gran parte de mis días a dilucidar en qué gastaría el único deseo que me sería otorgado por ese ente divino.

Me impresiona lo azaroso de las locaciones donde encuentras esas señales que marcan tu destino, así que un día cualquiera, mientras revisaba las revistas en un consultorio, por casualidad encontré un cómic con temática católica. Sin darle mucha importancia, pero motivada por pasar el rato con alguna publicación sin tantas letras, comencé a hojearlo, al terminar de leerlo quedé en-can-ta-da y le solicité al doctor si me regalaba el cuadernillo. Así descubrí a mi superhéroe.

Entre todos los ídolos que había en 1991, yo elegí a uno de la época medieval; mientras mis primas aspiraban a ser como las actrices juveniles del momento, yo deseaba ser como un hombre del siglo XII. Uno que destacó por su práctica amorosa hacia la naturaleza, el poder mágico que este legendario súper humano tenía y que yo deseaba investir con todas mis fuerzas: hablar con los animales.

Nunca imaginé que compartiría este fragmento de mi historia, jamás lo enuncié a mis padres, ni amigas, pero yo soñaba con ser como san Francisco de Asís, aunque sin la calvicie y la austeridad. Qué deleite recordar esa inocencia, el aroma olvidado de ese fragmento temporal de una niña soñadora, que se ilusionaba con el diálogo entre ella y los seres no humanos del planeta. Lo que me cautivó de este personaje fue su legendario amor por lo viviente, nunca había conocido a nadie similar en la cultura popular de aquella época, los superhéroes en el cine o en las historietas podían desafiar las leyes de la

física y salvar el mundo a macroescala, pero este protagonista de la vida real se ocupaba de lo micro y de aquellos que no se podían defender.

Recuerdo que mi historia favorita era la de un lobo que amenazaba al pueblo de Gubbio, en Italia, los registros religiosos cuentan que Francisco aplacó mágicamente con un discurso eclesiástico y con la señal de la cruz a la feroz bestia. La poca probabilidad de que los hechos se desarrollaran de esta forma me pone en una postura escéptica ante esta versión, en cambio, considero que hay una historia secreta que seguramente no es tan impresionante como el dominio impuesto a través del verbo de un representante de la Iglesia.

Sin importar la versión real de la historia, lo que reconocía mi corazón era que ese hombre podía ver la verdad acerca de la temida bestia: estaba sin su manada, tenía hambre y desconfiaba de las personas. En el pasado existía “la creencia de que los animales no tenían la capacidad de sentir placer y dolor” (Clavería, 2016, p. 103), pero el fundador de la orden de los franciscanos sabía que eso era una apariencia falsa. Ser un “encantador” de animales en el siglo XII era un súperpoder y lo sigue siendo en la actualidad, pues tener la capacidad de aproximarse a las criaturas considerándolas seres vivos, que habitan en el mismo espacio que nosotros, que merecen el mismo respeto y consideración que un humano, son características que se expresan en un ser avanzado en lo sensible.

Al final de la catequesis logré hacer mi primera comunión, pero nunca pude hablar con los animales, al menos no como yo lo imaginaba, sin embargo, con el paso del tiempo logré entender que la comunicación entre especies es posible a través de un lenguaje común. La creación de vínculos emocionales con lo viviente es una posibilidad inexplorada y que podría conducir al género humano a la revalorización de la riqueza de los ecosistemas. No se trata de ser un santo, sino de reconocer que el cuidado hacia la biodiversidad es el cuidado de uno mismo y que el respeto que se otorga a lo viviente es aquel que se tiene de uno mismo.

Gratitud

Los griegos expresaban el concepto de vida, el que conocemos en la actualidad, a través de dos términos: *bío* y *zoé*. La raíz *bío* (ASALE, s. f.) significa vida, pero se refiere a la forma en que un individuo realiza su existencia, por otro lado, la raíz *zoé* (Agamben, 2010, p. 9) se refiere a la vida en general, a lo viviente, a lo

natural y que existe más allá de los individuos. Yo no sé mucho de filosofía griega, ni de filosofía en general, pero experimentar un terremoto y sentirme como hormiga en una licuadora encendida, fue un despertar de la conciencia con respecto del planeta vivo, de su existencia, de su *zoé*.

Mientras escribo esta consecución lineal de signos para dar testimonio de mi pensamiento, caigo en la cuenta de que esa niña sacudida aquel día, ni murió aplastada entre los escombros ni se extravió por días entre los derrumbes ni perdió a su familia en el siniestro, y ahora es una mujer. Una que reconoce lo privilegiada que fue al experimentar de forma protegida una devastación así. Gracias a ello pude continuar mi vida en salud, tener estudios universitarios, elegir si quiero o no tener hijos, viajar, en fin. Al enlistar mis bendiciones, caigo en cuenta de que una siniestra opresión en el pecho me deja sin aliento, ¿qué siento? Ha sido una pregunta constante durante mi existencia, pero que hoy en día se presenta más amigable.

¿Cómo son mis sentimientos?, ¿de dónde provienen? Son cuestiones que despiertan en mí esa curiosidad epistemológica que Freire (2009) menciona como “la que al tomar distancia del objeto se *aproxima* a él con el ímpetu y el gusto de descubrirlo” (p. 70). Darme la oportunidad para detenerme a sentir también es un privilegio. En la sociedad actual, tomar un momento del día para percibir las emociones es un lujo, en términos de producción, pues el tiempo es dinero y no todas las personas pueden invertir en ello.

Pondré como ejemplo la escena después del terremoto donde me encontraba desayunando con mis vecinos, en esa explanada en la Avenida Paseo Parque del Río. Mi familia paterna vivía en Lomas Estrella, mi papá seguramente se preguntaba por el bienestar de su madre y en cómo solventaría la deuda en caso de hospitalización. Por su parte, mi madre reflexionaba al respecto de cómo regresar al departamento por nuestras cosas para no volver jamás. Mientras tanto, yo tenía todo el tiempo para pensar en el desayuno, en jugar con los demás niños o en qué se me antojaría hacer después. Regreso a la escena en mi memoria, que parece un archivo despeinado cuando se trata de los primeros años, me pregunto si alguien de mi familia se tomó el tiempo para dar las gracias porque nadie del clan salió herido.

La gratitud es “reconocimiento: la persona que siente agradecimiento ha advertido, ha tomado conciencia, de haber sido beneficiada” (Moyano, 2010, p. 105), se trata de hacer una pausa para observar lo que ha sucedido y saberse favorecido. No obstante, en nuestra sociedad actual, detenerse podría verse

como un sinónimo de improductividad, de pérdida de capital. Tal como menciona Byung-Chul (2015):

La crisis actual no está menos vinculada a la absolutización de la *vita activa*. Ésta conduce a un imperativo del trabajo, que degrada a la persona a *animal laborans*. La *hiperkinesia* cotidiana arrebata a la vida humana cualquier elemento contemplativo, cualquier capacidad para demorarse (p. 9).

Al experimentar los *actos de Dios*, como en el caso de un sismo, tsunami, tornado, entre otros, no es sencillo conectarse con la gratitud, pues se está en modo de sobrevivencia. En el caso de mi familia, donde todos salimos ilesos, me pregunto si alguno de mis padres interrumpió la rumiación mental para apreciar los favores que obtuvimos. Esta reflexión me inspira a detenerme para hacerlo aquí:

Amada vida te doy gracias por mi existencia. Porque soy una persona llena de oportunidades para crear vida, no por ser mujer y tener la capacidad de procrear, que eso también se agradece, pero más que lo biológico, por ser una persona nómada de pensamiento, capaz de ser independiente, de transformar lo que no me gusta y de hacer a mi antojo. Gracias porque vivo en una época donde las mujeres, a pesar del heteropatriarcado, logramos avances cada vez más tangibles para la igualdad en lo que respecta al género. Gracias por las mujeres que me preceden, gracias por mi entendimiento, porque ahora sé que puedo elegir aprender a través del amor, gracias porque tengo a la mano la información que requiero y cuando la requiero. Gracias porque me rodean mujeres poderosas y llenas de su propia luz que me permiten ver que puedo brillar con mi luminiscencia. Gracias porque el balance en mi salud se mantiene constante y gracias porque mi familia está a salvo.

Al redactar el párrafo anterior sentí mi corazón tecleando y percibí mis dedos como si fueran los de un músico tocando el arpa en una canción, pero al ritmo de un son jarocho, fue sencillo y me conectó con emociones profundas. Además de que pude apreciar lo obtenido del exterior, de la *zoé*, también reconocí la forma en que cultivo mi ser consciente, mi *bio*. Me pregunto, si lo hiciera diariamente y antes de dormir, ¿de qué podría darme cuenta? Tal vez si me diera la oportunidad de sembrar más bloques de tiempo como este, en

el jardín de mi existencia, de esos que me permiten apreciar cada uno de los innumerables regalos cotidianos de los que soy colmada, comenzando por la vida del planeta y su abundancia, podría vivir el presente con mayor plenitud.

Referencias

- Agamben, G. (2010). *Homo sacer: El poder soberano y la nuda vida*. Valencia: Pre-textos.
- ASALE, R. (s. f.). Significado de Bio. *Diccionario de la lengua española. Edición del Tricentenario*. Recuperado de: <https://dle.rae.es/> [Consulta: 11 de octubre de 2019].
- Byung-Chul, H. (2015). *El aroma del tiempo, un ensayo filosófico sobre el arte de demorarse*. Recuperado de: <https://www.overdrive.com/search?q=B9B7B7B4-FD35-4B44-86BE-0BEAF89C0CDD>.
- Cabrera, I. (s. f.). *Chabelo: ¿Dónde surgió la palabra?* Recuperado de: <https://www.publimetro.com.mx/mx/entretenimiento/2015/11/27/chabelo-sur-gio-palabra-catafixia.html> [Consulta: 9 de diciembre de 2019].
- Clavería, M. Z. (2016). Convertir la Zoé en Bíos: Democracia, representación y animales. *Acta Sociológica*, 71, 101-121. Recuperado de: <https://doi.org/10.1016/j.acso.2016.07.001>.
- Costanzo (2018). *Costanzo*. Recuperado de: <http://www.chocolatescostanzo.com/2014/> [Consulta: 9 de diciembre de 2019].
- Deleuze, G. y Guattari, F. (2011). *¿Qué es la filosofía?* Barcelona: Anagrama.
- El Universal SLP* (2018). Procesión del Silencio de SLP, la segunda más importante en el mundo. Recuperado de: <https://sanluis.eluniversal.com.mx/sociedad/30-03-2018/procesion-del-silencio-de-slp-la-segunda-mas-importante-en-el-mundo> [Consulta: 9 de diciembre de 2019].
- Francisco, I. (2015). *Laudato si'*. *Sobre el cuidado de la casa común*. Recuperado de: http://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si.html [Consulta: 8 de diciembre de 2019].
- Freire, P. (2009). *Cartas a quien pretende enseñar*, (2. ed.). Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Grasso, A. E. y Erramouspe, B. (2005). *Construyendo identidad corporal. La corporeidad escuchada*. Buenos Aires: Novedades Educativas.

- Hueso, K. (2017). *Somos naturaleza: Un viaje a nuestra esencia*. Recuperado de: <https://www.overdrive.com/search?q=7B0592EA-1533-47A8-91CC-E97E3EA34A10>.
- Moyano, N. (2010). Gritud en la psicología positiva. *Psicodebate*, 10, 103-118. Doi: <https://doi.org/10.18682/pd.v10i0.391>.
- The Free Dictionary* (s. f.). Act of God. Recuperado de: <https://legal-dictionary.thefreedictionary.com/act+of+God>.

De buscar un príncipe (o un pretexto para conocerse a uno mismo)

Daniel López Romo

*Él siempre me recogía
en su carroza flotante
y me mostraba la luna
me leía mi fortuna
me sentía importante.*

Elsa y Elmar

Siempre se trató de escapatorias, ¿no es así? Desde la primera vez que nos vimos, nuestro encuentro siempre lo construyeron las escapadas. Yo me escapaba de mi vida en un rancho de los Altos al norte de Jalisco, tú te escapabas de las montañas de trabajo que tenías en una ciudad de la costa del mismo estado. Creo que es verdad cuando dicen que uno no escoge de quién se enamora. Cuando te vi no me despertaste ni el más mínimo interés,

más allá de que mi primo me comentó que tú y tu amigo nos venían siguiendo desde el otro antro. Reparé en ti momentos antes de entrar a Paco's Ranch a ver el show de las drags tan irreverentes que tanto me encanta ver. Un día antes flotaba en la alberca de la casa de mi primo, iluminado por la luz de la piscina y viendo al cielo pensando si algún día encontraría a alguien que me quisiera tanto como yo quería a mi amigo heterosexual de la preparatoria. Escaparme de mí mismo en mi cabeza.

Tu amigo quería ligarse a mi primo y por eso nos estaban siguiendo. Como broma pesada del destino, tú y yo nos quedamos solos en el segundo piso del lugar viendo el show y bebiendo cerveza. A pesar del calor, nos fuimos acercando y la bebida ya nos fluía a los dos por la sangre. Intercambiamos muy pocas palabras. Me enteré de que eras arquitecto, que eras cinco años mayor que yo y que te gustaba mucho la fiesta, pero odiabas a la gente. Bailamos viendo al frente, lado a lado, y acto seguido nos dimos un beso. Uno se hizo muchos, dos cuerpos un solo montículo trepado encima de una banca y juro que el tiempo parecía desvanecerse y dejar de importar en absoluto. Separé tu cara de la mía y sostuve tu rostro entre mis brazos. No podía creer que alguien como tú se hubiese fijado en alguien como yo, quizás porque al haber crecido en un pueblo pequeño, con una cultura de género represiva, estaba ávido de entablar una relación estable con otro hombre como "refugio ante la homofobia generalizada [...] [y me resultaba] imperativo mantener las pocas relaciones presentes, aun a costa de la calidad de las mismas" (List, 2007, p. 437). Sacudí mi cabeza sonriendo y volví a acercarte a mí para oler el matiz a madera de tu perfume.

Mis cigarros se terminaron y corrimos tomados de la mano a la miscelánea de la esquina en donde insististe en comprarme los que eligiera. Salimos de regreso a Paco's y me detuviste en la esquina del bar más próximo, recargaste mi cuerpo contra la pared sosteniendo mi mano y me besaste. El tiempo se suspende y el espacio es sólo lo que existe en mi cabeza tras cerrar los ojos y sentir que eres el único lugar sobre la tierra.

El resto de la noche es ahora sólo un reflejo de luces de bola disco, risas y sostenerme de tu mano. Se dieron las seis de la mañana y nos pidieron salir del lugar. Recuerdo estar orgulloso porque mi primo me dijo que no me preocupara por la forma de regresar a casa, porque él haría uso de su guapo rostro para conseguirnos transporte; sin embargo era gracias a mí que lográbamos volver en la carroza de Cenicienta antes de convertirse en calabaza. Dejamos a

mi primo, después me dejaron a mí en casa de mi hermano y antes de salir del auto me pediste mi número de teléfono. Entre mi borrachera, te di también mi teléfono para que guardaras el tuyo y me bajé del auto sonriente, triunfante y sintiendo un calor en el pecho que nunca había experimentado.

A la mañana siguiente encontré un mensaje de tu amigo en donde me advertía que más me valía que te escribiera al despertar. Recuerdo pensar con claridad que tu amigo era un idiota engreído, pero me alegré de la advertencia mientras me debatía contra la cruda que hacía arriba en mi cuerpo. Del intercambio de mensajes, acordamos vernos ese día por la noche y que tú pasarías por mí. Me acicalé lo mejor que pude y me alegré de haber empacado mi perfume y mis garras más finas. Antes de salir de la casa mi hermano, me preguntó tajantemente si iba a ir a verme con el “puto” con el que me vieron la noche anterior en el Paco’s. Me quedé helado con el interrogatorio. Aparentemente uno de los trabajadores de las casas de empeño de las que era socio mi hermano, me había visto agasajándome contigo la noche anterior y no había reparado en guardarlo para sí mismo. Y dos cosas raras sucedieron: la primera es que no me paralicé antes de contestar que sí, que estabas a punto de llegar por mí, a lo que mi hermano respondió que si te veía te agarraría a batazos (amenaza que tomé en serio por el bate de madera que descansaba al costado del marco de su puerta), y la segunda es que me sorprendió el poder con el que no me escondí de la verdad, como aquella vez que mi hermano me escribió por Facebook para decirme que sabía que había hablado con “El Rosa”, el chico que le había contado de mi hazaña de la noche anterior, y que chingaba a su madre si volvía a llamarme su hermano, amenazando con contarle a mis papás sobre mi homosexualidad. Pero esa es otra historia que implica la forma en la que entré al clóset, el tiempo en que estuve viviendo dentro de él y el tiempo y las circunstancias que me ayudaron a salir de allí para finalmente darme cuenta de que uno no sale por completo del clóset; que asumir la propia orientación sexual viene con sus complejidades y paradojas propias (Adams, 2011), además de ser un dispositivo de control sobre el libre ejercicio de la propia sexualidad que se encuentra presente en nuestras familias (Serrato y Balbuena, 2015).

La tarde era más húmeda que de costumbre en Puerto Vallarta y la lluvia, que tanto me ha gustado desde siempre, no daba descanso a la tarde. Te vi llegar y mi corazón se brincó un latido. Me trepé en el auto y nos dirigimos a la Zona Romántica, el barrio de la ciudad en el que el ambiente *gay-friendly* acapara

todos los negocios, como formando una especie de gueto para el turismo homosexual, a un restaurante que ya ni siquiera está abierto. No sé si notaste lo nervioso que estuve durante la cena. Nunca había salido con un hombre de esta manera. Lo había imaginado mil veces en mi cabeza cuando estaba enamorado del chico que me gritaba “joto” en la secundaria. Y ahora estaba sucediendo. Me estaba pasando a mí lo mismo que a la “gente normal”. Podía salir en una cita con otro hombre, así como lo hacían mis amigas con sus novios desde hacía muchos años. Y te juro que era tanto mi nerviosismo que me sentí como la sirenita comiendo con el príncipe Éric en su palacio y “a dos” estuve de tomar el tenedor y peinarme con él en lugar de darle vueltas a la pasta que tenía enfrente.

Y en ese verano, desde la primera noche y todas las que le siguieron, seguimos viéndonos y construyendo ese pequeño mundo de ilusión en el que nunca creí poder vivir. ¿Te acuerdas de la noche que salimos a cenar y después fuimos al bar de tu amigo? Ese donde nos encontramos a una señora gringa tomando Margaritas y que nos preguntó cuántos años teníamos juntos porque nos veíamos muy felices. Seguramente ya no lo recuerdas, pero yo sí, especialmente cómo me contó que hace muchos años había conocido al amor de su vida en ese puerto, un joven mexicano gallardo, una noche en que sonaba “Gracias a la vida” de Violeta Parra. Ella cantaba unas estrofas en un español sorprendentemente poco atropellado y yo la acompañé al canto con un “Gracias a la vida, que me ha dado tanto, me dio dos luceros que cuando los abro, perfecto distingo lo negro del blanco ...”. Y ahora me da risa pensar que cuando se trataba de ti, y de sentir eso que estaba sintiendo, nunca había visto las cosas tan claras como aquel día y a la vez de forma tan opaca como para ver todo de ti. Pero, bueno, creo que a fin de cuentas el amor también es otra forma de escaparnos de nosotros mismos, para buscar esas partes recónditas que creíamos imposibles de sentir sobre nuestras propias vidas.

Ahora, desde una estación de autobús en mi cachito del mundo, puedo escuchar el ritmo suave de las olas del mar y mi ropa no es la que traigo encima, sino una playera de rayas estilo marinero y un pantalón de mezclilla, mi cuerpo no está recargado contra la pared mientras espero el transporte, sino que se recuesta en una cama de playa; mi cara no se baña con el aire seco de esta meseta porque siente la brisa salina de la costa. Vuelvo a la primera cita en la que caminamos tomados de la mano hasta llegar a la playa a ver el atardecer y caigo en cuenta de que nunca hablamos mucho con palabras cuando nos

teníamos de frente. Vivo nuevamente la sensación de besarnos: el rose de tu barba, la forma en que mordías pacientemente mi labio inferior y mi respuesta haciendo lo mismo. Ese era nuestro lenguaje: el del cuerpo. Y nos quedaba claro que las palabras sólo eran otro medio para hacernos entender nuestro mundo interno. Pero los besos, igual que todos los momentos de éxtasis de la vida, se interrumpen cuando dejan el espacio privado. Ese día en la playa, frente a un hotel de la Zona Romántica, una luz de vigilancia nos iluminó desde la torre del hotel y los dos instintivamente nos separamos. Sentía, a la par del gozo, una vergüenza de besarme en público con un hombre y, en cuanto la luz nos cayó encima, separé mi cuerpo del tuyo. Seguía creyendo que amar a alguien de mi mismo sexo no era un asunto que se debiera mostrar a todas las personas, todavía vivía en mi propia versión de la homofobia internalizada, algo que Borrillo (2001) define como el resultado de vivir en entornos hostiles hacia la orientación sexual de los individuos, una “interiorización de esa violencia, manifiesta en forma de insultos, injurias, palabras despectivas, condenas morales o actitudes compasivas [les] lleva a luchar contra sus deseos, provocando a veces conflictos psicológicos graves” (p. 108).

La tercera vez que te vi, me escribiste antes por mensaje para preguntarme qué me gustaría comer, me enviaste una imagen del menú de un sitio de comida italiana y pediste mi opinión acerca de qué licor me venía mejor beber. Además del cuerpo, el licor también fue una constante de nuestros encuentros, de nuestras escapadas, al igual que en la vida de tantos otros gays cuya vida transcurre entre sitios de esparcimiento que ofrecen alcohol y otras drogas y formas distintas de distraerse del propio desprecio de su orientación sexual (Ortiz, 2005), o de encontrar una forma de sentirse pertenecientes a algo, a alguien. Sentí emoción de que alguien me preguntara por algo tan simple como lo que me apetecía comer. Contesté que lo que quisieras estaría bien, la primera vez que cedí mi voluntad para dar espacio a la tuya. Pasaste en tu flamante carroza Jeep a recogerme y nos enfilamos a tus departamentos en otro estado del país. De paso, recogimos la comida en el restaurante y en el camino tomaste mi mano, nuestra conversación favorita, y recorrí con mis dedos la orilla de tus uñas recortadas por el nerviosismo de la vida diaria. Llegamos a tu reino en aquel entonces, un complejo de departamentos con una vista majestuosa hacia un campo de golf. Y entonces charlamos sobre tu vida y la mía, sobre especificidades de la construcción que no entendía, pero que al salir de tu boca me parecían fascinantes. Un trago de tequila y otro más. Reímos un buen rato y

después sugeriste que nadáramos en la piscina. Me desnudé hasta quedar sólo en ropa interior, nervioso por estar por primera vez tan descubierto frente a otro hombre que me gustara, y recuerdo tu mirada complacida al mirarme, una mirada que me hacía sentir como volando por el mundo en una alfombra mágica. Un hombre me veía y le gustaba lo que miraba, un hombre me veía y le gustaba, un hombre me veía, un hombre...

En el agua, tu cuerpo se acercaba al mío, lo cargaba como si fuera ligero como una pluma, lo acariciaba, se aferraba a mi presencia en abrazos prolongados. Y entonces, el casi silencio perfecto: un beso. Y entonces, otro tipo de luz en forma de vigilante del complejo de departamentos. En un movimiento brusco me empujaste para crear distancia entre nosotros ante la mirada de aquel hombre y, mientras el agua dejaba evidencia de la cercanía que segundos antes nos rodeaba, una sensación de vergüenza se apoderó de mí tan rápido como una bala: un hombre que me besaba me había empujado porque alguien más nos vio, un hombre que besaba me había empujado, un hombre que besaba, un hombre...

El lenguaje no es estático, es algo que nace como nosotros y que, aunque su esencia continúe siendo la misma, se expande, crece y cambia, tanto como puede contraerse, retroceder y volverse en contra de sí. Nuestra forma de hablar también cambió, los silencios maravillosos se volvieron otra forma de escapar de nuestras ideas iniciales, de la ilusión que se construye a solas pero en conjunto.

Pasó un año desde la primera vez que nos vimos y habíamos comenzado a hablar todos los días por mensaje de WhatsApp desde que me fui. ¿Te acuerdas de cuando te di las gracias por un verano tan maravilloso? Habíamos acordado que si cuando volviera continuabas soltero y yo también, volveríamos a encontrarnos otra vez. Pero tú no me dejaste ir tan fácil. Tus llamadas en la noche se volvieron habituales, escuchar tu risa por teléfono me hacía sonreír como a "Eso" el payaso al cenarse un par de niños cada 300 años. Y yo seguía sin poder creer que me quisieras, que se te hubiera escapado llamarme tu novio cuando te ofreciste a pagarme un boleto de autobús para que fuera a verte. Creo que siempre me comparé contigo: tú, guapo, de ojo verde, más billetudo que Ricky Ricón, con un trabajo impresionante y todo lo que yo deseaba para mi vida. Creo que es por eso por lo que sin darme cuenta me volví tan poca cosa ante

mis ojos y me creí menos que una cosa, me convertí en una muñeca inflable que sólo servía de receptáculo de tus deseos.

* * * *

Aquí estamos, un año después de habernos visto. Yo escribiéndote para preguntarte si llegarías al bar de siempre. Yo bailando canciones poperas y empujando una cerveza tras otra mientras esperaba que mi teléfono se iluminara con un mensaje tuyo. ¿Te acuerdas que me dijiste que le pusiera un traje de velorio a mi pensamiento de verte? Y ahí estaba, habiendo viajado más de 400 kilómetros sólo para ir a verte, triste en medio de la pista de baile iluminada, y solo entre cuerpos que al chocar conmigo no significaban nada porque no hablaban el idioma del tuyo contra el mío. Después salimos a fumar y los amigos de mi primo me preguntaron por mi cara larga. Les contesté que esperaba a un chico de ojos verdes un poco más bajito que yo. Me preguntaron tu nombre, les contesté. El amigo de mi primo me preguntó por un apellido que resultó ser el tuyo. Las referencias que me dieron de ti después no fueron para nada halagadoras. Decidí no creerlo, ¿qué iban a saber ellos de lo que yo veía en ti?, ¿qué iban a saber de todo lo que no me decías y a mí no me importaba? Si ellos no sabían de las veces que nos despedimos como en las películas de Hollywood, como la vez en que me despedí para tomar un taxi y al darnos un beso bajo la llovizna tus amigos gritaron de júbilo y hasta aplausos recibimos. Si tan sólo la historia se redujera siempre a los besos de las escenas finales, a las despedidas en las que el enamorado siempre corre detrás de la protagonista con la promesa de un “felices por siempre”. Permíteme ir sacando el traje para el velorio de cuando nuestra película se parece más a las de Quentin Tarantino...

* * * *

Hay conceptos en la vida que parecen cursis, también momentos en los que entiendes por qué existe la frase “me rompieron el corazón”. Esperé muchísimo por volverte a ver. Otros seis meses. Ya serían tres vueltas al sol desde que te vi por primera vez. Dejé a mi primo que me vistiera según lo que él creía que se me vería mejor para encontrarte otra vez. Me volví su copia, ese prototipo perfecto del gay empoderado: playera de malla estampada, flores blancas y grises contrastando con el negro, pantalones negros entubados y tenis negros. Y me sentía bien con el disfraz, era como él, por el que me preguntaste desde la primera cita, por quien me preguntan siempre todos los

hombres con los que salgo... esa imagen con la que cumplen sus fantasías y la que deshumanizan por capricho del deseo.

Misión cumplida. Me encontraste en la pista, como siempre. Vi en tu mirada que te volviste loco. Y bailamos al ritmo de Selena, me diste una vuelta tras otra entre la marea de gente. Y sólo tenía ojos para ti. En tus brazos siempre me sentía completo. Entonces la constante: un trago tú, un trago yo; luces fosforescentes; pocas palabras. Un tipo muy guapo se acercó a ti al final de la noche y claramente estaba encantado contigo. Hablaste con él sin soltarme de la mano. Dos de sus amigos se acercaron a mí con una táctica de guerra infalible: deshacerse del estorbo. Eran guapos, estaban logrando su cometido, pero sentía tu mano que no me dejaba solo, y era como si me hablaras sin parar... ese era nuestro idioma. Si me tomabas de la mano para mí no existía nadie más en el mundo.

Salimos del lugar juntos, ebrios los dos. Llegamos hasta tu carroza y nos encaminamos hasta tu casa. Recuerdo ver las luces del túnel mientras pasábamos por ahí y mi mano rozando el viento ventana afuera. Apenas si alcanzaste a llegar a casa de tu amigo y me dijiste que tu primo pasaría por nosotros para llevarnos hasta la ciudad donde vivías con tus padres. ¿Te acuerdas que me negué porque me daba vergüenza? Pero tus ojos, siempre tus ojos, verdes como la pradera bajo el sol, pero tu forma de mirarme, insistente como la primera persona que te quiere. No me quedó de otra y accedí, porque lo único que siempre quería era estar contigo sin importar cómo, ni cuándo, ni dónde.

Ahí fue donde se rompió la burbuja. De esto seguramente no te acuerdas porque yendo los dos en la parte trasera del auto de tu primo, que viajaba con su novia en el asiento de copiloto, te quedaste dormido y antes de hacerlo recargaste mi cabeza en tu pecho. Sentí el ritmo lento de tu corazón, el compás de tus pulmones y hasta tus ronquidos me parecían el sonido más parsimonioso que hubiera escuchado. Opté por fingir que yo también dormía sobre ti. Y entonces... la verdad de golpe.

“¿Hace esto muy seguido?”, preguntó la novia de tu primo. “¿Qué?”, “¿Llevarse a chavos del antro a su casa?”. “Sí, hace poco tuve que ayudarlo a sacar a escondidas a un chavo de su casa para que sus papás no lo vieran”. Y entonces... sentir cómo te desmoronas por dentro. La confusión de no entender que la persona que más quería ya había hecho con alguien lo que ahora hacía conmigo. Y créeme que no importa que alguien más haya compartido tu cama, nunca fuimos nada formalmente. Lo que nosotros fuimos tenía su

propia forma de nombrar las cosas. El asunto es que mientras yo soñaba con compartir tu mundo, con esos pequeños rescoldos de luz en los que te mostrabas vulnerable frente a mí y me ayudabas a construir a alguien más allá de quien presentabas para defenderte del mundo, tú habías llevado a alguien más a ese lugar que quería que compartieras conmigo mientras hablabas conmigo.

Íbamos a mitad de la carretera y te juro que quería romper en llanto en ese momento. De pronto tu cuerpo era una cárcel y no un refugio. Quería gritar. Quería golpearte... que me abrazaras y me dijeras que no era cierto. Pero ahí estabas en tu mundo de ensueño y no pude reunir las fuerzas suficientes para pedirles bajarme en la madrugada en un camino que no conocía. Apliqué la misma estrategia que cuando tenía cinco años y quería convencer a mi mamá de no ir a la escuela: pretendí seguir durmiendo.

Y llegamos al palacio del príncipe, de madrugada y sin hacer ruido, rodeados de ladridos de perros que venían del interior de tu casa. Me callé y pretendí que no pasaba nada. Igual que las princesas de Disney al final de las películas, cuando se alejan de la toma en una carroza nupcial, seguramente igual de iluso y decepcionado. Pero qué importaba si estaba contigo, si en las paredes de la escalera que daba hacia tu dormitorio pude ver dibujos hechos por ti, si podía asomarme por instantes breves a tu mundo interno.

Al entrar a tu cuarto cerraste la puerta y automáticamente empezaste a besarme. Quería gritar. Quería volverme otro. Y a pesar de todo, impulsado por la cólera, consensué nuestro encuentro. Te dejé regodearte de la visión falsa de lo que era y desnudarla de mi cuerpo, seguramente nunca te diste cuenta de que estabas viéndome roto en ese momento. Respondí tus besos, me zambullí en tu cama, nos volvimos animales hambrientos por la carne del otro. Este silencio significaba bestialidad, pasión y desencuentro. No era el mismo silencio de siempre. Como siempre, te dejé entrar en mí y embestirme con toda la fuerza de tu cuerpo etílico. Y lo disfruté, mucho. Nunca he hecho el amor, pero esa noche sí que hice el odio: hacia ti, hacia mí, hacia mis referentes estúpidos de lo que era amar. Nunca he hecho el amor, nunca he sabido lo que es ser genuinamente amado erótica y afectivamente por otro hombre, pero ante la idealización y el vacío no soy ningún extraño.

En los golpes de la vida está el despertar... ahí es donde se encuentran las epifanías, en los golpes que lo cambian todo, en ver como salido de mi cuerpo cómo me sacabas a escondidas de tu casa cuando supiste que tus padres ya no estaban, en la forma en que negaste lo que tu primo dijo la noche anterior ale-

gando que había sido un amigo tuyo, en la forma en que no me pudiste mirar a los ojos mientras me llevabas a la parada de taxi para que viajara otros tantos kilómetros de regreso... en la forma en que no me daba cuenta, hasta ese momento, del daño que me hacía estar contigo y de lo mucho que me aferré a estarlo porque creía que eso era el amor. Es muy fácil quedarse cuando uno no conoce alternativas distintas para vivir las cosas.

* * * *

Ahora paso de ser ese que se despidió de ti una noche lluviosa en la costa, el que se bajó de tu carroza flotante después de despedirme de ti porque partías a vivir a China. En este preciso instante no soy aquel que te abrazó torpemente porque pensó que acercabas tu cuerpo para eso y no para quitar el seguro de la puerta del copiloto para bajarme. Tampoco soy ese que reía mientras te tomaba de la mano cuando rondábamos todo Puerto Vallarta, ni aquel a quien besaste frente a tu preparatoria sintiéndote orgulloso porque en tu pasado te habían reprendido muchas veces porque te gustaban los hombres. No, ahora soy otro gracias a haberte conocido. Hoy soy quien escribe esto en búsqueda de reconstruir una experiencia a través de la autoetnografía, alguien que sabe que en la historia personal se pueden rescatar experiencias a través de la investigación, y que éstas trascienden de lo personal a lo político y cultural mirando de forma sistemática mis vivencias contigo, ordenándolas, resignificándolas, ganando toda la agencia, por no decir valor, que me faltó estando a tu lado (Ellis, Adams y Bochner, 2010) y reconociendo que eran muchas las diferencias que nos atravesaban y que terminaron jugándonos en contra: nuestro nivel socioeconómico, nuestra concepción sobre lo que es ser un hombre, nuestra ubicación geográfica y, sobre todas las cosas, nuestra percepción sobre la vida y lo que es el amor.

Quizás no recuerdes las cosas como yo lo hago y tu versión de la historia difiera mucho de ésta que cuento. Probablemente en tu historia existan muchos más factores que pasé por alto, después de todo la memoria es uno de los componentes más frágiles de lo que nos hace ser personas. Pero esta es mi historia, mi forma de ver las cosas, de sentirlas y de comprenderlas a partir de todo aquello que me conforma y para que, quienes hayan vivido algo similar sepan que, incluso, de amar perdidamente en donde no existe correspondencia también pueden sobreponerse. Al terminar de escribir esto, recuerdo el primer beso que compartimos juntos, los silencios que nos unieron en complicidad,

esa sensación de rozar la punta de tus dedos y veo tus ojos a la distancia despidiéndose y encontrándome al mismo tiempo... me encuentro a través de lo que viví contigo.

Referencias

- Adams, T. (2011). *Narrating the Closet. An Autoethnography of Same-Sex Attraction*. Walnut Creek, Estados Unidos: Left Coast Press.
- Borrillo, D. (2001). *Homofobia*. Barcelona, España: Edicions Bellaterra.
- Ellis, C., Adams, T. y Bochner, A. (2010). Autoetnografía: un panorama. En Bénard, S. (coord.). *Autoetnografía. Una metodología cualitativa*. Aguascalientes: Universidad Autónoma de Aguascalientes.
- List Reyes, M. (2007). Masculinidad e identidad gay en la Ciudad de México. En Amuchástegui, A. y Szasz, I. (coords.). *Sucede que me canso de ser hombre... Relatos y reflexiones sobre hombres y masculinidades en México*. México: El Colegio de México.
- Ortiz, L. (2005). Influencia de la opresión internalizada sobre la salud mental de bisexuales, lesbianas y homosexuales de la Ciudad de México. *Salud mental*, 28(4), 49-65.
- Serrato, A. y Balbuena, R. (2015). Calladito y en la oscuridad. Heteronormatividad y clóset, los recursos de la biopolítica. *Culturales*, III(2), 151-180.



Elección de pareja. Una aproximación autoetnográfica

María de la Luz Luévano Martínez¹

La elección de pareja

La relación de pareja como un vínculo sexo-afectivo supone compartir aspectos emocionales, físicos, intelectuales, ideológicos y emocionales de ambas personas, a su vez, implica adentrarse en la vida social de la otra persona; esto es, relacionarse con los grupos sociales del(a) otro(a), particularmente con la familia y amigos; así como integrarse a sus actividades cotidianas, de esparcimiento, compartir estilos de vida. Por tal motivo, toma relevancia poner especial atención a quién se va a elegir

¹ Este artículo emana del trabajo realizado en mi tesis doctoral, *Las dinámicas socioculturales del amor en pareja. Una aproximación autoetnográfica*. Mi doctorado fue en Estudios Socioculturales por la Universidad Autónoma de Aguascalientes, México.

como pareja, a través del conocimiento de la otra persona. Una estrategia de elección de pareja ha sido elegir a aquella persona con igualdad de atributos, ya que esa afinidad le permitirá a la pareja tener una mejor convivencia y que se pueda dar una relación estable y a largo plazo.

Las preferencias por determinados atributos varían según lo que la persona internaliza en el transcurso de su vida, como los valores, estilos de vida, gustos, formas de relacionarse, etcétera; muchos de esos son aprendidos en los primeros años de socialización tanto en el núcleo familiar como en el entorno educativo, o adquiridos por influencia de los círculos de amigos y conocidos. Matthijs Kalmijn sugiere que las preferencias de elección de pareja surgen de la interacción de tres fuerzas sociales: las preferencias de los individuos por ciertas características en una persona, la influencia del grupo social del que son miembros y las limitaciones del mercado matrimonial en el que están buscando pareja (1991a, 1998, traducción propia). En este artículo me enfocaré primordialmente en la influencia del grupo social y las preferencias personales, especialmente cuando hubo discrepancia entre ellas.

Por lo tanto, el propósito de este trabajo, de corte autoetnográfico, consiste en mostrar cómo mis preferencias personales al momento de elegir pareja comenzaron a verse contrariadas por la influencia de mi grupo social, particularmente la de mi familia. Esto en un contexto como el de la ciudad de Aguascalientes, en donde a las mujeres heterosexuales de clase media se nos seguía presionando para escoger a un hombre según su estatus y su clase social. Pero, poco a poco, las mujeres nos íbamos desvinculando de ese mandato para elegirlo según nuestras afinidades personales, particularmente por aspectos que tuvieran que ver con su nivel intelectual, logros educativos, ocupacionales, así como con sus valores, normas y estilos de vida.

La fuerza del grupo social para la elección de pareja

Aunque la elección de pareja es un hecho personal, inexorablemente se ve influido por el contexto sociocultural, pues las personas heredamos rasgos particulares desde el nacimiento, los cuales marcan nuestra posición social, tales como “la raza, la pertenencia étnica, el origen migratorio y la clase social de origen” (Solís, 2015, p. 60). A su vez, lo internalizado en nuestra etapa de socialización con nuestra familia, grupos cercanos o escuela, prescribe en no-

sotros una forma determinada de actuar, al momento de relacionarnos con los otros en sociedad.

Cuando las personas estamos en el proceso de elegir pareja, esperamos que la otra persona tenga características afines a las nuestras con el objetivo de que la relación tenga mayores posibilidades de éxito que de fracaso. A esta tendencia de elegir a alguien con características similares se le llama homogamia. Ahora bien, existen diferentes tipos de homogamia, los cuales están en función de las predilecciones familiares, sociales y personales. Cuando las preferencias de elección se determinan por la similitud de la pareja con respecto a la clase social heredada de los padres, se le llama homogamia adscriptiva (Kalmijn, 1991b, traducción propia). En este tipo de homogamia se valora el nivel socioeconómico de la familia de origen y se incentiva a elegir a esa persona con igualdad de recursos económicos. Esto ofrece certidumbre de que los bienes no se contraerán, más bien, el mismo nivel de la pareja contribuirá a mantener o acrecentar la posición socioeconómica mutua, aumentando los ingresos y el nivel social de la familia (Kalmijn, 1998). En este sentido, cuando la homogamia adscriptiva se da en una sociedad en donde no exista igualdad de oportunidades para mejorar el nivel socioeconómico de las mujeres por sus logros propios, éstas verán en el matrimonio la garantía para su subsistencia. Los hombres, por su parte, pondrán su atención en el origen social de la mujer al momento de elegir pareja. Por tanto, en una sociedad con alta segregación de roles de género, se puede esperar que las mujeres procurarán elegir a quienes les ofrezcan certidumbres económicas, mientras que los hombres buscarán a aquellas mujeres que posean otras cualidades, como el origen social que les proporcione *status*, así como la belleza física (Solís, 2015).

La fuerza de las preferencias personales para la elección de pareja

Cuando las personas elegimos a una pareja según sus logros educativos, ocupacionales, así como en sus “valores, normas, estilos de vida, actividades de ocio, gusto, erudición intelectual, estilos de habla y experiencias de vida” (Kalmijn, 1991b, p. 501), estaremos dejando en segundo plano la homogamia adscriptiva para hacer una elección de pareja por homogamia adquirida, la cual indica que la selección “no depende tanto de lo que las personas heredan de su familia sino de lo que han logrado por sí mismas” (Solís, 2015, p. 60).

En la medida en que la homogamia adquirida se basa en preferencias de similitud educativa y cultural, podemos esperar que la educación gane importancia como un factor en la elección del matrimonio (Kalmijn, 1991b, p. 503). Lo anterior indica que a mayor educación, las personas tenderíamos a valorar más la elección de pareja según nuestras preferencias por los logros adquiridos. Esto, particularmente para las mujeres, ha significado un giro en lo que respecta a las características deseables en la pareja, ya que el incremento en los niveles educativos y la participación laboral ha influido de manera directa en los patrones de selección del matrimonio. De tal forma, los casos de homogamia adquirida han ido aumentando a razón de que las mujeres, en las últimas décadas, han igualado su participación educativa con la de los hombres (Kalmijn, 1991b), lo que ha influido en que las preferencias de muchas mujeres estén encaminadas a elegir hombres con similar nivel educativo, intelectual y logros profesionales.

Por lo dicho, es de notar que en algunos grupos los criterios de selección de pareja han ido cambiando, es decir, la homogamia adquirida está teniendo cada vez más influencia cuando se elige pareja. Lo anterior surge a pesar de que la homogamia adscriptiva sigue teniendo un papel preponderante, especialmente en aquellos grupos donde el origen socioeconómico es más valorado que el nivel intelectual, el logro educativo u ocupacional de la persona. Esto lo muestra una investigación realizada por Patricio Solís en la Ciudad de México, en donde fue evidente que los factores adscriptivos seguían siendo importantes en el proceso de selección de parejas, de tal manera que las elecciones de pareja “no dependían únicamente de las cualidades adquiridas sino también de la posición social heredada de los padres” (2015, p. 69). Por lo tanto, “la elección de un *buen partido* se encuentra determinada por una mezcla de características familiares heredadas y atributos adquiridos” (Rodríguez, 2016, p. 180).

De la fuerza de la homogamia adscriptiva a la homogamia adquirida

Tomando en cuenta lo anterior, explicaré en esta autoetnografía algunos elementos del interaccionismo simbólico, el cual nos ayudará a comprender que a partir de la interacción podemos modificar o alterar los significados y los símbolos, debido a nuestra capacidad de pensamiento y a nuestra habilidad

para relacionarnos (Ritzer, 1993 y 1997). Así, en primera instancia, los condicionamientos del grupo social que pueden ser de influencia para elegir pareja pueden cambiar en la interacción, produciendo una resignificación de las preferencias de las personas al momento de elegir pareja. Recorro al término del *self* para explicar cómo el conjunto de roles internalizados en mi infancia y en mi juventud influyeron sobre las características que debía tomar en cuenta al momento de elegir pareja; a su vez, cómo a partir de mi capacidad de agencia, decidí tomar en cuenta mis preferencias personales sobre lo socialmente normado. Por lo tanto, considero pertinente explicar esos condicionamientos a partir de la identificación del *yo* y del *mí*, en donde le adjudico al *mí* aquellas conductas de la homogamia adscriptiva y adquirida, que estaban ahí para pautar mis actos, pero que en la interacción misma el *yo* respondió con comportamientos de manera espontánea.

En el transcurso de la vida, vamos aprendiendo a tomar ciertas actitudes en relación con los otros, tanto en lo individual como en lo grupal, respondiendo con determinados comportamientos, a veces esperados por el otro, pero otras veces no. Así, en el proceso de toma de conciencia, vamos creando gradualmente una definición del *self*, el cual “es un proceso de concienciación y definición del propio sí mismo y como tal, siempre es cambiante y dinámico” (Díez, 2010, p. 28). De este modo, el *self* se irá construyendo a partir de la experiencia social y de los procesos sociales (Mead, 1973 y 1982), que surgen en el contexto interaccional, así como por la forma en que la persona va enmarcando lo comprendido en el contexto y a través de las reglas (Goffman, 1959 y 1997). Por lo tanto, el *self* presupone entonces un proceso social, en donde se da la comunicación entre los humanos (Ritzer, 1993 y 1997).

Ahora bien, el *yo* y el *mí* son parte del proceso y la experiencia que vive el *self*. El *yo* “es la acción del individuo frente a la situación social que existe dentro de su propia conducta, y se incorpora a su experiencia sólo después de que ha llevado a cabo el acto” (Mead, 1973 y 1982, p. 203). A su vez, el *yo* se refiere a aquellas partes del sí mismo que son impredecibles, espontáneas y únicas para una persona (Díez, 2010, p. 28); por tanto, gracias a esa naturalidad en los actos, “el *yo* hace posible el cambio de la sociedad (Ritzer, 1993 y 1997, p. 235). “El *yo* reacciona gracias a la adopción de las actitudes de otros. Mediante la adopción de dichas actitudes, hemos introducido el *mí* y reaccionamos a él como a un *yo* (Mead, 1973 y 1982, p. 201), por lo que el *yo* es la reacción del *mí*. Por lo tanto, “el hecho de que el *mí* se aprenda en interacción con otros,

significa que está determinado por las relaciones sociales” (Díez, 2010, p. 28), por lo que el *mí* “surge para cumplir tal deber: tal es la forma en que nace en su experiencia” (Mead, 1973 y 1982, p. 203). Así, “el *mí* permite al individuo vivir cómodamente en el mundo social” (Ritzer, 1993, p. 235). “Puede que haya en nosotros dos personas, una mejor y otra peor, pero no es el yo frente al *mí*, porque ambos son personas. Aprobamos a una y desaprobamos a la otra, pero cuando hacemos surgir a una u otra, están presentes, para tal aprobación, en su calidad de *mí*” (Mead, 1973 y 1982, p. 201).

Considero pertinente recurrir al *yo* y al *mí* para explicar cómo se fue dando mi proceso de elección de pareja. El lector podrá ver en la narrativa de esta autoetnografía que mis acciones, esas caracterizadas por el *mí*, están representadas por los mandatos de mi grupo de pertenencia al momento de elegir a un hombre, los cuales enfatizaban poner atención en su clase social, esto es, por homogamia adscriptiva. Así como también tomar en cuenta aquellas preferencias según mis prioridades; en este caso el nivel intelectual, educativo y cultural, es decir, por homogamia adquirida. A su vez, expongo aquellas acciones del *yo*, las cuales fueron las reacciones espontáneas que surgieron al momento de estar interactuando con mi posible pareja.

Consideraciones metodológicas

La estrategia metodológica a la que recurrí para la realización de este artículo fue la autoetnografía, ya que permite “acercarnos a la investigación y a la escritura, que busca describir y analizar sistemáticamente las vivencias personales con el objetivo de entender la experiencia cultural” (Ellis, Adams y Bochner, 2010, p. 2); “una vida individual puede dar cuenta de los contextos en los que le toca vivir a una persona, así como de las épocas históricas que recorre a lo largo de su existencia” (Blanco, 2012, pp. 54-55). En este sentido, “nunca una historia de una experiencia personal será una producción individual, ya que ésta se deriva de un gran grupo cultural ideológico y de un contexto histórico” (Denzin, 2014, p. 56).

Desde sus comienzos, la autoetnografía ha estado estrechamente conectada con generar explicaciones en torno al “género, la raza, la familia, la nación, a las políticas, al capital, a la tecnología, a la teoría crítica social, y el criticismo cultural; esto es, a los debates de las preguntas sobre conocimiento,

y sus representaciones y presentaciones” (Denzin, 2014, p. 71, traducción propia). En este tenor, la autoetnografía ofrece una perspectiva que cambia las formas canónicas de hacer investigación y de representar a los otros, al tratar a la “investigación como un acto político, socialmente justo y socialmente consciente” (Ellis *et al.*, 2010, p. 2), propiciando un espacio abierto para abordar temas a partir del testimonio de quien investiga. Esta metodología “reconoce y da lugar a la subjetividad, a lo emocional y a la influencia del investigador en la investigación, en lugar de esconder estas cuestiones o asumir que no existen” (Ellis *et al.*, 2010, p. 4, traducción propia); la persona que investiga interpreta el fenómeno según su propia perspectiva, “sin el pretexto de haberse eliminado como participante en el estudio” (Tilley-Lubbs, 2015, p. 277), elevando a la esfera pública la existencia de un suceso que aconteció en lo privado e íntimo, convirtiendo con ello su asunto en competencia social, política y cultural.

La autoetnografía como una metodología horizontal pone en el mismo punto al/la investigador(a) y al hecho que se investiga; en el sentido de que “quien investiga y lo que se investiga son uno al mismo tiempo” (Ellis, 2004), esto es, el/la investigador(a) es el instrumento que se estudia (Richardson y St. Pierre, 1994 y 2005) porque “es a la vez actor y participante en el estudio” (Tilley-Lubbs, 2015, p. 277) mediante el autoconocimiento y la introspección de sí mismo. De tal modo, quien investiga se autositúa en el mismo plano del fenómeno, porque sabe dónde autolocalizar su vivencia, en el momento histórico preciso, en el espacio y realidad sociocultural particular. Ahí, quien hace autoetnografía inicia su investigación focalizada en el *yo* y localizada en un hecho significativo del pasado, retratando a su vez el espectro cultural que la contuvo, pues sus pautas personales de comportamiento pertenecen a un constructo mayor de dinámicas culturales en donde fueron socializadas. En este tenor, esas pautas reflejan críticamente los modos en que nuestras vidas personales se cruzan, colisionan y se comunican con otros en el cuerpo político en formas alternativas a la construcción cultural hegemónica (Spry, 1994 y 2011, p. 499, traducción propia). Por ello es relevante que en el proceso investigativo se tenga “una actitud crítica, analítica y reflexiva, para develar los matices culturales que realmente le interesan” (Guerrero, 2014, p. 239), con el objetivo de que su narrativa autoetnográfica sea un trabajo que muestre un análisis y una interpretación del fenómeno y no quede únicamente como un relato autobiográfico.

La autoetnografía utiliza principios de la etnografía y autobiografía, por lo que es a la vez proceso y producto (Ellis *et al.*, 2010). De tal forma, para llevar a cabo el proceso autoetnográfico, toma de la etnografía el modo de estudiar y describir detalladamente los sucesos; remitiéndose al lugar de las interacciones sociales, describiendo sus normas, sus costumbres, sus pautas de comportamiento. Por tanto, esta metodología se vincula en el proceso con la manera narrativa utilizada en la práctica autobiográfica, al centrar su análisis retrospectiva y selectivamente (Ellis *et al.*, 2010) en la vida de quien investiga, en ese caso, la persona misma.

Por otro lado, para articular el producto autoetnográfico, toma de la etnografía las descripciones detalladas recogidas previamente, y comienza su análisis e interpretación, mientras que de la autobiografía toma la forma de presentar textos evocadores, estéticos y sugerentes (Ellis *et al.*, 2010). Así, esta es una metodología híbrida entre ciencia y arte, se presenta como una alternativa audaz en su proceso e ingeniosa en su producto, ya que rompe con los modos tradicionales de hacer y presentar investigación. Por tal motivo, la autoetnografía es una alternativa metodológica a los modelos tradicionales de hacer investigación, porque demuestra que es posible explicar los fenómenos sociales y culturales a través de la historia personal de quien escribe.

Asimismo, para que una autoetnografía no quede sólo en la narración de un hecho pasado, es necesario realizar un ejercicio analítico e interpretativo de la experiencia, y así lograr un equilibrio entre los siguientes aspectos: “ser etnográfica en su orientación metodológica, ser cultural en cuanto a su vertiente interpretativa y ser autobiográfica en cuanto se refiere a su contenido” (Guerrero, 2014, p. 239). De tal modo, el proceso analítico autoetnográfico debe enfatizar el *yo*, en la biografía, en la historia y en la experiencia; enfocándose en la creación de escritos representativos capaces de examinar las formas sociales y de encauzar el análisis de las “vidas específicas de los individuos que viven los procesos que están siendo estudiados con la finalidad de localizar sus vidas y sus momentos históricos” (Denzin, 2014, p. 30, traducción propia). Por lo tanto, esta propuesta metodológica estará comprometida con interpretar y explicar el cómo se da la intersección entre la historia personal y los aspectos que le caracterizan dentro de su contexto social, político y cultural, y así evitar que el producto sea un ensayo meramente narrativo o terapéutico.

El proceso autoetnográfico

El proceso autoetnográfico se lleva a cabo cuando quien investiga hace un ejercicio de introspección para evocar ese suceso específico del pasado. A partir de la autoreflexión podremos escudriñar nuestros recuerdos y develar esas epifanías, es decir, aquellas “experiencias que nos transformaron” (Ellis *et al.*, 2010, p. 5) o que marcaron un suceso de nuestra vida, haciendo un antes y un después. Al ir recordando más situaciones, podremos hacer un ensamble de nuestras historias. Quien hace autoetnografía, no ha vivido esos sucesos sólo para hacerlos un documento publicado, sino que elige experiencias evocativas, las cuales se “ensamblan a través de un análisis retrospectivo” (Ellis *et al.*, 2010, p. 3, traducción propia). Tampoco son “trozos de sucesos escogidos al azar, o recuerdos fragmentados sin sentido” (Guerrero, 2014, p. 240), más bien, quien investiga opta por aquellas epifanías que marcaron su vida personal con el fin de profundizar en ellas y así darle sentido a su historia. Ese ejercicio focalizado e introspectivo es el que le permitirá identificar los recuerdos más significativos, recopilando los hechos pasados para traerlos al presente y exponerlos en un documento. Por lo que la autoetnografía, a partir de hacer ese ejercicio restropectivo, nos permitirá comprender el proceso narrado a través de la narración del viaje (Feliu, 2007).

Ahora bien, “es en el proceso de escribir en el que se va reflexionando sobre el tema, ejercitando la introspección, y así generando conocimiento” (Bénard, 2014, p. 183). De tal modo, la autoreflexión es la clave para la subtracción de los detalles que enmarcarán nuestras epifanías, y será accionada a través de un ejercicio personal reflexivo, recursivo y reflectivo. El ejercicio reflexivo nace al hacerse consciente de sí, en un contexto social particular, estudiando y documentando lo que el recuerdo le permita obtener a raíz del proceso de introspección. El ejercicio recursivo surge cuando se realiza una práctica de ida y vuelta en el proceso de escritura, especialmente durante la selección, la colección y el análisis de su historia. Es el escribir y borrar, añadir y pulir lo escrito, lo que propicia que éste sea un proceso creativo y selectivo. Por último, el ejercicio reflectivo se da como corolario de los dos procesos anteriores, ya que a través de la información obtenida, “el investigador recurrirá a un terreno interdisciplinario, para buscar y aplicar una variedad de acercamientos teóricos, conceptuales y filosóficos” (Preissle y deMarrais, 2015, p. 4) que le permitirán complementar su estudio.

Existen varios elementos importantes a considerar en la autoetnografía, tales como la ética relacional y la veracidad de la historia. Cuando la persona “escribe sobre su vida, trae el mundo de *otros* a sus textos” (Denzin, 2014, p. 4), dando lugar al conocimiento y la comprensión de sus relaciones. En este tenor, debemos considerar que nuestra historia tiene una implicación y un alcance, es decir, al reconocer la existencia de los *otros*, debemos tener en cuenta que en nuestros ensayos autoetnográficos esos *otros* siempre estarán en nuestros escritos y nuestras historias “serán representadas con los *otros* en mente” (Denzin, 2014, p. 7). Asimismo, debemos tomar en cuenta la ética relacional, la cual nos invita a cuidar la identidad de las y los *otros*, ya que al narrar ciertos sucesos, las personas que fueron partícipes junto con nosotros en nuestras vivencias, pueden ser reconocidos a través de nosotros. De esta manera, cuando escribimos autoetnografía debemos proteger su privacidad, ya sea “alterando algunas de las características por las cuales pueden ser identificados, tales como las circunstancias, los temas tratados u otras características como raza, género, nombre, lugar o apariencia” (Ellis *et al.*, 2010, p. 9).

Otra práctica que permite avanzar en el proceso autoetnográfico en un marco ético, tiene que ver con la veracidad de la historia. Quien escribe autoetnografía apela a la memoria para hablar de un hecho pasado, intentando escudriñar el recuerdo con la mayor fidelidad posible, con el fin de cuidar la veracidad de la historia. De tal modo, quien escribe tiene la responsabilidad de contar los hechos lo más apegados a como ocurrieron y a como los vivió, sabiendo que su historia no invalida como la vivieron los otros. En este sentido, se podrá asumir que su historia es su verdad.

El producto autoetnográfico

Una vez que hemos retratado en un escrito nuestras historias, podemos comenzar con la articulación de nuestra autoetnografía, “discerniendo los patrones de la experiencia cultural evidenciada en las notas de campo, entrevistas u objetos, y después, describiendo dichos patrones usando etapas de narración (por ejemplo, el carácter y desarrollo de la trama), mostrando y contando, alterando las voces narrativas” (Ellis *et al.*, 2010, p. 9, traducción propia). Así, se podrá articular la historia, “el análisis cultural y la interpretación de los comportamientos de los/las investigadores(as), de sus pensamientos y experiencias,

a partir del trabajo de campo, en relación con los *otros* y con la sociedad que estudia” (Guerrero, 2014, p. 238). De tal manera, un producto autoetnográfico demuestra que lo estético no está peleado con el examen crítico, ya que la autoetnografía nos brinda la posibilidad de presentar un trabajo científico artístico e ingenioso. El/la investigador(a) podrá imprimir su sello creativo en conjunto con sus habilidades investigativas científicas, originando un producto artístico-científico innovador, atractivo y más accesible para nuevas audiencias.

Esta metodología conjuga el método de investigación etnográfica y autobiográfica, con un formato narrativo original y artístico, el cual rompe las pautas rígidas de investigar y de exponer los trabajos científicos, alejándose de los patrones estructurados y acartonados con el objetivo de presentar una investigación con sentido, accesible y evocativa. Asimismo, la autoetnografía va transitando

de la idea de la representación y expresión a la del diálogo y evocación, de la tercera persona a la primera; de la generalización al caso único; de la ciencia a la literatura; de la estabilidad de los hechos contados por la ciencia, a la fluidez y el dinamismo de la narración; del actor racional a la experiencia emocional; de la objetividad a la subjetividad (Feliu, 2007, p. 268).

Por ello, la autoetnografía es una metodología que renueva y refresca los modos de hacer investigación.

El producto final de la investigación, desde esta perspectiva metodológica, puede ser presentado en formatos diversos, tales como poemas, videos, obras de teatro, pinturas, grabaciones de audio, fotografías, diálogos, narrativas, etcétera, o usar varios de éstos en un mismo producto, con el fin de crear formas narrativas ingeniosas, tal como Denzin las llama, “expresiones narrativas de experiencias de vida” (2014, p. 7). De esta manera, la autoetnografía enfatiza el ingenio narrativo, el cual resalta un evento que haya sido trascendental para el/la investigador(a) y éste que le sirva como argumento para plantear y desarrollar su historia. Cuando se elige un ensayo narrativo, éste deberá ser un “texto elaborado, echando mano de algunas estrategias literarias” (Blanco, 2012, p. 57), en donde quien investiga lleve a cabo la labor de integrar la información autobiográfica con la etnográfica, haciendo a su vez

un estudio de las prácticas relacionales de su cultura, sus valores y creencias comunes con sus experiencias de vida (Ellis *et al.*, 2010, p. 3).

Mi historia

Al saber que la autoetnografía me permitiría hablar de mi experiencia sobre las características que tomé en cuenta para elegir pareja, quise exponer los hechos tal como los viví, para que mi historia quedara como un precedente que mostrara las formas socioculturales que algunas personas de Aguascalientes, al igual que yo, llevamos a cabo al momento de dicha elección. De esta manera, emprendí mi ejercicio autorreflexivo, el cual consistió en escribir lo sucedido en el comienzo de mi relación de pareja. Al tener mi historia plasmada, reconocí muchas de las pautas de comportamiento internalizadas en mi socialización, que tenían que ver con los roles de género que había aprendido en mi casa y en la escuela, y que influyeron en los modos como me relacioné en pareja.

En el ejercicio de escritura encontré la mejor forma de expresarme: poder dialogar de nuevo conmigo misma a través de mis voces internas. De manera puntual, a partir del interaccionismo simbólico, pude identificar las diferentes actitudes que hay en el proceso social, y metodológicamente me sirvió para reconocer esas actitudes en mi historia. De tal modo, en mi narrativa, el lector distinguirá a mi *yo* como María, por tener esa actitud espontánea, mientras que Luz representa al *mí*, al caracterizarse por ser la apegada a las normas. El *yo* me ayudó a comprender aquellas acciones impredecibles, espontáneas y únicas que tuve al vincularme con mi pareja. A su vez, el *mí* respondió a las actitudes autoconscientes y roles organizados que marcaron mi conducta al interactuar con mi posible pareja. Explorar estas fases del *self* me sirvió para comprender aquellos condicionamientos constituyentes del *mí*, que me llevaron a comportarme de determinada forma, muchos de los cuales internalicé en mi proceso de socialización. No obstante, este ejercicio también me sirvió para dilucidar, a través de las reacciones de mi *yo*, aquellas conductas que rompieron con los condicionamientos esperados por mi grupo social.

Así nació María, como mi voz interna más espontánea, y Luz, como mi voz interna más normada, ambas dialogando a su vez conmigo misma, Marilú, la voz de mi voz. Sus nombres los tomé de la deconstrucción de mi nombre real, María de la Luz, otorgando a María la característica más sarcástica y di-

recta, la que trataba de romper con los condicionamientos sociales internalizados; mientras que Luz era la voz de mi parte más tradicional y prudente, la que cargaba con las normas sociales aprendidas en mi casa, escuela y en mis círculos cercanos. Marilú, la voz de mi voz, lleva mi sobrenombre con el que me identifica cotidianamente la gente.

Este formato multidualógico me llevó a expresarme de mejor forma para narrar los hechos. Así, los diálogos externos, interpersonales, que tuve con mi potencial pareja y mi hermana, fueron complementados con los diálogos que iba teniendo conmigo misma, intrapersonales, en ese momento, pero que sólo quedaron en mi interior. También integré a estos diálogos internos las voces de autores cuyos trabajos teóricos me ayudaron a entender algunas de las pautas sociales ocurridas en el proceso mismo, de tal modo sus intervenciones son las citas de sus contribuciones, que yo consideré se adecuan a mis diálogos, ya que dan una explicación teórica más profunda a mi historia. De este modo, siguiendo a Stacy Holman, quise establecer una escena para contar mi historia, entrelazando conexiones intrincadas entre la vida y el arte, la experiencia y la teoría, la evocación y la explicación (1994 y 2005).

Mi producto autoetnográfico

Los actores

Para que los actores se desenvuelvan de una manera adecuada, deben situarse en un contexto de principios de siglo XXI. Los papeles principales de esta escena pertenecen a gente de clase media-alta de la sociedad de Aguascalientes. En dicha época, muchas de las familias aún se conocían entre sí, o al menos sabían de quién se trataba al referenciarse por apellidos. Al ser todavía una ciudad relativamente pequeña, la gente aún se podía ubicar visualmente en la calle, plazas o en algún evento, lo cual pautaba el comportamiento de hombres y mujeres; de tal modo que al asistir a algún lugar público era común encontrarse con conocidos, y con ello dar cuenta de algunos aspectos de su clase social, tales como qué ropa vestían, qué coche tenían y de quién se hacían compañía. Por eso, los actores deben tomar en cuenta que “el qué dirán” influía en el comportamiento de la gente, por lo que debían cuidar las formas del ser y actuar de la época.

Acto primero

Actores por orden de aparición

María- Voz interna de Marilú espontánea

Luz- Voz interna de Marilú normada

Marilú- Voz de María de la Luz

Emilce- Voz de su hermana Emilce

Eva- Voz de Eva Illouz

Al borde de la cama, al borde de los nervios: es el primer día que te esperamos para salir, es nuestra primera cita.

María: Parece que nuestro nuevo galán nos dejó plantadas.

Luz: ¡Por favor, María!, deja de angustiarnos, seguramente tendrá un motivo por el cual se retrasó, pero no tardará en llegar.

María: ¡Pues vaya manera de quedar bien en una primera cita!

Marilú: ¡No lo puedo creer!, 25 minutos después de la hora acordada y no llega.

Luz: Más vale que tenga un buen motivo que justifique su retraso, pero, bueno, mientras llega, se han puesto a pensar ¿qué coche traerá?, ¿si tiene dinero?

María: ¡Ay, Luz!, ¡no seas interesada!, lo que tenga está bien.

Emilce: Marilú, *recuerda* lo que te dije cuando estabas enamorada de ese compañero tuyo de la prepa que no tenía dinero, que tendrías que buscar una pareja que al menos fuera de una clase social igual a la de nosotras.

Eva: Tu hermana te aconseja recurrir a una estrategia tradicional para la formación de pareja conocida como la homogamia o la hipergamia, o sea, la selección de hombres con un nivel educativo y socioeconómico equivalente o superior al tuyo (Illouz, 2012, p. 108).

Emilce: Así es Marilú, ese chico de la prepa era pobre, ¡qué te podía ofrecer!, así que fíjate si Ernesto tiene dinero.

Luz: ¡Claro! Nunca está de más tomar en cuenta estos factores.

Marilú: ¡Escuché algo!, ¡ese fue el sonido del timbre!

María: ¡Vaya, llegó la potencial pareja impuntual!

Luz: Tranquila, Marilú, sonriamos como si no nos molestara su impuntualidad, no nos des a conocer tan rápido, no vaya a ser que nos vea enojadas y ya no vuelva a buscarnos.

María: ¡Pero, por favor!, ¡más vale que desde ahora vayamos marcando nuestros límites, si no, llegará tarde toda la vida!

Marilú: ¿Qué hago?, ¿le reclamo o no?

María: ¡Sí!

Luz: ¡No!

Bajo las escaleras para abrirte la puerta, dejando en el camino un halo con mezcla de enojo y emoción. Justo antes de abrir la puerta, me detengo.

Luz: Contrólate, Marilú, no le menciones nada, mejor que perciba que somos condescendientes.

María: ¡Ay Lucesita, tú siempre tan prudente!, yo opino que al menos le mencionemos algo, como que nos molestó que llegara tarde.

Luz: ¡Ya!, ¡Tranquila, respira, sonriamos, sonriamos!

María: ¡Fuera esos nervios!

Acto segundo

Actores por orden de aparición

Luz- Voz interna de Marilú normada

María- Voz interna de Marilú espontánea

Marilú- Voz de María de la Luz

Ernesto- Pareja de María de la Luz

Kate- Voz de Kate Millet

Ulrich y Elisabeth- Voces de Ulrich y Elisabeth Beck-Gernsheim

Tras la puerta de la entrada principal de mi casa, tomo la chapa fría entre mi mano, la giró a la derecha y empujo para abrirla. Estás ahí, parado atrás de la reja de la cochera, sonriéndome; yo te correspondo con otra sonrisa.

Luz: ¡Qué emoción!, ¡mira qué lindo sonrío!

María: (Con la frente fruncida y labios apretados).

Marilú: Hola, Ernesto, pasa.

Ernesto: Hola, Marilú. Perdón, se me hizo tarde.

Luz: ¡Qué educado!, punto bueno por pedirnos disculpas

Marilú: No te preocupes, Ernesto.

Ernesto: Cuando salía de mi casa, llegaron una tía y una prima a venderme unos perfumes y me entretuvieron.

María: ¡Ajá!, ¿le crees, Marilú?, ¡quizá hasta nos compró uno para remendar su impuntualidad!

Luz: Esa sería buena manera de remendar su retraso y, de paso, comprobaríamos si en verdad llegó tarde por eso.

Marilú: Bueno, no importa, aunque ya vamos tarde a la función que queríamos ver.

María: ¡Sutilmente prudente!, ¡bien por mencionarle al menos algo!

Luz: ¡Ay, Marilú!, ¿cuándo aprenderás a quedarte callada?, total, ya pasó, no vale la pena iniciar una discusión por algo que ya fue, ¡aprende a fluir!, ¡fluye!

María: ¡Está bien que haya dicho por lo menos eso!

Ernesto: ¡Vamos entonces!

Caminamos unos cuantos pasos juntos y después te alejas de mí para acercarte a un auto pequeño de dos puertas de color anaranjado, empolvado, lo cual le ayudaba a cubrir las marcas de hojalatería que tenía en el cofre, en la puerta del copiloto y en la salpicadera lateral, todas de color gris mate; me doy cuenta de que el parabrisas está estrellado. Es un coche que parece de los años setenta, no sé qué modelo ni qué marca sea, pero se ve más viejo de lo que es por lo maltrecho de su estado. Me detengo cuando veo que estiras tu mano y la diriges al manubrio del carro. Me asusto porque estoy asumiendo con esta acción que es tu auto y no quiero, no me gusta, nunca me había subido a uno así de destartado, tan descuidado. Abres su puerta, la abres para mí. Me paralizó al lado de ésta. No quiero subir, no quiero que sea tu coche, quiero que sea una broma.

María: ¿Qué es eso?, ¿en verdad vino por nosotras en ese cascarón de carro?, ¡qué vergüenza!

Luz: (Muda y con los ojos más abiertos que nunca).

Ernesto: Marilú, ¡vamos en mi auto!

Luz: ¿Qué?, ¿un hombre que estudió en el Tecnológico de Monterrey² trae este coche?, ¡está loco si piensa que nos vamos a subir a ese cacharro de hojalata despintada!, ¡qué vamos hacer si alguien conocido nos ve en él!, ¡de ninguna manera, Marilú!, ¡qué van a decir de nosotras!, ¿que salimos con un hombre que no tiene dinero?, ¡qué vergüenza!, mejor inventemos algo para no subirnos.

Marilú: Ernesto, ¿qué no vamos a ir al cine que está cerca de aquí?, ¡podemos ir caminando!

Ernesto: No, vamos al cine de Fundición, ahí hay más funciones.

Luz: ¡Por favor, no le insistas en ir al cine de aquí cerca!, va a pensar que nos rehusamos a subir a su coche, dirá que nos avergonzamos de él, pensará que somos unas mujeres interesadas. Dile que sí y sube.

Marilú: ¡Está bien!, vamos.

Luz: ¡Muy bien!, ahora el punto es para ti, ahora sólo sonrío.

Ernesto: Muy bien, sube.

Luz: ¡Mira!, te abrió la puerta, ¡qué educado!

Kate: Disculpen ustedes, para mí esas muestras de caballerosidad no son más que un monótono ritual que apenas logra disimular la actual diferencia de posición (Millett, 1969 y 1995, p. 90).

María: ¡Por favor, si es lo mínimo que Ernesto podía hacer para paliar el hecho de tener este carro tan feo!

Luz: (gira su cabeza de izquierda a derecha).

Marilú: ¡Gracias!

María: Bueno, ya que nos animamos a subir, al menos giremos nuestro cuerpo hacia Ernesto para darle la espalda a la ventana y seamos lo menos reconocibles para quien nos vea.

Ernesto: ¡Vamos!

Luz: ¡En verdad no puedo creer que hayamos subido!

María: Tranquilas, dominemos nuestra vergüenza, mejor pensemos en estrategias futuras para no volver a pasar por lo mismo.

Luz: ¿Futuras?, ¿acaso crees que vamos a salir de nuevo con él?, ¡ni pensarlo!, mejor empecemos a buscar pretextos para no volverlo a ver.

María: ¡Luz, por favor no seas tan interesada!

2 El Tecnológico de Monterrey es una de las universidades privadas más reconocidas de México, tanto por su buen nivel educativo como por ser de las que cobran una de las matrículas más alta del país.

Luz: ¡No es que sea interesada!, ¡pero es obvio que este hombre no tiene nada que ofrecernos!, ¡sólo falta que nosotras tengamos que pagar nuestra entrada al cine y las palomitas!

Marilú: Puedes irte por el centro, ahí el tránsito es menor, así llegamos más rápido al cine.

Ernesto: ¡De acuerdo, Marilú!

María: ¡Ups!, con ese comentario espero que no haya percibido que no queremos que nadie nos vea, Marilú.

Luz: Será bueno que vayamos pensando cómo insinuarle a Ernesto que cuando lleguemos al cine, nos estacionemos en un lugar alejado a la entrada principal, bien sabemos que ahí está la taquilla y todos los que estén formados nos pueden ver.

María: Ya basta, María, si vamos a seguir saliendo con Ernesto, es hora de que nos vayamos acostumbrando a que nos vean en este coche.

Luz: ¿Acaso se puede acostumbrar uno a sentir vergüenza?

María: Mmmm no sé, pero tenemos que trabajar en ello.

Marilú: ¡Mira, Ernesto, allá hay un lugar para estacionarse!

Ernesto: Ah sí, pero, ¿no te parece que está muy lejos de la entrada?

Marilú: No, me parece que está bien; además me gusta caminar.

Ernesto: Muy bien, me estaciono ahí.

María: Marilú, si no quieres que nadie nos vea bajar del coche, tan pronto lo apague, nos apresuramos a bajar, no esperemos a que nos abra la puerta.

Luz: ¡Pero es nuestra primera cita!, ¡deja que Ernesto muestre su caballerosidad!, además, si él tiene la intención de abrirnos la puerta y salimos antes, ¡jamás nos la volverá a abrir!

Ernesto: ¡No te bajas!, deja te abro la puerta.

Mientras le das la vuelta al auto, mi gran duda es si debo dejar que tú pagues las entradas al cine o yo aportar una parte. ¡No sé!, no quiero verme como una mujer *chapada a la antigua*.³

María: Ja ja ja, ¿Dejamos que nos abra la puerta del coche y no queremos vernos *chapadas a la antigua*?

3 Expresión que se refiere a la reproducción de conductas tradicionales y conservadoras.

Luz: ¿Marilú, no entiendo por qué te preguntas quien debe pagar? Deja que pague él.

María: Bueno, creo que ahora son otros tiempos, en donde las mujeres también debemos aportar. Nuestro hermano que vive en Inglaterra habla de que allá las mujeres cuando salen con un hombre, ambos pagan.

Luz: Mira, no te quieras ver muy moderna, María, ¿acaso has visto que nuestras hermanas y amigas paguen su parte cuando salen con sus parejas?, ¡no, verdad!, entonces mejor hagamos lo siguiente: no paguemos; si a él no le parece y nos deja de buscar por eso, ni modo. En cambio, si nos vuelve a buscar, asumirá que él deberá pagar cada vez que salgamos con él. Ya nos tocará invitarlo de vez en cuando.

María: ¡Inglaterra, Aguascalientes!, ¡pagar, no pagar!, ¡qué confusión! Al menos hagamos el intento de pagar, si nos dice que no, quedaremos bien, y si acepta, sabremos que así será de aquí en adelante, mitad y mitad.

Luz: ¡Para nada!, ¡si en esta primera cita él deja que paguemos, es un codo!

María: Yo lo sé, María, ¡pero al menos finjamos un poco!

Ernesto: Marilú, ¿qué película te gustaría ver?

Marilú: La que habíamos dicho: *Abajo el amor*.

María: ¡Saca la cartera, Marilú!

Luz: ¡No vayas a pagar, Marilú!

Marilú: ¡Ten!

Ernesto: ¡No, Marilú, yo te invito!

Marilú: ¡Gracias, Ernesto!

Luz y María: ¡Bien!

Ernesto: ¿Quieres algo de tomar o de comer?

Marilú: Sí, un café, pero yo pago.

Ernesto: ¡No!, ¡cómo crees!, ¡guarda ese dinero!

Luz y María: ¡Muy bien!

María: ¡Ya ven!, no nos dejó pagar, y al menos le dejamos ver que queremos contribuir.

Luz: Lo admito, los dos estuvieron bien, cada uno cumplió con su papel.

María: ¿Papel?, ¿y cuál es el que se supone le corresponde a cada uno?

Luz: Pues, Ernesto, el del hombre que invita y paga la entrada del cine y las palomitas o el café; y a nosotras, el de la mujer que deja cortejarse aceptando que le paguen.

María: ¿Acaso no se ve muy abusivo?

Luz: No, eso es lo que hacen nuestras hermanas y amigas cuando salen con sus parejas.

María: Bueno, Marilú, no estaría mal que, si volvemos a salir con Ernesto, al menos le invitemos algo, digo, para que vea que no estamos sólo interesadas en salir con él porque paga todo.

Ulrich y Elisabeth: Esas formas tan tradicionales que muestran tanta dependencia económica de las mujeres hacia los hombres responden a estructuras institucionales que proponen la desigualdad de hombres y mujeres. Por lo que si se quiere comenzar a pensar en cierta igualdad de hombres y mujeres no se puede conseguir de esta manera, ya que no podemos meter a los nuevos seres humanos *redondos* en los viejos cajones *cuadrados* (Ulrich y Beck-Gernsheim, 1990 y 2001, p. 51).

María: ¡Ya ven!

Luz: ¡Pero eso es lo que aprendimos desde niñas!, ¡nos dijeron que las mujeres debemos dejar que los hombres paguen, dejar que sean los que provean!, ¡todas las mujeres que conocemos hacen esto!, ¿por qué cambiar?

Kate: ¡Justamente, María!, esa es la principal aportación del patriarcado a la familia, la socialización de los hijos de acuerdo con las actitudes dictadas por la ideología patriarcal en torno al papel, al temperamento y la posición de cada categoría sexual (Millett, 1969 y 1995, p. 86).

Luz: Entonces, si continuamos reproduciendo estos roles, ¿seguiremos perpetuando las dinámicas desiguales entre hombres y mujeres?

Ulrich y Elisabeth: ¡Así es!, por eso no les extrañe que la relación privada de los géneros se convierta en el campo de batalla de unas confrontaciones que solamente de forma deficitaria pueden ser *resueltas* mediante los ensayos problemáticos del *cambio de roles* o de las *formas mixtas de roles* (Ulrich y Beck-Gernsheim, 1990 y 2001, p. 51).

María: Bueno, creo que estamos tratando de cambiar esas formas al cuestionarnos sobre lo que nos toca o no hacer, así que paso a pasito.

Luz: ¡Claro!, ¡así que vamos poco a poco!

Ernesto: ¿Quieres azúcar?

Luz: ¡Ay! ¡qué hombre tan cortés!

Marilú: No, gracias, así está bien.

Ernesto: Muy bien, ¡Vamos!

Acto tercero

Actores por orden de aparición

Ernesto- Pareja de María de la Luz

Marilú- Voz de María de la Luz

Luz- Voz interna de Marilú normada

María- Voz interna de Marilú espontánea

Salimos del cine, el estacionamiento ya está oscuro, caminamos hasta tu coche, en el trayecto comienzo a sentir una fresca brisa que me frota la espalda, lo que hace que apresure el paso hasta tu carro a pesar de que no quiero volver a subirme en él. Te adelantas para abrirme la puerta. Vuelvo a sentir vergüenza.

Ernesto: ¿Te gustó la película?

Marilú: ¡Sí!, me pareció divertida, ¿a ti?

Ernesto: ¡Sí, me gusta cómo actúa Ewan McGregor!

Marilú: A mí también.

María: ¡Vaya título de la película para una primera cita: *Abajo el amor!*

Luz: De cualquier forma, es una película que habla de apostarle al amor, así que estuvo bien.

Marilú: ¿Te vas a regresar por la avenida?

Ernesto: ¡Sí, ahorita ya no hay tanto tráfico por ahí!

Luz: ¡Esperemos que así sea!

Marilú: ¡Puedes doblar en la siguiente calle a la izquierda, ahí cortas para llegar a casa!

Luz: ¡No lo podemos evitar, Marilú!, nos da tanta vergüenza que nos vean en este carro, que a toda costa queremos ir por las calles menos transitadas para escondernos.

Ernesto: ¡Marilú!, ¡la puerta!

María: ¿Por qué grita tan fuerte Ernesto?, ¡me asustó!

Ernesto: ¡Cuidado Marilú, la puerta de tu lado se abrió!,

Luz: ¡Ay! ¡nos vamos a salir del auto!

María: ¡Ay no!, ¡agárrate Marilú!

Marilú: ¡Ay no!

Ernesto: ¡Agárrate, Marilú!

Luz: ¡Qué miedo!

María: ¡Qué peligroso!, ¡agarra la puerta!

Marilú: ¡Ya la tengo!

Ernesto: ¡Perdón, Marilú!, no te dije que esa puerta no cierra bien.

Marilú: ¿Qué pasó?, ¿por qué se abrió?, yo sólo me percaté que doblábamos por la avenida y de pronto, cuando volteé, la puerta se iba abriendo justo en medio de la avenida, ¡qué susto!

Luz: ¡Ves!, ¡es un peligro este carro, no debimos subir!, ¡todo un augurio el nombre de esa película!

María: ¡Esto pasó por quejarte tanto del auto, Luz!, ¡el karma nos pagó con esto por tu mala vibra!

Ernesto: ¿Estás bien, Marilú?

Marilú: ¡Sí, estoy bien!

En mi contexto familiar y sociocultural

A comienzos del siglo XXI, a las mujeres de clase media de Aguascalientes se nos insistía en ser perspicaces al momento de querer establecer una relación de pareja. A través de un ejercicio exploratorio, debíamos obtener información sobre el hombre con quien deseáramos salir, como saber su procedencia, a qué clase social pertenecía, a qué se dedicaba. A partir de esta información recabada, podíamos hacer una *elección de clase social*, pues se nos repetía constantemente que debíamos encontrar a un hombre con igual (homogamia) o mayor (hipergamia) nivel socioeconómico al de nosotras, es decir, un hombre de clase media o alta. De esta manera, al saber quién era nuestro posible compañero, elegíamos desde una posición más informada.

Bajo dicha norma, comencé a buscar pareja. Una compañera de la universidad me contó que el hermano de su mejor amiga podría ser un “buen partido” para mí. Él se llamaba Ernesto y pertenecía a una *buena familia de Aguascalientes*, cuyos ancestros paternos eran unos *acomodados* inmigrantes franceses. Además, sabía que él había estudiado contabilidad en el Tecnológico de Monterrey y aprendido inglés en Cambridge, Inglaterra. Con ese referente, acepté conocerlo, dejándome llevar por las pautas sociales que me constreñían, sin antes haberlo visto, ni haberlo tratado. Tener una pareja con ese referente socioeconómico, me daba la certeza de que tendría estabilidad económica,

pues sería un “buen” proveedor. Eso yo lo veía normal, porque así lo hacían la mayoría de mis amigas y la gente de mi entorno.

Ernesto y yo tuvimos nuestro primer encuentro en una reunión de amigos, ahí surgió la oportunidad de platicar y conocernos un poco más. Sólo sabía un par de aspectos de él, como su nivel socioeconómico y educativo; no obstante, en nuestra charla, percibí en él a un hombre inteligente e interesante en su plática, le gustaba leer e ir al cine como a mí. De tal forma fui dilucidando muchas afinidades entre nosotros. Al finalizar la reunión, me pidió mi número de celular y me invitó a ir al cine al día siguiente.

La situación parecía ir marchando como lo esperaba; sin embargo, en la siguiente ocasión que nos vimos, mis paradigmas se vieron trastocados al ver el auto maltrecho en el que venía, lo cual fue una forma violenta de asumir que me había equivocado en mi elección. Al ver su auto, asumí que su estrato social no era la que yo había supuesto, con todo que venía de una buena familia y de que había estudiado en una de las mejores y más caras universidades de México. En ese momento, las advertencias de mi madre, hermanas y tías se apoderaron de mis pensamientos: *cuando elijas a tu pareja tienes que fijarte sutilmente en su clase social y posición económica para que cuando te cases no te preocupes por las cuestiones de dinero, pues tu esposo debe ser el proveedor principal de la familia*. Me encontraba en medio del shock por fallar en mi estrategia de elección de pareja, pero hubo algo dentro de mí que me insistió en seguir con esa cita. De tal forma, aparenté que no me importaba su coche, a pesar de que, en el mismo instante que lo había visto, había querido salir corriendo rumbo a mi casa y no volver a ver a Ernesto.

Esta fue una situación totalmente inesperada, pues me confrontó con una realidad que contrariaba lo que yo creía saber. El hecho era que había fracasado en mi estrategia de elegir a alguien con un nivel socioeconómico igual o mejor al mío. No obstante, esto no me desalentó para continuar saliendo con él, ya que valoré la empatía y la afinidad que empezaba a sentir. Hasta ese momento, habíamos charlado pocas veces, pero habían sido suficientes para saber que teníamos una modo de pensar afín; de igual manera, compartíamos valores, pasatiempos, gustos y formas de ser. Además, me sentía atraída por su inteligencia, su sentido del humor y su nivel cultural.

Por lo tanto, este fue un hecho que evidencia cómo los condicionamientos socioculturales aprendidos en mi niñez y adolescencia, fueron surgiendo como burbujas en agua hirviendo uno tras otro durante las primeras citas con

Ernesto. Pese a esto, fue una experiencia aleccionadora en el sentido de que me puso frente a frente con lo que debía hacer, con lo que estaba conociendo de él y que me gustaba. Ese deber *elegir para cumplir* con los condicionamientos sociales, fue transformándose en un *elegir según mis preferencias personales*. De tal forma, mi elección que en un principio fue pautada por lo internalizado en la socialización con mi familia y grupos cercanos, se fue haciendo más compleja, al ir incorporando otras pautas derivadas de lo aprendido en otros círculos sociales, como mis grupos de pares de la universidad. Esto me permitió tomar en cuenta diferentes aspectos, como los educativos, afinidades culturales, de gustos, de personalidad y erudición. Fue gracias a esas primeras interacciones con Ernesto que me di cuenta de que éramos compatibles en nuestra forma de ser, y que congeniábamos intelectual y emocionalmente, que compartíamos valores e ideales, así como objetivos personales de vida y esas eran características que yo apreciaba. Al final del día, estos elementos fueron más fuertes que esos patrones interiorizados de tener una pareja adinerada. Decidí seguir tratándolo y, después de un mes de conocernos, decidimos emprender una relación de pareja. Por lo tanto, en mi decisión tuvieron un peso muy importante mis preferencias personales y eso me permitió no guiarme únicamente por lo normado por mi familia y grupos cercanos.

Consideraciones finales

Es importante estudiar las elecciones de pareja en los contextos socioculturales actuales, para entender cómo los individuos nos comportamos según determinadas pautas socioculturales. En este trabajo resalté las dinámicas de comportamiento al elegir pareja por similitud de características. Ya sea que se elija de la misma clase social o escoger a alguien semejante a su nivel cultural, intelectual o educativo. Estas dos preferencias, la homogamia adquirida y la homogamia adscrita, estuvieron presentes en mi narrativa autoetnográfica, las cuales tuvieron un papel preponderante al momento de mi elección.

Con lo anterior hago hincapié en que las decisiones que tomamos al momento de elegir pareja se mesen sobre una base de condicionamientos que vamos internalizando en el transcurso de nuestra socialización, pero también aquella información que vamos recabando en el transcurso de la interacción con los otros, incluida la información misma que emana de los primeros en-

cuentros con el potencial compañero. En este sentido, si mi decisión hubiera estado regida solamente por la homogamia adscrita, es decir, elegirlo exclusivamente por su clase social, no me hubiera dado la oportunidad de saber más de su persona, ni descubrir las similitudes que había entre nosotros. Así, al irlo conociendo, valoré más nuestras afinidades intelectuales, educativas y culturales, sobre la clase social y el nivel económico. ¿Qué me hizo priorizar mis preferencias sobre lo normado por mi grupo social? El saber que me complementaba más tener un compañero con afinidad de proyectos personales y formas de vivir la vida, lo cual me facilitaría establecer una relación de equidad.

Por lo tanto, haberlo elegido por aspectos educativos, culturales y de erudición y no por su clase social, expresa mi capacidad de agencia respecto a lo que yo quería y consideraba como más importante para mí y mi relación. Esta pauta demuestra una pérdida de la influencia de las opiniones, tanto de la familia como de los grupos cercanos al momento de elegir pareja; evidencia que las decisiones en torno a la elección del(a) compañero(a), apuntan a que la tendencia de elegir a alguien por las preferencias personales está teniendo más preponderancia que la influencia de la familia o el grupo social.

Sobresale un cambio en las prácticas de elección de pareja según el género, el cual tiene relación con el aumento en el nivel educativo de las mujeres, ya que estudiar nos da autonomía, nos abre un panorama de posibilidades y nos brinda la oportunidad de tomar decisiones basadas en nuestras preferencias. Además, estar más preparadas nos da la posibilidad de tener mejores empleos y una remuneración, lo cual nos facilita tener una independencia económica. Por ello, nuestras elecciones de pareja pueden estar más enfocadas a entablar relaciones más equitativas y más afines a nuestra forma de pensar que únicamente en nivel socioeconómico, con el fin de garantizar que nos mantengan.

Referencias

- Beck, U. y Beck-Gersheim, E. (1990 y 2001). *El normal caos del amor*. Barcelona: Paidós.
- Bénard, S. (2014). *Atrapada en provincia. Un ejercicio autoetnográfico de imaginación sociológica*. Aguascalientes: Universidad Autónoma de Aguascalientes.

- Blanco, M. (2012). Autoetnografía: una forma narrativa de generación de conocimientos. *Andamios. Revista de Investigación Social*, 9(19), 49-74. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=62824428004>.
- Denzin, N. (2014). *Interpretative Autoethnography*. United States of America: SAGE Publications, Inc.
- Díez, J. (2010). La aportación a la psicología social del interaccionismo simbólico: una revisión histórica. *EduPsykhé: Revista de psicología y psicopedagogía*, 9(1), 23-42. Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3268858>.
- Ellis, C. (2004). *The Ethnographic I*. California, Estados Unidos de América: Altamira Press.
- Ellis, C., Adams, T. y Bochner, A. (2010). Autoethnography: An Overview. *Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research*, 12(1), 1-19. Recuperado de: <http://nbn-resolving.de/urn:nbn:de:0114-fqs1101108>.
- Feliu i Samuel-Lajeunesse, J. (2007). Nuevas formas literarias para las ciencias sociales: el caso de la autoetnografía. *Athenea Digital: Revista de Pensamiento e Investigación Social*, (12), 262-271. Doi: doi.org/10.5565/rev/athenead/v0n12.447.
- Goffman, E. (1959/1997). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Editorial Amorrortu.
- Guerrero, J. (2014). El valor de la auto-etnografía como fuente para la investigación social: del método a la narrativa. *Revista Internacional de Trabajo Social y Bienestar*, 3. AZARBE. Recuperado de: <http://revistas.um.es/azarbe/article/view/198691>.
- Holman, J. S. (1994 y 2005). Autoethnography: Making the personal political. In Norman K. Denzin and Yvonna S. Lincoln (eds.). *Handbook of Qualitative Research* (763-791). Thousand Oaks, CA: Sage. 3rd ed.
- Illouz, E. (2012). *Por qué duele el amor: Una explicación sociológica*. Argentina: Katz Editores.
- Kalmijn, M. (1991a). Shifting boundaries: Trends in religious and educational homogeneity. *American Sociological Review*, 786-800. Recuperado de: <http://www.jstor.org/stable/2096256>.
- Kalmijn, M. (1991b). Status homogeneity in the United States. *American Journal of Sociology*, 97(2), 496-523. Recuperado de: <http://www.jstor.org/stable/2781384>.

- Kalmijn, M. (1998). Intermarriage and homogamy: Causes, patterns, trends. *Annual Review of Sociology*, 24(1), 395-421. Doi: <https://doi.org/10.1146/annurev.soc.24.1.395>.
- Mead, G. (1973 y 1982). *Espíritu, persona y sociedad desde el punto de vista del conductismo social*. Barcelona: Paidós.
- Millet, K. (1969 y 1995). *Política sexual*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Preissle, J. y deMarrais, K. (2015). Teaching Reflexivity in Qualitative Research. En Denzin N. y Giardina M. (eds.). *Qualitative Inquiry and the Politics of Research*. 189-196. United States of America: Left Coast Press, Inc.
- Richardson, L. y St. Pierre, E. (1994 y 2005). Writing: A Method of Inquiry. In Norman Denzin and Yvonna Lincoln (eds.), *Handbook of Qualitative Research* (959-978). United States of America: Thousand Oaks, Sage Publications. 3rd ed.
- Ritzer, G. (1993 y 1997). *Teoría sociológica contemporánea*. México: McGraw Hill.
- Rodríguez, S. (2016). Selección de parejas y estratificación social: hacia una agenda de investigación. *Estudios Sociológicos*, XXXIV(100), 169-190. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=59844201007>.
- Solís, P. (2015). Entre “un buen partido” y un “peor es nada”: selección de parejas en la Ciudad de México. *Revista Latinoamericana de Población*, (7), 57-78. Recuperado de: <http://revistarelap.org/ojs/index.php/relap/article/view/62>.
- Spry, T. (1994 y 2011). Performative autoethnography: Critical embodiments and possibilities. En Denzin, N. y Lincoln S. (eds.). *Handbook of Qualitative Research* (497-512). United States of America: SAGE Publications, Inc. 4th ed.
- Tilley-Lubbs, G. (2015). La autoetnografía crítica y el *self* vulnerable como investigadora. *Astrolabio*, 14. Recuperado de: <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/astrolabio/article/view/11627>.
- Tullis, J. A. (2013 y 2016). Self and others. En Holman Jones, S., Adams, T. E. y Ellis, C. (eds.). *The Handbook of Autoethnography* (244-261). London: Routledge.
- Walker, S. and Barton, L. (1983). *Gender, Class and Education*. Sussex: The Falmer Press.



Homosexualidad, cuerpo y danza. Mi ruta

Francisco Javier Ponce Orozco

*La dialéctica entre el individuo y su entorno es la base de nuestra realidad,
como también lo es el hecho de que el cuerpo es receptor,
transformador y generador de la existencia.*

Barnsley

“Dios te hizo hombre”, esta frase resonó en mi mente de manera peculiar durante gran parte de mi infancia y mi adolescencia, aún hoy en día hay ocasiones en las que no me puedo desprender de cierta culpa o incertidumbre por no saber qué es exactamente lo que significa ser hombre y por no seguir la ruta trazada por la heteronormatividad para alcanzar la masculinidad. Tener que obedecer, responder y comportarme de acuerdo con los planes que un ser divino y una sociedad androcéntrica tenían destinados para mí, ha sido un lastre, es como tener una

cicatriz que aunque se atenúa con el paso del tiempo, sigue impresa en la piel recordando la herida.

Cuando mi papá, mi mamá o algunos familiares me decían a modo de consejo o advertencia que “Dios me había hecho hombre”, tales palabras representaban para mí una sentencia de cadena perpetua, con tal aseveración quedaba condenado en dos sentidos: uno, a ser y comportarme como usualmente lo hacen los seres humanos que nacen con pene y testículos, es decir, quedar a merced del sexo por asignación, al que Álvarez-Gayaou y Camacho (2013) refieren como “El que se asigna a los individuos al momento del nacimiento en función de sus órganos sexuales pélvicos externos y que los condiciona a un lugar determinado dentro del contexto social” (p. 4). O, por el contrario, encender las luces de una orientación de género que no necesariamente se ajustaba al binarismo hombre-mujer del paradigma androcéntrico-moderno (Bordieu, 2000), y destellar con lo que realmente me sentía identificado, aunque a sabiendas de que mi segunda condena sería no entrar al reino de los cielos ni tener la aprobación de muchas personas, incluyendo a algunos miembros muy queridos de mi familia.

Este marco normativo que define la identidad de género y el rol a partir del sexo por asignación, se mezcla de manera perfecta con la moral sexual religiosa. En mi caso, la religión que intentaron inculcarme en mi hogar fue la católica. Bajo este esquema religioso basado en el sacrificio y en el rechazo de lo carnal, me enseñaron que la sexualidad humana fue creada por Dios con fines reproductivos entre un hombre y una mujer exclusivamente, por ende, todo lo que se saliera de este encuadre era considerado una anomalía, un pecado.

Recuerdo que mi papá nos obligaba a ir con él y con mi abuela todos los domingos a misa de siete de la mañana. Después de la ceremonia eucarística, ya en casa, mientras desayunábamos unas deliciosas “carnitas” o un menudo calentito (platillos que yo veía y devoraba en tono de recompensa por haber aguantado una eternidad escuchando letanías que además me mareaban), él nos repetía fragmentos del sermón que había dado el sacerdote respecto a todo lo que podía ofender a Dios. Apoyado siempre por mi abuela, mi padre aprovechaba para tirar indirectas y advertirnos sobre los riesgos de arder en el infierno si elegíamos irnos por el camino de una vida disoluta y libertina. Yo ni siquiera sabía a qué se refería con “disoluta”, pero me sonaba como algo muy malo. Hasta que años más tarde, cansado de oírlo decirme una y mil veces a modo de regaño dicha palabra, investigué y supe que tal término se refería a

una persona que se entrega fácil y que va en contra de la moral. Y ciertamente mi papá tenía algo de razón, pues no soy una persona que se rija por la moral y las “buenas” costumbres católicas.

—Yo tuve un hijo hombre, no un pinche joto. Esas son chingaderas.

—No es mi culpa, yo no pedí nacer así.

—No me vengas con pendejadas, Dios hizo al hombre y a la mujer, y nada más, lo de ustedes es pura mañozada.

—Pues lo que no has de poder ver, en tu casa lo has de tener.

—Sí, si ya sé que fracasé como padre, de cuatro cabrones, tres me salieron con sus chingaderas.

—Te sientes culpable porque quieres.

—¿Porque quiero? Mira nada más qué fácil le encuentras justificación a lo que sabes que no está bien. Pero allá tú, ya estás grande y sabrás si te pudres en el infierno. Yo les enseñé el camino del bien y no voy a estar como mi vieja diciendo “qué hice mal”.

—Que vayas en contra de Dios y de lo que es natural es tu culpa y nada más.

—¿Ah, es mi culpa?

—Sí, es tu culpa, y en esta casa la gente así no es bienvenida.

Esta es la conversación que tuve con mi padre en vísperas del año 2018. Mientras me encontraba en la cocina de la que fue mi casa en Morelia preparando la pierna de cerdo que sería el banquete para la cena de fin de año. Por fin, a la edad de 29 años, había decidido hablar abiertamente de mi homosexualidad con el jefe de la casa. Después de la acalorada discusión, terminé mis tareas en la concina, metí la pierna al horno como si nada pasara y me subí a mi cuarto a drenar por los ojos esa presa de llanto que estaba a punto de desbordarse y que además me ahogaba. Por primera vez en mucho tiempo volví a querer no ser *gay*, pensaba de verdad en qué era lo que podría haber hecho o modificado en mi ruta de vida para responder a lo que Dios y la “naturaleza” habían determinado para mí.

Bordieu (2000) plantea que en la sociedad moderna se establecen relaciones de dominio a partir de las normativas o roles sexuales, donde la *doxa* masculina se impone hegemónicamente sobre lo femenino. Al mismo tiempo, señala que hemos generado hábitos sexuales y que la tradición perpetua una relación engañosa entre las apariencias biológicas y los efectos reales que éstas han producido en los cuerpos y en las mentes. Se refiere a la construcción de

los géneros y afirma que “un prolongado trabajo colectivo de socialización de lo biológico y de biologización de lo social se conjugan para invertir la relación entre las causas y los efectos, y hacer aparecer una construcción social naturalizada” (p. 13).

Dentro de esta construcción social del género, misma que normaliza usos del cuerpo, comportamientos y relaciones, puedo decir que siempre estuve más cercano a lo que socialmente se identifica como “lo femenino”. No sentía atracción por las niñas, no me gustaba el fútbol, no me gustaban las peleas, no me gustaba andar en bicicleta, no me gustaba acompañar a mi papá al taller mecánico, no me gustaba jugar al doctor, no me gustaba el karate. Yo prefería el patinaje sobre hielo, el *ballet*, la costura, la gimnasia rítmica, hacer de comer, dibujar, pintar cerámica y hacer manualidades, disfrazarme y jugar con muñecas. Esta diferencia de gustos representó un estigma durante mi infancia y mi adolescencia, una marca que, al parecer, les concedía a algunas personas el derecho de burlarse de mí, agredirme o excluirme.

El rechazo familiar y social hacia las personas que ejercemos una preferencia sexual u orientación de género distinta a la heterosexual, es de hecho una situación muy común en el país. En un estudio de carácter cuantitativo realizado por el Centro Latinoamericano en Sexualidad y Derechos Humanos (CLAM) en asociación con la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), la Comisión Nacional de Derechos Humanos (CNDH) y otras instituciones, durante la Marcha del Orgullo y la Diversidad Sexual en la Ciudad de México en 2008, se publicó que:

Lo primero que resalta de los resultados obtenidos en esta sección, son los altos niveles de discriminación y agresiones reportadas por las personas entrevistadas. Alrededor de tres cuartas partes declaró haber sufrido un incidente de discriminación (73,6%) o agresión (76,2%) alguna vez en su vida. Es decir, siete de cada diez personas entrevistadas han sido discriminadas o agredidas debido a su orientación sexual o su identidad de género” (Brito *et al.*, 2012, p. 53)

En este mismo estudio, se muestra que la mayoría de las personas entrevistadas fueron hombres (66.7%), respecto al que corresponde a las mujeres (33.3%). De esta primera división se desprenden otras variables de sexualidad atribuida, las cuales son: gay, lesbiana, homosexual, heterosexual, bisexual, travesti, transgénero, transexual, intersexual y otra. Un aspecto relevante para mí

es que del total de la población entrevistada, incluyendo todas las variables de sexualidad atribuida, 30% sufrió discriminación por su orientación sexual o su identidad de género en un ambiente religioso; 27.5% sufrió discriminación por vecinos y 25% sufrió discriminación en el ambiente familiar. Con lo que queda como manifiesto que, según esta encuesta, la discriminación se ejerce sobre todo en los ámbitos primarios de socialización de las personas.

Por otro lado, un estudio más reciente, la Encuesta Nacional sobre Discriminación (ENADIS) 2017 del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), muestra que comparado con otros tipos de discriminación, como la apariencia, la creencia religiosa y el sexo, la discriminación por orientación sexual es relativamente baja, en una comparación aproximada de 51.3% (apariencia) a un 3.7% (orientación sexual). Sin embargo, esta misma encuesta muestra que 71.9% de las personas entrevistadas opina que los derechos de las personas trans se respetan poco o nada, y a su vez 65.5% opina que se respetan poco o nada los derechos de las personas gays o lesbianas. Además de que 43.0% de las y los entrevistados no permitiría que su hijo o hija se casara con una persona del mismo sexo. Por otro lado, el estudio demuestra que los hombres tienen menor apertura y aceptación que las mujeres hacia los distintos grupos de población como personas gays, trans y lesbianas. Lo cual, desde mi perspectiva, hace fehaciente el hecho de que aún estamos en una sociedad androcéntrica, heteronormativa y que discrimina a diestra y siniestra.

Las Barbies. Un juego monstruoso

Mi abuela tenía muchas macetas con plantas y flores por toda la casa, cuidarlas era su pasatiempo y una de las pocas actividades en las que mostraba algo de bondad o cariño hacia otro ser vivo. La azotea parecía un tapiz floral o una jungla selvática, el color verde era predominante y algunas chispas de color rosa, morado o amarillo saltaban a la vista. Había muchos helechos, enredaderas, rosales, buganvillas, margaritas y otras plantas que no recuerdo sus nombres. En un tejaban hecho de madera y láminas de asbesto, mi abuela tenía tinajas, cubetas y hasta un gran tambo de plástico donde guardaba el agua para regar sus plantas. Un bello escenario tropical que no podía pasar inadvertido para mí y para la colección de Barbies que mi hermana tenía en el abandono total.

Que mi hermana mostrara nulo interés por sus muñecas Barbie era una ventaja para mí, pues no había reclamos cuando yo jugaba largas horas con ellas y después las resguardaba celosamente en escondites secretos, fingiendo que no existían. Jugar a las Barbies no estaba permitido para mí, ya que esos eran juegos de niñas. De modo que ese juego representaba para mí lo prohibido y, por lo tanto, una actividad riesgosa que tenía que realizar al amparo de la clandestinidad.

Volviendo al paraíso tropical propiciado por las plantas y las tinas llenas de agua, armé una playa de ensueño con hotelazos de lujo donde había grandes piscinas y camastros para tomar el sol y hasta una zona selvática donde se podía ir de excursión en lancha. Saqué a todas las Barbies de sus escondites: “¡día de playa, chicas, vamos a tomar el sol!”. Había aproximadamente ocho guapísimas Barbies disfrutando de la playa y yo sumergido en una fantasía veraniega cuando mi madre irrumpió con un fuerte grito: “¿Qué andas haciendo, hijo de la chingada?”. Su voz sonó como un trueno que rompió de tajo el goce de mi día de playa, como si un huracán hubiera llegado sin previo aviso destruyéndolo todo a su paso.

Mi madre había subido a tender la ropa a la azotea y me encontró haciendo todo lo que no debía hacer: estaba ensuciando el agua de las tinas de mi abuela, había movido las macetas de lugar, y lo peor, jugaba a las Barbies. Sin duda, era acreedor a un castigo, yo sabía que lo peor de todo era que me había cachado con “las manos en la masa”, traía una Barbie en cada mano pues estábamos en plena sesión de nado sincronizado. Cuando mi mamá destrozó mi paraíso de verano y me miró directamente, me quedé petrificado y sin voz, como cuando dicen que “se te sube el muerto” y empecé a sentir un chorrillo de agua caliente que mojaba mi pantalón y bajaba por mis piernas, hasta llegar a mis zapatos. Sí, me oriné.

Mi mayor secreto y mi actividad ilícita habían quedado al descubierto, quería que las Barbies hubieran desaparecido mágicamente y que en su lugar hubiera estado rodeado de carritos de juguete o algo que encubriera mi falta, deseé que el tejaban hubiera tenido paredes y lamenté haber sacado a mis Barbies de excursión a la playa, me daban ganas de arrojarlas a todas al fondo del gran tambo de plástico para que mi mamá no las viera, pero ahí estaban indefensas, al descubierto y seguramente su fin sería el camión de la basura. “Me van a castigar, me van a castigar, me van a castigar, y a mis Barbies me

las va a tirar a la basura”, pensaba mientras la imagen de mi madre frente a mí cargando una tina amarilla llena de ropa se congelaba.

De pronto, mi mamá volvió a hablar, me ordenó que me bajara y no recuerdo qué otras palabras, seguro dijo alguna de sus frecuentes amenazas como “vas a ver ahorita cómo te va a ir”, lo más extraño fue que ni siquiera me pidió que recogiera el tiradero. Solté las Barbies que traía en las manos y antes de que llegaran los golpes corrí hacia las ruidosas escaleras de metal, me escabullí velozmente y dejé ahí, en el desmoronado paraíso de verano, abandonadas a mis pobres Barbies, o mejor dicho, a las Barbies de mi hermana.

Yo no sé si mamá recuerde esta escena, o cómo la recuerde, probablemente lejos de ver un paraíso de verano ella veía cubetas amontonadas con agua sucia y la tierra de las macetas regada por todas partes y, en lugar de los hoteles de lujo, veía tabiques apilados peligrosamente. Tampoco sé si se dio cuenta de que me oriné o precisamente eso fue mi escudo protector, pues ese día no hubo castigo físico, ni se tocó el tema nunca más, aunque las Barbies, por supuesto, sí desaparecieron. Lo cual no fue impedimento para seguir jugando ese “juego de niñas”, pues al no haber Barbies, yo hacía mis propias muñecas con plastilina.

Pienso que quizá mi juego de Barbies representaba algo “monstruoso” tanto para mi madre como para otras personas, e incluso para mí, pues ello advertía o daba señales de algo que me definía desde pequeño en los márgenes de la normatividad de género. Cuando hablo de monstruoso, me refiero al sentido tal y como lo describe Fernández (2013), quien afirma lo siguiente:

Si tomamos su acepción griega, se refiere a lo intermedio, lo mezclado, lo ambivalente, lo desordenado, lo horrible y fascinante a la vez. Desde su acepción latina, algo es monstruoso en tanto muestra: muestra aquello que no debe advertirse. Mostrar lo monstruoso es desocultar aquello que en una cultura debe permanecer invisible (p. 25).

El cuadrilátero

Así como jugar con muñecas Barbie era algo que no debía hacer, tampoco eran bien vistos mis ademanes, ni por mi papá ni por mi mamá ni por mis hermanos ni por los chicos de la cuadra. Mi hermano y mi hermana mayores me

decían frecuentemente “pareces niña”, “eres joto”, “te gustan los niños”, “mari-cón” o “Simón” (haciendo alusión a la canción de “El gran varón” de Héctor Lavoe), cuando seguramente al hablar movía las manos con vehemencia para expresarme. Creo que el hecho de que me insultaran tenía que ver con el manejo de una corporalidad feminizada, ser “delicadito” era suficiente motivo para ser señalado despectivamente por los demás, pues eso representaba una desviación; sin embargo, cuando otros niños me insultaban o me golpeaban en la calle por “parecer niña”, mi hermana y mi hermano eran mis defensores, sobre todo mi hermana que era considerada como la Julio César Chávez de la cuadra. Ella ponía a raya a punta de golpes a todo aquel que se atreviera a decirme algo, de hecho, casi todos los niños de la calle conocieron los puños y patadas de mi hermana.

Mi mamá, por su parte, cuando observaba que me ponía las manos en la cintura, quebraba la muñeca o cruzaba la pierna, me decía “no le hagas así” (imitándome). Yo podía notar en su cara cierta preocupación y enojo. Cuando recibía esos regaños a veces sentía ganas de llorar y un ardor en el estómago, pues me parecía injusto que me regañara por algo que yo no podía controlar, que ni cuenta me daba de cuando lo hacía. Aunque, también sabía que yo podía moverme como quisiera mientras ella no se diera cuenta, y así lo hacía. Me encerraba en el baño y desplegaba interminables sesiones frente al espejo, imitando a las artistas y observándome hacer las poses y ademanes refinados, despectivos y elegantes de las villanas de las telenovelas que veía.

Mi papá poco decía, aunque era evidente su incomodidad, cuando a la hora de la comida yo ponía los codos sobre la mesa y doblaba la muñeca o cuando agarraba el tenedor con la delicadeza de una señorita educada en convento. Él desviaba la vista hacia otro lado o la dirigía a mi mamá. En ese juego de miradas en el que mi padre evitaba ver mis movimientos y en silencio solicitaba a mi mamá que me reprendiera, pues ella era la encargada de la crianza. Yo sentía cómo se iba abriendo una zanja profunda entre él y yo, para mí era muy clara su desaprobación e incluso se me iba el hambre. Me daba asco verlo comer, me parecía estar viendo una escena de los documentales de animales que pasaban en la tele, donde un lobo hundía el hocico en las entrañas de un venado y el chasquido de su masticar me taladraba la cabeza hasta que no podía más y le decía “cierra la boca cuando mastiques”, de modo que empezábamos a discutir y la mesa se convertía en un cuadrilátero. La hora de la comida frecuentemente era la hora de las batallas familiares.

Analizando esta experiencia en términos foucaultianos, considero que mi madre era la instancia de poder que trababa de disciplinar mi cuerpo, para adecuarlo y ajustarlo a la norma moral vigente (católica), a ese conjunto de valores y reglas que determinan ciertas conductas normalizantes. Pero a su vez, de algún modo, yo intentaba subvertir estas reglas morales explorando con mi cuerpo, es decir, yo encontraba la manera de rechazar o resistir a la prohibición, aunque fuera a escondidas. Al respecto, Foucault (2009) señala que “la moral” es una palabra ambigua porque aunque establece códigos de comportamiento desde distintas instancias de poder, las formas de subjetivación del sujeto dependerán de su relación con dichos mecanismos de poder: ya sea de obediencia o de resistencia, así como de su relación consigo mismo, en ese sentido el autor afirma que:

El estudio de este aspecto de la moral debe determinar de qué manera y con qué márgenes de variación o de transgresión, los individuos o los grupos se comportan en relación a un sistema prescriptivo que está explícita o implícitamente dado en su cultura y del que tiene una conciencia más o menos clara (p. 27).

Mis aspiraciones: circo, maroma y teatro

De niño quería ser cirquero, definitivamente anhelaba estar dentro de ese mundo que me parecía tan mágico, lleno de colores y lentejuelas, donde todo era misterio, asombro y desafío, me encantaba ver que los artistas realizaran peripecias que nadie en la vida normal podía hacer. Ellos podían doblarse y meterse en una pequeña caja, cruzar una cuerda de metal en las alturas, colgarse del pelo y girar vertiginosamente por los aires sin vomitarse sobre el público, pararse de manos sobre un caballo, estar cuerpo a cuerpo con feroces animales y balancearse por los aires de un lado a otro dando maromas. Algo de toda esa rareza y exotismo me llamaba, ahora pienso que lo que me parecía verdaderamente embriagante era el uso extracotidiano del cuerpo de los artistas circenses.

Los cuerpos de los artistas circenses, al igual que los de los bailarines y actores, son resultado de su entrenamiento técnico, lo que Barba (2009) explica como la consecuencia de la utilización extracotidiana del cuerpo, misma

que supone un dominio y un derroche de energía distinto al que se requiere en la vida cotidiana. Acciones como sentarse, cargar algo, cepillarse los dientes, besar o caminar son cotidianas y requieren un principio mínimo de esfuerzo y buscan el mayor rendimiento con el mínimo gasto de energía, comenta el autor, mientras que las técnicas extracotidianas transforman y “no respetan los condicionamientos habituales del uso del cuerpo. A estas técnicas recurren quienes se ponen en situación de representación” (p. 20).

Viene a mi mente una fotografía donde estamos mis hermanos mayores, mi papá y yo en las butacas verdes de la penúltima fila del Palacio del Arte de la ciudad de Morelia. Esa foto es el *souvenir* de la primera vez que fui a ver un espectáculo circense y una prueba fehaciente de lo mucho que me gustaba el circo. Busco la fotografía en el empolvado álbum familiar y la observo a detalle, lo que salta a mi vista es la boca abierta y las cejas levantadas de un niño que viste pants y chamarra en color rojo, sus ojos se perciben atentos, abiertos y brillantes como los faros de un automóvil. Sentado en la butaca número 66, en contraste con las expresiones faciales de sus acompañantes, en su minúsculo y delgado cuerpo no cabe el asombro. Quisiera recordar qué era exactamente lo que estaba viendo en ese momento, pero ni al ver la fotografía puedo lograrlo; sin embargo, a la distancia de los años, al observarme de niño en ese retrato, con la cara llena de sorpresa, sentado al lado de mi padre, siento una especie de complicidad y una gratitud inmensa con él por haberme llevado a presenciar de manera vívida algo que marcó mi ruta.

Un día en casa de una tía, de esos domingos de visita familiar, una prima varios años mayor que yo, me preguntó que qué quería ser de grande, yo con toda la seguridad del mundo le respondí que cirquero, “te vas a morir de hambre”, me dijo, lo cual no entendí, pues yo veía a los artistas del circo muy vivos y casi con poderes sobrehumanos. A mi prima le causaban risa mis respuestas, probablemente por la convicción con que le respondía y por lo descabellado que a ella le resultaba que un niño de siete años viera en el circo una posibilidad de futuro. Cuando ella me decía “puedes ser licenciado, bombero, doctor o astronauta”, yo respondía muy solemnemente que no, que iba a ser cirquero. Con el paso del tiempo esa idea se diluyó o mejor dicho se transformó, pues durante mi infancia la idea de lo que quería ser de grande sufrió una metamorfosis de cirquero a pintor, de pintor a actor y de actor a bailarín. Finalmente siempre estuvo presente la idea de ser artista, particularmente artista de la escena.

Reina de corazones

...Reina de corazones
distante y lejana pasión de pasiones,
yo soy la reina de corazones,
no puedes pretender
ni siquiera tocarme.
Reina de corazones,
el sueño de todos, propiedad de
nadie.
Yo soy la reina de corazones,
no seas estúpido ve con
tu artillería a otra parte...
(Guzmán, 1991).

Cada vez que escucho esta canción, me gusta ponerme a bailar y a imitar los pasos de *jazz* ochenteros que ejecutaba “La Guzmán” en sus presentaciones en *Siempre en Domingo*, un programa de televisión que veíamos con mi familia los fines de semana por la noche y que en gran medida dictaminaba mis gustos musicales. Cuando me muevo al ritmo de “Reina de corazones” me visualizo sensual y rebelde, me siento acompañado y guiado por la voz rasposa de la cantante, pero sobre todo viene a mi mente la actitud de seguridad reflejada por esta mujer, cuando en su espectáculo miraba directamente a la cámara o al público y seducía a los espectadores con sus desplazamientos cadenciosos y certeros por todo el escenario. Giros, lanzados de piernas y movimientos rápidos de cabeza que hacen que el cabello cobre vida propia y vuele al unísono de la batería y las guitarras, así como un marcado movimiento de hombros arriba y abajo; son los pasos que ella hacía en sus espectáculos y que yo trato de imitar para hacer tributo a la grandeza de una artista con una corporalidad libre y eficaz en la transmisión de emociones y energías. Corporalidad con la que me identificaba plenamente cuando era niño y aún hoy en día.

Además de que esta canción me sigue resultando placentera y exquisita, cuando la bailo con total desinhibición, ya sea en las fiestas con amigos o a la hora de hacer el aseo en mi casa, esta pieza musical trae a colación otra de mis anécdotas de pequeño. Tratando de recapitular mi infancia, le pedí a mi hermana mayor que me escribiera una carta donde me expresara sus impresiones

y memorias de cuando éramos niños. Entre varias cosas que concuerdan de manera exacta con mis propios recuerdos, como mi interés por el circo, mi gusto por sus Barbies y las festividades del Día de las Madres, en donde junto a mis primas protagonizábamos el *show* que acompañaba el postre, mi hermana me comentó que en una ocasión mi papá nos inscribió a unos talleres de pintura en la Casa de la Cultura de Morelia y que, a la hora de la salida, cuando él regresó por nosotros, yo le dije que ya me había cambiado de taller porque quería ser actor.

“Tú solito te fuiste a buscar lo que a ti te gustaba”, comenta mi hermana. Y la verdad es que sí recuerdo claramente que pedí permiso para ir al baño y me fui a explorar por toda la Casa de la Cultura, incluso la planta alta, que era totalmente desconocida para mí. En tal expedición, lo que llamó mi atención fue el salón de teatro, así que me quedé ahí afuera asomándome por un pequeño hoyo de la puerta, hasta que después de un rato la maestra me vio y me invitó a pasar. Yo sin dudarlo me metí.

La Casa de la Cultura de Morelia hace siglos fue el convento de la Orden de los Carmelitas Descalzos, es un imponente edificio colonial de canteras rosas con amplios jardines, varias fuentes, amplios salones, ágoras, cúpulas y refractarios. Este recinto, gracias a que quedaba a unas cuerdas de mi antigua casa, fue el primer lugar donde tuve un acercamiento más profundo a las disciplinas artísticas. Cada verano mi papá nos inscribía a mis hermanos y a mí a los cursos y talleres artísticos que ahí se ofrecían, él siempre nos metía al taller de pintura, de grabado o de creación de alebrijes. Cursos a los que yo iba con todo el entusiasmo del mundo, de hecho, al acercarse las vacaciones de verano yo pedía con insistencia a mi papá que nos llevara a la Casa de la Cultura y, hasta eso, sí nos llevaba, aunque siempre nos decía que sólo en vacaciones. Al entrar en vigor el nuevo ciclo escolar yo sabía que tenía que despedirme de esas mañanas en las que, embarrado en pintura, pegamento y yeso, disfrutaba de un leve olor a solventes y madera. Sin embargo, ese verano fue algo distinto, yo había decidido cambiarme de curso; no me importó que mi papá me regañara por haberme salido de la clase, ni que me dijera que ya había comprado los materiales, yo estaba seguro de que quería estar en el taller de teatro, pues ahí no implicaba estar sentado, podíamos correr, acostarnos, saltar y hacer todo lo que no estaba permitido normalmente en un salón de clases.

Finalmente convencí a mi papá y me quedé en el taller de teatro para niños, donde me acoplé inmediatamente a las dinámicas y juegos que la profe-

sora ponía y, aunque era miedoso, me integré fácilmente con los demás compañeros y compañeras de clase. Un día la tarea fue preparar una canción para presentarla ante el grupo, era una especie de *lip sync*. Me emocioné muchísimo, o sea, iba a hacer lo que siempre hacía en la sala de mi casa. Sin embargo, pronto esa emoción se desvaneció y comencé a preocuparme, pues ¿qué iba a cantar?, si todas las canciones que me sabía eran interpretadas por mujeres. Qué estrés. Yo quería cantar “Reina de corazones” de Alejandra Guzmán y dominar el escenario como ella, pero si hacía eso se iban a burlar de mí. En verdad estaba desilusionado y ni ganas tenía de ir a esa clase donde mostraríamos nuestra tarea, ¿cómo iba a cantar una canción de mujer?, pensaba.

Recuerdo que en una vieja grabadora negra de dos puertas escuchaba mi casete de Alejandra Guzmán. Ponía una y otra vez la misma canción, “Reina de corazones”, y me imaginaba bailando como ella, me visualizaba libre y un poco alocado, pero era más el temor que tenía a que mis compañeros se rieran de mí. Afortunadamente, en esa misma cinta estaba la canción de “La plaga” y aunque esa versión era la de Alejandra, yo sabía que aquella canción era originalmente de un hombre, ya que la había escuchado en la colección de casetes de *rock and roll* en español de los años sesenta que mi mamá guardaba en el librero de la sala. Así que inspirado y movilizado por una idea que yo consideraba muy audaz, llevé a cabo un plan muy astuto para evitar las burlas. Calculando el terreno, o como se dice coloquialmente, “tanteándole el agua a los camotes”, me acerqué a mi papá y le pregunté:

- ¿Quién canta la canción que dice “ahí viene la plaga”?
- Uh, hijo, esa es viejísima. La cantaba Enrique Guzmán.
- ¿El papá de Alejandra?
- Sí, ese mero. ¿Por qué?
- Nomás, es para una tarea.

No dije nada más y contento fui a preparar mi tarea de teatro con mi nueva opción musical. Estaba seguro de que era una canción unisex, y yo iba a ensayar la versión de “La Guzmán”, si alguien me llegaba a decir algo, yo les diría que era una canción que cantaba Enrique Guzmán en los sesenta y que por lo tanto yo la podía cantar, pues también era de hombres. Así que con mi plan y mis argumentos previamente ensayados, al igual que los pasos de baile que acompañarían mi *lip sync*, llegué a la clase de teatro listo para la presentación.

Varios compañeros fueron pasando al frente e hicieron sus demostraciones. Yo, aunque quería pasar, me contenía, tenía una doble sensación. Me sentía como un caballo en un cajón de encierro. Tenía los músculos de las piernas tensos y listos para emprender la carrera, pero a la vez estaba atado a las cadenas de la vergüenza.

No sé a ciencia cierta cuánta gente pasó antes que yo, pero sí recuerdo a un niño regordete que cantó una canción del programa infantil *Barney y sus amigos*. Este chico, incluso llevó unos corazones hechos en papel terciopelo y los repartió a cada uno de los talleristas presentes, para que mientras él cantaba le hiciéramos coro al ritmo de “te quiero yo, y tú a mí, somos una familia feliz...”. Creo que el valor y la naturalidad de ese niño sirvieron de empujón para que yo me animara a tirar el muro de vergüenza y lanzarme como caballo desbocado al centro del salón para hacer mi número. De modo que cuando la maestra preguntó “¿Quién quiere pasar?”, yo ya estaba parado en el centro del salón con mi casete en la mano.

Cuando me acerqué a la maestra para darle el casete, me sudaban un poco las manos y tenía la misma sensación que tengo a la fecha cada que subo al escenario antes de dar el primer paso. La sensación de un enorme hueco en el estómago. Le entregué la cinta a la maestra y me dijo que cuál canción quería, yo con una voz trémula contesté que la de “La plaga”. No sé si la maestra notó en mi voz ese aire de indecisión o vio el nerviosismo en mis ojos que revoloteaban por todos lados, pero me dijo: “puede ser la canción que tú quieras”. Entonces sentí cómo el cuerpo me hormigueaba y a la vez temblaba por aquella energía que tenía atrapada dentro de mí, y que como una olla de presión estaba a punto de explotar, de modo que aventé la frase: “Reina de corazones, quiero ‘Reina de corazones’”.

Comencé a mover los labios sobre la voz de “La Guzmán”. No recuerdo los pasos dancísticos que hice ni los desplazamientos a lo largo y ancho del salón, pero sí me vienen a la mente las caras de algunos de mis compañeros, con sus ojos abiertos al máximo y sus bocas apretadas. Supongo que esa canción me provocaba lo mismo que ahora que la escucho, aunque creo que en ese entonces la sentía con un poco más de intensidad, por ello los rostros desconcertados de los demás niños y niñas del taller. Recuerdo también la mirada de mi maestra que me seguía dulcemente por donde me moviera y eso me daba seguridad para continuar con el *show*.

Al terminar mi actuación hubo un silencio, parecía que habían enmudecido, aunque yo notaba las burlas a punto de salir como vómito por las bocas de ciertos compañeros. El mutismo se prolongó, hasta que la maestra rompió el silencio con un “muy bien, aplausos”. Acto seguido, los compañeros y compañeras aplaudieron. Después de haber realizado mi actuación tuve una sensación liberadora, pero también de culpa. Me sentía orgulloso y avergonzado a la vez. Esa sensación dicotómica me ha acompañado en muchos momentos, sobre todo cuando se trata de actuar con rectitud sobre ciertos marcos heteronormativos.

Recuerdo que al salir de esa clase, una compañera se me acercó y me preguntó: “¿Eres niña?”. Sentí un calor intenso que venía de la planta de los pies y se me subía hasta la cara, le dije o le grité “NO” y me fui corriendo por los laberínticos y oscuros pasillos de la planta alta de la Casa de la Cultura (no es mentira que esos pasillos me resultaban y me siguen resultando complicados y confusos), de tal suerte que al salir huyendo de la pregunta de la niña, me equivoqué de salida y fui a dar a un lugar desconocido, un pasillo estrecho con múltiples puertas, ese lugar correspondía a lo que habían sido los dormitorios de las monjas hace cientos de años.

Al final de ese pasillo había una escultura de hierro oxidado con la forma de un Cristo crucificado, a mí, en lugar de evocarme la imagen de Jesús el hijo de Dios, me parecía una gárgola demoníaca. Estaba muy asustado y perdido, sentía que las paredes se estrechaban y se plegaban entre sí y que el pasillo se hacía más largo. Me di la vuelta y no reconocía ninguno de los arcos o puertas y justo cuando empecé a llorar escuché cerca unas risas y murmullos, así que a tientas seguí el sonido y llegué a las grandes escaleras que daban a la planta baja. Aunque agitado, sentí que ya no me costaba trabajo respirar y que las paredes volvían a su lugar. Bajé las escaleras recargado sobre el borde de la pared como si fuera mi guía, salí a los baños, luego a un pequeño patio y después al gran patio central donde estaba una imponente y chorreante fuente al centro.

Me regresé a mi casa caminando, aún sintiendo mis pasos débiles y bajo un sol que me tumbaba las pestañas hacia abajo. Llegué a mi casa con una extraña sensación y sin ganas de regresar a mis clases de teatro. En efecto, no volví a dichas clases, no sé si por la pena y la vergüenza que me dio cuando la compañera me preguntó que si yo era niña o si por mi asfixiante episodio de extravío en aquella laberíntica planta alta de la Casa de la Cultura, pero

no regresé a mis clases de teatro ni ese verano, ni ningún otro. Me sentía más cómodo y seguro fantaseando con ser artista en la sala de mi casa, hasta que posteriormente, ya en la adolescencia, encontré en danza contemporánea un refugio para expresar mi corporalidad libremente.

La vergüenza, explica Brown (2012), tiene que ver con el hecho de sentirse incómodo ante una experiencia, acto cometido o una actitud que consideramos inapropiada ante los demás, implica renunciar a la propia autenticidad con tal de obtener la aprobación de los otros. “Cuando los vientos de la vergüenza me azotan por todas partes, me resulta imposible encontrar un enfoque positivo de la situación o recordar algo de mí misma” (pp. 36-37), expresa la autora. Y en efecto, tras mi *lip sync*, entré en una crisis de vergüenza, en la que no fui capaz de reconocer mis méritos por atreverme a cantar y bailar la canción que yo realmente quería. Brown también comenta que la mejor forma de superar la vergüenza es armarse de coraje, enfrentar la situación y pedir ayuda, contárselo a alguien; sin embargo, a esa edad yo no podía comentarlo con nadie, porque las veces que llegué a preguntar algo al respecto en mi casa, me citaban pasajes bíblicos, y eso me hacía sentir que yo era contra natura y culpable. No fue sino hasta muchos años más tarde cuando pude hablar y compartir abiertamente con amigos los odios y afecciones de mi preferencia sexual y mis identificaciones con el género femenino. Antes todo era guardar, guardar, guardar.

Referencias

- Álvarez-Gayou, J. y Camacho, S. (2013). *Los rostros de la homosexualidad. Una mirada desde el escenario*. México: Manual Moderno S. A. de C. V.
- Barba, E. y Savarese, N. (2009). *El arte secreto del actor. Diccionario de antropología teatral*. México: Escenología A. C., ISTA, Instituto Queretano de la Cultura y las Artes.
- Barnsley, J. (2008). *El cuerpo como territorio de la rebeldía*. Venezuela: UNEARTE Artes.
- Bordieu, P. (2000). *La dominación masculina*. España: Anagrama S. A.
- Brito, A., Jiménez, A., Sívori, H., Lacerda, P., Glokner, N. y De la Garza, L. (2012). *Política, derechos, violencia y sexualidad. Encuesta Marcha del*

- Orgullo y la Diversidad Sexual Ciudad de México 2008*. México: CLAM, Instituto de Medicina Social.
- Brown, B. (2012). *Los dones de la imperfección*. España: Gaia Ediciones.
- Fernández, A. y Siqueira, W. (eds.). (2013). *La diferencia desquiciada. Géneros y diversidades sexuales*. Buenos Aires: Biblos.
- Foucault, M. (1999). (13ed.). *Historia de la sexualidad 2. El uso de los placeres*. México: Siglo XXI Editores.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). (2018). *Encuesta Nacional sobre Discriminación (ENADIS) 2017*. (Comunicado de prensa núm. 346/18). Recuperado de: https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2018/EstSociodemo/ENADIS2017_08.pdf.
- Guzmán. A. (1991). “Reina de corazones”. En *Flor de papel*. [Spotify]. México: Melody Digital.



La aportación del teatro físico en el arte escénico teatral aguascalentense

Omar Zermeño Rodríguez

*El hombre se mueve para satisfacer
sus necesidades; materiales,
intelectuales y espirituales.*

Rudolf Laban

Introducción

En este texto entretelaré la historia de cada una de mis experiencias en las artes escénicas, con la intención de plantear el origen de mi proyecto de la Maestría en Arte de la Universidad Autónoma de Aguascalientes (UAA). Estos relatos comenzarán por mis recuerdos antes de entrar en la academia, seguidos por mis etapas de formación artística durante la Licenciatura en

Artes Escénicas: Actuación, de la UAA. Este último relato me permitirá exponer cómo, al intentar satisfacer mis necesidades de aprendizaje, me llevaría a conocer el método Laban-Decroux y otras disciplinas escénicas relacionadas con el tema que investigo actualmente, el teatro físico.

Al estudiar mi contexto más a profundidad, descubrí que el entrenamiento en una técnica permite al actor adquirir herramientas que potencian su presencia y su acción escénica, lo cual me permite pensar que el teatro físico puede convertirse en una alternativa que podría ayudar a dar el primer paso para promover este arte teatral en Aguascalientes y mejorar significativamente la formación profesional del actor con la instalación de una escuela que le dé continuidad a su preparación.

La reflexión escrita se aborda desde la perspectiva de investigación autoetnográfica, “la propuesta central de la metodología es que lo personal es social y que, a través del análisis de nosotros mismos mediante un proceso de introspección, podemos entender el contexto más amplio” (Bénard, 2016, p. 18).

¿Cómo se desarrolló la idea del proyecto? Inicios, necesidades e inquietudes de mi formación artística

Para encontrar los recuerdos previos a mi formación artística, es necesario volver a las memorias de mi adolescencia, esa preparatoria donde tenía clases los sábados, en la que las edades de mis compañeros eran muy variadas, ese campo abierto rodeado de milpas y animales de ganado. Necesito volver a esos sucesos previos que marcaron mi interés por la actuación. El primer recuerdo que llega a mi pensamiento es cuando miré una obra de teatro en el año 2005 en el Teatro Morelos de la ciudad de Aguascalientes, fue la primera vez que entré a un teatro y donde pude conocer un poco más de la profesión del arte dramático. Recuerdo mis primeras impresiones que tuve al ver el escenario: ese lugar mágico con tres paredes cubierto por un telón, esas butacas donde tantas personas han tomado asiento para escuchar una historia que los sorprendiera y que los mantuviera en su lugar. Aún no olvido la definición que alguna vez me dijo mi maestro de Letras Grecolatinas en aquel entonces: “el teatro es como un sueño, cuando vas a dormir se apagan las luces, al igual que cuando se anuncia la tercera llamada y se abre el telón del escenario para que el público comience a soñar”. No pude olvidar esa metáfora, me hubiera gustado saber

dónde escuchó esas palabras, nunca se me ocurrió preguntárselo. Trato de recordar el nombre de aquella obra, una divertida comedia de romance interpretada por actores aguascalentenses, desafortunadamente perdí el programa de mano de aquella función que pude apreciar gracias a una salida de aprendizaje cultural de mi preparatoria. Sigo guardando con cariño aquel recuerdo, al igual que los demás acontecimientos que marcaron mi vida y que me llevaron de manera indirecta a dedicarme a la actuación.

Mi carrera en las artes escénicas ha sido corta, estoy por cumplir seis años de trayectoria y de preparación constante, pero el gusto por el teatro y la actuación empezó años antes de iniciar la licenciatura, aún lo recuerdo muy bien y sonrío, fue una serie de sucesos que marcaron mi vida entre los años 2001 y 2008. Tiene que ver con aquello que tanto añoraba: ser actor. Aún recuerdo esos juegos en los que imaginaba estar en un escenario, esos momentos en que llegué a pensar que hacía el ridículo, pero que disfrutaba mucho, desde jugar cuando tenía 12 años con una cámara casera en donde grababa, junto con otros amigos, pequeños cortometrajes donde actuábamos historias de drama y aventuras fantásticas.

Mientras pasaban los años de estudio de preparatoria, me había resignado a no ser un artista escénico, pues cuando yo había terminado la preparatoria no existía ninguna licenciatura con enfoque escénico en la ciudad de Aguascalientes. Había pensado en otras universidades de México para estudiar la carrera, pero no tenía suficiente dinero para hacerlo. En ocasiones pensaba en, quizá, tomar talleres de teatro en alguna casa de la cultura, pero no quería sólo eso, buscaba una formación profesional. Me tuve que resignar, así que decidí regresarme a mi pueblo en el estado de Jalisco, después de haber intentado estudiar una ingeniería durante unos meses, carrera que no continué aprendiendo por falta de recursos económicos. Me dediqué nuevamente a trabajar en el oficio familiar: ordeñar vacas. Mientras realizaba mis deberes como ganadero, a pesar de mi resignación, seguía pensando en la actuación, fantaseaba en ese establo imaginando que era un escenario de teatro donde actuaba para las vacas, mientras éstas masticaban su comida y me observaban cómo les hacía una representación, imaginaba que esos bovinos eran mi público. Lo hacía cada mañana y cada tarde del día, en ese lugar con aroma a excremento de vaca y forraje donde trabajaba, cuando mis familiares no me veían.

Pasaron seis años, me dedicaba al comercio y seguía trabajando en el campo, pero en mí quedaba clavada esa espina de volver a intentar estudiar una

carrera universitaria. Un día, en un paseo por la ciudad de Aguascalientes, en un puesto de revistas me llamó la atención una, se llamaba *Guía universitaria*; mis anhelos de volver a la universidad me hicieron tomarla y en ese momento pensé que sería una buena idea consultarla para poder elegir la mejor universidad y carrera para continuar con mis estudios, así que decidí comprarla.

Me senté en una banca a leer la revista un buen rato. Curiosamente, durante la lectura, me di cuenta de que había un artículo dedicado a las carreras de artes escénicas. Atrapó mi atención desde que comencé a leerlo. Me emocionaba, pero al mismo tiempo tenía pensamientos de desilusión, pues yo seguía con la idea de que no existía ninguna licenciatura enfocada al teatro en Aguascalientes. Pero, en la parte final del artículo mencionaba las universidades del país que tenían la carrera; para mi sorpresa, me di cuenta de que ya existía la carrera de teatro en la Universidad Autónoma de Aguascalientes desde el año 2010. De repente, mis brazos temblaron de emoción; rápidamente revisé los planes de estudio, estaba decidido a estudiar la licenciatura.

Al regresar a mi casa, planifiqué todo lo que iba a hacer para ingresar a la licenciatura: realizar el Exani II y posteriormente hacer la solicitud del examen de ingreso a la licenciatura. No obstante, después tuve dudas de registrarme, estaba pensando que mis familiares no estarían de acuerdo, pues estudiar una carrera en artes tiene fama de que es difícil mantenerse económicamente. Al terminar de pensar, a pesar de las dudas, continué con el trámite de los exámenes y decidí hacerlo a escondidas, sin que mi familia se diera cuenta.

Al hacer el examen de ingreso, me puse nervioso al principio, pues veía a otros de los aspirantes que venían preparados, utilizando ropa de trabajo que fuera cómoda, mientras yo sólo venía con ropa casual, por lo que me dio pena no venir organizado de esa manera. Pero estaba dispuesto esforzarme, a hacer lo mejor de mi parte para que fuera aceptado. El examen fue como una audición, lo realicé junto con otras dos personas; recuerdo que nos preguntaron antes de iniciar si ya teníamos experiencia actuando, eso me hizo pensar que solamente había actuado en obras de la parroquia de mi pueblo y jugar a crearme el actor; sin embargo, decidí olvidarme de mis dudas e inseguridades y concentrarme, realicé el examen con confianza en mis capacidades y terminó con una entrevista personal.

Etapa de formación profesional

Pasaron los días, llegó la fecha para dar los resultados en la página web de la institución; para mi alegría, me di cuenta de que había sido seleccionado. Estaba feliz y me inscribí inmediatamente. Luego proseguí con la parte más difícil: decírselo a mis familiares. Los reuní y les comenté con nerviosismo que había sido aceptado en la Licenciatura de Artes Escénicas, ellos estaban sorprendidos, porque jamás se imaginaron que escogería una carrera que difícilmente me dejaría un ingreso económico para sustentarme. Les expliqué mis razones, les dije que actuar era lo que quería hacer en mi vida. Estaba consciente de que no podían ayudarme económicamente de manera fácil, les dije que lo solucionaría por mi propia cuenta. Curiosamente mis familiares, al ver mi entusiasmo por estudiar actuación, me dijeron que no me preocupara, que ellos estarían dispuestos a apoyarme con mi decisión. Además, estaban contentos de que esa carrera me motivara.

De esta forma fue como inició mi camino en la carrera de artes escénicas. Hasta la fecha, nunca me imaginé que mi pasión por el teatro me llevaría hoy a hacer una investigación sobre el tema del teatro físico o *Physical Theater*, como se le llamó en Inglaterra en un principio “para describir la tendencia que se venía dando desde décadas antes, y en las que entran formas que entrecruzan el teatro con la danza, el mimo y el circo” (Fediuk y Prieto Stambaugh, 2016, p. 15). Hasta donde he investigado, se trata de un arte escénico que es desconocido o entendido desde otras definiciones por parte de la comunidad teatral de la ciudad de Aguascalientes, porque cabe recalcar que la definición del teatro físico ha variado desde la perspectiva de cada artista escénico con el paso del tiempo. Se ha adaptado conforme a la época, por ello: “El teatro físico ha cumplido etapas y ciclos en su búsqueda fundamental de expresar al hombre. Se trata de una disciplina artística viva, continuamente cambiante, que se transforma a sí misma de acuerdo con los ritmos de las dinámicas sociales y con las circunstancias personales de cada creador” (Ferrandis, 2014, p. 7).

Mi interés por el teatro físico se fue desarrollando conforme iba descubriendo mis necesidades de mejorar mis propias capacidades de actuación. Antes de terminar la Licenciatura en Artes Escénicas, nació el deseo de investigar el tema. Todo comenzó con una pregunta: ¿cómo comenzó mi interés de mejorar mis capacidades como actor a través del teatro físico? Y posteriormente me pregunté: ¿existe el teatro físico en Aguascalientes?

Para responder esas preguntas fue importante regresar al pasado, recordar cada etapa de descubrimiento personal, el deseo de profesionalizarme en la actuación y en mi formación universitaria. Durante la carrera, comencé a darme cuenta del compromiso que se necesita para prepararse en una profesión teatral; saber la importancia de la profesionalización del actor. Esto permitió que desarrollara mis primeras inquietudes, sobre todo en mi etapa universitaria. En los primeros semestres aparecieron aquellas necesidades de aprendizaje, los procesos que me ayudarían a crecer y poder comprender la importancia del entrenamiento físico para mejorar la capacidad expresiva del cuerpo del actor.

Durante el primero y segundo semestre que abarcó mi primer año de formación, me di cuenta de mi falta de entrenamiento corporal, sobre todo en la materia de actuación, los maestros que me dieron clases se percataron cómo estaba la condición de mi cuerpo, no tenía mucho conocimiento al respecto ni la importancia que tenía en mi desarrollo como actor, pues pensaba que con sólo trabajar las emociones era más que suficiente para realizar actuaciones que provocaran una conexión emotiva con el público que asistía al teatro. Mis maestros me hicieron percatarme de que tenía un cuerpo tenso, sin resistencia física y con falta de elasticidad, ellos me decían que si no le daba importancia a mi trabajo físico corporal sería muy complicado mantener la construcción corporal de un personaje en una obra de teatro completa. Eso era grave, ya que, al no continuar con el movimiento corporal adecuado, podría terminar con la ficción que lograba en el espectador. Tenían razón, no estaba preparado para soportar una manera distinta de moverme de la que estaba acostumbrado, por eso le tomé más importancia al trabajo de acondicionamiento físico. ¿A qué me refiero con esto? Necesitaba, como artista escénico, a través del uso de mi cuerpo, mejorar mi resistencia física para lograr sostener la construcción corporal de un personaje durante toda una puesta de escena. A partir de esta etapa de mi vida, me di cuenta de que comenzó mi investigación e interés por el teatro físico, pero con desconocimiento sobre el tema.

Al principio, cuando comencé con mi acondicionamiento físico, me sentí frustrado, porque estaba consciente de que me faltaba mejorar y que quizá necesitaría mucho tiempo para prepararme. Al ver a mis compañeros en las clases de actividad corporal, observé que varios de ellos ya tenían una preparación de acondicionamiento, tenían cuerpos que eran virtuosos al moverse en el espacio del salón, lo que facilitaba que se adaptaran fácilmente a las clases de

actuación, algo que yo no tenía. Comencé a cuestionarme si estaba hecho para ser un profesional de la actuación. No tenía un cuerpo entrenado para salir a la escena y moverme de manera virtuosa para facilitar mi creatividad, mis hombros se contraían al hacer una representación, moviéndome de manera muy rígida. Pero tenía en cuenta que no todo es fácil en cualquier profesión, me mentalicé en mejorar, me acondicioné y traté de no quejarme en las clases para aumentar esa resistencia física que buscaba.

En la etapa del tercer al cuarto semestre de la licenciatura, a través de las materias de enfoque físico, como la danza y la técnica corporal, en conjunto con la materia de actuación, descubrí que mi resistencia iba aumentando. Me acoplé de mejor manera a los ejercicios, aunque apareció otro punto por mejorar: la coordinación. Los maestros de aquellas materias me mencionaban que es importante entrenar a partir de la coordinación para sumar a la resistencia física, para aumentar la precisión de mi movimiento corporal que ayudaría a mejorar mi atención y comunicación con mis otros compañeros en el espacio escénico, esto también me ayudaría a conocer de mejor manera mi espacio de trabajo y cómo desplazarme en cualquier lugar, ya sea en un teatro, un auditorio, un salón, entre otros.

La coordinación tampoco era una de mis cualidades, me costaba trabajo mantener el ritmo que tenían mis compañeros al momento de hacer una representación escénica coordinada a través del movimiento corporal, y que se notaba mucho al momento de realizar algún baile en la clase de danza o alguna actividad acrobática en la materia de técnica corporal. Sin duda, a pesar de las complicaciones que llevé en mi entrenamiento, poco a poco comprendía que cada necesidad que iba descubriendo me ayudaba a mejorar y sumar en resistencia, virtuosismo en el movimiento, elasticidad y conocimiento del espacio escénico.

En la etapa del quinto a sexto semestre sentía que comenzaba a lograr avances en mi desarrollo artístico, pero aún me faltaba comprender, quizás, la parte más importante que me llevaría a buscar de manera instintiva e inconsciente la búsqueda de hacer teatro físico: la expresividad corporal y la claridad. Durante el quinto semestre se me habló de la búsqueda del movimiento que fuera más allá de lo cotidiano; otra forma de caminar, de desplazarse en el espacio, de articular el cuerpo, y en el sexto semestre, comprender que el entrenamiento de un actor no sólo es acondicionamiento físico, como lo hacen los deportistas de alto rendimiento, sí forma parte del entrenamiento del actor,

pero no es lo único. Se me mencionaba la importancia de la preparación del actor en una técnica o metodología, tal y como lo hicieron otros teóricos en su tiempo: Stanislavski, Grotowski, Meyerhold y otros que influyeron en la disciplina del actor para mejorar su capacidad creativa.

Mi acercamiento con el método Laban-Decroux

En marzo del 2016, por medio de una *master class* durante un evento realizado en homenaje a Étienne Decroux, descubrí la técnica del mimo corporal dramático; la clase fue impartida por dos maestros: Jorge Gayón y Daniel Viveros. Por curiosidad la tomé, ya que había escuchado un poco de la trayectoria de Decroux y su influencia en el teatro para mejorar las capacidades expresivas del actor. Me quedé impresionado por la forma en que los maestros nos instruyeron en el uso de las diferentes capacidades del cuerpo.

Afortunadamente, en agosto de ese mismo año, en séptimo semestre de la licenciatura, tomé clases con Jorge Gayón y empecé a conocer el método Laban-Decroux que me ayudaría a comprender la importancia del entrenamiento en una técnica que me permitiría alcanzar el objetivo del aprendizaje; lograr en el cuerpo del actor el *movimiento de expresión dramática* que más adelante definiré. Al principio tuve ansiedad por encontrar resultados desde los primeros días, no tenía paciencia con el entrenamiento; al igual que otros de mis compañeros, nos parecía repetitivo y que no nos llevaba a ningún lado. Pero me mentalicé en ser paciente. Casi terminado el semestre, empecé a notar cambios en mi movimiento corporal, sentía que podía mover cada músculo y articulación de manera consciente y sin racionalizar tanto el movimiento, como si fuera parte de un lenguaje propio adaptado a mi cuerpo.

Desgraciadamente, entrando al octavo semestre en el año 2017, no continuamos con el entrenamiento que habíamos recibido para el proceso del montaje final de titulación. Pasaban los meses y me daba cuenta de que aún no estaba listo para graduarme como artista escénico, por lo que tomé una difícil decisión que marcaría todo mi proceso, me di de baja en la matrícula universitaria y volví a comenzar de nuevo desde el séptimo semestre ese mismo año, dejando atrás la generación con la que inicié mi formación en la licenciatura, lo que a su vez provocó tristeza por no egresar con mis compañeros, pero sabía que era lo mejor que podía hacer. Después de lo sucedido, decidí acercarme

con Gayón y tomar las clases de sus talleres en el Estudio 220 sobre el método Laban-Decroux para retomar mi entrenamiento.

Este reinicio del séptimo y octavo semestre de la licenciatura que abarcó de agosto del 2017 a junio de 2018 fue clave para comenzar a desarrollar mi interés por el tema del teatro físico, pues notaba que las técnicas que desarrollaron Rudolf Laban y Étienne Decroux comenzaban a dar resultados positivos en mis aprendizajes como actor, algo que había buscado. El método Laban-Decroux ayudó a mejorar la capacidad expresiva de mi cuerpo, aprendí a usar la técnica como una herramienta para transmitir emoción a través del movimiento.

Mi formación en el análisis del movimiento de Laban y la técnica del mimo corporal dramático de Decroux me ayudaron a construir de manera clara la corporalidad del personaje, el padre Ubú, que interpretaría en la obra de *Ubú rey* del dramaturgo Alfred Jarry. Durante este proceso, al mismo tiempo, supe de la convocatoria para entrar a la Maestría en Arte de la UAA y pensé en poder continuar con un proyecto; así comenzó mi interés en profundizar en el tema del teatro físico, pero pensado en la ciudad de Aguascalientes. Quería saber si de alguna manera se había establecido, pues me daba cuenta de que no es muy común ver este tipo de teatro. Decidí proponer el anteproyecto para la maestría, al mismo tiempo que seguía trabajando en mi proyecto de titulación de la licenciatura, sabía que sería difícil lograr desarrollarlos, pero valía la pena intentarlo.

Cuando comencé a trabajar el anteproyecto, pensé en dos ideas previas. Estaba más interesado en enfocarme en el teatro físico, ya que intuía que podía existir un vacío al respecto. Fue, entonces, como empezó la propuesta de investigación sobre el tema.

Envié mi proyecto a la maestría y después me enfoqué en prepararme para el montaje final de titulación. Mi proceso de creación me causaba mucho cansancio a través de la construcción corporal y energética del personaje. Cuando presentamos el montaje en la Caja Negra de la Universidad de las Artes, pude mostrar los resultados que obtuve entrenando en el método Laban-Decroux, me sorprendí, la energía y corporalidad que trabajé con el personaje del padre Ubú fue percibida por el público, me comentaban que su atención era atrapada por mi movimiento, como si fueran atraídos por la energía que se producía en el escenario a pesar de que no había movimientos amplios y con velocidad. El suceso me permitió comprender las palabras de

Eugenio Barba con respecto al uso de la energía corporal del actor a partir de la visión occidental y oriental:

Si un actor-bailarín occidental quiere mostrar energía, empleando toda la que dispone, empieza a moverse con gran vitalidad en el espacio, desarrollando grandes movimientos, velocidad y fuerza muscular. Todo esto se asocia a imágenes de “fatiga”, “trabajo duro”. Un actor oriental (o un gran actor occidental) puede fatigarse mucho más casi sin moverse. Su cansancio no se debe a un exceso de vitalidad o al uso de grandes movimientos, sino al juego de las opciones. Su cuerpo se carga de energía, pues en él se establece toda una serie de diferencias de potenciales que lo revigorizan, dándole una presencia muy dinámica tanto en movimientos lentos como en la inmovilidad aparente (Barba y Savarese, 2009, pp. 25-26).

Aquella experiencia me permitió convencerme de la efectividad del entrenamiento en una técnica que ayuda a explotar no sólo la capacidad expresiva, sino a irradiar y catalizar la energía que se dirige al público por medio del movimiento.

Finalmente me aceptaron en la Maestría en Arte. Comenzó una nueva etapa en mi formación e investigación artísticas.

Desarrollo de la investigación

La investigación y las experiencias que tuve en mis procesos para reunir la información que me serviría para mi indagación fueron enriquecedoras. Busqué en Aguascalientes a las personas que se relacionaban de alguna u otra forma con el teatro físico.

Cuando comencé a recaudar información, me acerqué a personas que conocieran a cada uno de los maestros y actores que marcaron los primeros acercamientos al teatro físico en la ciudad de Aguascalientes. Después de algunas recomendaciones recabadas, los primeros lugares que pensé en visitar fueron la Casa de la Cultura “Víctor Sandoval” y el Centro Cultural “Los Arquitos” para saber si aún seguían vigentes en el estado y, de ser así, si continuaban trabajando en una posible técnica física de expresión dramática.

Las búsquedas que realicé me dieron frutos. Anteriormente había un actor que influyó en el desarrollo del teatro contemporáneo en Aguascalientes

y que el medio teatral recordaba con mucho respeto y admiración, su nombre es Alcibíades Saldívar, un artista escénico cubano que fundó en el Centro Cultural “Los Arquitos”, dependiente del Instituto Cultural de Aguascalientes (ICA), el Centro de Investigación Teatral (CIT), el cual tuvo gran impacto en el teatro de la ciudad en los años noventa. En ese lugar se impartía una carrera de nivel técnico superior universitario en Teatro. Alcibíades fue el primero en traer ideas para realizar un teatro más corporal, que incluyó en la nueva currícula de materias para mejorar las capacidades creativas de sus actores, fundadas en el cuerpo y el movimiento.

Esta forma de hacer teatro no había llegado a la ciudad de Aguascalientes, se tenía poco conocimiento al respecto. Entre finales de los ochenta y principios de los noventa sólo se realizaba un “teatro tradicional” o “teatro de palabra”, más apegado al texto.

Las propuestas de Alcibíades Zaldívar fueron una revelación para el teatro de Aguascalientes. Por desgracia, actualmente ya no se encuentra en el estado. Por ello decidí acercarme a las personas que tuvieron la oportunidad de estudiar con él, y para llegar a la información de aquellos que trabajaron con el teatro físico, realicé entrevistas a los maestros que tuvieron acercamiento a esta forma teatral. Para mi sorpresa, durante el proceso de la realización de las entrevistas, descubrí que los docentes tenían las mismas necesidades que yo, por lo que me identifiqué con ellos.

Entrevistas a los docentes locales

Entre septiembre y noviembre de 2018 se realizaron diez entrevistas. En este artículo me enfocaré en tres, ya que aquellos docentes se mantienen en activo actualmente y siguen trabajando para la formación del artista escénico aguascalentense.

Maestra Issel Morán

En la casa de la Licenciatura en Artes Escénicas, de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, realicé mi primera entrevista a la maestra Issel Morán, docente en Artes Circenses. Ella me ayudó a mejorar mi capacidad corporal durante mis estudios en la academia, al verme, me recibió amablemente para platicar sobre el tema del teatro físico.

Mientras estábamos en la entrevista y bebíamos un poco de café, el primer dato que mencionó la maestra Issel fue la importancia de adoctrinar al alumno de actuación en una técnica que mantenga un entrenamiento que mejore las capacidades creativas del actor con el uso de su cuerpo. Punto que consideré elemental y que reafirma la importancia de mi investigación; las técnicas de teatro físico mejoran la expresividad corporal por medio de una preparación disciplinada y comprometida, que debe realizarse de manera constante, ya que ayuda a aumentar la seguridad del actor desde el primer momento que pisa un escenario al adquirir herramientas y enseñanzas que va asimilando y poniendo en práctica. Por esa razón la maestra mencionaba cómo se sintió atraída a las artes circenses y todas las posibilidades escénicas que contienen: a ella le proporcionaron herramientas para su entrenamiento físico actoral, que sumaría a su formación artística. Sus necesidades concordaron con las mías, mencionó la importancia de un entrenamiento constante que mantenga la repetición de los ejercicios para lograr la precisión y el dominio que ayude a impulsar la creatividad, y mejorar con ello la capacidad del uso del movimiento que pueda provocar la emoción del público por medio del movimiento orgánico.

También mencionó la importancia de darle continuidad al entrenamiento del actor; para lograrlo, la maestra Issel piensa que es necesario implementar una escuela que proponga algo distinto en el teatro aguascalentense para que sea más activo y propositivo en la experimentación escénica y actoral.

Posteriormente, la maestra me dio su opinión de lo que es para ella un actor de teatro físico: “Es aquel que es capaz de hacer cualquier cosa en escena”. Se trata de una mención que compromete al artista escénico; ella prosiguió hablando de que en esta disciplina física un actor debe ser capaz de subir diez metros de altura a una estructura, pararse en escena sin hacer “nada” y llenar todo el espacio escénico sólo con su presencia. Una forma diferente de utilizar nuestro cuerpo por medio de una técnica:

Los actores orientales y occidentales, cuando hacen una demostración técnica, fría, poseen una cualidad de presencia que sorprende al espectador, obligándolo a mirarlos. En tales situaciones no expresan nada, y no obstante existe en ellos un núcleo de energía, una irradiación sugestiva y sabia no premeditada que atrae nuestros sentidos. Por mucho tiempo pensé que se trataba de una fuerza exclusiva del actor adquirida tras muchos años de experiencia y de tra-

bajo, una peculiar calidad técnica. Mas lo que nosotros llamamos ‘técnica’ es una forma especial de utilizar nuestro cuerpo (Barba y Savarese, 2009, p. 19).

Es un verdadero reto mantener la atención del público durante el tiempo que dura un montaje, lograrlo sin la necesidad de tener que hacer una acción que quizás ponga en riesgo la vida de un artista, tal y como lo hace un trapeceista.

Maestro Daniel Viveros

La siguiente entrevista fue realizada en el Museo Espacio, cercano a la Universidad de las Artes de Aguascalientes. Estaba sentado, en una sala de espera, aguardaba la llegada del maestro Daniel Viveros, docente de Pantomima. Antes de su llegada, miraba un poco de la exposición de esculturas colosales en el museo, observaba la forma en que estaba esculpida cada una de las estatuas, pensaba en la expresividad de esos cuerpos, como si esperara que tomaran vida, haciéndome recordar un poco del trabajo expresivo del actor.

Llegó el maestro Daniel, presuroso y encantado de realizar la entrevista, decidimos, para estar cómodos, ir a la cafetería del museo y ahí entablar nuestra conversación. La plática fue larga, pero disfrutable, tocó temas que me preocupaban. Mencionó, con un rostro de preocupación con respecto al establecimiento del teatro físico, pues le había preguntado si creía que este tipo de teatro podría tener futuro en Aguascalientes. Él respondió con mucha certeza que sí puede ser posible, pero que en este caso la pregunta adecuada sería “¿Tiene presente?”. Esas palabras resonaron en mí y por alguna razón miré hacia el cielo buscando una respuesta que no encontré. El maestro Daniel Viveros me dio una razón: la causa es que hace falta un lenguaje propio de teatro físico a partir de una técnica. Esto ha provocado una falta de identidad teatral; el maestro reiteraba su preocupación por el teatro aguascalentense de los últimos años: “Siempre ha habido teatro en Aguascalientes, sólo que aún no logramos encontrar cuál es el que nos identifica”, aseguró Mariana Torres¹ (Acero, 2014). El maestro aclaró que también hay una interpretación errónea, pues menciona que existe el entrenamiento de acondicionamiento físico para actores, pero no de movimiento dramático. Recordé que fue otra de las razones por las que

¹ Actualmente docente de la Licenciatura en Actuación de la Universidad Autónoma de Aguascalientes.

busqué una preparación diferente en mi formación artística. El maestro continuó mencionando que a causa de esto los actores reflejan una falta de expresividad corporal, pues al momento de explorar las capacidades de creación artística, sólo se mueven por moverse sin tener un objetivo del porqué hacerlo, y eso para el actor es como lanzarse al vacío, trayendo la consecuencia de que aparezcan cuerpos vacíos que no transmiten emoción en el escenario.

Para poder solucionar eso, menciona Daniel Viveros, se necesita entrenar al actor en una técnica, para lograr construir un cuerpo dramático y extracotidiano. Se necesita de una escuela que mantenga talleres y formación continua, algo que, él menciona, ha estado intentando con su compañía Proscenio.

Posteriormente, mientras seguíamos la entrevista, el maestro Daniel dio su opinión respecto de cómo visualiza a un actor de teatro físico: para él es aquel que domina las cualidades de su movimiento para facilitar su creatividad escénica a través de una técnica, la cual, una vez adquirida, se puede compartir para que el lenguaje escénico no desaparezca y trascienda.

Al final de la entrevista, el maestro aclara otro punto importante sobre el entrenamiento: menciona que es necesario para aumentar la presencia escénica del actor y así mejorar el dominio y conocimiento de su cuerpo. Se logrará, así, desarrollar la capacidad de transmitir emoción y expresividad al público expectante, y no sólo habilidad corporal. Otra idea que coincide con lo que busqué a lo largo de mi formación en la licenciatura.

Maestro Efraín de la Rosa

Pasaron otras semanas, la siguiente entrevista en la que encontré reflexiones interesantes para el proyecto fue nuevamente en la Universidad de las Artes, esta vez sería el turno del maestro Efraín de la Rosa, docente de Danza-Teatro. Recuerdo llegar al salón donde se encontraba con sus alumnos, estaba por terminar su clase. Observaba cómo hacía explorar a sus alumnos a través de un movimiento amplio y constante, para lograr ver cuerpos virtuosos en escena.

Por acuerdo común, la entrevista se realizó en la biblioteca de la Universidad. Nos dirigimos al segundo piso para sentarnos en un lugar sin mucho ruido y que pudiera permitir que fluyera la conversación.

Al iniciar el diálogo, habló de la falta de dominio corporal que existe en los actores, pues es necesario que éstos sean capaces de accionar de manera dramática y para ello deben tener un dominio acrobático, de expresión

corporal y de habilidad dancística, este último a través de la danza contemporánea. El maestro Efraín formó parte del grupo de docentes que reunió Alcibiádes Saldívar para desarrollar otra forma de hacer teatro en la ciudad de Aguascalientes con la fundación del CIT en 1994.

Más adelante, mencionó otro punto atrayente en la conversación con respecto al tema de la preparación del actor en general y de teatro físico: para él es importante que los artistas escénicos sean investigadores (al igual que lo piensa Alcibiádes), pues esto les permitirá tener conocimientos de cómo entrenarse y, a consecuencia de ello, aumentar su capacidad creativa en los montajes teatrales. Lo observé convencido: el actor debe ser investigador, esas palabras me hicieron pensar qué tan importante es conocer el teatro que se practica en la ciudad en la que uno vive, ¿los actores locales realmente conocemos la historia de nuestros antecesores y los métodos que utilizaron? Es necesario ponerlo sobre la mesa para saber a dónde nos queremos dirigir con nuestro arte escénico.

Después, el maestro Efraín me comentó cómo visualiza el entrenamiento del actor, ya que para él es importante la enseñanza en una institución o escuela que pueda dar continuidad a la formación profesional, para darle herramientas al artista para que domine una técnica. El entrenamiento, añade, es un trabajo físico que puede estimular las emociones, que le permitirá al actor aumentar su presencia escénica (punto de la conversación que vuelve a coincidir con lo dicho en las anteriores entrevistas mencionadas) para no caer en lo fortuito y lo sencillo, que le permita al artista escénico una claridad en sus acciones para tener un objetivo que mostrar en escena y así pueda crear un lenguaje que interprete la metáfora del montaje que quiera expresar a través de su cuerpo.

De esta manera concluye la recopilación de las necesidades e ideas que pude recopilar durante la realización de las entrevistas.

Conclusión

Este desarrollo de la investigación me permitió reconocer que aquellas necesidades y dudas que tuve durante mi formación profesional son compartidas por los docentes entrevistados. La ausencia del entrenamiento actoral físico está latente en la ciudad de Aguascalientes, existe un vacío que es necesario subsanar en la comunidad teatral aguascalentense. Estas reflexiones

me permiten proponer una intervención que está prontamente a realizarse, las Jornadas de Teatro Físico, un primer paso para promover esta forma teatral como una alternativa de profesionalización del actor aguascalentense. El método es el Laban-Decroux y su relación con otras disciplinas artísticas de acuerdo con los resultados obtenidos de la investigación.²

Finalmente, en este artículo, concluyo con la definición de la forma teatral del método que he trabajado en los últimos tres años con el doctor Jorge Gayón:

El teatro físico es un producto del uso que hace el actor del lenguaje escénico llamado “movimiento dramático” o “movimiento de expresión dramática”. El desarrollo (adquisición, asimilación, dominio) de éste, es el objetivo del aprendizaje de una técnica y del entrenamiento que lleva a dominarla o asimilarla. En nuestro caso, hablamos de la técnica de movimiento para actores desarrollada por Étienne Decroux, según el método Laban-Decroux.

Referencias

- Acero, I. (29 de marzo de 2014). *El camino es largo, pero en Aguascalientes sí hay teatro: Mariana Torres*. Recuperado de: <https://www.lja.mx/2014/03/el-camino-es-largo-pero-en-aguascalientes-si-hay-teatro-mariana-torres/> [20 de mayo de 2019].
- Barba, E. y Savarese, N. (2009). *El arte secreto del actor* (segunda ed.). México, D.F.: Escenología A. C.
- Bénard, S. (2016). *Atrapada en provincia: un ejercicio autoetnográfico de imaginación sociológica*. Aguascalientes, México: Universidad Autónoma de Aguascalientes. Recuperado de: https://www.uaa.mx/direcciones/dgdv/editorial/docs/ve_atrapada_provincia.pdf.

2 Agradezco a mis tutores: la doctora Ximena Gómez Goyzueta actual coordinadora de la Maestría en Arte de la UAA y al doctor Jorge Arturo Gayón López, docente de la Licenciatura en Artes Escénicas: Actuación de la UAA, y la Licenciatura en Teatro de la Universidad de las Artes, quienes me guiaron a realizar la escritura de este artículo a partir de las reflexiones que se obtuvieron durante la investigación. Agradecimientos adicionales a los docentes del Departamento de Sociología y Antropología de la UAA: la doctora Silvia Bénard Calva por aportarme información sobre el método de investigación autoetnográfico y al doctor Fernando Plascencia Martínez, que me permitió abordar la información de los diagramas como una metodología algorítmica; y a los docentes entrevistados por las aportaciones de sus reflexiones.

- Fediuk, E. y Prieto Stambaugh, A. (2016). *Corporalidades escénicas: Representaciones del cuerpo en el teatro, la danza y el performance*. Xalapa, Veracruz, México: Universidad Veracruzana. Recuperado de: <https://www.uv.mx/cecda/files/2018/06/LIBRO-Corporalidades-escenicas-2016.pdf>.
- Ferrandis, D. (2014). *Teatro físico*. Valencia, España: Universidad de Valencia. Recuperado de: <http://www.postgradoteatroeducacion.com/wp-content/uploads/2014/01/Teatro-fisico-Domingo-Ferrandis.pdf>.
- Gayón, J. (1999). *De la escritura del mimo corporal, y del interes del proyecto Laban-Decroux*. París, Francia.

Voces desde la diversidad

Primera edición 2020 (versión electrónica)

El cuidado y diseño de la edición estuvieron a cargo del Departamento Editorial de la Dirección General de Difusión y Vinculación de la Universidad Autónoma de Aguascalientes.